



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

Identidad, espacio y memoria en crónicas de la conquista de México

El caso de Bernal Díaz del Castillo

Autor:

Añón, Valeria

Tutor:

Zanetti, Susana E.

2008

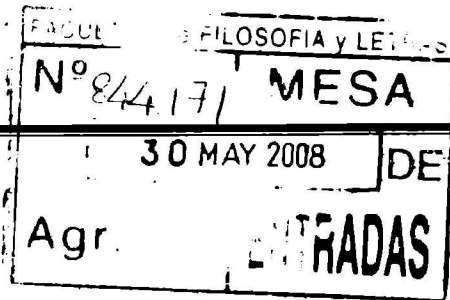
Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Magister de la Universidad de Buenos Aires en Literaturas Española y Latinoamericana

Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA



**Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras**

**IDENTIDAD, ESPACIO Y MEMORIA
EN CRÓNICAS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO.
EL CASO DE BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO**

**Tesis de Maestría
Presentada por Valeria Añón**

Directora: Prof. Susana E. Zanetti

Maestría en Literaturas Española y Latinoamericana

2008



*A mi abuela, Maruja,
que me enseñó la compasión, la dignidad y la alegría.*

*A Juan, mi compañero:
una vez más... de la única forma posible.*

ÍNDICE

Introducción	5
i.) Consideraciones preliminares	9
ii) Estructura de tesis	14
iii)	
Capítulo I	
El discurso	19
I.a Nombrar, ordenar, definir	20
I.b Cartas, relaciones, historias	24
I.c Crónica y relato de viaje	34
I.c.2 El relato de viaje en la <i>Historia verdadera</i>	36
Capítulo II	
El sujeto ante la escritura	40
II.a) Sujetos en conflicto	41
II.b) Autoría y lectura	46
II.c) <i>Cartas de relación</i> : autoría plural y nombre propio	49
II.c.2) Desplazamientos: Hernán Cortés signatario y autor	53
II.d) Francisco López de Gómara: autoría e historia	57
II.e) <i>Historia verdadera...</i> : orígenes y comienzos	68
II.e.1) La búsqueda de sentido en la <i>Historia verdadera</i>	71
Capítulo III	
Sujetos y objetos: narrar la alteridad	79
III.a) La peligrosa frontera: lenguas, cautivos, conquista	80
III.a.1) <i>Mitos, emblemas, indicios</i>	80
III.a.2) Aguilar y Guerrero: la frontera como traducción	89
III.b) La traducción como metáfora	103
III.b.1) Traductores e intérpretes	104
III.b.2) Metáfora y metonimia: el cuerpo del <i>lengua</i>	106
Capítulo IV	
Sujetos y cuerpos: memorias de batalla	114
IV.1) Escritura y corporalidad	115
IV.2) Memoria y experiencia	120
IV.3) Comienzos: Cintla	123
IV.4) Aprendizajes: narrar la derrota	150
IV.4.2) De la huida al duelo: la Noche Triste	152

Capítulo V	
Escribir y conquistar: historia de las ciudades	168
V.a) Imágenes de ciudades	169
V.b) Primeras fundaciones: Villa Rica de la Vera Cruz	173
V.c) Primeras ciudades indígenas: Cempoala y Cholula	181
V.d) Tenochtitlan: ciudad única, ciudad múltiple	191
V.d.1) La ciudad deseada y el orden del conquistador	193
V.d.2) Antítesis y diferencia: los límites de la mirada	209
V.d.3) Tenochtitlan: sitio y caída	219
A manera de epílogo: señales del fin	229
Bibliografía	234

Introducción

En otro giro de la procesión
o de la tribu errante que somos,
henos aquí sin nada como al principio.
Sapos y lagartijas nuestro alimento,
sal nuestra vida, polvo nuestra casa.
Añicos y agujeros en la red
nuestra herencia de ruinas.
Por fin tenemos
que hacerlo todo a partir
de esta nada que por fin somos.

JOSÉ EMILIO PACHECO, "Crónica mexicayotl"

“Lo primero fue mi deseo de hablar con los muertos.
Ni siquiera renuncié a este deseo cuando comprendí que, por
más que me esforzara en escuchar, lo único que alcanzaría a oír
sería mi propia voz.
Pero mi propia voz es la de los muertos, ya que han dejado
huellas textuales que se oyen en las voces de los vivos.”

STEPHEN GREENBLATT, “La circulación de la energía social”

La lectura de las crónicas de Indias es una forma de experimentar la alteridad y la distancia, arduo intento de entablar un diálogo que reúna perspectivas de mundo escandidas por una profundidad de cinco siglos. Escritas para narrar la novedad, las privaciones y la gloria, estas crónicas nos enfrentan tanto a la representación de diversas identidades como a la propia vivencia de lo extraño. Su análisis crítico es un derrotero en el que a veces se camina en círculos – como los expedicionarios en el fracasado viaje a las Hibueras–, o en que un párrafo, una imagen, un adjetivo peculiar destellan insinuando la cifra de lectura de un pasaje, tal como percibe el soldado la lejana visión de Tenochtitlan. Otras veces, es un recorrido propio donde el lápiz va dejando las marcas de lo que debería ser una pregunta, una posibilidad, una iluminación que conduzca a nuevos interrogantes... Partimos así de la certeza (o del deseo) de que estos textos escondan huellas: más allá de su literalidad, en su organización, en su despliegue, en sus silencios. Esas huellas –entendidas del modo en que las plantea Greenblatt ([1988] 1998)–, no remiten a identidades o individualidades, nombres propios detrás de los cuales se estructurarían el ‘genio’ o el ‘estilo’. Por el contrario, reenvían a configuraciones sociales, modos colectivos de producción de sentido que organizan todo texto, en constante redefinición desde su recepción.

Interpretar y comparar algunas crónicas de Indias lleva a revisar las aproximaciones teórico-metodológicas del objeto elegido tanto como a reevaluar las implicancias de su constitución y los presupuestos en la selección del corpus. Es decir, la relación entre sujeto y objeto, entendida como la plantea Roger Chartier: "la constitución recíproca del objeto del saber por medio del sujeto cognoscitivo y la del sujeto cognoscitivo por medio de los conocimientos que lo objetivan" (1997: 103). Dichas consideraciones suponen la pregunta acerca de la naturaleza de nuestro corpus, compuesto en su totalidad por ediciones de diversos manuscritos, afectados por distintas polémicas filológicas y de crítica genética, cuyas ediciones definitivas solo comenzaron a ver la luz a partir de los años setenta del siglo pasado.

Con estas consideraciones como marco, se analizan aquí los modos de representación textual de sujetos y espacios en el contexto de la conquista de México, en tres crónicas de Indias de tradición occidental:¹ las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara y la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo.² A partir de procedimientos de narración,

¹ La noción de crónicas de "tradición occidental" ha sido planteada por Martín Lienhard (1982) y retomada por José Rubén Romero Galván (2003) en torno a consideraciones más generales sobre la clasificación de las crónicas de Indias. Volveremos estas cuestiones en el primer capítulo de esta tesis, "El discurso" (p. 19 y ss.)

² El primer manuscrito de Bernal Díaz fue concluido hacia 1568 y enviado a España en 1575. Este es el texto que, con algunos cambios e interpolaciones (eruditamente estudiadas por Carmelo Sáenz de Santa María en la introducción a su edición de 1982) se publicó como primer impreso en 1632. El original se ha perdido y solo se conserva esta edición, conocida como "Manuscrito Remón". Bernal Díaz conserva una copia, en la que continúa trabajando hasta su muerte; es la que actualmente se conoce como "Manuscrito Guatemala". El mismo no es autógrafa del ya por entonces encomendero y vecino de Guatemala aunque algunos folios sí lo son. Debido a las correcciones, modificaciones y tachaduras, el texto demoró mucho tiempo en ser fijado. Afortunadamente, en 2005, El Colegio de México, la Universidad Nacional Autónoma de México, el Servicio Alemán de Intercambio Académico y la Agencia Española de Cooperación Internacional unieron esfuerzos para publicar el texto definitivo, en el cual su editor, José A. Barbón Rodríguez, llevaba trabajando al menos cuarenta años. Usamos con

descripción, persuasión, justificación y reclamo, se configura una historia de la conquista de México, del territorio y sus habitantes. Se insinúa también el impacto en la propia identidad, signo de las formas en que el Nuevo Mundo pudo ser integrado a Occidente.³ Dichas inflexiones pautan también los límites en la percepción de la alteridad. Asimismo, se alude a los diversos modos en que el discurso histórico (en la *Historia verdadera* y en la *Historia de la conquista de México*) es concebido como el más apropiado para plasmar una concepción de conquista y atesorar la memoria de una experiencia impar.

Desde esta perspectiva, utilizamos los conceptos de "inscripción" y "acción discursiva", desarrollados por Leonardo Funes y definidos de acuerdo con tres aspectos:

esta edición y citamos por la edición de Sáenz de Santa María en los casos en que nos remitimos al Manuscrito Remón.

En cuanto a las *Cartas de relación*, fueron publicadas en forma bastante inmediata a su progresiva llegada a Europa y traducidas pronto al alemán, latín, italiano, flamenco y francés. No obstante, entre 1525 y 1749 no se produjeron nuevas ediciones en castellano, debido a la cédula real que lo impedía, como explica Marcel Bataillon (1963). La edición contemporánea más confiable en nuestra lengua –que trabaja con las copias manuscritas de las cartas, es decir, el Códice de Viena, el Códice de Madrid y el manuscrito de la John Carter Brown Library, ya que los originales se han perdido, y con las ediciones disponibles en la actualidad– es la preparada por Ángel Delgado Gómez para Castalia (1993). Trabajamos con esta edición, cotejando algunas escenas de la Segunda y Tercera cartas con la edición de Francisco Lorenzana (México, 1790), primera edición completa en castellano de varias cartas de Cortés en volumen aparte.

Por último, la *Historia general de Indias* y la *Historia de la conquista de México* tuvieron una primera edición en 1552 y una segunda, con el nombre de *Hispania Vitrix*, en 1553, en Medina del Campo. Reeditadas ambas en Amberes y traducidas pronto al italiano, francés e inglés, fueron prohibidas por Felipe II en 1553 y retiradas de circulación en los territorios de la Corona. (Para una discusión contemporánea acerca de los distintos motivos de esta prohibición, véase Roa-de-la-Carrera, 2001.) Trabajamos aquí con la versión preparada por Jorge Gurriá Lacroix para Biblioteca Ayacucho (1979); hemos cotejado también la versión preparada para Editorial Porrúa por Juan Miralles Ostos (1988).

³ Carmen Bernand y Serge Gruzinski consideran la conquista de México como primer paso de este proceso de occidentalización. La expedición de Cortés a México "fue el comienzo de una gigantesca empresa de conquista, de un prodigioso avance que deja muy atrás los pequeños logros alcanzados en las islas y en la Tierra Firme para precipitar el ingreso en la órbita europea de todo un continente. Se trata de la primera etapa de la *occidentalización de América* y la prefiguración de un fenómeno que hoy puede observarse en escala planetaria: la uniformidad del mundo en su doble movimiento de destrucción de la tradición y de difusión de los valores, las instituciones y los modos de vida que ha producido y esparcido la Europa occidental. El descubrimiento de América, en el sentido de su integración a Occidente, ocurre en 1519" (1996: 255; subrayado nuestro).

“Con el sustantivo que alude a la ‘acción y efecto de escribir’ quiero poner el acento en el ámbito de la praxis; esta praxis se entiende como bidireccional: acción de la historia sobre los textos y acción discursiva de los textos en la historia (las pulsiones de la contienda histórica se inscriben en los textos, así como la acción discursiva se inscribe en el entramado social como una forma de intervención); esa inscripción se da fundamentalmente (e interesa investigarla) no en el plano del contenido explícito de los textos sino en el plano de la forma, en el ámbito de los procedimientos de construcción de los discursos” (Funes, 2007: 3-4).

Entiendo que, de igual manera, estas consideraciones pueden pensarse para la crucial y traumática experiencia de la conquista y colonización del continente en general y del centro de México en el caso de este corpus en particular, y para todos los objetos culturales que funcionaron como respuesta a la inédita situación, a la experiencia de lo distinto y lo nuevo, al orden colonial posterior. Esta “interpelación de la historia” (Funes, 2005) no es igual para todos los sectores de esta sociedad compleja en sus cruces; los lugares de enunciación válidos, los saberes requeridos, la relación con la retórica y con las distintas tradiciones genéricas que la enmarcan constituyen textos que se conforman en la certeza performativa de lo escrito, en el reclamo de un “lugar dicente” (Mignolo 1995); también en la reconstrucción de una memoria vinculada a la trabajosa experiencia de la escritura.

i) Consideraciones preliminares

En relación con los textos seleccionados y en términos de un criterio genérico, no se quiso reducir el análisis a un solo género o a un solo texto fijado, puesto que eso limitaría la perspectiva diacrónica (entre los distintos textos de un mismo autor, por ejemplo) y el acento en la variabilidad del *locus* de enunciación. Por eso, se trabaja con cartas, relaciones e historias, y se atiende

a estas definiciones genéricas en revisión en el siglo XVI a partir del impacto de la experiencia de esta conquista y a otras tradiciones literarias en las que se insertarían, tal como veremos en el capítulo I. En términos generales, estas obras se incluyen en el corpus conocido como “crónicas de Indias”, zona de clivaje entre otros modos, anteriores, de la cronística y el relato de un nuevo referente y una nueva concepción de la experiencia (Kohut, 2007).

También se tiene en cuenta que tanto los manuscritos como los impresos de los siglos XVI y XVII han experimentado una importante inestabilidad y variabilidad, voluntarias e involuntarias. Si los editores (Carmelo Sáenz de Santa María, José Barbón, Ángel Delgado Gómez, Edmundo O’Gorman) pusieron tal acento en la descripción minuciosa de cambios y alteraciones, es debido a que los manuscritos evidencian el trabajo de varios copistas, manos que pueden introducir errores, omisiones o cambios y que muestran la complejidad del proceso de producción.⁴ En este contexto, las distintas versiones de la *Historia verdadera* y las diversas copias de las historias gomarianas, o las *Cartas de relación* presentan correcciones, ampliaciones, interpolaciones y supresiones de distinto tipo. En la *Historia verdadera* esta variabilidad es presupuesta y recelada, tal como se explicita en el prólogo al Manuscrito Remón: “Pido por merced a los señores impresores, que no quiten, ni añadan más letras de las que aquí van, e suplan, etc.” (Díaz del Castillo, 2005: 1). Por tanto —y tal como señalaran Gerard Genette (2001),

⁴ Como anota Roger Chartier, “contra una perspectiva espontaneísta que considera a las ideas o las mentalidades huéspedes de los textos como si estos fueran recipientes neutros, es necesario reconocer los efectos de sentido implicados por las formas. Comprender las significaciones diversas conferidas a un texto o a un conjunto de textos no requiere solamente enfrentar el repertorio con sus motivos sino que impone también identificar los principios (de clasificación, organización, verificación) que gobiernan su producción así como descubrir las estructuras de los objetos escritos (o de las técnicas orales) que aseguran su transmisión” (Chartier [1989] 2002: V).

Roger Chartier (1997) y Jacques Lafaye (2002), entre otros—, la percepción de un texto en términos de libro impreso invariable para pensar las producciones escritas del S XVI es un efecto de lectura antes que un hecho que emane de su producción misma.⁵

Para la *Historia verdadera*, dicha inestabilidad es abordada desde una propuesta que tiene en cuenta las variaciones entre manuscritos pero toma como definitiva la edición del Manuscrito Guatemala, que el autor conservó hasta su muerte.⁶ Si bien los textos aquí analizados no han sido escritos para ser oídos o dichos sino, antes bien, leídos (y, en este sentido, *dedicados*, en la certeza de la capacidad de la letra para transmitir el reclamo y constituir la memoria),⁷ suelen establecer una peculiar relación entre *la letra y la voz*, a partir de relaciones intertextuales de disímil filiación. Como desplegamos luego,

⁵ Esto es especialmente perceptible con respecto a las crónicas de tradición indígena, la mayoría de las cuales permanecieron inéditas (es decir, como manuscritos en bibliotecas particulares) hasta fines del siglo XIX. Al respecto, es interesante consultar el volumen I de *Historiografía mexicana*, titulado *Historiografía novohispana de tradición indígena* (Romero Galván 2003) que incluye varios artículos sobre distintos modos de la historia occidental e indígena, desde los códices y pinturas hasta los historiadores mestizos o castizos del siglo XVII. Dos de estas crónicas serán objeto de nuestra investigación doctoral.

⁶ Con respecto a la *Historia verdadera*, compartimos la opinión de José A. Barbón de que el manuscrito que representa la versión última es el Guatemala, y de que el análisis textual debe manejar en cotejo los manuscritos Remón y Guatemala. Quien ha dedicado más trabajos y empeños a la descripción de las características de los textos de Bernal Díaz fue el padre Carmelo Sáenz de Santa María. Sus artículos al respecto son múltiples; los resume y corrige en su "Introducción" a la *Historia verdadera* (1982). En un texto reciente, Sonia V. Rose analiza con mirada crítica la edición de Sáenz de Santa María, concluyendo que "la edición crítica de Sáenz de Santa María presenta, además de los problemas prácticos de manejo, dos obstáculos insalvables. Primero, la presentación, como texto de base, de un *untext* que surge de la reconstrucción, a través de una edición adulterada, de un manuscrito perdido, hecha con criterios no siempre consistentes y a menudo dudosos. Segundo, la invalidación del ms. Guatemala, dándose dos razones que, esperamos haber mostrado, difícilmente se sostienen: el mal estado del manuscrito y su calidad de borrador, por una parte, la imposibilidad de determinar la paternidad de las múltiples correcciones por otra. En cuanto a su calidad de 'borrador', consideramos, al igual que Barbón Rodríguez, que esto aumenta su valor, al contener la 'historia interna del proceso creador de la *Historia verdadera*, como lo había dicho el mismo Sáenz de Santa María" (1999: 392-3). Se sabe de la existencia de otro manuscrito, aun inédito, conocido como Alegría, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.

⁷ Pienso en la naturaleza performativa de la dedicatoria y en su historia que se remonta a la Roma antigua, vinculado al homenaje y al mecenazgo, según lo explica Genette (2001: 106 y sgtes) pero que, en ambos casos (como veremos en el capítulo I) involucra ya la idea del lector y de la impresión del texto, así como del importante personaje que posibilitaría ambos.

se constituyen también a partir de saberes populares (refranes, coplas, dichos) o de la literatura popular (como el romancero o las novelas de caballerías), plasmadas en estrategias retóricas y narrativas, algo especialmente evidente en la *Historia verdadera*.⁸

En términos teórico-metodológicos, en este estudio se adopta una perspectiva diacrónica y comparativa. La perspectiva diacrónica se vincula con el contexto de enunciación y la constitución de la sociedad novohispana y del rol de los encomenderos y la nobleza indígena en la segunda mitad del siglo XVI. Por eso, atendemos a los cambios perceptibles en la escritura en distintos manuscritos de la misma obra o entre distintas obras de un mismo autor, lo cual permite leer transformaciones en intencionalidades, cambios en la conformación de memorias y en la configuración de una primera persona vinculada a las relocalaciones sociales de los encomenderos y los primeros conquistadores.

Si bien dicho contexto solo puede ser leído de modo indicial y, por tanto, fragmentario, seguimos a Stephen Greenblatt cuando sostiene que todo texto vehiculiza cierta energía social que atañe una cosmovisión colectiva (más allá de ideas de 'genio' creador, autor, obra, etcétera, que no se verificarían como tales en estas relaciones). Este concepto le permite aludir a ciertas cosmovisiones identificables solo de forma indirecta, "a través de sus efectos, su manifestación en la capacidad de ciertas huellas verbales, auditivas y visuales para producir, configurar y organizar experiencias colectivas de orden

⁸ Gloria Chicote (2003) analiza estas inflexiones en detalle para el caso de Bernal Díaz, con especial acento en el Romancero y teniendo en cuenta las consideraciones pioneras de Menéndez Pidal.

físico y mental” (Greenblatt [1988]1998: 40).⁹ En la conciencia de un conocimiento incompleto (que excede, claro, la incompletud de toda representación) se propone una lectura de las huellas, los indicios, los detalles, aquello que puede vincular una lectura contemporánea con aquella voz plural “de los muertos” que remite, claro, a la propia voz.¹⁰ Esto implica considerar varias temporalidades: la de las distintas enunciaciones originales, tal como aparecen inscriptas en los textos, y la de la recepción contemporánea, entendida la lectura como acto de producción. Si nadie puede leer por fuera del universo cultural en el que está inmerso, ser consciente de esta ‘grilla cultural’ —para plantearlo en términos de Umberto Eco (1972)— sería el primer paso hacia la construcción de una interpretación válida, siempre sujeta a reconsideraciones y revisiones. Capitalizar esa distancia (como ya lo mostró Claude Levi-Strauss en *Tristes Trópicos* (1955) y Edward Said en sus consideraciones con respecto a Auerbach ([1983] 2002) permite el ingreso de la novedad y la diferencia, actualizando sentidos no necesariamente previstos —aunque sí posibilitados— por el texto.

⁹ Vinculado al Nuevo Historicismo, Greenblatt propone una lectura histórica y cultural de los textos, contemplando la distancia que separa al investigador de su objeto (en nuestro campo específico, no solo quinientos años sino cosmovisiones y experiencias de mundo ya ajenas) pero sin admitir que esta lleve a la inmovilidad o al silencio.

¹⁰ Entiendo el argumento del siguiente modo: ¿no es lo real en su totalidad irreductible siempre a la representación? Acercándonos a la teoría semiótica de Charles Sanders Peirce, nos preguntamos: ¿es preciso abandonar todo *representamen* o es posible, en su defecto, exasperar el análisis de los modos de representación (de la relación entre lenguaje y referente) en la conciencia de que todo objeto se resiste, en buena medida, a la reducción que la define? No obstante, estas textualidades del siglo XVI, leídas desde la actualidad, presentan ciertas especificidades que implican pero exceden la relación entre el *representamen* y su objeto (dinámico).

ii) Estructura de tesis

La tesis está organizada en cinco capítulos que aluden a dimensiones textuales distintas, a partir de las cuales, se analiza el corpus desde una perspectiva contrastiva, enfatizando el trabajo sobre la *Historia verdadera*. Se elige esta "crónica extraña" (Cortínez, 2000) porque se entiende que, en términos discursivos, de tipos textuales, de caracterización de personajes y espacios, entrecruzando tanto recursos tradicionales como novedosos, muestra de modo más exhaustivo y problemático la inflexión en la representación del Nuevo Mundo. El cruce con las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y con la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara intenta no solo reponer un diálogo (explícito o intersticial) sino también evitar algo de su efecto de persuasión. Así, el análisis textual comparativo de las distintas escenas seleccionadas, siguiendo el ejemplo pionero de Ramón Iglesia (1942), busca desmitificar algunos de los lugares comunes de la crítica con respecto al cronista soldado, Bernal Díaz.

Dado que se maneja aquí un concepto restringido del estado de la cuestión (Eco, 1990; Dalmaroni, 2004), no se le destina un capítulo específico sino que se incluyen en el cuerpo del texto o en nota al pie las referencias o consideraciones teóricas específicas, de acuerdo con las necesidades del análisis.

En "El discurso" se analizan las tipologías textuales, preocupación central de la crítica con respecto a las crónicas de Indias en el archivo americano. Esto importa en función del debate entre lo que pervive y lo que se presenta como novedad, a la forma en que las distintas textualidades muestran posibilidades y límites de cosmovisiones y roles sociales. Se busca así

sistematizar heterogéneos acercamientos al concepto de "historia" tal como se presenta en la *Historia de la conquista de México* y en la *Historia verdadera*, con especial atención a las particularidades retóricas del texto de Gómara, por un lado, y al planteo memorialista de Bernal Díaz, que excede el reclamo económico para entrecruzarse con la narración, la experiencia y la constitución de una voz propia, a medida que avanza el proceso de escritura. Algunos fragmentos de estas crónicas pueden ser caracterizados también como *relato de viaje*, aprovechando las posibilidades de la hibridez genérica de la *Historia verdadera* para el análisis de los desplazamientos en la percepción del *otro* y en la conformación del *yo*. Esta mirada, que anuda tipo discursivo y colocación del enunciador, permite entrecruzar el primer capítulo con el segundo y el tercero, donde se analiza la cuestión del sujeto de la enunciación y la configuración de sujetos y objetos, entendidos como *personajes* de una historia que hace convivir descripción, viaje, conquista, suspenso, intriga, épica, conquista, dominio, muerte.

En "El sujeto ante la escritura", se alude al sujeto de la enunciación en relación con la autoría y la conformación de un nuevo espacio textual vinculado al placer del relato. También se analiza la escritura de la historia y la colocación del enunciador en tanto historiador en la *Historia de la conquista de México*. Ese contraste permite indagar los motivos por los cuales la configuración de la primera persona en la *Historia verdadera* resulta novedosa con respecto a la historiografía-biografía que propone la *Historia de la conquista de México* (Cazés, 2007). Interesa en especial mostrar de qué modo el detalle se entrelaza con la experiencia de la corporalidad para configurar la autoacreditación de un *yo* que se siente dueño de su voz y legítimo portador de

la memoria de todos los soldados. Además, se atiende a la incidencia cultural de estos textos, a los modos en que fueron leídos, a la certeza de la relación entre representación textual (jurídica e histórica) y realidad, que llevó a la prohibición de la reimpresión de las *Cartas de relación*, de la *Historia de la conquista de México* y a la impresión muy tardía de la *Historia verdadera*, una vez fallecido su autor.

En “Sujetos y objetos: narrar la alteridad”, se analizan las figuras de cautivos y traductores y se alude a los momentos de mezcla, comunicación y traducción y a las distintas colocaciones de los sujetos: los intérpretes españoles o indígenas, Malinche como traductora privilegiada. Esta zona permite mostrar de qué modo el cruce, entendido como contaminación desde la perspectiva de los conquistadores, amenaza las fronteras de la identidad y marca los incipientes trazos sobre los cuales se erige la Nueva España.

En “Sujetos y cuerpos: memorias de batalla”, nos centramos en la representación del *otro* indígena, percibido en términos de colectivo aliado o enemigo, a partir de la representación de la corporalidad en la batalla. Para ello, seleccionamos ciertas escenas de batalla de acuerdo con una periodización en dos momentos: las primeras escaramuzas (reconocimiento, sorpresa, negociación, conformación de aliados y enemigos), por un lado; las luchas en Tenochtilan y la Noche Triste, por otro. Es decir, las distintas representaciones del indígena y del *nosotros* guerrero en el triunfo y en la derrota. Se omite aquí un apartado específico acerca de Cortés o de Motecuhzoma como personajes, ya que este aspecto ha sido transitado por la crítica. En los distintos ejes se despliegan las representaciones de ambos, atentos a inflexiones y cambios ya que la identidad solo es comprensible en

términos relacionales, no absolutos. En esta línea, la caracterización de los habitantes originarios de México remite al memorial de batalla y al indígena como colectivo, en un esfuerzo por iluminar la forma en que su organización social y política es presentada. En cualquier caso, Motecuhzoma reaparece en el capítulo siguiente, intrínsecamente unido a su ciudad, tal como ocurre con Cuathémoc, el último *tlatoani*, en la defensa, el sitio y la caída de Tenochtitlan.

Por último, "Historia de las ciudades": comenzamos por el análisis de la representación de las primeras ciudades españolas e indígenas —Villa Rica de la Vera Cruz, Cempoala, Cholula— para mostrar de qué manera la mirada acerca del espacio urbano es un proceso que se conforma en la escritura y en el relato. Se explora esta veta anudando representación discursiva de las ciudades, desplazamientos en el territorio, contextos de enunciación y modos de narrar. Confluyen aquí las hipótesis con respecto al viaje, el impacto de las ciudades asociadas a la civilización o bien a la naturaleza, el recuerdo de la ciudad destruida, también la nostalgia, presentada de modo explícito en la rememoración de la *Historia verdadera*. Especial análisis se la dedica a Tenochtitlan, a partir de la contraposición entre la entrada a la ciudad victoriosa y la caída de la ciudad arrasada, enfatizando la antítesis que organiza su representación.

Concluye Stephen Greenblatt el citado artículo señalando un deseo, un error y un descubrimiento: "soñé con hablar con los muertos, y ni siquiera ahora renuncié a ese sueño. El error fue imaginar que iba a oír una sola voz, la voz del otro. Para oír una sola voz tenía que oír las múltiples voces de los muertos, y *para oír la voz del otro tenía que oír mi propia voz*" (Greenblatt [1988] 1998: 58). No obstante, la propia voz es múltiples voces, entramadas en otras

lecturas de disciplinas y objetos diversos. En distintos contextos, la lectura crítica puede ser también una apuesta utópica en la conciencia de la incompletud de toda representación y de la injusticia de todo enunciado que busca aprehender el pasado. Retomando las afirmaciones de Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos*, también creemos que "aquella cultura fue destruida. Respetar en ella el residuo de indescifrabilidad que resiste todo tipo de análisis no significa otra cosa que dar fe de una mutilación histórica de la que, en cierto sentido, nosotros mismos somos víctimas. 'Nada de lo que se verifica se pierde para la historia', recordaba Walter Benjamin, mas 'sólo la humanidad redenta toca plenamente su pasado'. Redenta, es decir, liberada" (Ginzburg [1978] 1991).

Capítulo I: El discurso

Gran cielo malva y en el fondo azulea
la tierra prometida por los muertos. Será
bosque sólo plantado para cortar madera
y campo de cultivo que alimente no sus
bocas, las nuestras.
Pero ante todo el oro,
piedra color de sol que es el color de Dios.
Y sobre esta piedra
fundaremos el Nuevo Mundo.

JOSÉ EMILIO PACHECO, "La llegada"

I.a Nombrar, ordenar, definir

Las crónicas de nuestro corpus forman parte del archivo americano,¹¹ y se suman a un canon que tanto la literatura como la historia reclaman para sí, en un debate que data de la primera mitad del siglo XX, reavivado con la conmemoración del V Centenario. Acorde con la mecánica con la que se desarrolló la conquista (aunque no sin dificultades, como en el caso del capitán Hernán Cortés, el historiador Francisco López de Gómara o el soldado-encomendero Bernal Díaz), durante siglos, las voces occidentales configuraron el relato de una América que fue también una invención vinculada al deseo de un espacio utópico y fantástico.¹² En México, dicho canon se ha ampliado con las crónicas de tradición indígena, en virtud del trabajo pionero de Ángel María Garibay y de su discípulo, Miguel León Portilla.¹³ Estos "redescubrimientos" nos

¹¹ Trabajo con la noción de "archivo" definida por Michel Foucault en *Arqueología del saber* (2000), quien lo entiende como forma moderna del mito, vinculada en su origen al discurso legal. Con esto como premisa, el latinoamericanista Roberto González Echevarría articula mito, origen y literatura, y afirma que "el Archivo es una forma de comienzo. El mito moderno revela la relación entre el conocimiento y el poder como la contienen todas las ficciones anteriores acerca de América Latina, el andamiaje ideológico que sustenta la legitimidad del poder desde las crónicas hasta las novelas actuales" (2000: 22). Instalada en el contexto americano, la noción de "archivo" adquiere un nuevo sentido, vinculado a la novedad del llamado "Nuevo Mundo" tanto como a imaginarios y formas del poder previos.

¹² Desde una perspectiva fenomenológica del discurso histórico, en *La invención de América* Edmundo O'Gorman se propone "reconstruir la historia de la idea de que América fue descubierta" ([1958] 2004: 17), basada no en la certeza de Colón sino en las lecturas históricas posteriores. Para ello, el historiador coloca el proceso colombino en el horizonte cultural de la época, lo cual le permite afirmar que, dadas las nociones de "universo", "*orbis terrarum*" y "*ecumene*" predominantes, nada como América tenía entidad siquiera imaginaria. "Real, verdadera y literalmente América, como tal, no existe. [...] Colón, pues, vive y actúa en el ámbito de un mundo en que América, imprevista e imprevisible, era en todo caso mera posibilidad futura, pero de la cual ni él ni nadie tenía idea ni podía tenerla" (2004: 79). En verdad, la imagen de América es producto de un gradual proceso de asimilación y de construcción discursiva del "descubrimiento", en especial a partir de los textos de Vespucio, Las Casas, Fernández de Oviedo y López de Gómara. Más recientemente, José Rabasa ha reformulado esta tesis en su libro *Inventing America* (1993). Volviendo sobre los términos "descubrimiento" e "invención", Rabasa propone un acercamiento semiótico y cultural a la invención de América, entendida en términos de la invención de un *otro* y de una identidad propia. Excede así la perspectiva fenomenológica para proponer un análisis semiótico-cultural de los textos historiográficos españoles, en la huella de Michel de Certeau y Marcel Detienne.

¹³ Véase, en especial, la *Historia de la literatura náhuatl* ([1953] 1992) del primero, y *La visión de los vencidos* (1959), del segundo. No obstante, es preciso recordar que, en México, la recopilación de relatos indígenas previos a la conquista y de textos posteriores escritos por

habilitan a leer otros diálogos, en la confrontación de textos distantes, temporal o espacialmente. Así, la perspectiva del soldado, el fraile o el capitán puede cotejarse con la visión de testigos y actores directos o con la memoria indígena y los relatos guardados por sus descendientes.¹⁴ En este cruce, la pregunta por la identidad cobra dimensiones inéditas, a partir de mestizajes, enfrentamientos y disímiles filiaciones.¹⁵

Quien selecciona algunos de estos textos como eje de su investigación se encuentra en el cruce de tradiciones, en la disputa por la composición del canon hispanoamericano.¹⁶ Se trata de atender a la "dimensión histórica" de estos textos, a su articulación material y cultural, sin desatender los aspectos

indígenas ha sido muy ardua debido al sistemático proceso de expropiación y destrucción al que se vieron sometidos ya durante la conquista y en los primeros años de la colonización. Con respecto a los códices, soldados, evangelizadores, funcionarios civiles y religiosos participaron de esta "empresa" destructora, en la medida en que textos, libros, historias, cantares eran considerados idolatrías u obras del demonio. (Al respecto, véase el detalle que propone Carlos Martínez Marín en "El registro de la historia", 2003.) Serge Gruzinski realiza un pormenorizado análisis de la sistemática destrucción tanto como de negociaciones, resistencias y adaptaciones que conforman lo que este historiador denomina "la red desgarrada" (1995: 23). Estos procesos, de compleja articulación, condujeron a la "colonización de lo imaginario", concepto con el cual Gruzinski caracteriza el proceso de occidentalización de las sociedades indígenas mesoamericanas en los siglos XVI al XVIII.

¹⁴ Este cruce es objeto de mi tesis doctoral, donde se comparan y articulan los textos de Bernal Díaz y Hernán Cortés con las *Obras históricas* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo.

¹⁵ El término "mestizo" tiene una larga y conflictiva tradición en todo el continente. Entre los trabajos clásicos, Ángel Rosenblat analizó los problemas del mestizaje en *La población indígena y el mestizaje en América* (1954); Ruggiero Romano brinda una crítica mirada acerca del mestizaje como estrategia de conquista en *Los conquistadores* (1978). Entre los trabajos más recientes, tengo en cuenta las precauciones que Salvador Velasco (1996) toma frente al término "mestizo", categoría que ha tendido a diluir tensiones y diferencias en una supuesta síntesis. En cambio, adscribo a la noción de "mestizaje" tal como es planteada por Serge Gruzinski en *El pensamiento mestizo*: "Utilizaremos la palabra mestizaje para designar las mezclas acaecidas en el siglo XVI en suelo americano entre seres, imaginarios y formas de vida surgidas de cuatro continentes. [...] No se trata de definir la "naturaleza" de los mestizajes sino de extraer los mecanismos de construcción que intervienen en una situación histórica marcada por relaciones de fuerza de tipo colonial" (2000: 62-3). Experiencia que pone el acento en la colonialidad del poder así como en un proceso de occidentalización que atañe a cuatro continentes.

¹⁶ Con respecto a los textos que conforman el "canon" de la literatura latinoamericana, Susana Zanetti (2000) apunta las dificultades de definirlo debido a los problemas de edición de textos y delimitación de parámetros genéricos u otras categorías, difusas en el caso latinoamericano, como la de "literatura nacional".

retóricos y formales. Por eso, buena parte de los esfuerzos de la crítica han consistido en clasificaciones que ordenan, indican un camino, establecen jerarquías, continuidades, centralidades, periferias. En términos generales, las principales tipologías se centran en el enunciador-narrador o bien en el referente, ambos entrecruzados con la problemática de los tipos discursivos.¹⁷

Con respecto a la colocación del enunciador-narrador, varias caracterizaciones aluden a la etnicidad del autor (Esteve Barba, 1964); otras, al acceso directo e indirecto a la información (Mignolo, 1981).¹⁸ Desde otro ángulo, Martín Lienhard (1982) tiene en cuenta las diversas tradiciones en las que cada enunciador y cada crónica se inscriben; define entonces la crónica europea, la crónica (mitológica) indígena y la crónica mestiza. Consideraciones más recientes como las de Elena Altuna (2002), Blanca López de Mariscal (2004) y Jimena Rodríguez (2008) emparentan crónica y relato de viaje, presentado al narrador como viajero, expedicionario y conquistador.¹⁹

En relación con el segundo eje, son crónicas *de Indias* puesto que las engloba un referente común, el Nuevo Mundo. Ello "implica un criterio cronológico-ideológico" (Mignolo, 1982: 58) que delimita el campo entre los

¹⁷ Sigo aquí a Walter Mignolo, quien define los tipos discursivos en referencia a "situaciones comunicativas dialogales naturales", y los diferencia de los tipos textuales, caracterizados a partir de "situaciones comunicativas institucionales", siempre de acuerdo con una primera distinción entre texto y discurso (1981: 361).

¹⁸ En su ya clásico manual *Historiografía indiana* (1964), Francisco Esteve Barba ordena los textos que componen el corpus historiográfico de Indias por la pertenencia de sus autores, lo cual indica una toma de posición con respecto a la autoría, a la historia como formación discursiva, a la definición identitaria de los sujetos. Clasifica los textos como pertenecientes a "historiadores soldados-conquistadores", "historiadores humanistas/frtailes", "historiadores indios", "historiadores mestizos" ([1964] 1992: 13). Por su parte, Walter Mignolo en su trabajo "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana" (1981), caracteriza a los enunciadores de textos históricos en relación con el criterio de verdad historiográfico (en sus modalidades de *verdad del dictum* y *verdad del re*).

¹⁹ Estas perspectivas se despliegan en el apartado 1.c.2 de este capítulo (p. 36) y en el capítulo II, "El sujeto ante la escritura" (p. 40 y ss.). Baste decir aquí que destacan el relato de viaje como articulador de buena parte de las crónicas de Indias.

primeros momentos de la conquista y la *era de las independencias*, en el siglo XIX.²⁰ Incide aquí la nominación como forma de apropiación: de “las Indias” o el “Nuevo Mundo” al concepto decimonónico de América Latina o Latinoamérica.²¹ Para Mignolo, este corpus constituye una unidad y se define en términos de una “familia textual”, noción que permite enfatizar semejanzas y deslindar diferencias (1982: 58).²²

Estos textos son organizados en tres grandes grupos: cartas relatorias, relaciones e historias. Mientras que cartas e historias presentan una estructura retórica más definida, vinculadas a tradiciones que se remontan hasta la Antigüedad, las relaciones tienen “el sentido específico de ‘relato/informe’ solicitado por la Corona” (Mignolo, 1982: 70). Siguen un modelo determinado, aunque en constante ajuste y reestructuración de acuerdo con el desarrollo de la conquista y las necesidades de administración del imperio.²³ Los textos que constituyen nuestro corpus se incluyen en alguna de estas tres categorías, a veces de modo más acotado y riguroso, como en el caso de las historias

²⁰ Parafraseamos los sintagmas acuñados por el historiador inglés Eric Hobsbaum en su trilogía acerca del siglo XIX: “la era de la revolución”, la “era del capital”, la “era del imperio”.

²¹ La nominación como forma de apropiación simbólica del objeto, sujeto o espacio designado es un problema habitual en el análisis de estas crónicas. Volveremos sobre las principales perspectivas al respecto en el capítulo V, “Escribir y conquistar: historia de las ciudades” (pp. 168 y ss.).

²² En “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista”, Walter D. Mignolo enuncia un problema tipológico concebido en dos planos: una instancia vinculada a la formación textual; otra, a los tipos discursivos. La primera “pone de relieve lo tipológico en el carácter ‘literario’ o ‘no literario’ de los escritos sobre el descubrimiento y la conquista” (1982, 57). Aquí se juegan adscripciones disciplinares (literatura, historia, filosofía), concepciones acerca del “valor” estético de estas crónicas o bien de su valor de verdad o su conformación testimonial; lecturas que enfatizan el contexto (cultural y social) de producción de estas crónicas *versus* otras que exigen atender a la polisemia que las lecturas contemporáneas pueden extraer de estas textualidades. La segunda instancia “presenta un nivel clasificativo interno en el cual debe considerarse a qué tipo pertenecen los discursos actualmente –y en su generalidad– entendidos como ‘crónicas’” (1982: 57).

²³ Por eso afirma Mignolo que “en tanto que la carta por un lado y la historia por otro tenían una tradición y los que emprendían esta tarea, directa o indirectamente, la implicaban; las relaciones, por el contrario, se presentan como ajustadas a un modelo creado sobre la marcha (de lo cual testimonian los sucesivos ajustes del cuestionario) y basado sobre las necesidades que brotan de la información que se desea obtener” (1982: 73).

gomarianas, o de manera más laxa, como la *Historia verdadera*, esa "crónica extraña", en la caracterización de Verónica Cortínez (2000).

I.b) Cartas, relaciones, historias

Las cartas relatorias "relatan con cierto detalle un acontecimiento" y conciben a la escritura como obligación (Mignolo, 1982, 59).²⁴ Entrelazan desplazamiento, descubrimiento, conquista y escritura en una actividad en la que esta última adquiere progresiva relevancia como herramienta de reclamo, consolidación de posiciones sociales y configuración de las primeras imágenes europeas del Nuevo Mundo. En el corpus que nos ocupa, las cartas de Hernán Cortés (al menos las tres primeras) constituyen las imágenes fundantes de la Nueva España y moldean todo un espacio de *imaginación del Nuevo Mundo*. En las *Cartas de relación*, el narrador pone en escena el relato-informe (con sus inflexiones vinculadas a la intensidad de la experiencia y de la escritura), aprovechando la relación comunicativa que toda carta convoca. Se destaca en ellas la estrecha vinculación entre epístola y retórica, donde prima la búsqueda de legitimación tanto como la persuasión y seducción del destinatario.

Este vínculo con la retórica puede ser pensado en la tradición de la epístola y con respecto a las necesidades propias de las crónicas de Indias. En

²⁴ Por cierto que la escritura es mandato explícito de las autoridades. Los Reyes Católicos encargan a Colón "facer memoria de todas las dichas islas, y de la gente que en ellas hay, y de la calidad que son, para que de todo nos traigáis entera relación" (Fernández de Navarrete, 1945: 370; citado en Mignolo, 1982). Diego de Velázquez manda a Cortés trabajar "con mucha diligencia e solicitud de *inquirir e saber el secreto de dichas islas e tierras*, y de las demás a ellas comarcas y que Dios Nuestro señor haya servido que se descubrieran e descubrieren, así de la maña e conversación de la gente de cada una dellas en particular como de los árboles y frutas, yerbas, aves, animalicos, oro, piedras preciosas, perlas, e otros metales, especería e otra cualesquiera cosas, e de todo traer relación por ante escribano" (*Documentos cortesianos*, tomo I, 1993: 48; subrayado nuestro). La crítica de esta concepción de la escritura como obligación y actividad secundaria se realiza en el capítulo II, "El sujeto ante la escritura", puntualmente en el apartado II.e, "*Historia verdadera: orígenes y comienzos*" (p. 68 y ss).

el primer sentido, *dispositio*, *inventio* y *elocutio* definen la estructura de las cartas cortesianas, están en consonancia con la preceptiva que delimita un estilo caracterizado por el orden, la brevedad –entendida en términos de adecuación y justeza de lo relatado– y la correcta composición del texto. A eso se deben latinismos y sintaxis latina que las pueblan (Alcalá, 1950; Frankl, 1962), también el férreo control sobre la materia narrada, que se evidencia en los comentarios metatextuales acerca de lo que se incluye y lo que se elide, en virtud de la relevancia del destinatario y de la escritura como mandato. “Me esforzaré a decir a Vuestra Alteza lo menos mal que yo pudiere la verdad y lo que al presente es necesario que Vuestra Majestad sepa” (Cortés, 1993: 161).²⁵ A ello se suman ciertos rasgos vinculados al discurso legal,²⁶ y un estilo “sobrio, sereno, escueto” (Iglesia, 1942: 39).

El segundo eje, que atañe a la especificidad de las crónicas de Indias, concibe la dicotomía literatura-historia como una falsa antítesis. Plantea una mirada ajustada en lo contextual, atenta a las sutilezas ilocucionarias de cada texto. Roberto González Echevarría lo explica del siguiente modo:

“Las crónicas –o lo que consideramos crónicas– son un amasijo de textos que van desde la relación hasta la historia, pero que incluye también la carta, el memorial, el comentario y hasta la visitación. Hay, por lo tanto, que tomar en cuenta qué ‘cree’ cada texto que es, cómo se despliega en relación con un modelo virtual. La riqueza de las crónicas se encuentra precisamente en la variedad de formas que surgen de las posibilidades que la retórica de la época ofrecía, y cómo éstas se entremezclaban o

²⁵ Y también: “Y trájeles a la memoria todo lo demás que contra mí habían fecho y otras muchas cosas que por no dar a Vuestra Alteza importunidad dejo” (Cortés, 1993: 184).

²⁶ Delgado Gómez destaca las composiciones “*porque* + verbo principal”, que indican una subordinación causal, “cuando se trata de justificar una decisión importante, detallando las diversas causas que confluyen para ello, típico reflejo del estilo legal” (1993, 44). También apunta las construcciones de “*dicho* + sustantivo o nombre propio”, que identifican al responsable de cada hecho o enunciado.

alteraban, según las circunstancias sociales y culturales de cada cronista" (1984: 155).

Enfatizar estas colocaciones retóricas implica abrir el juego (la mirada, el oído) a otros discursos, como el legal y notarial, tan importantes en la conquista (ya a partir del requerimiento) y en la prosa cortesiana.²⁷ Implica también tener en cuenta el segundo término del sintagma: estamos, como señalamos al comienzo, frente a cartas *de relación*. En consonancia con su objetivo, el enunciador de las cartas cortesianas se refiere a su texto llamándolo "relación", a través del cual remite a las acepciones de *informe* vinculado al mandato de "inquirir e saber el secreto de aquellas tierras e islas". Esta orden de "saber el secreto" se hace carne en el capitán y funciona como argumento válido del desplazamiento, el rescate y la conquista. Organiza también inclusiones y exclusiones en la trama: cuando se acercan al volcán Popocatepétl, admirados y asustados a un tiempo, detienen el avance hacia Tenochtitlan. Ese instante tiene su correlato en la escritura, que hace lugar a la digresión:

²⁷ La vinculación entre las cartas cortesianas y el discurso notarial y legal ha sido subrayada desde hace tiempo por la crítica y la historia. Empero, muchas de estas afirmaciones se deben al énfasis en elementos autobiográficos y en afirmaciones (hoy descartadas) acerca de sus estudios universitarios en Salamanca. Ángel Delgado Gómez explica que Cortés sólo dedicó dos años a un estudio (poco sistemático) de leyes y al trabajo en el ámbito notarial en España. Sostiene en cambio que la formación legal de Cortés debe haberse producido durante sus años *silenciosos* en América, antes de encarar la expedición hacia tierras mexicanas. Otro trabajo fundamental es "The Mental World of Hernán Cortés" de John H. Elliott (1967), quien dilucida el sustento de muchas de las influencias adjudicadas a Cortés. Puesto a detallar las influencias iniciales en el "mundo mental cortesiano", Elliott pasa revista a las referencias a la Biblia, a las citas en latín y al código de las *Siete Partidas*, ya analizado por Víctor Frankl en su clásico "Hernán Cortés y la tradición de las *Siete Partidas*" (1962). Con mirada aguda nota que el uso que el cronista hace de estos textos es poco extendido y no demasiado profundo y deduce que, más que dar cuenta de una educación letrada, estos saberes están dentro de lo esperable para un hidalgo castellano de la época: el Nuevo Testamento, el código de Alfonso X –de donde pudo haber tomado las referencias a Aristóteles, por ejemplo– y las novelas de caballerías. La singularidad de Cortés radica en su capacidad para hacer uso de ellos y mostrar una imagen de sí ligada a la *alta cultura*.

“Que a ocho leguas deste ciudad de Churutecal están dos sierras muy altas y muy maravillosas, porque en fin de agosto tienen tanta nieve que otra cosa de lo alto dellas sino la nieve se parece. [...] Y porque yo siempre he deseado de todas las cosas desta tierra poder hacer a Vuestra Alteza muy particular relación quise ésta que me pareció algo maravillosa saber el secreto” (Cortés, 1993: 198).

Maravilla, curiosidad, placer: todo es posible en un desplazamiento que no pierde su centro ni su objetivo al detenerse sino que funda la decisión en la certeza de experiencias inigualables, aprehendidas a partir del tópico de lo nuevo-maravilloso. En la textualidad epistolar, este tipo de instancias descriptivas, reflexivas, metatextuales estructuran una particular relación con el destinatario, el rey, y organizan estrategias retóricas de seducción, persuasión o llamado de atención.²⁸

Todo adquiere otras inflexiones cuando avanzamos en nuestro corpus hacia la autodefinición de la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara y la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. De contornos genéricos más claramente delineados en el caso de la primera, o de cierta ambivalencia entre historia y relación en el caso de la segunda, ambas enfatizan su colocación en el campo historiográfico en términos de formación discursiva a la que afirmar o discutir.²⁹

²⁸ En *Discurso narrativo de la conquista de América*, Beatriz Pastor dedica un capítulo a la figura de Hernán Cortés, cuyas *Cartas de relación* se presentan como claros ejemplos de lo que ella llama “la creación del modelo de conquistador” (1983). En ella, Pastor lee las estrategias de ficcionalización que sostienen un plan político y personal formulado de manera consciente (si bien no explícita). Por otra parte, esta relación es analizada en el capítulo siguiente, “El sujeto ante la escritura”, en especial en el apartado II.c.2, “Desplazamientos: Hernán Cortés signatario y autor” (p. 53 y ss).

²⁹ Edward Said retoma de Foucault la noción de “formación discursiva” en *Orientalismo* (1978), libro en el que trabaja con un concepto de discurso, ligado a cuestiones de poder y control, en el marco de decisiones y formaciones institucionales, sociales y políticas. Esta filiación teórica resultará central para dar cuenta de ciertos usos discursivos (en textos ficcionales del S XIX mayormente) que tienen un correlato empírico en las relaciones Oriente-Occidente.

En tanto tipo discursivo cuyos orígenes se remontan a Heródoto, la historia implica “ver o formular preguntas apremiantes a testigos oculares” y se entiende como “el informe de lo visto o lo aprendido” (Mignolo, 1982: 75). En un primer momento, carece del componente temporal –que pertenece a la crónica–,³⁰ aunque luego lo incorpora, acentuando asimismo el buen decir, la historia como textualidad con finalidad clara, las relaciones causales. A partir de allí, se articula la *trama*, donde confluyen discurso de la historia y discurso narrativo, en función de un modo de organización y otorgamiento de un sentido específico a los acontecimientos (White, 1992: 34). Para White, estos acontecimientos no son verdaderos por haber ocurrido: su valor de verdad radica en la posibilidad de ser representados (y recordados), y en el sentido que el discurso histórico les confiere al construirlos como referente.

Al mirar nuestro corpus desde esta perspectiva, volvemos a encontrarnos en la encrucijada entre el “discurso de ficción (imaginario) y el discurso histórico (referencial)” (López de Mariscal, 2004: 14). Ahora bien, esta encrucijada cambia de sentido si concebimos el “‘discurso de lo real’ –en el cual podría incluirse la historia– en relación con ‘el discurso de lo imaginario’ o el ‘discurso del deseo’” (White, 1992: 35). Lo interesante en estas formulaciones es que dichos planos no se presentan como contrapuestos sino que se entrelazan en *el deseo de lo real*. Así, el discurso histórico “hace deseable lo real, convierte lo real en objeto de deseo y lo hace por la imposición, en los acontecimientos que se representan como reales, de la coherencia formal que poseen las historias” (White, 1992: 35). Deseo, realidad,

³⁰ Esta característica ha sido ampliamente señalada y comentada. Véase, entre otros, Enrique Pupo-Walker (1982) para textos latinoamericanos y Hayden White (1991) para consideraciones historiográficas de índole más general.

coherencia, sentido: sintagmas que soportan la escritura en las crónicas, y encuentran su legitimación en la historia como formación discursiva.

Señala Michel de Certeau que la escritura de la historia es una "práctica ambiciosa, activa, incluso utópica, ligada al establecimiento continuo de campos 'propios' donde se inscribe una voluntad en términos de razón" ([1978] 1993: 19). Por eso, se define como una heterología (estudio sobre el *otro*) que es también un estudio sobre sí mismo; define también un modo del yo historiador que construye su autoridad (su lugar propio) en virtud de lo excluido. Escritura-control-modelo-conformación del enunciador: estos son los ejes de la polémica que el término "historia" convoca.³¹ En nuestro corpus, adquiere especial relevancia puesto que define los textos ya desde el paratexto (*Historia general de Indias, Historia de la conquista de México, Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*) y establece las coordenadas de la polémica entre Bernal Díaz y Francisco López de Gómara.³²

Numerosos críticos se han preguntado acerca de la naturaleza de la relación histórica en los siglos XVI y XVII;³³ la mayoría coincide en afirmar que

³¹ Desde el siglo XVI en Occidente la historia está unida a la escritura. Así, para Michel de Certeau, la escritura de la historia es "el símbolo de una sociedad capaz de controlar el espacio que ella misma se ha dado [...], de transformar la tradición recibida en un texto producido; en resumen, de convertirse en página en blanco que ella misma pueda llenar" ([1978] 1993: 18).

³² La *Historia verdadera* ha sido planteada por su autor como producto del disgusto y airada respuesta a la versión de Gómara. En los cruces y embates que a lo largo de todo el libro le dedica, se ven con claridad no sólo las justificadas críticas sino también un malestar acentuado que hace pensar en motivos subyacentes. Si bien es cierto que en el eje de la polémica se halla una diversa concepción de la historia así como una clara contraposición entre testimonio y retórica, también lo es que otras razones pueden estar permeando esta disputa. Entre ellas, según Rolena Adorno (1988c), una velada polémica con fray Bartolomé de Las Casas, directa o a través de las referencias a Gómara.

³³ En un texto pionero y fundamental para comprender a nuestros cronistas, *Cronistas e historiadores*, Ramón Inlesia comenta: "Al titular nuestra obra *Cronistas e historiadores*, seguimos la denominación corriente. En el siglo XVI no se establecía distinción bien precisa entre los dos términos. Y aún hoy el hacerla es más difícil de lo que parece. Las *Cartas de relación* de Hernán Cortés forman una crónica de la conquista, pero la amplitud de visión del conquistador le da una altura que no tienen muchas historias" ([1942] 1972: 13).

la historiografía europea se hallaba en un momento de transición, que las crónicas contribuyeron a profundizar. Es que, en el centro de esta poderosa escritura se encuentra la disputa por el concepto de "verdad". Una verdad problemática porque se enfrenta, en primer término, a las distintas nociones historiográficas de la época y, en segundo término, a la tensión experiencia-saber. Remitimos así a otro concepto crucial, la *experiencia*, alrededor de la cual se organizan debates acerca de los nuevos modos de conocimiento; también la textualidad tramada en el recuerdo, en especial en la *Historia verdadera*.

Los más importantes historiadores coinciden en caracterizar la relación experiencia-discurso como piedra de toque de la modernidad de estas crónicas; la acreditación del narrador (conquistador-soldado) depende de ella. Se trata de discutir modelos de conocimiento basados en las autoridades y de sustituirlos por la experiencia de lo "visto y lo vivido", sintagma que no casualmente se reitera una y otra vez en nuestro corpus.³⁴ Pero se trata también de ser *testigo de vista*, es decir, de *testimoniar*. La primera persona se conforma entonces en la capacidad de transmitir esa experiencia, articulándola en una trama que le dé sentido.

Por eso, es paradigmática la puesta en escena que propone la *Historia verdadera* en su capítulo XVIII, titulado "De los borriones y cosas que escriben los coronistas Gómara e Illescas acerca de las cosas de la Nueva España"

³⁴ Si el criterio de *lo visto y lo vivido* se remonta a la Antigüedad clásica, como argumentó Victor Frankl (1963), la conquista del Nuevo Mundo actualizó la acreditación de lo dicho a partir de la propia experiencia, aunque ésta "no es todavía una observación sistemática y metódica sobre la base de un conocimiento comprobable, sino tan sólo el conocimiento que resulta de la praxis cotidiana de los individuos" (Maravall, 1986: 438). Este problema, en relación con la *Historia verdadera*, se analiza en el próximo capítulo, II.e, "*Historia verdadera: orígenes y comienzos*" (p. 68 y ss).

(2005: 45). Allí particulariza esta contraposición de modos del saber, dramatiza también un nuevo modo de la autoridad, basada en la decisión individual.³⁵

Volvamos entonces sobre este capítulo, que despliega los principales argumentos del cronista soldado-encomendero.

“Estando escribiendo en esta mi corónica vi lo que escriben Gómora e Illescas y Jovio en las conquistas de México y Nueva España, y desde las leí y entendí y vi en de su policía y estas mis palabras tan groseras y sin primor, dexé d’ escribir en ellas estando presentes tan buenas istorias” (2005: XVIII-45).

Lo que detiene la pluma de Bernal Díaz no es el olvido ni la dificultad ni la duda, como no lo han detenido en el pasado las flechas enemigas ni el temor al sacrificio humano o a la muerte. Lo detiene el saber letrado de otros cronistas que, si bien no enuncian desde la experiencia, hacen suyos testimonios que, plasmados a través de una retórica y un saber culto, constituirán la perspectiva privilegiada acerca de la conquista española. Sin embargo, si le creemos al cronista, debemos pensar que esta lectura también le permite recomenzar con renovados bríos. Leemos en la *Historia verdadera*:

³⁵ José Antonio Maravall destaca este énfasis en el individuo (y en sus capacidades pragmáticas) como una de las características del hombre renacentista. Articula a partir de allí individuo y experiencia y afirma que “este individualismo va de lo religioso a lo científico, a lo económico y jurídico, hasta las manifestaciones más banales de la vida social. El yo tiende a colocarse en el centro de todo el sistema, presagiando una a modo de revolución copernicana que quedará consumada en la filosofía de Descartes. Pero desde el siglo XVI tiende a situarse como punto de partida, como instancia de comprobación, como centro de imputación de todo sistema de relaciones, con Dios, con el mundo, con los demás hombres. Así la experiencia personal se convierte en la suprema autoridad o, por lo menos, en la comprobación de la verdad más eficaz y máximamente convincente que ese yo individualista puede reconocer” (2001, 57).

“Que después de bien mirado todo lo que aquí e dicho, que es [to]do burla lo que escriven acerca de lo acaecido en la Nueva España, torné a proseguir mi relación, porque la verdadera pulcía y agraciado conponer es dezir la verdad en lo que e escrito” (2005: XVIII-47).

La polémica se despliega de modo directo y explícito.³⁶ Ahora bien, ¿cuáles son los recursos formales que usa Bernal para interpelar al “curioso lector” (2005: 3) y volcar la balanza a su favor? En principio, una arraigada retórica de la falsa modestia: se llama a sí mismo “bruto y sin letras”, o se queja de su falta de “latines” y “retórica hermoçada” (2005: 2). De inmediato, la justificación y la revancha: su historia no será tan encumbrada en lo formal pero será verdadera frente a las ‘mentiras’ de otros cronistas. “Y otra cosa veo: que para que parezca su verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone es muy al revés, por más buena retórica que en el escribir ponga” (2005: XVIII-

³⁶ De hecho, al emblemático capítulo XVIII se suman profusas referencias, en la mayoría de los capítulos: “Esto es lo que pasa, y no la relación que sobre esto dieron al coronista Gómara” (1944: 151), o “Dejemos al Gómara y a su mala relación” (1944: 62) o “y de esta manera que he dicho se hubo Aguilar, y no de otras, como lo escribe el cronista Gómara; y no me maravillo pues lo que dice es por nuevas” (1944: 80). Sin embargo, al cotejar ambas versiones se verifica que ni difieren tanto como Bernal señala ni Gómara está tan errado como el soldado nos quiere hacer creer. Antes bien, comparten rasgos en la estructura y en el estilo, como ya señaló Ramón Iglesia ([1944] 1994), quien fue uno de los primeros en afirmar que los cargos que Bernal esgrime contra Gómara son infundados e incluso falsos. También indicó que la *Historia de la conquista de México* debe haber servido como modelo y ejemplo de escritura para Bernal, más allá de sus diatribas y quejas. En efecto, este libro le permitió encontrar un orden y una estructura a su exposición, lo que se percibe incluso en el título de algunos de los capítulos. Décadas más tarde, Robert Lewis (1986) parte de la afirmación de Iglesia para confrontar los “estilos” de Gómara y Bernal Díaz. Recordemos que Bernal acusa a sus “oponentes” de esgrimir “razones hermoçadas”, “retórica muy subida” o de “usar lisonjas y palabras viciosas”. Sin embargo, el encuentro con el texto de Gómara depara al lector varias sorpresas: hace gala de brevedad y capacidad narrativa, jerarquiza la información de distinto modo y presenta una clara estructura de principio a fin –que condice, es cierto, con la vida de Hernán Cortés y con cierta concepción de la historia y del relato de vidas ejemplares, asociada a las obras de Plutarco, por ejemplo (Jiménez, 2000). Lewis señala que este estilo de Gómara busca tanto la brevedad como el uso de refranes y neologismos. Dichos usos, unidos a una búsqueda de lo llano y conciso, constituyen las características del “estilo elegante”, correspondientes a una nueva corriente literaria renacentista a la que Gómara adhiere. De todos modos, existen muchos otros momentos en los que Bernal se separa de Gómara en estructura y contenido. Recordemos que Gómara inicia sus historias con varios prólogos: “A los leyentes”, “A los trasladores”, “A Don Carlos, emperador de romanos, rey de España, señor de la Indias y Nuevo Mundo” y “Al muy ilustre señor don Martín Cortés. Marqués del Valle”. No casualmente Bernal recupera en su prólogo a los “curiosos lectores” que gozan de la proliferación de hazañas y de palabras, y deja de lado (en lo formal, aunque no en sus intenciones) a los destinatarios explícitos de Gómara. (Analizados en el capítulo II (II.d), “Francisco López de Gómara: autoría e historia”, p. 57 y ss.)

47). Es claro que opone su palabra de testigo y actor a la del historiador al cual "tenemos por cierto que le untaron las manos" (2005: XVIII-47). Bernal Díaz opone su perspectiva al estilo supuestamente vacío, parcial, falso de Gómara. Como señala Margo Glantz, el soldado "escribe pues, con toda su corporiedad; es, subraya, testigo de vista. Gómara escribe sólo de oídas, por las relaciones que otros le han transmitido. Esta distinción es esencial: involucra en el acto de escribir no sólo su mano sino su cuerpo entero" (1992: 32).

Leemos aquí una aproximación a otro recurso, que llamaremos la "retórica del cuerpo" y que subraya la experiencia del actor y testigo, y los peligros enfrentados: heridas, muerte y la siempre latente posibilidad del sacrificio humano y la antropofagia.³⁷ Esto implica poner en una misma línea de discusión los argumentos del soldado con los del historiador. En efecto, tanto americanos como españoles han sufrido, luchado, temido; en la óptica de Bernal Díaz, los españoles triunfaron por ser más valerosos y arrojados, y por ello se les debe toda la honra y el reconocimiento en dinero, títulos y encomiendas, frente a los *advenedizos de segunda hora*. En este debate incesante que la estructura, la *Historia verdadera* construye su verdad en una confrontación en torno a los cuerpos y a las marcas que las batallas han dejado en ellos.

Esta *escritura corpórea* (Glantz, 1992: 21) también busca seducir a los lectores de diversas épocas e intereses, con una deliberada construcción de la figura del soldado esforzado, valeroso, pobre y poco reconocido, que debe

³⁷ Con respecto a las concepciones acerca del cuerpo en la Edad Media y en Renacimiento, en las que la perspectiva del cronista soldado se inscribe de manera cambiante, remitimos a *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* de Free, Naddaff y Tazi (1992), en especial al tomo III, y al volumen de David Le Breton, *Antropología del cuerpo humano y Modernidad* (1995). Ampliamos este argumento en el capítulo IV: "Sujetos y cuerpos: memorias de batalla", p. 114 y ss.

seguir batallando incansablemente a lo largo de toda su vida. En su definición experiencial y corporal, estas escenas colocan la *Historia verdadera* en otra dimensión, el relato de viaje. En efecto, lo que caracterizaría buena parte de esta crónica así como las dos primeras cartas cortesianas (al menos) es el relato del viaje de conquista, el énfasis en la experiencia y en la verdad de lo contado y la referencia permanente al transitar, en constante cruce con el relato histórico. Además, y como elemento común a los relatos de viaje coloniales del siglo XVI –tanto a los textos que pueden englobarse casi por completo en dicha categoría como a las secciones incluidas en el cuerpo mayor de una crónica o relación, tal como ocurre con la *Historia verdadera* o las *Cartas de Relación*– se presenta la experiencia corporal del Nuevo Mundo, el muchas veces brutal enfrentamiento con la novedad, y el tesonero impulso de dar cuenta por escrito de este desplazamiento.

I.c Crónica y relato de viaje

“Antes que la estancia sedentaria, el viaje
–el derrotero, la exploración, la migración, el éxodo–
se halla en el fundamento mismo del mundo amerindio y
también en sus metamorfosis. El viaje participa,
a veces dichosamente y casi siempre con duelo,
de la razón de ser de América.”

JORGE MONTELEONE, *El relato de viaje*

Con esta afirmación, que prologa una recopilación de textos sobre imágenes de América, Jorge Monteleone (1998) articula los orígenes del Nuevo Mundo en relación con el viaje, antes incluso de que el descubrimiento o la conquista tuvieran lugar. La definición misma de lo americano se halla ligada a los

desplazamientos, las migraciones y las fronteras,³⁸ complejos conceptos que, a comienzos del presente siglo, no dejan de ser revisados por la crítica –aunque, en general, respecto de los viajeros del siglo XIX en adelante–.

El texto que inicia el corpus acerca del Nuevo Mundo es el *Diario* de Colón; diario de navegación y conquista, fundante de representaciones configuradas en un imaginario medieval.³⁹ A partir de este diario, hablar del espacio americano será referirse a viajes, tránsitos y derroteros, exploraciones y conquistas, al encuentro con la novedad y a las dificultades de su plasmación textual. Caracteriza dicho espacio el desplazamiento, junto a la pregunta por la identidad y la incidencia (simbólica y fáctica) del saber sobre el *otro* que, en muchos casos, define las posibilidades de la conquista. Fundamental es también la preeminencia de la primera persona: todo viaje involucra a los sujetos que lo protagonizan y a quienes lo relatan, así como la evaluación de sus resultados respecto de las expectativas iniciales.

En las secciones de las *Cartas de relación* y de la *Historia verdadera* aquí analizadas, el narrador se destaca como conquistador cuyo relato enfatiza el viaje de conquista: las ciudades atravesadas, las batallas en que se ha visto

³⁸ Respecto de las nociones de “desplazamiento” y “migración”, este trabajo se enmarca en la perspectiva propuesta por Beatriz Colombi en *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)* donde, más que acentuar las diferencias o polémicas entre las nociones de exilio, diáspora, inmigración, migración, viaje, etcétera, adopta un “concepto más complejo, [el del] viaje-desplazamiento” (2004: 15). Respecto de la noción de “frontera”, sigo la propuesta de Elena Altuna, quien las define como “lugares donde entran en contacto cuerpos, ideologías, visiones de mundo, lenguas y no meramente espacios geográficos” (2004: 14), en una lectura deudora de la noción de “zona de contacto” planteada por Mary Louise Pratt (1997).

³⁹ Margarita Pierini en “La mirada y el discurso: la literatura de viajes”, aclara que: “la literatura de América se abre con un libro de viajes, el *Diario* de Colón [...], texto fundador en tantos sentidos y que lo es, también, respecto al género viajes. En él encontramos ya una serie de constantes que se proyectan a través de los siglos y que pueden servir para caracterizar al viajero que llega a tierras americanas” (1994: 163). No obstante, el trabajo que aquí se presenta busca subrayar los deslizamientos y variantes antes que las constantes, porque es la hipótesis que la contradictoria experiencia de la modernidad permea estas crónicas y puede leerse en ellos.

inmerso, los bienes obtenidos o arrebatados, las alianzas estratégicas conseguidas en la negociación o en el enfrentamiento. La descripción no se limita entonces al paisaje humano o natural; en cambio, “el conquistador presenta la serie de esfuerzos que implica el desplazamiento y el recuento de las batallas en las que participó, convirtiendo el viaje en un servicio a la Corona y el texto en una declaración de servicios” (Rodríguez, 2008: 45).

Por último, en el juego de metáforas que el género posibilita se destaca la escritura como viaje, deslizamiento que también involucra la traslación y la traducción, definidas por saberes heterogéneos, experiencias propias y ajenas, impresiones que trazan profundas redes de diálogo, polémica y comunicación.

l.c.2 El relato de viaje en la *Historia verdadera*

Así como las fronteras de todo espacio son porosas, también lo son los límites del género aquí aludido, siempre en el entrecruzamiento entre memoria, viaje y autobiografía. Lo que define el relato de viaje es su indefinición: complejo, contradictorio en cuanto a su inscripción genérica, variable diacrónicamente, capaz de incluir diversos tipos discursivos y textuales. Tensionado entre ficción y facticidad, experiencia y escritura, verdad y verosimilitud, este tipo de textos pareciera resistirse a los límites fijos. Más aún, en tanto relato de un desplazamiento (ya sea virtual o real, exploración o conquista, migración o derrotero) pareciera compartir con su referente cierta expansión de los límites de la textualidad. Entiendo que el relato de viaje es, en su definición, un tipo

textual siempre “fuera de lugar”, es decir, descentrado, a caballo entre géneros, épocas, narradores, intencionalidades diversas.⁴⁰

En tanto anfibia formación discursiva –concebida como género, motivo o práctica– el relato de viaje establece estrecha relación con los inicios de la modernidad clásica, tal como lo señala Norman Doiron en “L’ art de voyager”.⁴¹ Doiron lo define como práctica reciente, que pone en escena la experiencia y el sujeto y cuyo comienzo puede localizarse en el Renacimiento, ese momento de gran conmoción intelectual en toda Europa, aunque con distintas inflexiones en el ámbito español. Estos problemas imbrican con la propuesta de la *Historia verdadera*, puesto que preocupan al enunciador ya desde los primeros capítulos, y funcionan como sustrato y polémica de índole más general.⁴²

Si el relato de viaje es un texto de frontera, entendida ésta como “zona en que ambos espacios entran en contacto” (Altuna, 2004: 329), los relatos de la conquista de la Nueva España que capitán y soldado entretujan aprovechan esta característica textual para representar el dilema de una frontera en constante movimiento y de problemática relación con el espacio *otro*. Esta

⁴⁰ Empero, estas consideraciones podrían llevarnos a decir que todo es relato de viaje –en la medida en que hay viajes imaginarios y otros reales; escritos en primera y en tercera persona; viajes fantásticos y maravillosos; en poesía o en prosa– o que una definición es imposible. Lejos de esto, adscribimos a la tesis de Walter Mignolo cuando indica que “la clasificación de textos depende de la cultura [en la cual] tanto el productor (o el autor) escribe su texto respondiendo a un horizonte de expectativas, como la audiencia interpreta el texto en cuestión sobre el horizonte de expectativas que el texto orienta por la clase a la cual pertenece” (1981: 360). Por eso, toda definición genérica deberá tener en cuenta la colocación histórica del texto en cuestión, los presupuestos y pactos de lectura que lo sostienen y la distancia que media entre la producción y la recepción actual.

⁴¹ En la introducción a *Viaje intelectual*, Beatriz Colombi apunta la relación “entre el desplazamiento y la configuración de un imaginario moderno en el fin de siglo latinoamericano” (2004: 13). Aunque en otro contexto temporal, este trabajo se inscribe en esa línea, interrogando el imaginario de una época –los inicios de la modernidad– en la peculiar modalidad que cada texto le imprime, donde puede leerse la complejidad de los cambios de esta nueva era.

⁴² Doiron señala que “l’expérience, qui possède une importance telle dans la genèse et la constitution du genre qu’on peut le considérer comme le *lieu fondateur* du récit de voyage classique” (1988: 88).

alteridad topográfica obliga a reevaluar las propias capacidades, las escalas de valor, el rango de lo deseable, incluso las funciones propias dentro de la expedición. El forzamiento y la extensión de los límites caracterizan tanto al referente como al texto, “que debe amoldarse a los varios discursos que entran en funcionamiento, intentado rodear a lo otro, de allí su permeabilidad genérica” (Altuna, 2004: 329).

Según Percy G. Adams (1983), el viaje es un sistema digresivo en sí, que admite todo tipo de interpolación y detalle. Dicha estructura, aunque en incipiente conformación en el siglo XVI, sirve al tipo de relato que nuestros cronistas necesitan plasmar, sobre todo por la enorme variabilidad de experiencias que caracteriza el derrotero en territorio mexicano. Además, es acorde con los modos en que Bernal Díaz encara la escritura, a partir de la digresión y el detalle, en coincidencia con ciertas características de la novela moderna –tal como señala María E. Mayer (1994) respecto del Quijote–, es decir, con nuevos modos de concebir la narración de la experiencia pasada o el mundo ficcional, en cada caso.⁴³

Por último, subrayemos una vez más que esta confusión fronteriza entre géneros es propia de la época, cuando los límites entre relación, crónica, carta, historia y literatura eran bastante difusos.⁴⁴ Entiendo que aquellas zonas de la

⁴³ Desde una perspectiva comparativa, Mayer analiza la *Historia verdadera* y el Quijote, textos de “similar hibridez genérica” (1994: 96) en relación con los detalles verosímiles que en cada uno se incluyen –entre otros elementos–. Así, sostiene que estos detalles, más que crear un *efecto de realidad* (Barthes, 1968), sirven en tanto agudizan la polémica puesto que marcan los silencios en que han incurrido otros autores, uso por demás explícito en la *Historia verdadera*.

⁴⁴ Respecto de las distancias entre historia y literatura y de la caracterización de la *Historia verdadera*, Herón Pérez Martínez afirma que “la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* es un buen observatorio para estudiar de cerca las dificultades que afrontaron los tipos textuales que dieron cuenta de la hazaña americana con una tipología textual tan movедiza a causa del cúmulo de presiones sociales, políticas, ideológicas y administrativas hacia sus autores, por una parte, y sobre todo ante las fuertes presiones que una realidad exuberante y desconocida ejercía sobre la lengua española de principios del siglo XVI” (2002: 43).

Historia verdadera y de las *Cartas de relación* que pueden ser caracterizadas como “relato de viaje” contribuyen a ampliar estos límites y son respuesta a la revolución cultural del encuentro con el Nuevo Mundo, que impacta en las formas genéricas tradicionales. Ponen en escena cierta confianza en la escritura y exhiben la memoria de estos desplazamientos como tácticas de conformación de identidades. Exceden, por lo tanto, el mandato real o lo meramente administrativo, ya que la *Historia verdadera*... en especial presenta una destacable capacidad para trabajar con distintos géneros y marcos, raíz de su indefinición y también de su modernidad.

Si para Enrique Pupo Walker (1986) las crónicas ampliaron los límites del discurso histórico y conformaron una nueva tipología, el relato de la conquista de México tal como se presenta en la *Historia verdadera* contribuye a y se define por esta ampliación de fronteras: del género, de la identidad y la autoconfiguración, de las posibilidades de aprehender cognitivamente lo distinto, de la noción de espacio tal como era concebida y también de lo leído y de lo legible. Intentaremos explorar estas fronteras –estos confines– en los capítulos siguientes.

Capítulo II: El sujeto ante la escritura

Después de mucho navegar
por el oscuro océano amenazante,
encontramos
tierras bullentes en metales, ciudades
que la imaginación nunca ha descrito,
riquezas,
hombres sin arcabuces ni caballos.
Con objeto de propagar la fe
y arrancarlos de su inhumana vida salvaje,
arrasamos los templos, dimos muerte
a cuanto natural se nos opuso.
Para evitarles tentaciones
confiscamos su oro.
Para hacerlos humildes
los marcamos a fuego y aherrojamos.
Dios bendiga esta empresa
hecha en Su Nombre.

JOSÉ EMILIO PACHECO, "Crónica de Indias"

II. a) Sujetos en conflicto

La cuestión del sujeto es una preocupación de larga data; problema teórico, filosófico, epistemológico que reúne subjetividad, identidad y alteridad en intentos de definiciones totalizantes. Articulado en la tradición humanista, la razón ilustrada y la experiencia de la modernidad,⁴⁵ ha sido definido como "sujeto moderno", unívoco, de límites certeros. La perspectiva postestructuralista y los debates sobre la posmodernidad y la poscolonialidad hicieron estallar esos presupuestos, poniendo en cuestión la noción de "sujeto" y su capacidad de significación.

Este punto vincula los Estudios Culturales con la perspectiva poscolonial. Así, aunque con tradiciones teóricas diferentes, desde mediados de los años setenta se instala en las discusiones académicas la concepción del sujeto "fuera de lugar" (Said, 1978 y 1999), del "entre lugar en el discurso latinoamericano" (Santiago, 1971), la noción del "sujeto heterogéneo" (Cornejo Polar, 1994). En definitiva, en distintos campos culturales se atiende a sujetos entre mundos, en constante desplazamiento con respecto a definiciones y anclajes de sentido. Ingresa aquí la reflexión sobre las migraciones y los movimientos territoriales; en especial, se conforma un modo de concebir al sujeto que no admite posiciones esencialistas o inmanentes.

En la tradición de miradas latinoamericanas, los estudios coloniales, llevados por los problemas del presente, trabajaron de forma privilegiada el problema de la constitución de nuevos sujetos (inéditos, conflictivos, cambiantes) a partir de la experiencia de conquista y el orden colonial posterior.

⁴⁵ Como "proyecto incompleto" o como logro universal, siempre desde una perspectiva occidental y etnocéntrica.

Haciendo un aprovechamiento de la distancia que separa al investigador de su objeto, capitalizaron la alteridad a la que los textos coloniales nos enfrentan e intersecaron las reflexiones en torno al sujeto con las reevaluaciones de las nociones de discurso, texto, contexto, autor, estilo, género.⁴⁶ En este marco, de la mano de las propuestas de Homi Bhabha (1986) y Peter Hulme (1986), retomadas por Rolena Adorno (1988), se arriba a la definición de "sujeto colonial", vinculada a la teoría de la enunciación, el análisis discursivo y una "descripción densa" de los textos (Geertz, 1991). Dicho concepto enmarca colonizado y colonizador y define una situación de enunciación que escenifica la percepción de la alteridad tanto como la desigualdad en el acceso al espacio textual de quien enuncia.⁴⁷

⁴⁶ Interesa aquí hacer una breve referencia al debate que se planteara entre fines de los años ochenta y principios de los noventa, resumidos en dos artículos de Rolena Adorno: "El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad" (1988) y "Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos" (1988b). La colonialista alude a un cambio de paradigma en los estudios coloniales, vinculado a las nociones de "discurso" y "negociación". Afirma entonces que "estamos en el umbral de la emergencia de un paradigma nuevo: del modelo de la historia literaria como el estudio de la transformación de las ideas estéticas en el tiempo, al modelo del discurso en el ambiente colonial en tanto estudio de prácticas culturales sincrónicas, dialógicas, relacionales e interactivas" (1988b: 11). Estas aproximaciones, compartidas, entre otros, por Walter Mignolo (1986b), fueron criticadas con inteligencia por Neil Larsen (1993) y Antonio Cornejo Polar (1994). Con similares argumentos, ambos reivindican la estetización del discurso colonial puesto que leen en esta exclusión, más allá de la necesaria ampliación de la noción de "literatura" y de la atención a diversos soportes y modos del relato, una reproducción de la mirada etnocéntrica. Como indica Larsen "consideremos si el simple rechazo de lo estético cuando se trata de los textos de la colonia no ratifica al mismo tiempo, de manera muy sutil, la vieja perspectiva colonizadora, concediéndole al 'eurocentrismo', en efecto, el derecho exclusivo de invocar criterios estéticos" (1993: 337). En este trabajo, si bien utilizamos las nociones de "discurso colonial" y "sujeto colonial", acentuando los procesos de negociación, compartimos la pertinencia de la pregunta por la dimensión estética de las crónicas de Indias. El análisis comparado entre crónicas de distinta naturaleza y la atención al marco de referencia y a sus propias tradiciones en términos retóricos, formales y semánticos permitirá considerarlas en este sentido.

⁴⁷ En el primer trabajo antes citado, Rolena Adorno se detiene a considerar la definición del sujeto colonial en la relación con los procesos sociales y culturales de construcción de la alteridad. Sostiene que dicho sintagma no remite a un sujeto empírico (colonizador o colonizado) sino a una focalización desde la cual se describe al *otro* (y se habla de sí mismo). Subraya asimismo la visión europeizante que muchos de estos textos presentan, desde la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* hasta ciertos aspectos de la *Historia de la nación chichimeca* del cronista tezcocano Fernando de Alva Ixtlilxóchitl o la *Nueva Corónica y Buen Gobierno* de Felipe Wamán Poma de Ayala.

Si bien estos estudios parten de una concepción binaria de la identidad y la alteridad —tal como se concibe en el SXVI (Adorno, 1988)—, el análisis detallado de cartas, crónicas, relaciones, descripciones geográficas y todo tipo de textos de orden legal o histórico muestra entramados discursivos y culturales en los cuales el sujeto se conforma de manera cambiante y compleja, a veces entre distintos textos, otras, en cada uno de ellos.⁴⁸ Los textos coloniales escenifican sujetos en un doble desplazamiento, territorial y textual, e iluminan una zona de clivaje en la producción de identidades que tanto tiene de continuidad con paradigmas anteriores como de ruptura y constitución de nuevos órdenes. Claro que, como analiza Serge Gruzinski en varios trabajos, este nuevo orden no deja de ser profundamente traumático, en especial para el campo indígena.⁴⁹ La experiencia de la alteridad, la guerra y la victoria o la derrota impacta en la conformación de los sujetos y se percibe, a partir del entrecruzamiento de géneros y discursos, experiencia y memoria, en la caracterización textual del cronista.

⁴⁸ En un texto posterior, "Textos imborrables: posiciones simultáneas y sucesivas del sujeto colonial" (1995), Adorno analiza la "multiplicidad de posiciones asumidas por el sujeto", pero esta vez en un eje diacrónico. "Se trata de ver cómo se representa en un texto (una entidad sincrónica) momentos en sucesión como si fueran simultáneos, es decir, se presenta una sincronicidad que se entiende sólo al atender a las posiciones en sucesión que allí se encuentran latentes o medio borradas" (1995: 33). Esta perspectiva es especialmente útil cuando se está ante distintos manuscritos en diversos contextos de enunciación, como ocurre con los textos de nuestros cronistas.

⁴⁹ "La conquista no produjo automáticamente sociedades coloniales. Tanto en el Caribe como en Nueva España o luego en el Perú, la invasión europea generó formas sociales extrañas que llamaremos fractales. Estas surgieron en una época de transición entre las antiguas sociedades prehispánicas y las futuras sociedades coloniales. Dichas formas se caracterizaron por su aspecto caótico y su inestabilidad, por sus mutaciones imprevistas y su heterogeneidad. [...] Este tipo de sociedades eran profundamente híbridas, ya que *combinaban elementos hispánicos e indígenas que hasta la fecha nunca habían sido puestos en contacto*. Yuxtaponían grupos de europeos desarraigados de su medio de origen con sociedades indígenas desmanteladas por la guerra de conquista. En muchos aspectos las formaciones fractales nacidas del choque de la conquista eran *sociedades mutiladas*" (Gruzinski, 1995: 151; subrayado nuestro).

También desde los estudios coloniales, Walter Mignolo propone el análisis de los "sujetos dicentes" y sus roles sociales, es decir, aquellos aspectos que hacen "al decir (al sujeto dicente), lo cual trae consigo los roles o papeles sociales (quienes están en condiciones de decir qué) y de las formas de inscripción (cuál es la materialidad en la cual se inscriben los actos dicentes)" (Mignolo, 1995: 20).⁵⁰ Esos roles sociales inscritos en la discursividad ponen de manifiesto el esfuerzo por organizar nuevos modos de la identidad en un orden colonial temprano, en permanente reacomodamiento o mutación. Traumas y reacomodamientos directamente relacionados con la debacle demográfica que, en los primeros cien años posteriores a la conquista, redujeron la población indígena en un inenarrable noventa por ciento. Resulta difícil siquiera imaginar el impacto de semejante catástrofe en los pueblos originarios, su historia, sus memorias, su cosmovisión.⁵¹

A pesar de la debacle, "las comunidades indias sobrevivieron al apocalipsis demográfico que las disgregó y llegaron a crearse identidades nuevas, a inventarse memorias y a hacerse un espacio en el seno de una sociedad colonial que las discriminaba" (Gruzinski, 1999: 15). En esa línea, los sujetos colonizados proponen una multiplicidad de posiciones sociales, de acuerdo con cosmovisiones autóctonas en las que predomina la implicación

⁵⁰ Estas concepciones se enmarcan en una noción más amplia de "semiosis colonial", producto del entrecruzamiento de crónicas de tradición occidental, mestiza o indígena. Véase Mignolo 1989, 1992.

⁵¹ A lo largo del siglo pasado, los estudios al respecto han sido numerosos y objeto de enconados debates, reavivados en los años 80 con la conmemoración del Quinto Centenario. Entre los trabajos pioneros cabe destacar *La población de América en 1492. Viejos y nuevos cálculos* (1967) y *Población indígena y mestizaje en América* (1954) de Ángel Rosenblat. En la actualidad, en términos generales se han aceptado las proyecciones de la Escuela de Berkeley, que establece una población de veintidós millones de habitantes para la Nueva España en 1519, número que disminuyó sin interrupción hasta 1620, cuando la población indígena no alcanzaba el millón de personas (Gerhardt, 1986: 24; con este cálculo coinciden también Bernand y Gruzinski, 1996).

antes que la explicación (Johansson, 1993); la inclusión antes que la diferencia (León Portilla, 1993); la síntesis antes que el despliegue. Sin embargo, esas estrategias de percepción del *otro*, funcionales en los primeros momentos, redundaron luego en una menor capacidad de resistencia ante la desigualdad práctica y simbólica que el orden colonial imponía.⁵²

Respecto de las concepciones del sujeto colonial, se destaca la propuesta del crítico peruano Antonio Cornejo Polar. En una aproximación diacrónica a objetos literarios y culturales, Cornejo Polar piensa las crónicas de la conquista del Perú –y la literatura andina en general– desde la diversidad y el conflicto. Para dar cuenta de estas tensiones, propone la categoría de “heterogeneidad enunciativa”, por la cual entiende una serie de discursos (literarios, en principio) marcados por distintas concepciones y filiaciones. Discursos que se producen en la tensión inherente a las sociedades latinoamericanas y que tienen su comienzo en la conquista de América como hecho histórico de compleja y disímil relación entre sujetos, sociedades y visiones de mundo.⁵³ En la historia del continente a partir de la conquista se configura “un sujeto complejo, disperso, multiforme” (Cornejo Polar 1994: 19).

⁵² Explica Jorge Klor de Alva que en el mundo nahua lo nuevo, el *otro*, era concebido como algo familiar e incorporado así a la historia y al orden social, enfatizando entonces la continuidad antes que la novedad o la diferencia. En el mundo nahua, “el Otro siempre está latente en el Nosotros y se revela como algo ya conocido y esperado, predicho por los antepasados, por los gobernantes del pasado y por los adivinos del presente. *La llegada del Otro siempre es un acto político: una respuesta a una amenaza inminente al todo social*. Al afirmar que es posible la continuidad, se señala el camino para evitar el peligro inminente y, de ese modo, se garantiza que el curso de la historia local continuará desarrollándose sin interrupción” (1993: 345-6). Dichos modos de conformación de sujetos, marcados por el conflicto, la disidencia, la negociación, la pérdida, inician la definición diacrónica en términos de sujetos *nepantla*, migrantes, desplazados, especialmente pertinentes para el análisis de crónicas mestizas (Lienhard, 1982) y de crónicas de tradición indígena (Romero Galván, 2003).

⁵³ En los relatos del “encuentro” de Cajamarca el autor lee una problemática continuidad que define la representación de los sujetos en la historia del continente. Así, señala que, en este diálogo “están *in nuce* los grandes discursos que desde hace cinco siglos tanto expresan como constituyen la abismada condición de esta parte del mundo y las inevitables disonancias y contradicciones de las varias literaturas que aquí se producen” (Cornejo Polar, 1994: 30).

Leer las representaciones y los discursos también implica analizar los modos en que este sujeto heterogéneo se configura en ellos, así como sus evidentes contradicciones.

En los textos que nos ocupan, esto no implica buscar una conciencia del yo en crisis, anacrónica. Supone en cambio percibir tensiones en el intento de dar cuenta de elementos contradictorios o de reunir cosmovisiones disímiles. Las distintas relaciones suponen (y prevén) un lector privilegiado, apasionado por la novedad y ávido de la verdad vinculada a la experiencia; un lector que pueda percibir y apreciar lo diferente, enmarcado en una cosmovisión cristiana.

II.b) Autoría y lectura

“¿Qué importa quién habla, dijo alguien que importa quien habla?”
SAMUEL BECKETT

“Yo, Bernal Díaz del Castillo, regidor desta ciudad de Guatemala,
autor desta muy verdadera y clara Historia...”
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Desde una perspectiva histórica o antropológica, las relaciones de nuestros cronistas han sido leídas en función de su valor de verdad o como cantera de datos a partir de la cual reconstruir puntualmente los acontecimientos referidos.⁵⁴ En México, con respecto a las crónicas de Indias de tradición occidental, esta mirada comenzó a modificarse gracias a los aportes de Ramón

⁵⁴ En el campo de la crítica y el análisis literario, ya desde las primeras décadas del siglo pasado destacados especialistas como Manuel Durán, Mario Alberto Salas y Ángel Rosenblat, entre otros, leyeron con atención estos textos, organizaron y ampliaron el corpus de Indias, estudiaron la lengua castellana en América, proveyeron cuidadas y rigurosas ediciones (entre las que se destacan la edición de los *Comentarios Reales* de Ángel Rosenblat). Predominaba, empero, una concepción del texto literario que excluía una importante cantidad de documentos (descripciones geográficas, textos legales, etcétera). A mediados del siglo pasado, se destaca la conceptualización acerca del lugar de las crónicas en la literatura latinoamericana propuesta por Enrique Anderson Imbert en su *Historia de la literatura latinoamericana* (1954).

Iglesia, Alfonso Caso y Edmundo O' Gorman, entre otros.⁵⁵ Leen los textos fuente de otro modo, *desviadamente*,⁵⁶ y en esa lectura recuperan matices y modulaciones. Exhiben un sujeto cambiante, móvil, incluso contradictorio, cuyas decisiones se modifican de acuerdo a los acontecimientos.

En este espacio textual, pasado y presente se entrecruzan, memoria y experiencia se auxilian mutuamente. La construcción de un discurso histórico vinculado al narrador-personaje (que encuentra en él su legitimidad) convive con la conformación de una autoría: singular o plural, *distinta*. Esto es así en la medida en que cada texto configura una incipiente imagen de autor que desplaza, recorta, focaliza o tergiversa la imagen del yo ante la escritura. Si la "función autor" (Foucault, 1968), característica del modo de existencia, circulación y funcionamiento de ciertos discursos en el interior de una sociedad –a partir de la modernidad– y variable de acuerdo con los contextos, es una de las especificaciones o formas de la "función sujeto", la autoría será zona privilegiada de análisis en términos de conformación textual de la figura del cronista.⁵⁷ En ese marco, adscribimos a la perspectiva de Roger Chartier

⁵⁵ Protagonistas de un importante debate en la historiografía mexicana de los años cuarenta, discuten con la perspectiva predominante de corte cientificista y recuperan una lectura compleja de las fuentes, abriendo el espacio para la interpretación más allá de la descripción o la glosa. Iglesia, quien dedica varios trabajos a Bernal Díaz (y también a Hernán Cortés), se propone volver a leer textos transitados pero, no por eso, agotados en su sentido, y recuperar una historia centrada en "contrastes, fuerzas y pasiones" ([1942] 1972: 40).

⁵⁶ Seguimos la propuesta de Michel de Certeau acerca de la lectura como forma del desvío y su metáfora del lector como cazador furtivo. Para una ampliación de estos conceptos, véase "Introducción" a *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer* (1990).

⁵⁷ Michel Foucault concibe la noción de "autor" como construida *a posteriori* de la modernidad clásica, vinculada al nombre propio, caso en el cual la autoría también se relaciona con el discurso legal y con los mecanismos de control y censura. Entiende que la noción de autor "responde a un momento de individuación fuerte en la historia de las ideas, de los conocimientos, de las literaturas, también en la historia de la filosofía y de las ciencias" ([1963] 2003: 370). En verdad, "el nombre de autor [...] corre, en cierto modo, al límite de los textos, los recorta, sigue sus aristas, manifiesta su modo de ser o al menos lo caracteriza. Manifiesta el acontecimiento de un cierto conjunto del discurso, y se refiere al estatuto de este discurso al interior (*sic*) de una sociedad y en el interior de una cultura" ([1963] 2003: 372). Roger Chartier analiza y critica estas concepciones en su trabajo "El poder, el sujeto, la verdad: Foucault

porque entendemos que, en los textos de nuestros cronistas, es fundamental tener en cuenta el papel que juegan los roles sociales, los controles institucionales y la censura a la que la escritura se veía sometida, las relaciones de poder que toda publicación o circulación de textos implicaba.⁵⁸

Esta concepción permite desplazar el acento de lo filológico o lo estético-formal a lo cultural y social. La mirada se detiene en la constitución de la autoría vinculada a un *yo* cambiante, en desplazamiento de acuerdo con el texto o con el fragmento que se analice, y también con la historia de las lecturas sobre dicho texto. Muy especialmente en las crónicas de nuestro corpus: copiadas, extraviadas, reencontradas, reimpresas, prohibidas, redescubiertas a lo largo de los siglos. Estas operaciones de exclusión o de inclusión exhiben distintas colocaciones de la figura de autor, vinculadas a un nombre propio sujeto a dispositivos de control y censura, ligado a linajes y funciones sociales muy pautadas.⁵⁹ En su textualidad, en las ediciones de las que han sido objeto, en las variables hipótesis de la crítica, nuestras crónicas muestran el complejo universo de los horizontes de recepción.

lector de Foucault" (2001), en especial la "función autor" en relación con la constitución de un sujeto moderno y la construcción de una historia de la subjetividad. Chartier se inscribe, en cambio, en una perspectiva que vuelve a pensar la noción de "autor" reescribiendo los textos en su historia de producción, circulación y recepción. Por eso, entiende que "el autor, tal como regresa en la historia o en la sociología literaria, es a la vez dependiente y está forzado. Dependiente, porque no es el amo del sentido, y sus intenciones, que cargan con la producción del texto, no se imponen necesariamente ni a aquellos que hacen de este texto un libro (libreros-editores y obreros impresores) ni a aquellos que se apropian de él para su lectura. Forzado, porque padece las determinaciones múltiples que organizan el espacio social de la producción literaria o que, más generalmente, delimitan las categorías y las experiencias que son las matrices mismas de la escritura" (2000: 44).

⁵⁸ Para muestra basta recordar la prohibición de circulación de las cartas cortesianas y de todos los escritores de Gómara a las que ya nos referimos en la nuestra introducción, p. 6, n. 2.

⁵⁹ Recordemos, por ejemplo, la función del cronista oficial de Indias, designado por la Corona, que Gómara ambicionó sin éxito (Gurría Lacroix, 1978).

II.c) *Cartas de relación*: autoría plural y nombre propio

En su estudio introductorio a las *Cartas de relación*, Ángel Delgado Gómez se refiere a Hernán Cortés como “autor en las sombras” de la *Carta de Veracruz* (o primera carta de relación). Esta afirmación corresponde a la hipótesis más aceptada por la crítica: que dicha carta, aunque escrita en primera persona del plural y “firmada de los dichos procuradores, como por ella Vuestras Reales Altezas podrán ver. De la Rica Villa de la Vera Cruz, a diez de Julio de mill y quinientos y dicinueve” (Cortés, 1993: 150), fue instigada por Hernán Cortés y que incluso algunos fragmentos deben haber sido dictados por él mismo.⁶⁰ En la pluralidad de esta colocación se lee una estrategia del capitán para sostener jurídica y legalmente sus elecciones, ya que, en el momento en que está fechada (1519), Cortés se hallaba en franca rebelión a las órdenes explícitas de Velázquez.⁶¹ Se parte entonces de una primera contraposición entre el sistema pronominal plural y la hipótesis de la crítica con respecto a una autoría singular.

⁶⁰ Ángel Delgado Gómez es uno de los críticos que con más énfasis sostiene esta hipótesis. En su análisis de las posibilidades de existencia de una primera carta de Cortés (no privada, sino extensa y detallada, como una relación) y contrastando los dichos de Francisco López de Gómara, Bernal Díaz y Sigüenza y Góngora, junto con otros textos críticos (Caillet-Bois, Wagner, Frankl), Delgado Gómez concluye que esa primera carta nunca existió y que la que en verdad cumplió ese rol es aquella que se conoce como *Carta de Veracruz*. De allí que, para establecer un corpus cortesiano, se vuelva necesario deslindar “el grado de participación de Cortés en su relación” (Delgado Gómez, 1993: 43). Enumera cuestiones de estilo, retórica, sintaxis, elecciones léxicas, arcaísmos y latinismos propios de las otras cuatro cartas de Cortés y concluye que “debe concluirse que la Carta de Veracruz fue totalmente diseñada por Cortés, pero es muy posible que su redacción, aunque estrechamente controlada por él, se dejara a otras manos. [...] En lo que concierne al estilo, la Carta es esencialmente similar a las relaciones de Cortés, pero las diferencias señaladas sugieren que Cortés entregó el guión de la Carta a los miembros del Cabildo para que éstos completaran su redacción” (1993: 47).

⁶¹ En *El discurso narrativo de la conquista de América*, Beatriz Pastor explica de qué modo, mediante estrategias textuales de elisión, reordenamiento y estructuración lógica de sus escritos, Cortés consigue “trocar” la rebelión en servicio, el servicio en vasallaje y la (cuestionable) voluntad personal en designio divino.

Más allá de plantear lecturas acerca del texto en sí, estas discusiones responden a una necesidad de la crítica y varían de acuerdo con los contextos (y horizontes) de lectura. Las hipótesis exhiben varias preocupaciones: la necesidad de trabajar con una primera carta que inicie la serie, asegurando la continuidad del corpus cortesiano, en especial debido a las referencias que en la segunda carta se hacen a lo relatado en la primera.⁶² La necesidad, también, de remitir a un autor (y a un nombre de autor) que coincida con un nombre propio, singular, aunque esta perspectiva resulte anacrónica debido a los roles fuertemente regulados en la época, tal como señalamos en el apartado anterior. Aquí, la perspectiva crítica parece desplazarse desde el contexto y el sujeto de enunciación (claramente marcados en el sistema pronominal y deíctico de la carta) hacia lo que *se quiere leer* en el texto. Por eso, se busca un lugar de autor que debe coincidir con un sujeto histórico, y este debe ser Hernán Cortés, el conquistador.

En cambio, en su textualidad, la carta exhibe su correspondencia con la situación de enunciación, un buen conocimiento de las condiciones en las que se encuentran estos conquistadores, estrategias legales y jurídicas adecuadas a la justificación de la conquista.⁶³ A eso se debe la enunciación plural que da cuerpo a una institución (todo lo dicho es asumido por el Cabildo y Regimiento

⁶² Los ejemplos son muy numerosos; referimos sólo algunos. En el inicio de la *Segunda Carta de relación* se lee: "En una nao que desta Nueva España de Vuestra Sacra Majestad despaché a diez y seis días de julio del año de quinientos y diez y nueve envié a Vuestra Alteza muy larga y particular relación de las cosas hasta aquella sazón, después que yo a ella vine, en ellas sucedida, la cual relación llevaron Alonso Hernández Puerto Carrero y Francisco de Montejo, procuradores de la Rica Villa de la Vera Cruz que yo en nombre de vuestra alteza fundé" (Cortés, 1993: 160). Más adelante: "En la otra relación, Muy Excellentísimo Príncipe, dije a Vuestra Majestad las ciudades y villas que hasta entonces a su real servicio se habían ofrecido..." (Cortés, 1993: 162). Agrega luego: "Y porque, como ya creo, en la primera relación escribí a Vuestra Majestad..." (Cortés, 1993: 163), donde además inscribe la primera persona como autora de la primera carta.

⁶³ Con respecto a este punto, continúa siendo de gran utilidad el estudio de Silvio Zavala, *Hernán Cortés y la justificación de su conquista* (1985).

de la Villa Rica de la Vera Cruz), las elocuentes adjetivaciones negativas con respecto a Diego Velázquez, puntualmente detalladas en la primera parte de la carta,⁶⁴ también las siempre elogiosas referencias a Fernando Cortés y, por tanto, a quienes lo han acompañado en esa empresa, artífices de la conquista y no solo del rescate.⁶⁵

El conflicto se presenta en varios niveles: el nombre propio y el nombre de autor; intencionalidades y cuestiones de estilo;⁶⁶ la relación entre autor y texto, “la manera como el texto apunta hacia esa figura que le es exterior y anterior, al menos aparentemente” (Foucault, 1968: 321). En este sentido, en el diálogo entre el Cabildo de la Villa Rica y los reyes de España (la reina Juana y don Carlos, su hijo) que la carta convoca, se exhiben los condicionamientos de ese contexto y se da cuerpo, en el Nuevo Mundo, a una legalidad que es condición de posibilidad de la conquista. Asignarle a esta carta un autor contribuye a su clasificación, a su colocación en una serie; oposición, reorganización, articulación que remiten también a la inestabilidad propia de estas textualidades.

⁶⁴ Por ejemplo: “Diego Velázquez, movido más a codicia que otro celo...” (Cortés, 2003: 109); “Estando el Diego Velázquez con este enojo del poco oro que le había llevado, teniendo deseo de haber más...” (Cortés, 2003: 116), contrapuesto a “Y visto el dicho Fernando Cortés lo que Diego Velázquez le decla, movido con celo de servir a Vuestras Altezas Reales, propuso de gastar todo cuanto tenía y hacer aquella armada cuasi las dos partes della a su costa...”, (Cortés, 2003:117-118).

⁶⁵ El *rescate* es un modo de intercambio desigual entre españoles e indígenas, estrategia esencial de comunicación y negociación desde las primeras expediciones de Colón, incluso antes de contar con *lenguas* adecuados. Según el Diccionario de Autoridades, rescatar “vale también cambiar o trocar una cosa por otras. Es voz usada en las Indias”. Ángel Delgado Gómez indica que las Leyes de Indias preveían la necesidad de llevar en los navíos elementos suficientes para el rescate: “Para contratar y rescatar con los indios y gentes de las partes donde llegaren, se lleven en cada Navío de los que fueren a descubrir algunas mercadurías de espejos, cascaveles, cuentas de vidrio y otras cosas de esta calidad” (*Recopilación de las Leyes de Indias*, citado por Ángel Delgado Gómez, 1993: 109, n. 24). Volveremos sobre este tema en el capítulo III, “Sujetos y objetos: narrar la alteridad”, p. 79 y ss.

⁶⁶ El estilo es otro de los modos de definir la autoría. En el caso de estas cartas, Ángel Delgado Gómez (1993) se ha ocupado de sistematizar el “estilo cortesiano”, rastreándolo en la primera carta como prueba de autoría singular.

Buscar el *yo* detrás del *nosotros* le confiere a esta primera carta un estatuto distinto en el corpus de Indias. El nombre de autor (singular) funciona privilegiando algunos textos sobre otros, contribuye a cierta pretensión de completud del relato de la conquista. Implica por supuesto incidir sobre la clasificación genérica de este texto: será tanto documento informativo y legal acerca de los primeros momentos de la conquista de México como documento histórico; voz autorizada para enunciar por primera vez y nombrar, inscribiendo la novedad en un territorio apenas concebido por los ojos europeos. Si toda carta, por su naturaleza genérica, presenta un signatario antes que un autor – en un sentido literario o ficcional contemporáneo–, estas cartas de relación (y la primera carta en particular) presentan además una *función autor*: legitimadora y legalista en su contexto de producción; vinculada a la historicidad, en la lectura crítica posterior.

En su énfasis en el *nosotros*, en la puesta en escena de la toma de decisiones plurales, compartidas, apegadas punto por punto a la legalidad, la *Carta de Veracruz* concibe el discurso como *acto*, sometido a los riesgos del decir (del cual el *hacer*, en términos de conquista, es contracara necesaria) y como herramienta para la obtención de un bien. A posteriori, desvanecida su fuerza performativa, esta carta se constituye como bien cultural y simbólico, génesis de un archivo y de una pregnante versión de la historia.

Lo cierto es que, en un momento en que *saber decir* y *poder decir* están minuciosamente reglados, la *Carta de Veracruz* pone en escena una autoría plural o colectiva, acorde con estas reglas, con el complejo contexto histórico –

signado por la inestabilidad política en España—,⁶⁷ y con aquello que se desea inducir y obtener: la legitimidad para la empresa encarada. Esta autoría se refuerza en el encuentro entre el *nosotros* del Cabildo y Regimiento y la primera persona del capitán, hipotetizable a partir de ciertas ambivalencias singular/plural y de recursos estilísticos específicos.⁶⁸ Si bien el contexto es nuevo, enigmático en muchos sentidos (los españoles recién están comenzando a internarse en territorio mexicano) lo que persiste es la certeza de la importancia de la empresa, la ambición de bienes, riqueza u otras posiciones sociales, también la negativa a evaluar el posible fracaso de una expedición en la que se ha invertido todo.⁶⁹

II.c.2) Desplazamientos: Hernán Cortés signatario y autor

El viaje, la exploración y la conquista, las distintas acciones y decisiones, la necesidad de legitimación tienen su correlato escrito en el encabezamiento y el

⁶⁷ Al respecto, entre muchos posibles, véase el libro de John Lynch, *Carlos V y su tiempo* (2000), *Imperio español* de Hugh Thomas (2003), en especial los libros séptimo y octavo, y la *Historia de América Latina*, tomos I y II, editada por Leslie Bethel (1984).

⁶⁸ Confróntese el uso del *nosotros* con la desinencia verbal de primera persona del singular en las dos citas siguientes, también señaladas por Delgado Gómez: “Y armados, envié por capitán dellos a un deudo suyo que se dice Juan de Grijalba, y con él ciento y setenta hombres de los vecinos de la dicha isla entre los cuales venimos *algunos de nosotros* por capitanes por servir a Vuestras Altezas Reales” (Cortés, 1993: 111; subrayado nuestro). “Y *tengo* por cierto que todos los españoles que de aquí adelante a la dicha isla veniere[n] serán tan bien recibidos como si a otra tierra de las que ha mucho tiempo que están pobladas llegasen” (Cortés, 1993: 125; subrayado nuestro).

⁶⁹ Recordemos que las expediciones a las Indias eran, en su mayor parte, empresas privadas, reguladas por la Corona. La primera carta despliega este dato esencial y contrapone, en hábil construcción, la supuesta codicia de Velázquez (volcada sobre sus propios connacionales) al supuesto desinterés y amor a la patria de Cortés. “Y sepan sus Majestades que la mayor parte de la dicha tercia parte que el dicho Diego Velásquez gastó en hacer la dicha armada fue emplear sus dineros en vinos y en ropas y en otras cosas de poco valor para nos lo vender acá en mucha más cantidad de lo que a él le costó, por manera que podemos decir que entre nosotros, los españoles, vasallos [de] Vuestras Reales Altezas, hace Diego Velásquez su *rescate* y *granjea sus dineros* cobrándolos muy bien” (Cortés, 1993: 118-119; subrayado nuestro).

cierre de la segunda y la tercera cartas de relación, en las cuales el signatario se identifica ya de manera singular y unívoca. En la segunda carta se lee:

“Muy Alto y Muy excelentísimo Príncipe: Dios Nuestro Señor la vida y muy real persona y muy poderoso estado de Vuestra Sacra Majestad conserve y aumente por muy largos tiempos, con acrecentamiento de muy mayores reinos y señoríos como su real corazón desea. –De la villa Segura de la Frontera desta Nueva España, a 30 de octubre de 1520 años.

De Vuestra Sacra Majestad muy humill siervo y vasallo que los muy reales pies y manos de Vuestra Alteza besa. [Fernando Cortés.]” (Cortés, 1993: 309).

En la tercera, el cierre es el siguiente:

“Muy Católico Señor, Dios Nuestro Señor la vida y muy real persona y muy poderoso estado de Vuestra Cesárea Majestad conserve y aumente con acrecentamiento de muy mayores reinos y señoríos como su real corazón desea. De la ciudad de Cuyoacan desta su Nueva España del Mar Océano, a 15 días de mayo de 1522 años.

Potentísimo Señor, de Vuestra Cesárea Majestad muy su humill servidor que los muy reales pies y manos de Vuestra Majestad besa. –Hernando Cortés” (Cortés, 1993: 451).

Las saluciones y los énfasis retóricos son de uso común en estos tipos textuales en la época; la colocación del enunciador, inequívoca: lealtad, humildad, reconocimiento de jerarquías, vasallaje.⁷⁰ Esto se enfatiza más aún cuanto mayores son los logros de Cortés: la tercera carta –en la cual se relata

⁷⁰ Como tipo discursivo, la epístola subraya el vínculo entre destinatario y remitente, explicitado en la *salutatio* que, más allá de concepciones y tradiciones diversas, nunca deja de ser el espacio textual definitorio de esta modalidad. Incluso una primera lectura de estas cartas exhibe ya una alambicada concepción de la *salutatio*, vinculada a la tradición medieval (Martín Baños, 2005). Begoña Carnosa Hermida explica que “la *salutatio* en su forma expandida constaba de *intitulatio*, nombre del remitente; *inscriptio*, nombre y atributos del destinatario y *salutatio* propiamente dicha, que solía incluir tópicos de afecto, agradecimiento *etcétera*” (1998). En las cartas cortesianas y de forma progresiva, una *salutatio* expandida define al remitente y al destinatario, deteniéndose en atributos, ornatos y leyendas más o menos codificadas de subordinación y agradecimiento.

el sitio y la caída de Tenochtitlan, el triunfo y la reconstrucción– agrega el “Potentísimo Señor” al cierre de la segunda. Ambas subrayan, en el supuesto interés del *otro*, aquello que también es ambición propia: la profundización de la conquista, el “acrecentamiento de muy mayores reinos y señoríos”.

A lo largo de ambos textos, con una certeza cabal, despiadada, el narrador construye una progresiva imagen propia de control, astucia, autoridad. De acuerdo con ella, quien narra es también quien sabe leer entre líneas, desbaratar complots y traiciones, conducir a sus hombres a salvo por caminos desconocidos o arteros, encontrar *lenguas* y hacer inteligente uso de ellos. Se presenta como quien tiene la aguzada y veloz intuición de los modos en que el *otro* funciona socialmente –ya sea enemigo o potencial vasallo–, para usarlos a su favor. En definitiva, es quien sabe pelear y conquistar.⁷¹ En la tercera carta, intentará mostrar que también sabe gobernar, y organizar un nuevo espacio, acentuando las semejanzas entre España y el territorio conquistado, ya desde la nominación: *Nueva España*.

El signatario configura una imagen de primera persona que reúne, para autoacreditarse (en esta relación pública y singular con el rey) los dos modos del saber: la experiencia, por un lado, el saber letrado, por otro. A diferencia del enunciador de la *Historia verdadera*, que basa su acreditación en la experiencia y el testimonio en primera persona,⁷² o del enunciador de la *Historia de la conquista de México*, que delinea un relato fundado en el acceso a otras historias y en el saber letrado, las *Cartas de relación* exhiben un cronista que

⁷¹ Los ejemplos son muy numerosos. En los siguientes apartados se enfatizará esta faceta a partir de las figuras de cautivos e intérpretes, del relato de las escenas de batalla y de la descripción de las ciudades.

⁷² Para los distintos modos de autoacreditación en la *Historia verdadera*, véase el trabajo de Sonia V. Rose (1990).

articula ambos modos del decir, con fina intuición y eficaz uso político de la escritura.

Como ya se ha señalado en el primer capítulo, estas cartas presentan un sustrato legal; son también documentos jurídico-legales cuyos argumentos varían de acuerdo con los hechos referidos y con el desarrollo de la conquista. Cumplen un mandato: dar exhaustiva cuenta de hechos, espacios, sujetos; informar, relatar, establecer en el texto, nombrar para *otro* lejano y distante. No obstante, en su desarrollo y en la conformación de un enunciador cada vez más nítido, la escritura articula una serie de imágenes de América que exhiben el encantamiento y el asombro por aquello que se encuentra. Antes de comenzar a relatar la entrada a Tenochtitlan, el narrador advierte:

"Porque para dar cuenta, Muy Poderoso Señor, a Vuestra Real Excelencia de la *grandeza, estrañas y maravillosas cosas desta grand ciudad de Temixtittlán* y del señorío y servicio deste Muteecuma, señor Della, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene y de la orden que en la gobernación así desta ciudad como de las otras que eran deste señor hay, sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y más expertos" (Cortés, 1993: 232; subrayado nuestro).⁷³

La escritura permite una apropiación personal, simbólica, vinculada al progresivo conocimiento del espacio americano, allí donde la experiencia se interioriza, volviéndose comprensible. El reto es que el destinatario comprenda el desarrollo de los acontecimientos, planteados por el cronista de manera cronológica, progresiva, certera, y se apropie simbólicamente del espacio conquistado, más allá de su poder efectivo. Se trata de transmitir para ganar el favor real pero también para despertar su interés.

⁷³ La articulación con cierta retórica descriptiva de las ciudades es retomada en el capítulo V, "Escribir y conquistar: historia de las ciudades".

Si Cortés es, como señala Todorov, un "maestro de la comunicación humana" (Todorov, 1992: 107), comprende bien la necesidad de suscitar en su destinatario real el impacto, la sorpresa, la admiración por el nuevo territorio y por las acciones de los conquistadores, más allá de mandatos, instrucciones y cédulas reales. En estas cartas, que no dejan de subrayar la jerarquía entre el rey y su "muy humill siervo y vasallo", también comienza a desplegarse el la *historia de una mirada* y del encuentro con la escritura.

II.d) Francisco López de Gómara: autoría e historia

"La historia es el 'privilegio' (tantara) que es preciso recordar para no olvidarse de uno mismo."

MICHEL DE CERTEAU, *La escritura de la historia*

En el caso de la *Historia de la conquista de México* y de la *Historia general de Indias*, la autoría ha presentado menos ambigüedades, en virtud de la clara colocación de la primera persona narradora tanto en los paratextos como en el cuerpo del texto. Dos espacios textuales distintos y complementarios en esta historia que se rige de acuerdo a los parámetros de cierta vertiente renacentista (Jiménez, 2000).

No se tratará ya de la primera persona que siente, padece, recuerda o intenta objetivar lo visto. Las estrategias de acreditación del cronista se transforman en materia narrada o se incluyen en un proyecto mayor de organización y síntesis del vasto corpus acerca de la conquista de las Indias.

Se despliegan los hechos, su desarrollo y causas, enmarcados en una perspectiva providencialista que subraya la inevitabilidad del triunfo español.

El momento de la enunciación también ha variado, y si las *Cartas de relación* actualizan la inmediatez de la escritura al calor de los acontecimientos o sorprenden por la forma en que reúnen decisión y certeza de triunfo –aún en las peores circunstancias, como ocurre luego de la Noche Triste–, la *Historia de la Conquista de México* propone en cambio un relato más atemperado que no se reduce a la copia o la transcripción de los textos cortesianos, aunque estos funcionen como subtexto. En la elección genérica que media de la *carta* a la *historia* se conforman dos proyectos (de conquista y de escritura) afines pero disímiles. En el posicionamiento del signatario capitán, por un lado, y del historiador-clérigo, por otro, se establecen distintos objetivos y diferentes concepciones de la escritura.

El enunciador de la *Historia de la conquista de México* y la *Historia general de Indias* edifica parte de su autoridad en un adecuado manejo de las fuentes. No se trata solo de conocerlas sino de clasificarlas y diferenciarlas, de interpolarlas, resumirlas, descartarlas, hacerlas funcionar en el propio texto: más que como sustrato, como entramado de la escritura de la historia. Contrariamente a cierta mirada crítica que ve en los silencios de Gómara un intento de sobresalir en términos personales, o una injusta colocación en un lugar de privilegio, su labor como buen historiador consiste en este trabajo con las voces de los otros, hasta construir una trama que le confiera sentido a la

conquista de la Indias, por primera vez narrada con sistematicidad en la pluma del clérigo soriano.⁷⁴

Numerosos trabajos han destacado el uso de textos cosmográficos, geográficos y de historia natural en los primeros capítulos de la *Historia de las Indias*. Como señala Monique Mustapha (1999), el enunciador autoriza su saber en fuentes clásicas (basándose en repertorios de la época), en autores canónicos para el humanismo renacentista (Aristóteles, Heródoto, Plutarco, Ptolomeo, Plinio, Estrabón), en autores cristianos (teólogos o padres de la Iglesia) y en citas de la Biblia.⁷⁵ No son estas las únicas fuentes que articulan la *Historia general de Indias* y la *Historia de la conquista de México*. Louise Bénat-Tachot (1999) rastrea textos escritos (cartas, relaciones, instrucciones, ordenanzas), referencias literarias, fuentes orales (conversaciones y entrevistas con conquistadores, funcionarios, cosmógrafos). Esto amplía considerablemente el subtexto que constituye la *Historia de la conquista de México*, y matiza las acusaciones que colocaban a López de Gómara como aliado de Cortés, biógrafo o portavoz. Dada la heterogeneidad de las fuentes, el resultado final exhibe “una enorme capacidad por parte del cronista de asimilación en diferentes dominios, tanto de las *artes historiae* de la Europa

⁷⁴ Señala Miralles Ostos en su estudio preliminar a la *Historia de la conquista de México*: “La pluma que no se doblega para censurar a los poderosos, en cambio, es *avara* al expresar reconocimiento a aquellos que le han servido de fuentes de información. En este punto se muestra *poco escrupuloso*, pues es mucho lo que se ha apropiado de textos ajenos” (1988: xvi; subrayado nuestro). Sin embargo, creemos que se trata más de un modo de concebir la historia que de codicia de figuración o de lustre para el nombre propio; éste brilla en la escritura de la historia.

⁷⁵ El término “humanismo” ha sido ampliamente problematizado por la crítica y la historiografía, en virtud de su uso extendido, que le ha restado capacidad descriptiva y explicativa. A esto se suman los debates acerca de la pertinencia de usar este concepto en el contexto español. Al respecto, véanse los trabajos de Kart Kohut (1980, 1989) y el libro de Nora Jiménez sobre Francisco López de Gómara (2000).

erudita renacentista como del saber moderno que el cronista integra con cierta independencia intelectual y no poco humor" (Bénat-Tachot, 1999: 79).

La ironía que se desliza en las historias gomarianas no ha dejado de ser notada por los críticos. Es sabido que dicho tropo establece un tipo de relación enunciator–enunciatorio, donde el segundo constituye parte activa en la construcción retórica del sentido y en la decodificación del contraste entre enunciado explícito y enunciado implícito.⁷⁶ Este recurso señala el lugar central que los lectores ocupan en la *Historia de la conquista de México* (y en la *Historia general de Indias*), en virtud también de la elección de una lengua romance y de un estilo que hace de la brevedad, la síntesis y el orden horizonte de lectura y valor de verdad.⁷⁷ Como apunta Nora Jiménez:

"Al tiempo que se dirige a quienes representaban el poder político y el económico —el emperador Carlos y el segundo marqués del Valle, con los que contemporizaba en sendas dedicatorias—, Gómara espera tener un público extenso que designa como sus 'leientes'. A ello se debe que agregue indicaciones para quienes habrían de imprimir su obra y aun para quienes la harían llegar a lectores no inmediatos, mediante la traducción del texto a otras lenguas" (Jiménez, 2000: 141).

Detengámonos en las palabras "A los leientes".⁷⁸ "Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita" (Gómara, 1988: 3): así se inaugura el texto. El

⁷⁶ Para esta noción de ironía, nos basamos en Ducrot (1994).

⁷⁷ Para este recorte, sigo la aproximación de Gerard Genette, que incluye a los prólogos dentro del concepto más amplio de "prefacio", cuya función es asegurar una buena lectura, lo que implica "obtener una lectura y obtener que esa lectura sea buena" (Genette, 2001: 168), por medio de la valoración del tema y a través de la *captatio benevolentiae*, entre otras estrategias.

⁷⁸ Si bien lo iremos analizando punto por punto, incluimos aquí el texto completo: "A LOS LEIENTES. Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita. Por ende no hay que recomendar la nuestra, sino avisar cómo es tan apacible cuanto nuevo por la variedad de cosas, y tan notable como deleitosa por sus muchas extrañezas. El romance que lleva es llano y cual agora usan, la orden concertada e igual, los capítulos cortos por ahorrar palabras, las sentencias claras aunque breves. He trabajado por decir las cosas como pasan. Si algún error o falta hubiere, suplidlo vos por cortesía, y si aspereza o blandura, disimulad, considerando las

cronista comienza por el *deleite* que toda historia suscita, en términos de contenido antes que de forma. Puntapié inicial para caracterizar lo que se presenta por su *novedad* y *extrañeza*, así se define el objeto de esta historia: la conquista del Nuevo Mundo. La referencia totalizante ("*toda* historia") coloca la *Historia de la conquista de México* en una formación discursiva específica, en un archivo que, para el ambiente humanista de la época, se remonta a Heródoto y Cicerón, desplegando un ideal de escritura reglado en detalle. Esta familia de textos articula historia y escritura, definiendo formaciones discursivas y condiciones de posibilidad del relato.

"Por ende no hay que recomendar la nuestra, sino avisar cómo es tan apacible cuanto nuevo por la variedad de cosas, y tan notable como deleitosa por sus muchas extrañezas" (Gómara, 1988: 3). El argumento respecto de la novedad se repite en la dedicatoria a Carlos V que abre la *Historia general de Indias*: "Y no tanto dicen nuevo por ser nuevamente hallado cuanto por ser grande y casi tan grande como el viejo, que contiene a Europa, África y Asia. También se puede llamar nuevo por ser todas sus cosas diferentísimas de las del nuestro" (Gómara, 1979: 7). La variedad y la variabilidad, lo notable, lo sorprendente o lo extraño hacen al principal atractivo de esta historia (y de las Indias), convocando una escena de lectura que solaza al "leiente" en el interés

reglas de la historia; que os certifico no ser por malicia. Contar cuándo, dónde y quién hizo una cosa, bien se acierta; empero, decir cómo es dificultoso; y así, siempre suele haber en esto diferencia. Por tanto, se debe contentar quien lee historias de saber lo que desea en summa y verdadero; teniendo por cierto que particularizar las cosas es engañoso y aun muy odioso; lo general ofende poco si es público, aunque toque a cualquiera; la brevedad a todos aplice; solamente descontenta a los curiosos, que son pocos, y a los ociosos, que son pesados. Por lo cual he tenido en esta mi obra dos estilos; ca soy breve en la historia y prolijo en la conquista de México. Quanto a las entradas y conquistas que muchos han hecho a grandes gastos, e yo no trato dellas, digo que dejo algunas por ser de poca importancia, y porque las más dellas son de una mesma manera, y algunas por no las saber, que sabiéndolas no las dejaría. En lo demás, ningún historiador humano contenta jamás a todos; porque si uno meresce alguna loa, no se contenta con ninguna, y la paga con ingratitud; y el que hizo lo que no querría oír, luego lo reprehende todo, con que se condena de veras" (Gómara, 1988: 3).

por lo desconocido. Principal argumento con respecto a las tierras descubiertas, lo *nuevo* será piedra de toque del relato (de éste como de tantos otros, que cita, glosa o elide) y motor de la lectura.

De inmediato ingresan las consideraciones con respecto a la forma, una de las principales preocupaciones del historiador: "El romance que lleva es llano y cual agora usan, la orden concertada e igual, los capítulos cortos por ahorrar palabras, las sentencias claras aunque breves. He trabajado por decir las cosas como pasan" (Gómara, 1988: 3). Frente a la relación de asimétrico (y astuto) vasallaje que las *Cartas de relación* establecen, o ante la insistencia en la primera persona y en la experiencia como autorización de la escritura en la *Historia verdadera*, la *Historia de la conquista de México* adscribe al orden, la brevedad, la concisión. No basta con narrar la novedad o la supuesta extrañeza del referente: el principio que rige las historias gomarianas establece que la verdad histórica es accesible en virtud de una determinada forma, en ajuste a ciertas reglas retórico-argumentativas. Si "toda historia deleita", el énfasis en la forma reclama un lugar especial para la *Historia de la conquista de México*, anclando tanto en su tema como en su tratamiento –o mejor dicho, en la articulación entre ambos–, el lugar central que debería corresponderle entre las historias de las Indias. Por eso la escritura se presenta como un trabajo ("He trabajado por decir las cosas como pasan"; Gómara, 1988: 4) reglado de acuerdo con autoridades disciplinares.

"Si algún error o falta hubiere, suplidlo vos por cortesía, y si aspereza o blandura, disimulad, considerando las reglas de la historia; que os certifico no ser por malicia" (Gómara, 1988: 4; subrayado nuestro). A diferencia de la centralidad de la primera persona en las *Cartas de relación* o en la *Historia*

verdadera, el único pronombre que aparece aquí define al lector, en una exhortación que es guía, sugerencia de un rumbo de lectura y auto-colocación en el campo letrado. Ingresará luego lo disciplinar como eje de articulación (“considerando las reglas de la historia”) y parteaguas que Gómara se encargará de subrayar. Recordemos que en las palabras liminares a las *Guerras de Mar* —escritas con posterioridad a la *Historia general de Indias*—, caracteriza a “estos autores [Pedro Mártir, Hernán Cortés y Gonzalo Fernández de Oviedo] que “han escrito mucho sobre Indias, e impreso sus obras, que son de substancia”. Acerca del resto, afirma: “Todos los demás, que andan impresos, escriben lo suyo y poco. Por lo cual no entran en el número de historiadores. Que si tal fuese todos los capitanes, y pilotos que dan relación de sus entradas y navegaciones, los cuales son muchos, se dirían historiadores” (Jiménez, 2000: 155). Ni cualquiera escribe historia ni cualquiera puede leerla, aunque es cierto que la elección de la lengua tanto como el tono y el profundo trabajo de síntesis construyen un destinatario más amplio. Así, se delimitan los lugares de enunciación lícitos en función de la *substancia* que los sostiene. Restringir su campo le permite a Gómara justificar su escritura, subrayar su utilidad y asegurarse un lugar entre los cronistas de Indias. En este sentido, la *Historia general de Indias* y la *Historia de la conquista de México* son verdaderas tanto como justificadas y autorizadas, y las reglas de la historia constituyen argumento, legitimación, código compartido con el lector.

Para Gómara, saber hacer historia es saber contar, construir un relato que (a diferencia de lo que ocurre con testimonios de soldados) supere lo individual para darle un sentido *tanto providencialista como protonacionalista*,

tal como lo entienden algunos críticos.⁷⁹ Aquí se articula este prólogo con la dedicatoria a Carlos V, misma que reitera algunos de los problemas presentados en las palabras "A los leientes", pero con función y retórica distintas.

Consideremos el establecimiento de una situación de enunciación dual, de asimetría poco clara –a juzgar por el contenido de afirmaciones y reproches desplegados de inmediato–. "A Don Carlos, Emperador de los Romanos, Rey de España, Señor de las Indias y Nuevo Mundo. Francisco López de Gómara, clérigo" (Gómara, 1979: 7). Con la *laudatio* de rigor, el diálogo se inicia apoyado en los nombres propios y en la aparente humildad de la caracterización de López de Gómara como "clérigo" antes que como historiador. Esta colocación valida toda referencia posterior a la providencia, al plan divino con respecto al Nuevo Mundo y al rol que les cabe a los españoles en su conquista y evangelización. Será también legitimación del reproche por la escasa atención que "Don Carlos" presta a sus colonias transoceánicas.⁸⁰ Así,

"López narrará sus historias bajo la doble vertiente de la doctrina clásica y la historia sagrada. La conjunción marca por un lado la posibilidad de construir un relato elegante, ordenado, con secuencias cerradas, que penetra en el espacio físico y en la personalidad de los actores; pero al

⁷⁹ En su prólogo a la *Historia de la conquista de México*, Jorge Gurría Lacroix (1978) afirma que el providencialismo medieval asigna el sentido de la trama de la historia. Para Nora Jiménez (2000), las historias gomarianas ponen en escena un protonacionalismo vinculado al establecimiento del imperio español. En verdad, en el relato de la conquista de México se unen ambas perspectivas. Por eso afirma Cristián Roa-de-la-Carrera que "frente a la excesiva atención que Carlos V prestaba a los asuntos europeos, Gómara formuló una visión historiográfica de las Indias que respondía principalmente a un deseo de pensar el poder imperial en el contexto ultramarino" (2001: 71). Para la conformación de un "sentimiento de identidad nacional" que los textos gomarianos contribuyeron a forjar, nos basamos en Carreras López (2000).

⁸⁰ Por eso es necesaria la afirmación de la apertura: "Muy soberano Señor: la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias; y así las llaman Nuevo Mundo" (Gómara, 1979: 7).

mismo tiempo atribuye a las empresas que narra un significado universal y natural" (Jiménez, 2000: 188).

Dicho sentido caracteriza la conquista en términos de *cruzada*, por ello la continuidad entre la lucha contra los moros y contra los indios, tal como se indica más adelante en esta misma dedicatoria:

"Quiso Dios descubrir las Indias en vuestro tiempo y a vuestros vasallos, para que las convirtiédes a su santa ley, como dicen muchos hombres sabios y cristianos. Comenzaron las conquistas de indios acabadas las de moros, porque siempre guerreasen españoles contra infieles; otorgó la conquista y conversión el Papa; tomastes por letras PLUS ULTRA, dando a entender el señorío del Nuevo Mundo" (Gómara, 1979: 8).⁸¹

El reclamo se enfatiza en el uso del posesivo ("*vuestro* tiempo" y "*vuestros* vasallos") y remite a una obligación que emana del mandato divino, insoslayable. Contradiendo las críticas de historiadores, frailes y soldados, la voz de este clérigo se alza para defender los intereses de los conquistadores ante un rey distante o desinteresado: "*Justo* es pues que vuestra majestad favorezca la *conquista* y los *conquistadores*, mirando mucho por los conquistados" (Gómara, 1979: 8; subrayado nuestro). La frase señala un ideal de conquista que subraya el rol del emperador en la construcción de un orden colonial estable. El "señorío del Nuevo Mundo" presupone una obligación religiosa, providencial y pragmática de la que no es posible replegarse, a riesgo de hacer peligrar el aún frágil andamiaje de la dominación. Por eso, los argumentos de este clérigo-historiador son históricos y morales. En una

⁸¹ Esta línea que articula conquista de los moros-conquista de las Indias ha sido ampliamente trabajada por la crítica. En su *Historia del Nuevo Mundo*, Serge Gruzinski y Carmen Bernard (1996) explican las regulaciones contra moros, indígenas y mestizos, enfatizando la continuidad jurídica entre ellas. Algo similar propone David Brading en *Orbe Indiano* (1998).

instancia en que la escritura de la historia se vincula a una finalidad moralizante, esta dedicatoria enuncia el problema que la *Historia general de Indias* desplegará en tono explicativo-argumentativo.

La cuidadosa estrategia argumentativa pinta un cuadro del Nuevo Mundo definido por comparación, donde “todas sus cosas son diferentísimas del nuestro” (Gómara, 1979: 7).⁸² La novedad (construida a partir de la diferencia) remite al “Criador” y, en la contigüidad del enunciado, es anticipación y sustento de la afirmación de la humanidad del indio. “Empero, los hombres son como nosotros, fuera del color; que de otra manera, bestias y monstruos serían, y no vendrían, como vienen, de Adán” (Gómara, 1979: 7). Esta descendencia común –toma de posición fundamental en los debates de la época acerca de la naturaleza del indio– funciona como anticipación del reclamo y sustrato argumentativo de la responsabilidad del rey.

“Nunca nación extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan lejos por mar y tierra, las armas a cuestras” (Gómara, 1979: 7). La *laudatio* a España anticipa la reconvencción. La civilización, la *lengua como compañera del imperio*, la conquista por medio de las armas definen una expansión providencial cuyo único límite parece ser la voluntad de un rey desdeñoso.

“Pues mucho más hubieran descubierto, subjectado y convertido, si vuestra majestad *no hubiera estado tan ocupado en otras guerras*, aunque para la conquista de Indias no es menester vuestra persona sino vuestra palabra” (Gómara, 1979: 8; subrayado nuestro).

⁸² “Los animales en general, aunque son pocos en especie, son de otra manera; los peces del agua, las aves del aire, los árboles, frutas, yerbas y granos de la tierra, que no es pequeña consideración del Criador, siendo los elementos una misma cosa acá y allá” (Gómara, 1979: 7).

Si bien no se atempera la recriminación alude al funcionamiento del imperio español, ese complejo engranaje escritural que trama un transoceánico espacio textual de disposiciones, regulaciones, cartas, informes, despachos, relaciones, diarios, crónicas, probanzas... La legalidad escritural –andamiaje de la expansión imperial– habilita la ilusoria comunicación de cada súbdito con el emperador.⁸³ La *palabra del rey* (sintagma que anuda voz y escritura, plurivocidad y monolingüismo) connotaba la voluntad, la atención, el favor y la justicia. Negar esta presencia –representación *in absentia* a través de la lengua– es negarse al deber con la patria y con el imperio. Dicho reclamo se ve reforzado en el despliegue de las distintas responsabilidades que les caben a los diversos actores:

“Y también es razón que todos ayuden y ennoblezcan las Indias, unos con santa predicación, otros con buenos consejos, otros con provechosas granjerías, otros con loables costumbres y policía. *Por lo cual he yo escrito la historia: obra, ya lo conozco, para mejor ingenio y lengua que la mía; pero quise ver para cuánto era*” (Gómara, 1979: 8).

Repárese en que esta es la primera aparición del pronombre personal *yo* en la dedicatoria. Desplegados los roles, la escritura de la historia se perfila como deber, mandato, responsabilidad con la nación y la patria. Por eso el rol

⁸³ Recordemos que incluso indios y mestizos, en poco favorable posición social, bajo constante sospecha de traición o rebeldía, elevaban sus cartas o informes al rey. Como ejemplos bastan la *Relación de la conquista del Perú* (1570), dirigida a Carlos V por el inca Titu Kusi Yupanqui; la *Nueva crónica y buen gobierno* (1580-1615) de Felipe Waman Poma de Ayala a Felipe II y Felipe III –entre otros destinatarios-; la *Descripción de la provincia de Tlaxcala* (1590) del cronista tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo a Felipe II, en representación de su pueblo. Claro que buena parte de estos textos nunca llegan a destino y permanecen perdidos o en bibliotecas privadas hasta los siglos XIX y XX, como ocurre con la *Nueva crónica*... Distinto es el caso de Muñoz Camargo, quien viaja a España y consigue entrevistarse con el rey Felipe II, al quien le entrega su *Descripción*.

argumentativo y el tono aleccionador no deberían ser leídos como atrevimiento por parte del destinatario. Antes bien, sosteniendo la autofiguración en la *captatio benevolencia* que se despliega desde estas líneas hasta el final, el historiador se muestra coherente con su ideal historiográfico y hace de la escritura de la historia deber y estrategia de autoacreditación.

II.e) *Historia verdadera*: orígenes y comienzos

"Los comienzos inauguran una producción de significado deliberadamente *otra*, una producción profana (opuesta a sagrada). Es 'otra' porque, en la escritura, esa producción profana reclama un status junto a otras obras: es *otra* obra, más que una obra en la línea de la descendencia de X o Y".

EDWARD SAID, *Beginnings*

En el origen de la *Historia verdadera* anida la probanza de méritos y la polémica, a diferencia de las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, que juegan la ficción de la escritura como deber y adscripción a la autoridad. Ambos parten del relato de lo visto y lo vivido, allí donde la experiencia constituye saber, prerrogativa, reclamo o nostalgia. Pero nos limitaríamos a reiterar lo ya leído si solo buceáramos en el proyecto de cada cronista tal como es expresado de modo literal. Con igual determinación que aquella que los llevó al éxito (y al fracaso), los cronistas encaran la empresa de la escritura, y con igual astucia sortean escollos y perfilan derroteros, de acuerdo con sus lectores modelo y sus destinatarios implícitos.

Por otro lado, el pacto de lectura que sostiene estas historias solicita un relato en primera persona para un destinatario selecto y único, el rey, en el caso de las cartas cortesianas, o plural y un tanto más difuso en el caso del texto de Bernal Díaz. Estas historias, enlazadas a partir de un pacto referencial tácito, declararán narrar la verdad de los hechos.⁸⁴ No obstante, esa verdad debe atravesar numerosos escollos: la traducción, la modificación, la metamorfosis que el lenguaje implica; la experiencia radical de la otredad que la escritura convoca; el tamiz de dos posiciones distintas de sujeto, que la modelan en los trabajos de la memoria y en las escarpadas geografías del olvido. Por lo demás, a esta pretensión de verdad objetiva se le impone el complejo proceso del encuentro con la novedad. Lo nuevo es aquí lo *otro*, lo inesperado, lo abominable y lo cruento pero es, sobre todo, lo maravilloso, lo inverosímil. Para narrarlo, el enunciador suele acudir al marco de las novelas de caballerías.⁸⁵ Con esos parámetros, relata las batallas o describe la ciudad de Tenochtitlan, en una rememorización que parece actualizar una imagen fabulosa, matizada por el recuerdo de la posterior destrucción:

“Y desde que vimos tantas cibdades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calcada tan derecha y por nivel como iva a México, nos quedamos admirados; y dezíamos que parecía a las cosas de encantamento que cuentan en el libro de Amadís [...] Y no es de maravillar que yo lo escriba aquí desta manera, porque ay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente: ver cosas

⁸⁴ Sigo a Lejeune, cuando afirma “todos los textos referenciales conllevan [...] lo que yo denominaría *pacto referencial*, implícito o explícito, en el que se incluyen una definición del campo de lo real al que se apunta y un enunciado de las modalidades y del grado de parecido a los que el texto aspira” (1991: 57).

⁸⁵ Una importante vertiente crítica ha pensado la *Historia verdadera* a partir de sus conexiones con el relato medieval. Se destacan en este sentido las aproximaciones de Irving Leonard en su clásico *Los libros del conquistador* (1949), el artículo de Stephen Gilman, “Bernal Díaz del Castillo and Amadís de Gaula” (1961), el pionero libro de Ida Rodríguez Prampolini, *Amadises de América* (1948), por nombrar sólo algunos.

nunca oídas ni vistas, ni aún soñadas, como víamos...” (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVII, 218).

Los narradores deben trabajar con una materia confusa y heterogénea y someterla al proceso de apropiación, reducción, asimilación y analogía propio de todo relato para dirigirse a un destinatario receloso, lejano, poderoso, incrédulo (en términos del poder metropolitano), o bien heterogéneo, “curioso”, tal como lo plantea la *Historia verdadera*. Estas historias exceden la obligación y la auto-defensa: en ellas anida la fe en la letra y en la capacidad de la lengua para contar el mundo, sin olvidar la conciencia de la limitación de la expresión escrita, que Bernal Díaz reitera en la *Historia verdadera* y asimila a su falta de latines. Por tanto, esta crónica no debe ser leída solo como un medio para alcanzar un fin –poder, gloria, fama, dinero, encomiendas– ya que es en sí misma testimonio para la posteridad. Alberga así el espacio utópico de un encuentro en la rememoración de aquello que “ahora todo está por el suelo, perdido, que no ay cosa”, como escribe Bernal Díaz respecto de Tenochtitlan (2005: LXXXVII, 219).

Como señalamos al principio, estas crónicas plantean la dificultad de haber sido escritas a partir de una concepción de “sujeto” que nos es extraña porque difiere de la noción moderna. Es cierto que rara vez presentan un *yo en crisis* porque el encuentro con el *otro* pareciera ser aprehendido solo en la medida en que es reducido a los límites de una comprensión que preserva la primera persona gracias a la analogía. No obstante, también se abren a la pregunta y a la duda ante lo radicalmente ajeno, más la *Historia verdadera* que las cartas de Cortés, y aquí es donde el destinatario, el rey, sin duda incide en la estructura y el tono del texto. Son crónicas en las que el *yo* comienza a

mostrar, de manera incipiente, la crisis de este momento de clivaje en la historia, momento de pasaje del mundo medieval al mundo moderno, estrechamente atravesado por la experiencia de la conquista del Nuevo Mundo.

En esa línea, la *Historia verdadera* pone en escena una primera persona entregada a la experiencia de la escritura, donde el detalle y la extensión también se relacionan con la dimensión del placer, la comprensión a través del relato y el recuerdo. Esta primera persona omnipresente (más allá de las vacilaciones entre el singular y el plural en Bernal Díaz, ya transitadas por la crítica)⁸⁶ actualiza el trabajo de una autodefinition desplazada. La remembranza, las circunstancias de enunciación, el orden mismo del relato imponen una reflexión más o menos explícita sobre la configuración del yo.

II.e.2) La búsqueda de sentido en la *Historia verdadera*

“Y yo, como no soy latino, no me atrevo a hazer preámbulo ni prólogo dello...”

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Si hemos de creerle al cronista, la *Historia verdadera* tiene su génesis tanto en una carencia (de latines, de saberes letrados acerca de la historiografía) como en varias certezas: la magnitud de lo realizado, la potencia de la memoria, la relación entre recuerdo y relato, la trascendencia a través de la escritura: “Y demás desto, desque mi historia se vea, dara fee, e claridad dello” (Bernal Díaz, 2005: 2). Con su pretensión de totalidad, Bernal Díaz pareciera resistirse

⁸⁶ Véase, en especial, el prólogo de Miguel León Portilla a la edición de *Historia verdadera* (1984), el estudio introductorio de Celina Manzoni y Susana Zanetti a su compilación de la *Historia verdadera* (1982, tomo I) y el trabajo de Sonia V. Rose (1990) ya citado.

a las complejidades y limitaciones del paso del tiempo y del relato. Aparenta entonces recordarlo todo, pretende escribirlo todo y sólo se resigna o retrae ante el temido aburrimiento de los curiosos lectores. Incluso sus olvidos dan cuenta de su ingente memoria: aquellos detalles que dice no recordar y que son tan insignificantes que nadie recordaría, pero que él presenta como falta y como falla, indicando su conciencia de la porosidad de la memoria.⁸⁷

Tal como conquistó, en colectiva empresa, el imperio mexica, el encomendero y vecino se propone conquistar la palabra y el relato, aunque se enfrente, esta vez en soledad, a un espacio desconocido, por delimitar: los sinuosos caminos de la *Historia verdadera*. Trabaja con una guía imprescindible que funciona como palimpsesto: la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara. No obstante, ya señalamos en el capítulo anterior que esta relación intertextual resulta insuficiente como única explicación, ya que es preciso recordar que el ímpetu de la escritura surge antes en este cronista, unido al impulso de la narración cuyos mecanismos letrados, no obstante, parecer no acabar de comprender. Lo que insulta a Bernal Díaz, lo que le molesta del texto de Gómara, son los procedimientos del relato culto: concisión, síntesis, elipsis, selección, condensación. Opone una idea propia de la narración y de las posibilidades de la palabra escrita: preservar lo pasado en la acumulación, en el detalle, en cierta falta de jerarquización de anécdotas, en la abundancia de digresiones; usarla para resaltar el propio rol y el orgullo por lo realizado. Los contornos del yo se

⁸⁷ Acordamos con la apreciación de Verónica Cortínez (2000), quien señala que la referencia a la memoria bernaldiana es casi un lugar común de la crítica. Sin embargo, salvo los casos de esta investigadora y de algunos otros trabajos como los de Tomás Eloy Martínez (1987) o Robert Brody (1997), la especificidad de esta memoria, las estrategias textuales de su conformación, no han sido abordadas de manera exhaustiva, más allá de consideraciones generales.

perfilan también en la certeza de la propia capacidad, que crece a lo largo del relato y de su escritura.⁸⁸

Los desplazamientos se acentúan en las zonas liminares de las distintas versiones de la *Historia verdadera*: sus prólogos, marcados por disímiles locus de enunciación y por el trabajo de reescritura. Cualquier lector que coteje el Manuscrito Remón y el Manuscrito Guatemala, pronto notará agregados y supresiones. La primera persona se perfila desde una autodefinición taxativa, cercana al testimonio y a la probanza de méritos, hacia una imagen del yo sustentada en el largo trabajo con el texto: la autofiguración como resultado de una polémica con otros a quienes ahora puede dirigirse en términos de igualdad.

En la primera versión (finalizada hacia 1568 y enviada a España en 1575) parece colocarse en primer plano cierta identificación entre escritor y conquistador, al tiempo que se reitera la insistencia en la autoría para validar el efecto performativo del enunciado:

“EL AUTOR. Yo, *Bernal Díaz del Castillo*, regidor desta ciudad de Guatemala, autor desta muy verdadera y clara Historia, la acabé de *sacar a la luz*, que es desde el descubrimiento y todas las conquistas de la Nueva España, y cómo se tomó la gran ciudad de México y otras muchas ciudades, e villas de españoles, las embiamos a dar y entregar, como somos obligados a nuestro rey, e señor” (Díaz del Castillo 2005: 1; subrayado nuestro).

⁸⁸ Esta estatura es inversamente proporcional a la caída en desgracia de Cortés, tal como se evidencia en el relato del viaje a las Hibueras. Para un análisis detallado de estas transformaciones del narrador y de la figura del capitán, en relación con el viaje frustrado, véase Christen Florencia (2004) y Añón (2006).

“Sacar a luz”, editar, mostrar, mostrarse, dar a luz también, es decir, presentar un texto de compleja distancia con el ‘personaje’ Bernal Díaz; texto con el que la primera persona mantiene estrecha relación de autoafirmación, en el ineludible y mayúsculo trazo del pronombre que inicia (y gesta) una historia “muy verdadera y clara”. El cronista se define como “testigo de vista” al tiempo que apela a otros testigos y otros textos en vista de una autovalidación que le permita contestar los “borrones” de Gómara, que “van errados” y “hacen error” (Díaz del Castillo, 2005: XVIII-55). Asimismo, manifiesta la voluntad de publicación de su obra, siempre en relación con dos objetivos: la autodefensa y el reclamo, por un lado; la corrección de los “errores” de la letra en quienes narran prescindiendo de la experiencia, por otro.

Repárese en este término crucial: la *experiencia* de primera mano que valida la primera persona del discurso, identificada con el viejo conquistador, y le confiere al relato un valor agregado respecto de las historias gomarianas. No obstante sus diatribas contra la *ciudad letrada*, el narrador se constituye en el cruce entre la experiencia y el saber, puesto que no se priva de exhibir sus lecturas siempre que le es posible.⁸⁹ Constituye un enunciatario al que lleva de viaje por el territorio de su historia, haciéndolo participe (y cómplice) de asombros y enconos.

Este primer prólogo, de tono combativo, instala en la reiteración la construcción del yo vinculado a la autoría, y divide facciones textuales entre aquellos con quienes se acuerda (Cortés) y aquellos con quienes se discute: los “borrones e cosas escritas viciosas” de Francisco López de Gómara y “dos

⁸⁹ Barbón Rodríguez analiza la *Historia verdadera* en busca de citas y referencias y señala las referencias al romancero y a las novelas de caballerías, claro, pero también a las historias de romanos, donde aparece el nombre de Julio César, y las referencias a Alejandro, Mitriades, Ulises, Héctor, Atila, entre otros (2005: 36).

famosos historiadores que siguieron su Historia, que se dizen el doctor Illescas, y el obispo Paulo Iobio" (Díaz del Castillo, 2005: 2). Con ánimo polémico, el tono asertivo, la insistencia en la experiencia y en la primera persona exhiben la contracara de la necesidad de validación de un lugar de enunciación que no le era dado de suyo: "Y a esta causa digo, e afirmo, que lo que en este libro se contienen, va muy verdadero, que como testigo de vista me hallé en todas las batallas e rencuentros de Guerra" (Díaz del Castillo, 2005: 2). La conformación de la figura del cronista se completa con las referencias al trabajo en proceso ("Tengo que acavar de escribir ciertas cosas que faltan, que aún no se ha acabado. Va en muchas partes testado, lo qual no se ha de leer" (Díaz del Castillo, 2005: 2), y con el intento de control de las modificaciones por parte de los "señores impresores" (Díaz del Castillo, 2005: 1), que exhibe tanto las instancias del proceso de producción de manuscritos e impresos como la conciencia de la autoridad de quien enuncia para fijar el texto.

Una vez enviado el primer manuscrito al Consejo de Indias, Bernal Díaz continúa la escritura, corrección y enmienda del original –incluso con ayuda de su hijo, Francisco–, de suerte que, entre otros, los espacios liminares de la obra (el comienzo y el final) se ven modificados. Así, esta versión agrega un párrafo a manera de prólogo. Cito el comienzo:

"Notando he estado como los muy afamados coronistas a[...]es que comiencen a escrevir sus historias, hazen primero su prologo y preán[...]lo, con razones y retórica muy subida para dar luz y cré[...]to a sus razones porque los curiosos letores que las leyeren tomen melodía y sabor dellas" (Díaz del Castillo, 2005: 3).⁹⁰

⁹⁰ El texto continúa así: "Y yo, como no soy latino, no me atrevo a hazer preámbulo ni prólogo dello, porque a menester, para sublimar los eroicos hechos y hazañas que hezimos quando ganamos la Nueva España y sus provincias en compañía del valeroso y esforcado capitán don

Se alude allí a la fama retaceada, a la verdad de la historia, a sus destinatarios privilegiados, esos “curiosos letores”. Se instala la historia de la conquista de México como trama épica y como bien: “y por mi ventura no tengo otra riqueza que dexar a mis hijos y decendientes, salvo esta mi verdadera y notable relación” (2005: 3). Se advierte un desplazamiento que excede la queja para subrayar el valor del testimonio y la conciencia de la perdurabilidad a través de la palabra, vinculada tanto a la escritura como a cierta oralidad residual (Zumthor, 1989) presente en el sintagma “melodía y sabor della”. Por eso, se ha concebido a la *Historia verdadera...* como una apuesta que recupera la primera persona del cronista y el plural de los protagonistas. Su voluntad memorialista une lo colectivo al énfasis en el nombre propio, cuyos desplazamientos marcan el ritmo de los cambios en la autoconfiguración: de Bernal “el galán” a “Bernal Díaz del Castillo”.⁹¹

Esos desplazamientos colocan en el centro del texto la corporalidad: el hambre, la sed, la fatiga, el viaje a pie, donde “el cuerpo padece y mensura el camino” (Monteleone, 1998: 243), en un esfuerzo que define el avance. En esa retórica del cuerpo a la que aludimos en el primer capítulo, la experiencia de la conquista y su rememoración anudan detalle y recuerdo. El yo –dueño ahora

Hernando Cortés, que después, el tiempo andando, por sus eroicos hechos fue marquez del Valle; y para podello escribir tan sublimadamente como es dino fuera menester otra elocuencia y retorica mejor que no la mía. Más lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista, yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer a una parte ni a otra. Y porque soy viejo de más de ochenta y quatro años y e perdido la vista y el oír, y por mi ventura no tengo otra riqueza que dexar a mis hijos y decendientes, salvo esta mi verdadera y notable relación, como adelante en ella verán, no toc[...].are por agora en más dezir y dar razón de mi patria y dónde soy natural y [...] qué año salí de Castilla y en compañía de qué capitanes andube militando y dónde agora tengo mi asiento y vivienda. (Díaz del Castillo, 2005: 2-3).

⁹¹ Este desplazamiento es explicado por Carmelo de Sáenz de Santa María (1982) en su análisis de las firmas de los diversos manuscritos y de las actas del cabildo de Guatemala de la época.

de su voz, portador de una memoria plural– exhibe las heridas de guerra como sostén de la palabra. Su versión será “verdadera historia” en este complejo entramado pasado-presente, corporalidad-escritura-memoria.

“Las formas transmisibles, no del saber o de la sabiduría de un hombre, sino sobre todo su vida vivida –y esa es la materia con que se hacen historias– sólo son adquiridas al morir” (Benjamin, 1991: 198). La muerte atraviesa toda la *Historia verdadera*: como motivo, como temor, como asombro o recuerdo u oficio. La muerte del enemigo en batalla; el espanto ante la muerte mesoamericana: la “crueldad feroz y antinatural” (Cortés, 1993: 202) de los tlaxcaltecas contra los mexicas, o la muerte ritual, en el sacrificio. La muerte inscrita en las paredes de los templos; los compañeros muertos y el relato como mandato para el sobreviviente.⁹² La cercanía de la propia muerte, en este prólogo que también funciona como testamento. Innúmeras formas de la muerte, *hilos de diversos colores* que, junto al asombro, la maravilla, el triunfo, la nostalgia, tejen la trama épica de esta *verdadera historia*.

“Porque soy viejo de más de ochenta y quatro años y e perdido la vista y el oír, y por mi ventura no tengo otra riqueza que dexar a mis hijos y decendientes, salvo esta mi verdadera y notable relación” (Díaz del Castillo, 2005: 3). Bernal Díaz no miente ni recurre a la falsa modestia aquí. Exhibe, en cambio, una relación artesanal con su tema, recrea una escena de escucha, define su legado: esa descendencia en la que también podría incluirse al lector contemporáneo. Por eso decide “dar razón de mi patria y dónde soy natural y [...] qué año salí de Castilla y en compañía de qué capitanes andube militando y

⁹² “E gracias a Nuestro Señor Jesucristo que me escapó de no ser sacrificado a los ídolos e me libró de muchos peligrosos tranzes para que agora aga esta memoria e relación” (Díaz del Castillo, 2005: CCVI, 799).

dónde agora tengo mi asiento y vivienda” (Díaz del Castillo, 2005: 3). Escenifica, de este modo, el arte de narrar. Ante la cercanía de la propia muerte, el cronista postula una sabiduría, la posibilidad de pensar la propia vida como un todo a partir de un hecho que le da sentido, y al que el relato confiere sentido: la conquista de México. El enunciador se convierte, entonces, en narrador, “aquel hombre capaz de dejar consumir completamente la mecha de toda su vida en la dulce llama de la narración” (Benjamin, 1991: 211).

Capítulo III. Sujetos y objetos: narrar la alteridad

Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero,
los náufragos,
hicieron vida con la tribu,
aprendieron la lengua maya. Gonzalo
tuvo mujer, engendró hijos. Aguilar
exorcizó todo contacto, rezó el rosario
para ahuyentar las tentaciones.

Llegó Cortés y supo de los náufragos.
Gonzalo
renunció a España
y peleó como maya entre los mayas.
Jerónimo
se incorporó a los invasores. Sabía la
lengua,
pudo entenderse con Malinche, que
hablaba
maya también y mexicano.
A estos traductores
debemos en gran parte
la conquista y colonia, el mestizaje,
el enredo llamado México, la pugna
de hispanismo e indigenismo.

JOSÉ EMILIO PACHECO, "Doña Marina"

III.a) La peligrosa frontera: *lenguas*, cautivos, conquista

1519. Cortés y sus hombres avanzan por territorio mesoamericano.⁹³ En la costa de Cozumel se produce un hecho que definirá la suerte de la conquista: el encuentro con los *lenguas*; metonimia de sus principales funciones: traducir y comunicar (Glantz, 1992: 32). Así, en una primera instancia, tienen noticias de dos cautivos españoles: Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, náufragos de la expedición de Nicuesa (Concha, 1986: 20). El primero, que tiene esposa e hijos, decide quedarse; Aguilar, en cambio, pide ser rescatado y oficiará como intérprete para sus coterráneos. Más adelante, adquirirán el *bien* máspreciado: la Malinche. Por distintas vías, ambos *lenguas* harán posible, por distintas vías, una conquista simbólica y no solo militar. Tiempo después, sus protagonistas (Cortés, Bernal Díaz) y el historiador López de Gómara narrarán estas escenas, marcadas por el extrañamiento y la perturbación que produce la mezcla, lo imprevisto, lo *contaminado*. En disímiles contextos, estos cronistas dan cuenta de sus impresiones sobre el *otro* y de la inquietante presencia del cautivo como figura problemática que interroga la definición del *yo*.

III.a.1) Mitos, emblemas, indicios⁹⁴

Escritas en distintos *locus* de enunciación y para diversos lectores, las tres crónicas aquí trabajadas refieren con especial énfasis la noticia del encuentro con los cautivos españoles. La experiencia narrada se constituye

⁹³ El concepto de Mesoamérica "connota el área donde florecieron las altas culturas indígenas en México central y meridional" (León Portilla, 1984b: 1-3). Define un área según sus límites geográficos pero hace hincapié en sus características políticas, sociales y culturales comunes.

⁹⁴ Se alude aquí al libro del historiador italiano Carlo Ginzburg (1999), quien define su método de acercamiento a las fuentes a partir de la noción de "indicio", atravesada por la semiótica peirceana, el relato policial y el análisis de la autenticidad de las obras de arte.

a partir de un indicio que es clave de la existencia de *hombres barbudos*; a partir de las características físicas que los distinguen, los indios de la zona dan señas de la presencia de otros españoles.⁹⁵ Así lo relata López de Gómara:

“Y aun tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban a tentarlos, y hacían señas con las manos hacia Yucatán, que estaban allá cinco o seis hombres barbudos, muchos soles había” (1988: XI-21).

Estas señas de identidad apuntan una primera diferencia en la caracterización de europeos y americanos y muestran los modos en que el natural ve al otro y le transmite su percepción. Además, en el relato de Gómara, definen el encuentro, la maravilla y la extrañeza que los españoles producen, fijando las imágenes en la memoria de los nativos. Dichos indicios establecen también una dirección en el espacio, reforzada por una comunicación extralingüística cuyas coordenadas repone el historiador décadas después: “hacían señas con las manos hacia Yucatán”. A falta de intérprete (o ante intérpretes defectuosos, como Melchorejo), en la búsqueda de algún tipo de comunicación se apela a una *lengua de necesidad*.⁹⁶ doble alteridad que se constituye al mirar y ser mirado. Bernal Díaz apunta una

⁹⁵ Entendemos la categoría de “índice” (indicio) en el marco de la teoría semiótica de Charles Sanders Peirce (1972). Clasificado dentro de la segunda tricotomía (a partir de la relación de un signo o *representamen* con su objeto dinámico) un índice es un signo que se relaciona con su objeto por contigüidad o señalamiento, es decir, que refiere al objeto que denota en virtud de estar realmente afectado por el mismo. Esta relación de contigüidad (de necesidad) es la que lee Cortés en el uso del gentilicio y en las descripciones físicas, metonímicas, de los españoles.

⁹⁶ Así se ha denominado a la comunicación por medio de señas y gestos que caracteriza los primeros encuentros entre españoles y americanos. Al respecto, véase Giletta Benso (1997: 259).

diferencia que, además de ubicarlo en el primer plano del relato, remite al funcionamiento indicial de la lengua:

“Como Cortés en todo ponía gran diligencia me mandó llamar a mí e a un vizcaíno que se dezía Martín Ramos, y nos preguntó qué sentíamos de aquellas palabras que nos ovieron dicho los indios de Canpeche cuando venimos con Francisco Hernández de Córdova, que dezían: ‘Castilan, castilan’. [...] E dixo que ha pensado en ello muchas vezes, e por ventura estarían algunos [es]/pañoles en aquella tierra” (2005: XXVII-65).

Un capitán diligente y reflexivo, “que ha pensado en ello muchas vezes”, presta atención al gentilicio, índice de la existencia de cautivos españoles o, al menos, de un contacto que deberá dilucidarse.⁹⁷ La *Carta de Veracruz* presenta el rescate de los cautivos como prioridad; es, en verdad, necesidad y mandato. Se sabe que una de las capitulaciones obligaba a Cortés a ello pero, sobre todo, que lengua y conquista están estrechamente unidas y no es posible la una sin la otra.⁹⁸ Por cierto, ya tenían otros intérpretes, Juanillo y Melchorejo (Bernal Díaz los identifica en los capítulos IX y XXII de su *Historia verdadera*; López de Gómara también hace

⁹⁷ El énfasis en la diligencia y la aptitud para organizar la expedición por parte de Cortés son reiteradas (e incluso hiperbólicas) en estos primeros capítulos de la *Historia verdadera*. El capítulo XXVI se cierra dando cuenta de la capacidad del capitán para pacificar a las poblaciones autóctonas; el siguiente, que relata la organización de los bastimentos y el modo en que Cortés pasó revista a sus tropas antes de abandonar la isla de Cuba, termina diciendo: “Cortés verdaderamente tenía gran vigilancia en todo” (XXVI). Otro capítulo comienza así: “Como Cortés en todo ponía gran diligencia...” (XXVIII). Por contigüidad, se formula una imagen impar del capitán, pero también se trasladan esas características a sus soldados, quienes han traído las noticias de las palabras “castilan, castilan”, que Cortés rumia.

⁹⁸ En el ítem 18 de las instrucciones de Velázquez a Cortés, se le encargaba buscar a estos náufragos: “...si no supierdes nueva de la dicha armada ni carabela que en su seguimiento fue, iréis por costa de la dicha Yucatán, Santa María de los Remedios, en la cual están en poder de ciertos caciques principales della *seis cristianos*, según y como Melchor, indio natural de la dicha isla que con vos lleváis, dice y os dirá, e trabajaréis por todas las vías e maneras e mañas que ser pudiere por haber a los dichos cristianos por rescate o por amor o por otra cualquier vía donde no intervenga detrimento dellos ni de los españoles que lleváis ni de los indios” (*Documentos cortesianos*, 1993: 53). Nótese cómo la descripción de la búsqueda de estos cautivos que proporciona la *Carta de Veracruz* se corresponde puntualmente con estas instrucciones.

referencia a ellos), pero se sospecha que los indios no son de fiar; siempre está latente la posibilidad de traición, tanto en la mala traducción como en la huida hacia sus pueblos de origen, dado que eran cautivos de los españoles, esclavos tomados en desembarcos sucesivos.⁹⁹

Cortés pretende “descubrir y poblar”, “comprender”, “calar hondo” (Todorov, 1992; Glantz, 1992); nada de lo cual puede hacerse sin un lengua que debe ser, además, un *faraute*. Según el Diccionario de Autoridades, el *faraute* es “el que lleva y trae mensajes de una parte a otra entre personas que están ausentes o distantes. Se llama también al que declara y traduce lo que hablan dos personas cada uno en su lengua, a fin de entenderle uno al otro” (1974: 721,1). El *faraute* es intérprete y mediador, encargado de acortar distancias espaciales y culturales a partir de su conocimiento de distintas lenguas y de la confianza que, como intermediario, debe generar para lograr una efectiva comunicación. Cortés sabe que necesita un intérprete cultural, no solo lingüístico; alguien en quien recaigan, como canal o instrumento, las posibilidades de comunicar pero también de conocer, comprender, leer entre líneas las verdaderas intenciones de un *otro* casi por completo desconocido. Aún más, necesita un intérprete “bullicioso y entremetido” que funcione como espía, llegando allí donde el capitán no puede hacerlo (Glantz, 1992: 32). No obstante, dado que la *Carta de Veracruz* está dirigida a los reyes, el capitán subraya su obediencia y esconde los motivos de su búsqueda de un lengua: llevar a cabo una conquista a la que no estaba autorizado. Se destacan sus denodados esfuerzos y su preocupación por encontrar a los cautivos

⁹⁹ Debido a la urgencia propia de la conquista, la captura de indígenas para que oficiaran de lenguas era práctica frecuente, regulada por la Corona. Es el caso de Melchorejo y Julianillo, tomados en punta de Cotoche en 1517. Para ampliar este punto, véase Baigorria (2004).

aunque, una vez que esto se consiga, se justifique el haber dejado a los otros cinco de quienes se tenía noticia.¹⁰⁰

“Y bien traía aviso el dicho Capitán Fernando Cortés cuando partió de la isla Fernandina para saber destos españoles, y como aquí supo nueva dellos y la tierra donde estaban, le pareció que haría mucho servicio a Dios y a Nuestra Majestad en trabajar que saliesen de la prisión y captiverio en que estaban” (Cortés, 1986: 122).

Las estrategias retóricas de la primera carta de relación sostienen las decisiones del capitán, justificadas en favor de la Corona y amparadas en referencias providencialistas que volverán a aparecer en el relato del encuentro, a partir del fuerte temporal que les impide zarpar, dándole a Aguilar tiempo para alcanzarlos. “Y túvose entre nosotros aquella contrariedad de tiempo que sucedió de improviso, como es verdad, por muy gran misterio, milagro de Dios” (Cortés, 1993: 124). Junto a estas referencias, comienza a delinearse la figura del cautivo –“esclavos de unos caciques” (Díaz del Castillo, 2005: XXVIII-43)–, imagen estereotípica del desamparo y el peligro de la contaminación, y por ello interpelación a los españoles: es su responsabilidad buscarlos y hallarlos.¹⁰¹

Ahora bien, ¿cuáles son los métodos de búsqueda, es decir, qué envía Cortés para asegurar el regreso de los españoles? Varios indígenas, embarcaciones comandadas por Diego de Ordaz –con la directiva de

¹⁰⁰ “Deste Jerónimo de Aguilar fuimos informados que los otros españoles que con él se perdieron en aquella carabela que dio al través estaban muy desparramados por la tierra, la cual nos dijo que era muy grande y que era imposible poderlos recoger sin estar ni gastar mucho tiempo en ello” (Cortés, 1993: 124).

¹⁰¹ Así lo recrimina Cortés a Ordaz, encargado de traer a los cautivos, según se cuenta en la *Historia verdadera...*: “Cuando Cortés vio volver al Ordaz sin recaudo ni nueva de los españoles ni de los indios mensajeros estaba tan enojado. Y dixo con palabras sobervias al Ordaz que avía creído que otro mejor recaudo truxera que no venirse así sin los españoles ni nuevas de ellos, porque ciertamente estaban en aquella tierra” (Díaz del Castillo, 2005: XXVII-66). Claro que la figura de Bernal Díaz, que ha dado noticia de la existencia de estos cautivos, se recorta triunfadora ante al fracaso de Ordaz.

aguardar seis días–, el rescate (cuentas de colores para entregar a caciques y principales) y una *carta*. Desde el comienzo de la expedición, la iniciativa muestra la voluntad cortesiana de la escritura, la certeza de que la comunicación implica no solo la voz sino también la fuerte impronta de la palabra escrita, presente –en sentido legal y notarial–, desde las expediciones de Colón y los primeros requerimientos.¹⁰² En este contexto, la carta es mensaje de reconocimiento, la escritura tiene valor en sí misma, más allá de su contenido específico. Por eso, quizás, en la *Carta de Veracruz* el mensaje no se transcribe: singulariza a los españoles la posibilidad de identificar la palabra escrita, no tanto la posibilidad de decodificarla. Incluso aunque Aguilar y Guerrero no supieran leer reconocerían el funcionamiento de la carta y su naturaleza; podrían entenderla como índice –por señalamiento y contigüidad– de la presencia de otros como ellos.

Esta indicialidad cambia su sentido en López Gómara y en Bernal Díaz, quienes ponen especial interés en reconstruir la carta, recuperando su naturaleza simbólica.¹⁰³ En retórica y estilo ambas *transcripciones* resultan bien diferentes: funcionan como estrategia de verosimilitud de la prodigiosa memoria berwaldiana o como núcleo narrativo que condensa datos y locaciones, acorde al ideal de la escritura historiográfica gomariana.

¹⁰² Respecto del rol del requerimiento en la conquista desde el primer viaje de Colón, véase *Latinoamérica, las ciudades y las ideas* de José Luis Romero (en especial el capítulo II, “El ciclo de las fundaciones”). También Martín Lienhard en *La voz y su huella* explica el funcionamiento *performativo* de este documento, vinculándolo a cierto “fetichismo de la escritura” (1982: 28). Por último, Patricia Seed (1995) dedica un interesante análisis al requerimiento como ceremonia de posesión y conquista.

¹⁰³ Para esta concepción, volvemos sobre la teoría de Peirce, que considera al símbolo en tanto *representamen* que establece una relación de convención con su objeto (dinámico). En este espectro se encontraría el lenguaje.

Transcribe Bernal Díaz:

“Señores y hermanos: Aquí en Cocumel, e sabido qu'estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí, a Cocumel, que para ello embió un navío con soldados, si los oviéredes menester y rescate para dar a esos indios con quien estáis. Y lleba el navío de plazo ocho días para os aguardar. Veníos con toda brevedad. De mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo en esta isla con quinientos soldados y onze navíos. En ellos boy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dize Tavasco o Potonchan” (2005: XXVIII-65-66).

La *Historia verdadera* subraya y reitera los nombres de poblaciones, diseñando así un recorrido útil para el cautivo: “Aquí en *Cocumel*, e sabido qu'estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí, a Cocumel”. Además, por medio de las referencias al rescate y al navío con soldados, el cronista rememora la escena específica y refuerza su condición de testigo de vista, testimoniante, protagonista, anudando el recuerdo a su corporalidad. “Para ello embió un navío con soldados, si los oviéredes menester y rescate para dar a esos indios con quien estáis”. Una vez más, muestra un capitán diligente, atento a cada detalle, agudo lector de las relaciones posibles con los naturales: la negociación y el intercambio, en un primer momento; el enfrentamiento y la huida, para lo cual ofrece protección.

La transcripción que propone el texto gomariano presenta otras inflexiones.

“Nobles señores: yo partí de Cuba con once navíos de armada y con quinientos y cincuenta españoles, y llegué aquí a Acuzamil, de donde os escribo esta carta. Los desta isla me han certificado que hay en esta tierra cinco o seis hombres barbudos y en todo a nosotros muy semejantes. No me saben dar ni decir otras señas: mas por estas conjuro y tengo por cierto que sois españoles. Yo y estos hidalgos que

conmigo vienen a descubrir y poblar estas tierras, os rogamos mucho que dentro de seis días que recibiereis esta, os vengáis para nosotros, sin poner otra dilación ni excusa. Si viniereis todos, conoceremos y gratificaremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada. Un bergantín envío para en que vengáis, y dos naos para seguridad. –Fernando Cortés” (1988: XI-22).

López de Gómara enfatiza la situación comunicativa que toda carta propone (la apertura, “nobles señores”; la signatura: Fernando Cortés); subraya la primera persona del capitán a partir del nombre propio y del uso del pronombre personal. Instala otro derrotero, de Cuba a Cozumel, que funciona en sentido contrario al del texto bernaldiano. No se trata de brindar pistas o marcas de reconocimiento para un cautivo que se está moviendo, en huida (en retorno). Este recorrido de Cuba a Cozumel remite al desplazamiento del capitán al tiempo que evita las reiteraciones o la desprolijidad narrativa contrarias a una eficaz escritura de la historia.¹⁰⁴ De cuidada estructura argumentativa, la secuencia incluye la referencia espacial, el despliegue de los presupuestos que mueven el intento de rescate, el pedido que es orden: “os vengáis para nosotros, sin poner otra dilación o excusa” (Gómara, 1988: XI-22). La colocación del capitán en lugar de preeminencia se refuerza con la alusión a la hidalguía de los principales españoles –marca social y horizonte de todo soldado– y habilita el condicional posterior. “Si viniereis todos, conoceremos y gratificaremos la buena obra que de vosotros recibirá esta armada” (Gómara, 1988: XI-22),

¹⁰⁴ Cosa que en efecto ocurre en la *Historia verdadera*, donde el narrador destina tres capítulos de variable extensión a explicar la partida, y la organización de los bastimentos, refiriendo así, de modo un tanto desordenado y azaroso, aquello que el historiador condensa en un párrafo. Creo que no se trata sólo de una construcción memorialista o de una búsqueda del detalle: se le escapan a este enunciador ciertas estrategias retóricas que hacen a una elegante y eficaz organización textual. Cfr. los capítulos XXV, XXVI y XXVII.

promesa de recompensa tanto como obligación para los cautivos, que deberán abrazar un nuevo rol.

Esta carta despliega las marcas de reconocimiento, metonimia del español, comienzo del proceso de comunicación e interpenetración. "Los desta isla me han certificado que hay en esta tierra cinco o seis hombres barbudos y en todo a nosotros muy semejantes. No me saben dar ni decir otras señas: mas por estas conjuro y tengo por cierto que sois españoles." La seña de identidad con que el nativo mira al extranjero es internalizada; a partir de ella se produce la conjetura, se lee el indicio que permite cumplir una orden. Tal es así que a partir de solo dos elementos (el cabello, el gentilicio "castilán", en cuyos ecos el capitán cree escuchar el original castellano, atravesado por la aculturación) se juegan los recursos de la expedición (hombres, navíos, rescates) y se deposita la esperanza de una conquista negociada a partir de los lenguas. Pero lo más llamativo de esta escena es referido por Gómara en el capítulo XI:

"Escrita ya la carta, hallóse otro inconveniente para que no la llevasen y era que no sabían cómo llevarla encubiertamente para no ser vistos ni barruntados por espías, que los indios temían. Entonces Cortés acordóse que iría bien envuelta en los cabellos de uno; y así tomó al que parecía más avisado y para más que los otros, y atóle la carta entre los cabellos, que de costumbre los traen largos, a la manera que se los atan ellos en la guerra o fiestas, que es como trenzado en la frente" (1988: XI-23)

La astucia de Cortés es evidente: la palabra escrita debe penetrar territorio ajeno sin ser descubierta; lo hace a través del cuerpo del indio, espacio ajeno a ésta. Como adelantado, como embajador, el recado debe abrir el camino que Cortés no recorre, en una escena configurada en los

distintos usos del cabello: la barba como índice de los cautivos y definición del extranjero; el cabello largo de los naturales, costumbre festiva (y femenil, dirá Gómara más adelante), en cuya espesura puede confundirse la palabra del conquistador. La descripción de esta costumbre exhibe el artificio del discurso directo y la interpolación del narrador. La frase "que de costumbre los traen largos, a la manera que se los atan ellos en la guerra o fiestas, que es como trenzado en la frente" (Gómara, 1988: XI-23) es índice de la escritura retrospectiva. Son también muestra de una mirada histórica que entrelaza datos, modos de funcionamiento, saberes culturales acerca de su objeto. Esta colonización del cuerpo por el discurso del poder (De Certeau, 1978) caracteriza el secreto del avance de Cortés en tierras mexicanas y su principal arma de reclamo, explicación y legitimación.

III.a.2) Aguilar y Guerrero: la frontera como traducción

Todo naufragio-cautiverio es una lucha por la supervivencia; entraña el encuentro o choque, muchas veces hostil, con naturaleza y cultura extrañas. El náufrago no es el mismo luego de esta convivencia con el *otro*. En la escritura, este camino de transformación, difícilmente reconstruible, suele ser atemperado por medio de estrategias diversas. En los relatos acerca de náufragos ocupa lugar principal el momento del reencuentro, la primera impresión y las señas de reincorporación en el mundo cultural y social de origen, aunque siempre está latente la sospecha de aculturación, entendida como traición o deslealtad.¹⁰⁵

¹⁰⁵ En el caso de Aguilar, esto se atempera por su función como religioso, aunque los textos se ven en la necesidad de subrayar su identidad a partir de sus "Oras" y su énfasis y ductilidad para la evangelización. Señala Bernal Díaz que "Aguilar les aconsejava [a los caciques de

Luego de algunas peripecias, Jerónimo de Aguilar, cautivo que se convertirá en intérprete, regresa presuroso a encontrarse con sus *hermanos*.¹⁰⁶ Con distintos grados de minuciosidad y relevancia, las tres crónicas narran este momento. La *Carta de Veracruz* refiere el acontecimiento en forma indirecta, acentuando los juicios y esfuerzos del capitán. No describe a Aguilar ni da sus señas: el español importa solo en tanto lengua, aquí es donde funciona con más énfasis la sinécdoque que lo define. En llamativa síntesis, que despoja al cautivo del relato de sus vivencias en tierras americanas, esta primera carta presenta la llegada de Aguilar casi como una "aparición", acorde con la lógica providencialista ya señalada:

"Llegada donde nosotros estábamos vimos cómo venía en ella uno de los españoles cativos que se llama Jerónimo de Aguilar, el cual nos contó la manera como se había perdido, y el tiempo que estaba en aquel cautiverio, que es como arriba a Vuestras Reales Altezas hemos hecho relación" (Cortés, 2003: 124).

Lo que suele elidirse es el tiempo pasado en el espacio del *otro* que tantas veces resulta intolerable, inenarrable. Lo es al menos para el capitán y para los hidalgos que lo acompañan, quienes, en su experiencia como protagonistas y testigos, ven peligrar las fronteras de la propia identidad.

Distinta es la escena según la cuentan Gómara y Bernal Díaz, quienes se detienen en jugosas descripciones físicas y refieren directamente la voz de

Cozumel] que siempre tuviesen acato y reverencia a la santa imagen de Nuestra Señora y a la cruz, y que conoscerían que por ello les venía mucho bien" (2005: XXIX-71).

¹⁰⁶ Las crónicas coinciden en que el barco comandado por Diego de Ordaz, encargado de traer a los cautivos, llevó las cartas y aguardó entre seis y ocho días. Sin novedades, emprendió el regreso hacia donde aguardaba el resto de la expedición. Ínterin, Aguilar recibió la carta, consiguió permiso del principal indígena para volver con sus "hermanos" —aunque nunca queda demasiado claro cómo, ya que era esclavo—, se hizo de una embarcación indígena y consiguió llegar hasta los navíos de Cortés, detenidos aún en la costa debido a la tormenta *providencial* que aseguró el encuentro y la obtención de un lengua, si no mejor, al menos más confiable que los indios Melchorejo y Juanillo.

Aguilar al tiempo que hacen ingresar la problemática figura de Gonzalo Guerrero. A diferencia de la *Carta de Veracruz*, la *Historia de la conquista de México* y la *Historia verdadera* incluyen sendos apartados para narrar el encuentro.¹⁰⁷ Escritas a partir de saberes diversos, no obstante ambas coinciden en detallar las improntas físicas que marcan el grado de aculturación de Aguilar.

En la *Historia de la conquista de México*, Aguilar es descrito en el marco de un grupo de cuatro hombres, indistinguibles entre sí, “desnudos en carnes, sino en sus vergüenzas, los cabellos trenzados y enroscados sobre la frente como mujeres, y muchas flechas y arcos en las manos” (1988: XII-23); la *Historia verdadera* individualiza a Aguilar, que “de suyo era moreno y tresquilado a manera de indio esclavo. Y traía un remo al hombro, una cotara vieja calzada y la otra atada a la cinta, y una manta vieja muy ruin e un braguero peor con que cubría sus vergüenzas” (2005: XXIX-70). Gómara lee la desnudez –asociada a las poblaciones originarias desde los primeros viajes de Colón–, y la particular disposición de los cabellos, que les confiere un aspecto femenino, reforzando la imagen subalterna del indígena. Bernal Díaz lee el cuerpo cubierto de objetos ajados, viejos, ruines, que parecen fijar a Aguilar en el momento del naufragio, en el inicio del cautiverio, provocando distanciamiento y desagrado en el recuerdo del cronista. Se refiere luego una seña fundamental: Aguilar es esclavo y va trasquilado como tal. El dato, comentado por el cronista soldado al menos treinta años después de la

¹⁰⁷ La primera, los capítulos XI y XII (“Que los de Acuzamil dieron nuevas a Cortés de Jerónimo de Aguilar” y “Venida de Jerónimo de Aguilar a Fernando Cortés”); la segunda, el capítulo XXVII y el XXIX (“Cómo Cortés supo de dos españoles qu’estavan en poder de [ndios] en la punta de Cotoche y lo que sobr’ello se hizo” y “Cómo el español qu’estaba en poder de indios [que] se llamava Gerónimo de Aguilar supo cómo havíamos arribado de Cozumel, y vino a nosotros y lo que más pasó”).

conquista, muestra su conocimiento de una dinámica social puesto que recupera en la escritura los signos de la esclavitud marcados en el cuerpo del cautivo, y lo refuerza luego con la inclusión –por medio del discurso referido directo– de la voz de la india esposa de Guerrero.¹⁰⁸

Ambos cronistas coinciden en el uso del término “vergüenza” como sustantivo vinculado a la desnudez; término de múltiples valencias: entre la inocencia y el pecado, entre la carencia y el mito (Glantz, 1993). La reiteración de una noción de uso común en la época subraya el ‘más allá’ de la civilización en el que estos náufragos-cautivos se han visto inmersos, marcando la distancia con el yo enunciator que no tolera la desnudez ni siquiera en la escritura. No hay en estas miradas nada de lo edénico-mítico vinculado al desnudo, quizá porque dicha corporalidad omnipresente, ajada, ruin, representa de modo demasiado cercano otro resultado posible en toda expedición de conquista: el fracaso.¹⁰⁹

Gómara avanza y muestra a Aguilar oficiando de traductor en su primer encuentro: él es quien calma a los temerosos indios que lo acompañan, al hablar en su lengua, y quien se comunica con los españoles, preguntándoles: “Señores, ¿sois cristianos?”. Antes, el gentilicio; ahora, la caracterización

¹⁰⁸ Claro que este conocimiento es muy incompleto. Para contrastarlo, basta con ver las descripciones que de costumbres y usos locales hace Fernando de Alva Ixtlilochitl en sus *Obras históricas*, por ejemplo. (Al respecto, véase Añón, 2007.)

¹⁰⁹ Para Beatriz Pastor (1983), los relatos de náufragos forman parte del “discurso narrativo del fracaso”, donde la derrota y la lucha por la supervivencia aglutinan disímiles textualidades. Con respecto a lo edénico-mítico, en su análisis de los Naufragios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, Margo Glantz despliega la genealogía que anuda este tópico con la conquista y colonización del continente: “A partir del primer viaje de Colón, la desnudez adquiere connotaciones específicas; se reviven viejos mitos y se los transforma de acuerdo con los territorios recién descubiertos. Resurge el mito bíblico del Edén materializado en esas tierras nuevas y localizado generalmente en una isla; dicho mito, reforzado por su versión helénica, el de la Edad Dorada, engendra una serie de variantes, entre las que se cuenta la de la Fuente de la Eterna Juventud, localizada también en una supuesta isla, la llamada Bimini (Florida) por Juan Ponce de León” (Glantz, 1993: 403).

religiosa que articula la definición identitaria.¹¹⁰ Sin embargo, la alteridad inscrita en un cuerpo español, un cuerpo que había formado parte del *nosotros* de quienes lo esperaban con ansias y ahora lo miran con asombro, resulta insoportable, y así es narrada: con distancia, con vergüenza, con un dejo de desprecio que hace que Cortés le entregue rápidamente ropas para que se cambie. “Porqu’el Aguilar ni más ni menos era que indio” (Díaz del Castillo, 2005: XXIX-70). El primer gesto de *regreso*, luego de la palabra, será borrar del cuerpo las huellas de la estrecha convivencia con el *otro*.

En su ánimo memorialista, Bernal Díaz apunta un dato más: el español que habla Aguilar es “mal mascado y peor pronunciado” dato que, junto con el “bulto e eran Oras muy viejas” (2005: XXIX-70) es la marca del tiempo que Aguilar pasó como cautivo, y excede la apariencia física para traslucirse en una ya dudosa capacidad lingüística. Si el *balbus* es bárbaro, quien “habla mal” (Giletti Benso, 1997: 258), Aguilar lleva inscrita en su lengua las marcas de la aculturación y de la falta de ‘policía’. Desnudo —despojado— de su cultura de origen, Aguilar se presenta ataviado con retazos ‘viejos y ruines’, restos precarios de su civilización. Sin embargo, esto no le impide narrar su historia, por medio del discurso directo, en la crónica del historiador, o indirecto, en la del soldado. Así, ingresa un relato inserto que hace a la eficacia narrativa del texto y a su credibilidad.¹¹¹ Además, esta asunción de la voz se produce cuando Aguilar se reincorpora a los *suyos*. Vestido a la usanza española, recupera la lengua y la capacidad narrativa, y adquiere una nueva función de

¹¹⁰ Bernal agrega las siguientes palabras: “Dios y Santa María e Sevilla”.

¹¹¹ Este tipo narrativo puede rastrearse también en las historias gomarianas y, más adelante, en los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, por ejemplo. Con respecto a este tema, véase el trabajo de Enrique Pupo Walker, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América* (1982).

intérprete-evangelizador, solo posible en virtud de la desgracia anterior, el naufragio-cautiverio.

Poco varían la *Historia de la conquista de México* y la *Historia verdadera* en el contenido del relato de Aguilar, a pesar de que Bernal Díaz se jacta de estar corrigiendo al estudioso: "Y de esta manera que e dicho se ovo Aguilar y no de otra, como lo escribe el coronista Gómara, y no me maravillo pues diz es por nuevas" (2005: XIX-71). El historiador trabaja profusamente con el discurso referido directo que le permite representar la voz del personaje con un alto grado de retórica, vinculada al enfoque renacentista de la historia, útil también para reforzar la impresión de cercanía con su referente.

Gómara describe las dolorosas peripecias vividas por los náufragos, enfatizando las escenas de sacrificio y canibalismo que, al tiempo que espantan, constituyen la imagen de un *otro* bárbaro. El resultado exitoso (para los españoles) de la conquista de México ha reforzado el designio providencialista que todo naufragio horada. Distancia temporal y espacial mediante, el peligro de narrar el espacio *otro* se diluye y el relato se transforma en responsabilidad historiográfica. Por eso, la *Historia de la conquista de México* refiere a grandes rasgos los padecimientos de los cautivos, en un discurso directo que funciona como recurso narrativo, intensificando el impacto de la escena, pero también como prudente distancia entre la voz del cronista y la del ex cautivo devenido lengua.

Dicha historia presenta una escena de comunicación oral donde un náufrago-cautivo, que al parecer ha recuperado sus dotes lingüísticas, responde "alegremente delante de todos" (Gómara, 1988: XV-24). La verdad de este discurso directo (recreación del narrador, verosímil en virtud de las reglas

historiográficas que lo rigen) está anclada en la maestría de la prosa, en la cuidada articulación de cada hecho, en sus coordenadas temporo-espaciales.

“Que estando en la guerra del Darien, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicuesa y Vasco Nuñez de Balboa, acompañé a Valdivia, que vino en una pequeña carabela a Santo Dominho, a dar cuenta de lo que allí pasaba al Almirante y Gobernador, y por gente y vitualla, y a traer veinte mil ducados del Rey, año de 1511” (Gómara, 1988: XV-24).¹¹²

En Jamaica, en el “bajo que llaman las Víboras” (Gómara, 1988: XV-24), pierden la carabela: comienza la minuciosa trama trágica. Esta desgracia, a la que se le suma el hambre terrible y la falta de herramientas (“sin agua, sin pan, y con ruin aparejo de remos”, Gómara, 1988: XV-24) marca la pérdida de dirección y decisión. Quedan a la deriva, a merced de una fuerte corriente que los arroja a tierra. Pero si la tierra suele ser bendición en los relatos de naufragos –y en la conquista en general–, es aquí una inflexión más de la desgracia: dará paso a la antropofagia y a los sacrificios humanos de los que los españoles-extranjeros serán objeto.

Algo del par estereotípico buen salvaje-caníbal persiste en la caracterización del “malvado cacique” contra el “hombre más humano” (Gómara, 1988: XV-25). Sin embargo, el cuidado con que se refieren nombres indígenas de señores principales y poblaciones marca la distancia que va de

¹¹² El texto continúa así: “Y ya que llegamos a Jamaica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras, y con dificultad entramos en el batel hasta veinte hombres, sin vela, sin agua, sin pan, y con ruin aparejo de remos; y así anduvimos trece o catorce días, y al cabo echónos la corriente, que allí es muy grande y recia, y siempre vas tras el sol a esta tierra, a una provincia que dicen Maia. En el camino se murieron de hambre siete, y aun creo que ocho. A Valdivia y otros cuatro sacrificó a sus ídolos un malvado cacique, a cuyo poder venimos, y después se los comió, haciendo fiesta y plato dellos a otros indios. Yo y otros seis quedamos en caponea a engordar otro banquete y ofrenda; y por huir de tan abominable muerte, rompimos la prisión y echamos a huir por unos montes; y quiso Dios que topamos con otro enemigo de aquel, y hombre humano, que se dice Aquincuz, señor de Xamanzana; el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre, y no tardó a morir. Después acá yo he estado con Taxmar, que le sucedió” (Gómara, 1988: XV-24-25).

las primeras imágenes colombinas de América a la pluma del historiador, cincuenta años después. En cualquier caso, esta contraposición delimita un espacio de peligro y muerte frente a un espacio de buen cautiverio, bajo el ala de Aquincuz y de Taxmal, su sucesor, interrumpido por las cartas de Cortés, que rescatan –y redimen– al cautivo.

Repárese en el acertado uso de adverbios y locuciones adverbiales temporales que subrayan las relaciones causales y el *crescendo* de desgracias que asola a los naufragos. La precisión temporal (“año de 1511”, Gómara, 1988: XV-24) solo se exhibe al principio; luego, el discurso se empapa de otra temporalidad peculiar, medida en pruebas y despojos. En cuanto a los usos verbales, la reiteración del verbo “perder” funciona como anticipación de una pérdida más profunda, la muerte. “Señor, yo me llamo Jerónimo de Aguilar, y soy de Ecija, Y perdime de esta manera”, “y ya que llegamos a Jamaica se perdió la carabela” (Gómara, 1988: XV-24). La historia del naufragio es la historia de sucesivas pérdidas: perder la carabela, el alimento, los compañeros; perder el propio cuerpo convirtiéndose en “banquete y ofrenda” (Gómara, 1988: XV-25). El relato del cautivo escenifica un *mundo al revés* del cual, para Aguilar, solo es posible la huida.

Vayamos ahora a la *Historia verdadera*. Desde otra perspectiva, el soldado-cronista elige el discurso indirecto, que implica la asunción de la voz del *otro*:

“Y [Cortés] le preguntó de su vida, y cómo se llamava y quando vino a aquella tierra. Y él dixo, aunque no bien pronunciado, que se dezía Gerónimo de Aguilar, y que era natural de Ecija, y que tenía órdenes de Evangelio. Que avía ocho años que se avía perdido él y otros quinze hombres y dos mujeres, que ivan desde el Darién a la isla de Santo Domingo, quando ovo unas diferencias y pleitos de un Enciso y

Valdivia. Y dixo que llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de unos contra los otros, y qu'el navío en que ivan dio en los Alacranes, que no pudo navegar; y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mugeres, creyendo tomar la isla de Cuba o Jamaica; y que las corrientes eran muy grandes, que les echó en aquella tierra; y que los calacheonis de aquella comarca los repartieron entre sí" (2005: XXIX-70/1).

Bernal Díaz escenifica un diálogo asimétrico, cuya trama se ordena a fuer de las preguntas del capitán: "le preguntó por tierras y pueblos"; "luego le preguntó por Gonzalo Guerrero" (Díaz del Castillo, 2005: XXIX-71). En un sentido, esta elección del narrador puede deberse al castellano "no bien pronunciado" de Aguilar; en otro, posibilita la referencia a una experiencia de temor, pérdida, cercanía con la muerte que el cronista también ha experimentado en carne propia. La parataxis que estructura la *Historia verdadera* (Cortínez, 2000) define el armazón de este fragmento y produce un efecto de lectura en el que prevalece la yuxtaposición agitada. Se exhibe así el cúmulo de desgracias que asoló a los naufragos, una a continuación de la otra o una sobre la otra: capas superpuestas de la desdicha. Antes que subordinación, elipsis o puesta en relieve (recursos fundamentales en el texto gomariano), las enumeraciones marcan el paso y abruman por la heterogeneidad de los hechos referidos. Exhiben "cierta falta de contención en la prosa de la *Historia verdadera*", característica que quizás "encierre ciertos atributos del autor" (Cortínez, 2000: 201).

Un último punto a destacar: olvidos y diferencias en sujetos y nominaciones. Gómara llama al lugar del naufragio "bajo de las Víboras"; Bernal, "Alacranes". Gómara no ve a las mujeres (menciona, en cambio, veinte hombres); Bernal Díaz puntualiza: "y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros e dos muxeres" (2005: XXIX-70). Además,

sigue su derrotero y narra su destino: "e que avían sacrificado a los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se abían muerto de dolencia. Y las mujeres, que poco tiempo pasado avía, que de trabajo también se murieron porque las hazían moler" (2005- XXIX-71). Frente a la invisibilidad de estas mujeres para el ojo del historiador, la sutileza del cronista-soldado que, en breve referencia, apunta modos sexuados del cautiverio. Otra divergencia: Bernal Díaz no anota los nombres de los principales indígenas ("E que a él le tenían para sacrificar, y una noche se huyó y se fue [a] aquel cacique con quien estava. Ya no se me acuerda el nonbre que allí le nombró", 2005: XXIX-71), en un olvido que no se resiente puesto que también funciona como mecanismo de organización textual y de validación testimonial. Por contrapartida, en la atención del historiador hacia la correcta inclusión de nombres propios, locaciones y señoríos (Aquincuz, señor de Xamanzana; Taxmar; Nachancan, señor de Chetemal) se estructura el valor de verdad de este discurso histórico. La experiencia deja de ser valor *per se* y el trabajo con las fuentes adquiere justa relevancia.

El parlamento que transcribe Gómara se cierra con un significativo comentario del narrador: "Gran temor y admiración puso en los oyentes este cuento de Jerónimo de Aguilar, con decir que allí en aquella tierra comían y sacrificaban hombres [...] y daban gracias a Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara" (1988: XII-24). El historiador toma la palabra para articular la dicotomía a través de la cual se mueve Aguilar. Si la historia del cautivo es la historia de una frontera (Operé, 2001), el narrador la define al tiempo que marca el pasaje de Aguilar, aindiado en su aspecto físico pero no en su cosmovisión ni en sus creencias. A diferencia de lo que le ocurre a

otro cautivo famoso, Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, Aguilar marca el regreso al aferrarse a la temporalidad cristiana. Tal es así que, al encontrarse con sus coterráneos, Gómara comenta que

“Preguntó si era miércoles, ca que tenía unas horas en que rezaba cada día. Rogóles que diesen gracias a Dios; y él hincóse de rodillas en el suelo, alzó las manos y ojos al cielo, y con muchas lágrimas hizo oración a Dios, dándole gracias infinitas por la merced que le hacía en sacarlo de entre infieles y hombres infernales y ponerle entre cristianos y hombres de su nación” (1988: XII- 23).

La escena subraya lo providencial, la cosmovisión religiosa, reconstrucción del momento del encuentro-retorno, con todas las gestualidades de rigor, a partir de las cuales se traza la frontera que separa a “hombres infernales” de “cristianos”. El cautivo parece haber podido pasar de una frontera a otra sin mayores cambios, aunque regresa con un saber que es un bien preciado para la expedición: la lengua del *otro*.

Quien no regresa de esa frontera es Gonzalo Guerrero, figura problemática porque representa el peligro y el atractivo de la alteridad. Aguilar siempre fue un cautivo, un esclavo; Guerrero ha dejado de serlo y, con ello, ha abrazado esa cultura donde alcanzó una posición de poder de la que carecía en su sociedad de origen. Lo poco que se conoce de este “indianizado” es a partir del relato de Aguilar, representado e interpretado por Gómara y Bernal Díaz. La *Carta de Veracruz* no lo refiere, quizá porque el propósito del texto es diferente, quizá porque este cautivo no puede ser referido en esa instancia. Aquí se juega la posibilidad de leer la diferencia más perturbadora, aquella que desplaza la frontera del *yo*. Empero, es preciso recordar que Cortés, agudo lector de signos e indicios, configura

textos controlados donde la elipsis funciona como sustrato. Si esta aculturación de Guerrero implica una traición –tal como lo declara Bernal Díaz–, ¿por qué el capitán habría de contar el fracaso, el repliegue, el peligro extremo del contacto con esos seres aparentemente bárbaros en los que, sin embargo, persiste un núcleo irreductible de atractiva inquietud?¹¹³

Por su parte, Gómara y Bernal Díaz dan distintas explicaciones: la vergüenza, el *vicio de la mujer*, la familia:

“Yo le envié la carta de vuestra merced y a rogar que se viniese, pues había tan buena coyuntura y aparejo. Más él no quiso, creo que de vergüenza, por tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos a fuer de aquella tierra y gente o por vicio de la mujer y amor de los hijos”, cuenta Aguilar en el relato de Gómara (1988: XII-23).

Bernal Díaz difiere en la escena puesto que construye un diálogo entre los dos españoles; dice Guerrero:

“Hermano Aguilar: yo soy casado y tengo tres hijos; y tiéненme por cacique y capitán cuando ay guerras; íos con Dios, que yo tengo labrada la cara y oradadas las orejas. ¿Qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir de esa manera? Por vida vuestra, que me deis desas cuentas verdes que me traéis, para ellos, y diré que a mis hermanos me las enbían de mi tierra” (2005: XXIX-66).

Guerrero solicita el rescate pero se niega a ser rescatado: en la doble valencia del término, toma el rescate como elemento de negociación y trueque, dejando de lado la redención –el regreso.¹¹⁴ En este parlamento,

¹¹³ Apunta Jaime Concha: “Cortés, que evita mencionar sus fracasos como capitán, olvida y no olvida un fracaso esencial, el de la oveja perdida que no quiere volver al rebaño militar. La omisión habla a las claras y subraya una vez más el valor del gesto de ese ‘buen cautivo’” (1986, 11).

¹¹⁴ Para los *Nafragios* de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, y citando a Covarrubias, Margo Glantz explica los distintos sentidos: “Rescate, *redemptio*, *is*. O se pudo decir de rescatar o

Guerrero exhibe otro grado de la aculturación; ya no hay polisemia posible en el rescate, no solo debido a la vergüenza (“¿Qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir de esa manera?”) sino también la inclusión en un esquema social donde se es “cacique y capitán cuando hay guerras”. Por eso, la alusión a sus “hermanos” –antes llamados “esos españoles”– exhibe la conformación de identidades disímiles a partir de un personaje que muestra otros modos de comprender el significado cultural de los objetos, otros usos posibles. “Por vida vuestra, que me deis desas cuentas verdes que me traéis, para ellos, y diré que a mis hermanos me las enbían de mi tierra”. Quizás aún a pesar de la intención del narrador, el pedido de las “cuentas verdes” exhibe cierta astucia en la nominación de quien ahora es *otro* (“mis hermanos”), incluso cierta *captatio benevolentia* usada para obtener un bien al tiempo que resiste la orden del capitán, negándose al regreso.

La *Historia verdadera* incorpora la respuesta enojada de la mujer india de Guerrero: “Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; idos vos y no cureis de más pláticas”.¹¹⁵ Múltiple mediación (de la india a Aguilar; de éste a los soldados; del recuerdo al texto de Bernal) que implica también la traducción: de la lengua maya al castellano balbuceante de Aguilar, y de la lengua oral al texto escrito. Más que el recuerdo, lo que persiste es el verosímil: se trata de escenificar aquello que la memoria del soldado rescata

regatear porque se regatea el precio. Regatear es procurar abajar el precio de la cosa que se compra”. Pero rescate también significa redimir: “Cristo Nuestro Señor es verdadero y sólo Redentor, que nos redimió y compró con su preciosísima sangre” (1993, 412).

¹¹⁵ Como señala Jaime Concha con respecto a esta mujer: “El esfuerzo de Aguilar por convencer a Guerrero no deja de revestir interés: ‘Que por una india no se perdiese el ánima’, lo conmina. En la fragante asimetría de la frase, cuyos términos se rechazan mutuamente (uno, de impar peso teológico; otro, entidad apenas subhumana –mujer e india al mismo tiempo) es posible sopesar cuánto arriesgaba Guerrero con su acto y cuán heroico, en el marco de los prejuicios de la época, era su proceder” (1986: 11).

o inventa. Esta profusión de referencias permite que Bernal se diferencie de Gómara –solo quien estuvo allí pudo haber tenido acceso directo a estos diálogos y haberlos guardado en su memoria– e incorpore una voz *otra* en el texto, así como una lógica social extraña: aquella que coloca en el lugar del esclavo al español o bien lo marca a modo de tatuaje.

En este contexto, Guerrero es intérprete cultural de signo contrario a lo esperado, cuya imagen especular es Malinche. Guerrero, pura corporalidad extraña y transformada, es el cuerpo voluntariamente interpuesto entre el español y el indio, cuya nueva función social es conocer y prever las tácticas de guerra de sus antiguos hermanos. Así lo afirma Bernal Díaz: “E que avía poco más de un año, que quando vinieron a la punta de Cotoche un capitán con tres navíos, parece ser fueron quando benimos los de Francisco Hernández de Córdoba, que él fue inventor de que nos diesen la guerra que nos dieron; e que vino él allí juntamente con un cacique de un gran pueblo” (2005: XXIX-71).

Quizá la pregunta más perturbadora sea cómo comprender la alteridad cercana, de qué modo narrar la diferencia en un rostro familiar. Si Aguilar y Guerrero representan dos modos de contacto con el *otro*, los relatos que de ellos hacen estos tres cronistas anticipan y explican la conquista posterior.

III.b) La traducción como metáfora

“Traducir es transcribir de un idioma a otro. Yo creo más, yo creo que traducir es transpensar; pero cuando Víctor Hugo piensa, y se traduce a Víctor Hugo, traducir es pensar como él, impensar, pensar en él”.

JOSÉ MARTÍ¹¹⁶

Tras todo acto de comunicación existe un proceso de traducción, de reconversión lingüística y textual, de traslación de gestos, perspectivas, cosmovisiones y dinámicas sociales. En ello consiste la traducción cultural, en la cual enunciador o personaje se establecen como mediadores entre culturas, desplegando saberes y configurando cierta autoridad enunciativa; problema aun mayor en la medida en que —en el momento de la conquista tanto como en las sociedades fractales posconquista— la desigualdad y las relaciones de dominación se inscriben en todos los órdenes.

Traducir es asunto lingüístico, léxico o sintagmático (es decir, buscar y hallar el equivalente entre lenguas); traducir es una de las formas de acercamiento al *otro* y de inmersión en los modos en que éste piensa y concibe el mundo.¹¹⁷ Traducir obliga al neologismo y a la metáfora (Colombi, 2004); sometiéndonos a la lógica del “impensar”, lleva a evaluar las relaciones entre culturas.

El proceso de conquista exige una traducción endolingüística, interlingüística e intersemiótica (Jakobson, 1997), es decir, la paráfrasis, la

¹¹⁶ Citado en Colombi (2004).

¹¹⁷ Como ya señalara la traductología, la equivalencia exacta entre lenguas (y entre culturas) es imposible; pretensión absolutista y totalitaria vinculada al imperio, pero que el mismo lenguaje (en sus manifestaciones idiomáticas) se encarga de deconstruir. Asimismo, las nociones de fidelidad e infidelidad, adecuación, original y copia, van cediendo espacio a una pluralidad de sentidos en la traducción, misma que intenta responder a una heterogeneidad de mundos y de modos, a partir de perspectivas poscoloniales contemporáneas (Guglielmi, 2002).

comparación, la analogía, la reconversión lingüística y, lo que es más complejo aún, la transcripción de modos de ver el mundo y de ser en el mundo que aluden a dinámicas sociales de enorme complejidad. Desde uno de sus ángulos, ingresa la cuestión del intérprete como figura central, en tanto mediador y sujeto poseedor de múltiples saberes: comprender, saber decir, saber explicar.¹¹⁸

III.b.1) Traductores e intérpretes

Como ya hemos ido señalando a lo largo del capítulo, los intérpretes-cautivos (ya sean indígenas o españoles) inciden en los desplazamientos, cartografían el territorio, posibilitan negociaciones, definen incluso el pasaje del *rescate* a la *conquista*. Cortés, Gómara, Bernal Díaz subrayan desde los primeros momentos la necesidad de intérpretes que, además de conocer las diversas lenguas mesoamericanas, puedan desplegarlas con inteligencia, comprender, motivar, explicar, disuadir, evangelizar. "Fernando Cortés, considerando *cuánto le importaría tener buen faraute para entender y ser entendido...*" (Gómara, 1988: XI-21; subrayado nuestro). "Luego a otro día que Aguilar fue venido, tornó Cortés a hablar a los acuzamilanos para informarse mejor de las cosas de la isla, pues *serían bien entendidas con tan fiel intérprete*; y para confirmarlos en la veneración de la cruz y apartarlos de la de ídolos" (Gómara, 1988: XIII- 24, 25; subrayado nuestro).

El intérprete establece vínculos en más de un sentido: entre culturas, entre texto y contexto, entre lengua oral y texto escrito. Su figura, regulada por la Corona, tiene un sentido eminentemente legal, donde prima la comunicación

¹¹⁸ Intérprete: también llamado en las crónicas lengua, ladino, guía, lenguaraz, faraute, trujimán, dos labios, un labio. (Giletti Benso, 1997).

oral y la obligación de una buena traducción para administrar justicia (Giletti Benso, 1997). Además, es crucial en el requerimiento: la traducción del castellano a la lengua indígena, de la escritura a la oralidad primaria, justifica la conquista y anuda escritura, traducción y poder al hacer inteligible el documento legal a los oídos de los naturales.

En estas expediciones, el intérprete debe hacer mucho más que comprender y transmitir: es guía, consejero, mediador lingüístico e "intermediario diplomático" (Baigorria, 2004: 4).¹¹⁹ Si una vez capturados los traductores, sus roles se naturalizan, sus cuerpos y sus hablas desaparecen detrás de la representación de los diálogos entre Cortés y los principales indígenas, lo cierto es que, cuando los conquistadores *andan sin lengua*, las crónicas no dejan de mencionarlo, como preocupación y justificación de la incomunicación o el fracaso. Buscado, necesitado, perseguido, pautado, controlado, el lengua también es sospechoso de traición, en especial si se trata de indios cautivos. Cuenta Bernal Díaz:

"En aquellas escaramuzas prendimos tres indios; el uno de ellos era principal. Mandóles el capitán que fuesen a llamar al cacique de aquél pueblo, y se les dio muy bien a entender con las lenguas Julianillo y Melchorejo, y que les perdonaban lo hecho, y les dio cuentas verdes en señal de paz. Y fueron y nunca volvieron, y creímos que los indios Julianillo y Melchorejo *no les debieron de decir lo que les mandaron, sino al revés*" (Díaz del Castillo, 2005: IX; subrayado nuestro).

Decir *al derecho* o *al revés*, cumplir órdenes, ser conducto o mensajero: la voz de estos traductores es una voz cautiva, habita un cuerpo sometido a la lógica del conquistador. No obstante, los intérpretes colocan siempre en primer

¹¹⁹ Baigorria distingue cuatro tipos de intérprete: el indígena capturado (Melchorejo y Julianillo en este caso); marineros y soldados; el "indio culto, bilingüe, conocedor de las costumbres de ambas sociedades", como sería doña Marina; naufragos y cautivos (Aguilar) (2004: 5).

plano la imposibilidad de una sujeción absoluta, el reconocimiento de la necesidad de un código compartido y del poder que éste confiere. La traducción errada o artera define el resultado de las escaramuzas, por eso el intento de control sobre el cuerpo, la palabra, las intenciones del *lenguaraz*. Intento de apropiación que a cada paso muestra sus falencias; propiedad aún más profunda (y compleja) en el caso de Malinalli-Malintzin: mujer, esclava, regalo, pareja, madre de uno de los hijos de Cortés, *leal secretaria y faraute*.

III.b.2) Metáfora y metonimia: el cuerpo del *lengua*

Antes de transformarse en lengua por medio del bautismo, todo cautivo debe adquirir un nuevo nombre propio. Este rito es metáfora de un poder aculturador, que escenifica en estos cuerpos sometidos el pasaje cultural.¹²⁰ Así, se asume la cultura del conquistador y se la inscribe en signos –vestirse a la usanza de Castilla– que reconfiguran la propia identidad. Definidos por imposición y sujeción, los intérpretes-cautivos atraviesan una frontera para colocarse en un *entrelugar* que es un *fuera de lugar* ya sin retorno. Quien cede su voz, antes ha cedido su cuerpo: se viste, se transforma, se desviste también en un intento de (imposible) regreso.

Tal cosa ocurre en la historia 'ejemplificadora' y paradigmática de Melchorejo, aquel indio que "ubimos en la Punta de Cotoche" (Díaz del Castillo, 2005: VI-22). Sospechado siempre de mala traducción y de traición, criticado también por Gómara en la eficacia con que cumplía su rol.¹²¹ Luego

¹²⁰ Las crónicas no dejan de mencionar los nombres españoles (o españolizados) de los farautes, entre los cuales Aguilar, por su procedencia, se destaca en su rol evangelizador, como español y como religioso.

¹²¹ "Y para esto hablóles un día por la lengua que llevaba, la cual era un Melchior que llevara Francisco Hernández de Córdoba. Más como era pescador, *era rudo, o más de veras simple, y parecía que no sabía hablar ni responder*" (Gómara, 1988: XI-21; subrayado nuestro).

de acompañar a los españoles desde la expedición de Juan de Grijalba, llegados con Cortés a la zona de Tabasco, Melchorejo huye:

“Cuando le fueron a llamar al Melchorejo no le hallaron, que se había ya huido con los de aquel pueblo de Tabasco; porque, según parecía, el día antes, en la punta de los Palmares, *dejó colgados sus vestidos de Castilla que tenía y se fue de noche en una canoa*. Y Cortés sintió enojo con su ida, porque no dijese a los indios, sus naturales, algunas cosas que no nos trajeron poco provecho” (Díaz del Castillo, 2005: XXXII; subrayado nuestro).

Desvestirse y escaparse en canoa es volver a sí, a “sus naturales”, evidencia y metáfora de la imposibilidad de una aculturación absoluta. Estos “vestidos de Castilla”, colgados en un árbol, remedan un cambio de piel, descubren la propia identidad debajo del atuendo europeo, sinécdoque de una cosmovisión y una cultura.¹²²

El sacrificio del que Melchorejo es víctima a manos de los suyos muestra la imposibilidad de conciliación, exhibe el retorno como una utopía desbaratada por la lógica del enfrentamiento. Una vez atrapado por los españoles, el cuerpo del lengua deja de pertenecerle, enajenado, y ya no puede ser recuperado para sí. El cuerpo de Melchorejo es reapropiado dentro de la lógica de las sociedades mesoamericanas: la muerte en sacrificio. Si esta muerte estaba destinada a los cautivos en guerra, es claro

¹²² Margo Glantz lee esta escena con fina inteligencia: “La ropa de Castilla colgada por Melchorejo en el Palmar equivale en realidad, si lo analizamos con cuidado, a un sacrificio, y puede compararse con la ropa de los españoles colgada en el altar de los sacrificios, ropa que se añade a los despojos corporales de quienes fueran inmolados en la provincia de Chalco. Este dato se confirmaría quizá si leemos la última parte de esta historia: Melchorejo huye, vestido como indígena, a engrosar las filas de sus hermanos, y les aconseja luchar contra los españoles, les revela sus debilidades, les explica sus tácticas y piensa que así los tabasqueños podrán vencerlos. Cortés gana sin embargo la batalla y Melchorejo es castigado: ‘y supimos que le sacrificaron –explica Bernal-, pues tan caro les costó sus consejos’ (Glantz, 2001: 125).

que Melchorejo nunca ha dejado de serlo, a pesar de la huida y de la valiosa información que ha provisto.

El rol, la potencialidad, la percepción del *lengua* cambia cuando es otro el cuerpo involucrado: ahora, el cuerpo femenino. Tal es el caso de Mallinalli-Marina-Malintzin-Malinche. Como ya ha sido ampliamente comentado por los especialistas, el desplazamiento en el nombre propio indica un pasaje cultural, un bautismo (asunción de la perspectiva del conquistador), un ascenso social (denotado en el sufijo *-tzin*, que indica jerarquía, y en el “doña” con que la llama Bernal Díaz, por ejemplo). En lengua náhuatl, Malinalli significa “enredadera, liana, paja torcida, trenzada para la construcción de casas”, también “doceavo día del mes del calendario mexica” (Simeón, 1977: 251). El nombre indígena lleva inscripta la temporalidad mesoamericana, así como la articulación cultura-naturaleza, en los usos de esa “paja torcida, trenzada”. Si de usos se trata, Malinalli pondrá en juego sus saberes indígenas para *rescatarse*, ya no como tributo o regalo, sino como imprescindible mediadora. Trenzará y anudará varias lenguas (maya, náhuatl, castellano) en heteróclito rol transcultural. Mujer-enredadera, su imagen frondosa, admirable para el cronista soldado, cubrirá la figura de Aguilar, el otro lengua, hasta desaparecerla de las crónicas. Este espíritu voraz de supervivencia implica otro desplazamiento, llamativo y único en esta conquista: el nombre de la faraute se sobreimpone al nombre del capitán.

“En todos los pueblos por donde pasamos y en otros donde tenían noticia de nosotros, *llamaban a Cortés Malinche*, y así lo nombraré de aquí a adelante, Malinche. [...] Y la causa de haberle puesto este nombre es que como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en

su compañía, especialmente cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en la lengua mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el capitán de Marina, y para más breve le llamaron Malinche” (Díaz del Castillo, 2005: XIX-48).

En su rol de traductora y mediadora, Malintzin debía ser secretaria, compañera, incluso continuación de la corporalidad del capitán: no solo dijo sus palabras, también engendró su hijo. Extraña transformación, empero, que hace de la contigüidad definición por antonomasia de Cortés, nominándolo a partir de la mujer que dice su discurso. En la mirada de indígenas y soldados, quien no tiene voz, quien es a partir de la voz de *otro* –Malintzin-Marina no habla en las crónicas, sino que es referida por medio del discurso indirecto–, se apropia del nombre propio del capitán. Peculiar justicia comunicativa y poética que designa el modo de conquista tal como lo entiende y lo practica Cortés, vinculado tanto a la guerra como a la negociación.

En estas crónicas, doña Marina-Malintzin adquiere una doble valencia: en primer término, es regalo, botín de guerra, símbolo de vasallaje y de alianza. Afirma Cortés que en Potochan “me la habían dado con otras veinte mujeres” (Quinta Carta). Amplía Gómara:

“Marina, que así se llamaba después de cristiana, dijo que era de hacia Xalixco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres, y pariente del señor de aquella tierra; y que siendo muchacha la habían *hurtado* ciertos mercaderes en tiempo de guerra, y traído a *vender* a la feria de Xicalanco, que es un gran pueblo sobre Cozacualco, no muy aparte de Tabasco; y de allí era venida a *poder del señor de Potonchan*” (1988: XXVI-41; subrayado nuestro).

Agrega aún más Bernal Díaz:

“Vinieron muchos caciques y principales de aquel pueblo de Tavasco, y de otros comarcanos, haziendo mucho acato a todos nosotros, y truxeron un presente de oro, que fueron cuatro diademas y unas lagartijas, y dos como perrillos y orejeras, y cinco ánades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro como de sus cotaras. [...] *Y no fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres*, y entre ellas una muy excelente muger que se dixo doña Marina, que así se llamó después de buelta cristiana” (2005: XXXVI-87; subrayado nuestro).

Malinalli podría haber sido una más entre “las otras mujeres, no me acuerdo bien de todos sus nombres, y no hace al caso nombrar algunas”, como dice más adelante Bernal Díaz (2005: XXXVIII-88). Sin embargo, trastoca su rol y su destino, consigue destacarse por sus saberes y por ser “de buen parecer, entremetida y desenvuelta” (Díaz del Castillo, 2005: XXXVI-88).¹²³ Adquiere un rol activo y una posición jerárquica, “tenía mucho ser y mandava asolutamente entre los indios en toda la Nueva España” (Díaz del Castillo, 2005: XXXVII-91). Para Gómara, Marina es “cierto y leal faraute” y, con Aguilar, “el verdadero intérprete entre los nuestros y los de aquella tierra” (1988: XXVI, 41-42). Nótese la adjetivación de positiva connotación, que cifra la lealtad en un sentido etnocéntrico. Para Cortés, es “Marina, la que siempre yo conmigo he traído” (1993: 533, quinta carta), negociadora, intermediaria y espía, de rol crucial en Cholula, por ejemplo.¹²⁴

¹²³ De hecho, también era conocida como Malinalli Tenépal. Este último término significa, en lengua náhuatl, “persona que tiene facilidad de palabra y que habla mucho y con animación” (Simeón, 1977: 477).

¹²⁴ Marina también contribuye a la dinámica diplomática que Cortés despliega, al hacerle entender “que había bandos en aquella tierra” (Gómara, 1988: XXVIII-44). “Cortés les hizo hablar con Marina, y ellos dijeron que eran de Cempoala, una ciudad lejos de allí casi un sol; así cuentan ellos sus jornadas [...] Y en todo esto no se trataban ni comunicaban ellos ni los otros indios. Y preguntada la india que servía de faraute, dijo a Cortés que no solamente eran de lenguaje diferente, más que tb eran de otro señor, no sujeto a Moteczuma sino en cierta

Si el nombre "Malinche" se superpone al de Cortés, sustituyéndolo en la crónica bernaldiana y en los relatos indígenas, su cuerpo se interpone entre españoles e indígenas, tanto en la representación de los diálogos de los cronistas españoles como en los códices.¹²⁵ Malintzin presta su cuerpo para un *entrelugar* cuyo conflicto capitaliza. No obstante, sin voz propia, en esta doble valencia a la que ya nos referimos, Malintzin-doña Marina también es signo vacío, puro significante cubierto cada vez con los deseos diversos de los distintos hombres: la simbología de las relaciones sociales mesoamericanas, las palabras del capitán, la lógica de la conquista.

Malinalli-Marina no puede dejar de ser intérprete para producir un discurso propio perdurable porque, si bien se apropia de la lengua del otro, no se apropia de su voz, tampoco de la autoridad y la legalidad cifrada en la palabra escrita. Por eso, la imagen de Malinalli-Malinche ha soportado, a lo largo de los siglos, tanto la admiración como la ignominia, el enaltecimiento, el desprecio o la revancha. Hay algo siempre opaco en su figura, como si el desplazamiento de significantes y significados que sus cambios de nombre escenifican no hubiese cesado jamás.

En verdad, Malintzin-Malinche soporta el peso de la corrupción de la lengua; ella, la intérprete por excelencia, lleva en el nombre propio la marca del error, la mala comunicación, la intraductibilidad o la falsa traducción. "Malintzin" la llamaban los indígenas, agregando el sufijo que indica "reverencia, respeto" (Simeón, 1977: 25). "Malintzin-é" llamaban a Cortés, en

manera y por fuerza. Mucho le plugo a Cortés con tal nueva, que ya él barruntaba por las pláticas de Teudilli que Moteczuma tenía por allí guerra y contrarios; y así, apartó luego en su tienda tres o cuatro de aquellos que más entretenidos o principales le parecieron, y preguntoles con Marina por los señores que había por aquella tierra..." (Gómara, 1988: XXVIII-45).

¹²⁵ Al respecto, véase el trabajo de Gordon Brotherson, "La Malintzin de los códices" (2001).

homofónico cruce entre el nombre de su intérprete y uno de los fonemas del apellido del capitán. Los españoles escuchan insistentemente este apelativo, pero no pueden pronunciar el suave y delicado sonido “*tzin*”. Lo transforman, trastruecan y corrompen por la “ch” castellana, de suerte que Malintzin-é pasa a ser, en la crónica bernaldiana (y en la voz plural de los soldados) *Malinche*, para designar indistintamente al capitán o a su lengua.¹²⁶

Cabe aquí recurrir al traductor mestizo por excelencia, el Inca Garcilaso de la Vega. Décadas después de la conquista de México, abre sus *Comentarios Reales* detallando pronunciaciones y “dicciones” que diferencian “la lengua española” de la “lengua general de los indios del Perú” (1991: t.1- 7). Critica el modo en que los españoles añaden letras y sonidos, “en perjuicio y corrupción del lenguaje” (1991: t.1-7). Al dar cuenta de “la deducción del nombre del Perú”, explica de modo lapidario que:

“Los cristianos entendieron conforme a su deseo, imaginando que el indio les había entendido y respondido a propósito, como si él y ellos hubieran hablado en castellano, y desde aquel tiempo, que fue el año de mil y quinientos y quince o diez y seis, llamaron Perú aquel riquísimo y grande Imperio, corrompiendo ambos nombres, como corrompen los españoles casi todos los vocablos que toman del lenguaje de los indios de aquella tierra” (1991: t.1- 15).

La idea de corrupción de la lengua es crítica velada y metonimia de una corrupción mayor, cifrada en la mala traducción, la mala comunicación, el

¹²⁶ La relación entre lenguas, los americanismos en la lengua española, la vinculación entre el español de América y el de España ha ocupado a los más destacados filólogos. Respecto de estas cuestiones y también de cambios en la pronunciación continúa siendo de enorme utilidad el trabajo de Amado Alonso, en especial los artículos compilados como *Temas Hispanoamericanos* de sus *Estudios Lingüísticos* (1953). También el trabajo de Ángel Rosenblat, *El castellano de España y el castellano de América. Unidad y diferenciación* (1962).

desprecio o la injusta valoración de las culturas originarias americanas.¹²⁷ En la historia de doña Marina, personaje en el que confluyen tanto las connotaciones peyorativas como positivas acerca del mestizaje, el pasaje de Malintzin y Malintzin-é a Malinche lleva cifrada la heteróclita lógica de apropiación, sometimiento y sobreimposición que define la conquista del Nuevo Mundo.

¹²⁷ La perspectiva de este mestizo de conflictiva filiación étnica y cultural supone la apuesta a una utopía lingüística que es condición de posibilidad de una utopía social. La bibliografía respecto de estas cuestiones es muy amplia. Entre estos se destacan el texto de Margarita Zamora, *Language, Authority and indigneous history in the* Comentarios reales de los incas (1988) y el de Beatriz Pastor, "La razón utópica del Inca Garcilaso" (1998).

Capítulo IV. Sujetos y cuerpos: memorias de batalla

De entre los capturados en la Guerra
Florida
escogeremos uno. Para él serán
las vírgenes del templo, la comida sagrada,
todo el honor
que la Ciudad de México reserva
a quien es elegido por sus deidades.

Y pasados tres meses se vestirá
con la piel del dios vivo.
Será el dios mismo
por algunos instantes.

Más tarde subirá la escalinata
entre el aroma del copal y el lúgubre
sonido de atabales.

Hasta que en el remate de la pirámide
le abran el pecho para alimentar,
con la sangre brotada del sacrificio,
al sol que brilla entre los dos volcanes.

JOSÉ EMILIO PACHECO, "Ceremonia"

IV.1 Escritura y corporalidad

“Cuerpo-texto que destruye el cuerpo-carne
pero se monta en él para transformarlo, para sustituirlo...”

MARGO GLANTZ

De las tres crónicas seleccionadas, la *Historia verdadera* es la que más enfatiza la corporalidad. No es que las cartas cortesianas o la *Historia de la conquista de México* no la refieran sino que, español o indígena, el cuerpo suele ser motivo o dato numérico para subrayar la veracidad de lo relatado, participe necesario en la lógica impiadosa del enfrentamiento. En la *Historia verdadera*, el cuerpo (propio y de los indígenas) es omnipresente; define incluso el ritmo, la respiración del relato, las digresiones, la caracterización de los personajes, la materia de la memoria. Esta representación de la corporalidad, esta *retórica del cuerpo*, es el andamiaje que sostiene la forma de la historia.¹²⁸

Dicho modo de la memoria y el discurso incluye pero excede la disputa acerca del saber sostenido en la experiencia. A medida que los cuerpos avanzan en el territorio y en el relato se constituyen en piedra de toque en la selección de la materia narrada, definiendo identidades propias y ajenas. En el caso español, a partir del nombre propio; en el caso indígena, la mayoría de las

¹²⁸ La noción de “corporalidad” está históricamente marcada y su definición varía de acuerdo a su contexto. El cuerpo tendrá usos y funciones diversas en las distintas sociedades, concepciones que enfrentan –una vez más– a españoles e indígenas en esta conquista. Preciso es destacar que el cuerpo en la Edad Media tiene sentidos muy distintos al cuerpo moderno: en términos generales, una relación diferente con lo natural, una estrecha vinculación con lo grotesco y lo festivo, imbricado en el sistema de imágenes de la cultura cómica popular, llamado por Bajtin “realismo grotesco” (1987: 23). Es resultado de “una mezcla confusa entre tradiciones populares paganas y referencias cristianas” (Le Breton, 1995: 29), parte de las cuales funcionan como sustrato de la forma en que cuerpos propios y ajenos son percibidos en estas crónicas, con especial acento en la *Historia verdadera*. Con respecto a la concepción mesoamericana del cuerpo, estrechamente unida a la guerra y al mundo mítico-legendario, resulta de gran utilidad el trabajo de Alfredo López Austin, *Cuerpo humano e ideología* (1980).

veces retratados como pura corporalidad amontonada, innúmeros cuerpos extraños, opacos al sentido, privados de individuación.¹²⁹ En la *Historia verdadera*, la memoria es experiencia sensible; la corporalidad, cifra de esa experiencia. Ya lo hemos mencionado en el capítulo II: el cronista ancla en el nombre propio y en su cuerpo, viejo y ajado, la factura de ese “libro muy verdadero” (Díaz del Castillo, 1982: 3). El proceso de escritura anuda cuerpo (materialidad) del texto y cuerpo del soldado, en una memoria sensitiva que se presentifica en un trazo ora firme, crispado o sensible. Bernal Díaz borra, corrige, tacha, interlínea: reproduce en el papel la lógica de un desplazamiento que, a pesar de la fuerte impresión de linealidad abonada por las cartas cortesianas, no dejó de ser difícil, oscuro, indefinido e incluso circular algunas veces.¹³⁰

Los cuerpos que habitan la *Historia verdadera* viven y mueren en la doble temporalidad del enunciado y de la enunciación. Los “compañeros muertos” son convocados en virtud de la escritura, adquieren una nueva materialidad: la sintagmática corporalidad de la palabra escrita. Papel y tinta proponen una gama cromática acorde con la sustancia del relato: el color claro del papel, los dos tipos de tinta (negra y rojo pardo) de interlineados y tachaduras.¹³¹ Ahondando la metáfora: la tinta negra se compone de “sales de

¹²⁹ Esta característica abarca también las cartas cortesianas y la historia gomariana, y se evidencia en particular en dos zonas: los relatos de encuentros y diálogos y las frecuentes escaramuzas. Analizaremos estas inflexiones en los próximos apartados.

¹³⁰ Lo cual es especialmente evidente en el viaje a las Hibueras, posterior a la conquista de México, y en sus relatos.

¹³¹ No he podido determinar el color exacto de los folios del manuscrito ya que no se consigna en las ediciones críticas (Sáenz de Santa María, 1982 y Barbón, 2005) y puesto que “no se ha hecho un estudio especial sobre el papel empleado en el Manuscrito Guatemala” (Sáenz de Santa María, 1982: XIV). En cambio, la información sobre la tinta utilizada es bien detallada; explica Sáenz de Santa María que “el experto Barrow describe las calidades de las dos tintas usadas en el manuscrito: una elaborada con *sales de hierro y negro de humo*, y la otra con una

hierro y humo" (Sáenz de Santa María, 1982: XIV): años después, el aliento de la batalla es soporte literal de lo pasado. Siguiendo las resonancias de la voz de Margo Glantz, la *Historia verdadera*, en su corporalidad de manuscrito y de libro, es "un *cuerpo cierto*, ese cuerpo cierto sobre el que, según Barthes, parece que los árabes cifraban el valor del texto, en ese cuerpo cierto pero excesivamente incierto porque no reproduce un cuerpo real y sin embargo tampoco es irreal" (Glantz, 1989: 8).

Realidad-irrealidad, certeza-incertidumbre, dirección-dispersión: pares antitéticos que han definido el avance primero y el relato después. Así, el discurso histórico pretende ser respuesta, síntesis, coherencia aunque, en la multiplicidad de experiencias e imágenes se descubre como recorte, elipsis, jerarquización. Con mano firme o temblorosa, con mirada clara en el pasado y ciega en el presente ("Y porque soy viejo de más de ochenta y quatro años y e *perdido la vista y el oír*", Díaz del Castillo, 2005: 2; subrayado nuestro), el narrador de la *Historia verdadera* se aferra a una memoria única, original (Cortínez, 2000) y a una memoria lastre. Bernal Díaz no es, claro está, Funes, el memorioso; anacrónicamente, lo emula y supera: consciente de los límites del texto —del papel, de la tinta, de la inviabilidad de un manuscrito eterno—, los reta, los asedia, los expande.

Esta voluntad escrituraria y memorialista reproduce la lógica del avance por territorio mesoamericano. Con distinta intensidad, en cada uno de los capítulos de la *Historia verdadera* se actualizan cansancios, fatigas y peligros,

solución de indigo. Estas dos tintas se diferencian a lo largo del manuscrito por su *coloración negra o rojo pardo*. [...] Hay que anotar que los interlineados suelen ser de tinta diferente que el cuerpo del texto, y que los folios que señalaremos como indiscutiblemente bernaldianos utilizan tinta negra, así como la mayoría de los interlineados y tachaduras." (Sáenz de Santa María, 1982: XIV; el subrayado es nuestro).

desengaños y ambiciones. En la escritura, la tinta roja o negra trae la reminiscencia del enfrentamiento; las palabras del narrador subrayan la constante voluntad de avance y de conquista, allí donde se hermanan con la lógica del soldado. “Lo que en ellas nos pasó *diré adelante*” (Díaz del Castillo, 1982: 11; subrayado nuestro); “digamos cómo Cortés en(...)ió a Guatemuz mensageros rogándole por la paz, y fue de la (...)nera que *diré adelante*” (Díaz del Castillo, 1982: 399; subrayado nuestro). Del primero al último capítulo se reitera el sintagma “y *diré adelante*”, que marca un pulso continuo, deteniéndose solo dos veces: ante la escritura letrada de Gómara, Illescas y Jovio y, hacia el final del Manuscrito Remón, ante la inevitabilidad del olvido. Leamos la última frase del último capítulo de este manuscrito:

“Y después de esto pasado, han corrido otros tiempos, que dicen los curas y dignidades de esta santa Iglesia de Guatemala, que no dejó renta el obispo don Francisco Marroquín, de buena memoria, para hacer la procesión que se solía hacer, y así está ya *todo olvidado* de tantos años que a esta parte ya pasados” (Díaz del Castillo, 1982: 667; subrayado nuestro).

“Y después de esto pasado, *han corrido otros tiempos*”: subrayamos la frase porque expresa la carnalidad del relato basado en la experiencia. La contraposición temporal inicia la nostalgia, conforma la textura del relato; esos tiempos que corren también son los propios, la vida vivida y sus huellas en un cuerpo cuyas limitaciones definen la posibilidad de la escritura.¹³²

¹³² Recordemos que Bernal Díaz termina su manuscrito gracias a la ayuda de su hijo Francisco, de cuya mano sería, además, el prólogo del Manuscrito Alegría, tal como lo afirma Carmelo Sáenz de Santa María (1982).

Pero la carnalidad del relato no es privativa de la *Historia verdadera*, más allá de sus peculiares inflexiones. También las cartas cortesianas exhiben, con tono mesurado, la trama subyacente a la escritura en términos de un cuerpo herido, desgarrado, y en la referencia a tesoros y papeles perdidos. En la huida de Tenochtitlan, el capitán pierde todos sus papeles; en las batallas posteriores, es herido y pierde dos dedos. "Porque en cierto infortunio agora nuevamente acaecido, de que adelante en el proceso a Vuestra Alteza daré entera cuenta, *se me perdieron todas las escrituras y abtos* que con los naturales de estas tierras yo he hecho y otras cosas muchas" (Cortés, 1993: 162; subrayado nuestro). "Algunos murieron, así de las heridas como del trabajo pasado. [...] *Y yo ansimesmo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda*" (Cortés, 1993: 288; subrayado nuestro). Este hecho, referido ya en tierras tlaxcaltecas, luego de la batalla de Otumba, remite a la dolorosa pérdida de la ciudad calificada como "la más hermosa del mundo" (Cortés, 1993: 191). La *Segunda carta de relación* funciona como puesta en escena de una corporalidad herida y, al mismo tiempo, inquebrantable, tanto en la lucha como en la voluntad de escritura.

La pérdida es literal y simbólica: afecta también el contenido de esta relación y su trama. De hecho, la pérdida de papeles incide en la inscripción del tiempo en el relato: de las fechas exactas que cimentaban el efecto realista de la primera carta se pasa a una temporalidad regida por la naturaleza, por la luz (noche/día), por los ataques enemigos, constantes e imprevistos. La sintagmática escritura, unida a una precisa notación temporal, lleva en esta carta la huella de la confusión y el desorden de la derrota, algo que Cortés (siempre ávido de control) lamenta. Sin embargo, la pérdida funciona como

motor de un nuevo avance: puesto que ya han dado “con las naves al través” (Díaz del Castillo, LVIII), el regreso resulta imposible. Por eso, hacia el final de esta carta, se acentúa la herida como cicatriz y como ausencia, constante recordatorio de lo vislumbrado y perdido. Si la palabra convoca una materialidad elusiva, la inscripción escrituraria del propio cuerpo, lastimado – ¿con esa mano izquierda, mutilada, sostiene Hernán Cortés los papeles en que escribe al rey?– exhibe una voluntad y una ambición que anticipa la conquista.

IV.2 Memoria y experiencia

“Frota tu pedernal, arde, memoria,
contra la hora y la resaca.
Memoria, llama nadadora.”

Octavio Paz, “Aspiración”.

La experiencia convoca heridas y cicatrices para subrayar la veracidad de lo relatado, tanto en términos de *evidentia*¹³³ como de identificación o posibilidad de recrear, en la distancia de la lectura, escenas de asombro o de temor. El narrador de la *Historia verdadera* trabaja con minuciosa conciencia de la efectividad de este recurso, que encuentra en las memorias de batalla su escenario privilegiado. Recordemos, por ejemplo, la emblemática escena de las flechas-langostas en una de las primeras escaramuzas, durante la expedición de Grijalva:

¹³³ Siguiendo a Mendiola, por este término entendemos un recurso propio de la retórica del siglo XVI “que consiste en poner ante los ojos los hechos para dar realismo al relato” (2004: 373). Para el autor, en esto consistiría la minuciosidad en los detalles de la *Historia verdadera*.

"*Acuérdome* que quando estábamos peleando en aquellas escaramuzas por mí memoradas que avía allí unos prados y en ellos muchas langostas de las chicas, que quando peleávamos saltavan y venían bolando y nos davan en la cara, y como heran muchos los indios flecheros y tiravan tanta piedra como granizos, nos parecía que heran alguna dellas *langostas que bolaban*, y no nos rodelávamos, y la flecha que venía nos hería; otras veces creíamos que heran flechas, y heran langostas que venían bolando: fue harto estorvo para nuestro pelear" (Díaz del Castillo, 2005: IX-30 ; subrayado nuestro).¹³⁴

En la posición evidenciada del "acuérdome", el cronista enfatiza la primera persona en el acto presente de recordar, homologado así a la escritura y a la narración, como si fueran todo uno (algo habitual, por otra parte, en memorias y autobiografías). Las tres acciones están atravesadas (organizadas) por la primera persona que les da sentido, en cuya corporalidad –en su memoria y también en sus heridas– se basa la sustancia del relato. Por ejemplo, al cerrar la batalla de Cintla, el cronista vuelve sobre sí mismo como personaje para asegurar la potencia efectiva de su historia. "*Acuérdome* que en aquellas reñidas guerras que nos dieron de aquella vez hirieron a catorce soldados y a mí me dieron un flechazo en el muslo, mas poca herida, y quedaron tendidos y muertos diez y ocho indios, en el agua donde desembarcamos. Y allí dormimos aquella noche, con grandes velas y escuchas" (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-77; subrayado nuestro). Como lo adelantamos en el capítulo II, el cronista apuesta a la posibilidad de transmisión de esta experiencia. La narración es problema pero no imposibilidad: se trata de encontrar aquellas imágenes que evoquen sensaciones en el lector, que vuelvan tangible la experiencia. Para ello se utiliza la comparación, igualando en un mismo plano flechas y langostas. Sintagmáticamente, y por sustitución,

¹³⁴ La comparación de las piedras y las flechas con el granizo es reiterada por Bernal Díaz en la batalla de Cintla; cfr. cap. XXXIII de la *Historia verdadera*.

se apela a una comprensión que funciona en términos de identificación basada en saberes compartidos.

Si las escenas de batalla son el espacio privilegiado de representación de la corporalidad, ésta se presentifica en virtud de una memoria y de una retórica literaria que la crítica ha rastreado hasta los textos latinos (Heródoto, Salustio), las novelas de caballerías o la caída de Jerusalén contada por Flavio Josefo como trasfondo en el relato de la caída de Tenochtitlan (Rozat Dupeyron, 2002; Mendiola, 2003).

Seguimos la clásica concepción de la conquista de México en dos momentos o fases; el primero: el avance por el territorio, la entrada a Tenochtitlan, la muerte de Motecuhzoma y la huida de la ciudad en la Noche Triste. El segundo: los preparativos para el ataque, el sitio de Tenochtitlan, las batallas incesantes, la caída de la ciudad el 13 de agosto de 1521.

Con esto en mente, en lo que sigue analizamos la batalla de Cintla, inicio de los enfrentamientos con los distintos pueblos mesoamericanos en el avance por su territorio. En un segundo momento, nos centramos en el relato de las derrotas militares: la lucha en la ciudad y la posterior huida, en un episodio conocido luego como "la Noche Triste", en la cual los mexicas estuvieron a punto de eliminar a los españoles. Entendemos que la primera batalla prefigura los enfrentamientos posteriores y el triunfo español, no solo por sus reminiscencias religiosas,¹³⁵ sino, en especial, porque exhibe la colisión entre

¹³⁵ Explica Mendiola que "en Cintla se reúnen los personajes centrales de esa gran representación literaria que son las crónicas de la épica cortesiana: Dios, por supuesto, del lado de las huestes españolas, y el Demonio, motivador de la resistencia indígena. El relato de este enfrentamiento militar expresa en germen el resultado final: la destrucción del Diablo, este último encarnado en los pueblos que se oponen a la llegada del evangelio" (2003: 347-348).

distintas concepciones de la guerra y, a partir de ellas, de representación del yo y del *otro*.

Los relatos de algunos desastrosos combates permiten dar cuenta de la constitución de un nuevo sentido producido en la conjunción de las concepciones occidentales y la experiencia americana, cuyas resistencias afectan a la representabilidad de la palabra escrita. En el lapso que media de la exitosa batalla de Cintla a la huida de Tenochtitlan, en el desplazamiento textual que ello implica, es posible leer la necesidad de aprender a narrar el fracaso, aunque con inflexiones muy distintas de acuerdo con el momento de la enunciación y los saberes acerca del triunfo posterior. El análisis comparativo de algunos fragmentos permite reconocer tensiones y evidencia las variaciones en la percepción del mundo indígena, entendiendo los resultados de la conquista en una gradación que va de la exaltación a la pérdida, del asombro a la decepción, del *encuentro* al reclamo y la autolegitimación. En estos intersticios se leerá la variable constitución identitaria que delinea adscripciones, lealtades y críticas, en un movimiento textual que, lejos de ser unívoco, se modifica a lo largo de cada capítulo y entre los distintos textos.

IV.3 Comienzos: Cintla

“Y lo que allí nos acaeció e las guerras que nos dieron, diré adelante.”

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Para pensar la representación de la corporalidad en la batalla de Cintla es preciso tener en cuenta los preparativos narrados en algunos capítulos anteriores, las primeras escaramuzas, las negociaciones entre Cortés y los

indígenas, la estrategia de los naturales: ir en son de paz, por un lado, atacar, por otro. Estas acciones conforman una densa trama de representaciones metonímicas del desarrollo de la conquista toda. Las tres crónicas aquí trabajadas detallan estos momentos, destinando varias páginas o capítulos a una dinámica de desembarco-negociación-preparativos-enfrentamiento.¹³⁶ El desembarco marca la segunda fase de este desplazamiento, momento en el que abandonan un viaje marítimo (con varias incursiones en tierra firme) y deciden “no pasar más adelante hasta *saber el secreto* de aquél río y pueblos que en la ribera dél están por la gran fama que de riqueza se decía tenían” (Cortés, 1993: 126). “Saber el secreto”, sintagma que se reitera en todas las crónicas –aunque con más énfasis en las cartas cortesianas– como mandato pero también como ambición; penetrar tierras mesoamericanas como se penetra un cuerpo extraño: con ansiedad, con asombro, con temor, con decisión.

El acercamiento se produce a partir de la conformación de un itinerario¹³⁷ que la *Historia verdadera* ha ido construyendo en los capítulos anteriores y enfatiza ahora, con la descripción del desplazamiento y la llegada y con la insistencia en organizar una topografía a partir del uso de nombres propios (españoles e indígenas): Campeche, Puerto Escondido, río de Grijalva-

¹³⁶ En la *Historia de la conquista de México* trabajaremos con tres capítulos: “Combate y toma de Potonchan” (XVIII), “Demandas y respuestas entre Cortés y los potonchanos” (XIX) y “la batalla de Cintla” (XX). La *Historia verdadera* despliega este relato en “Cómo llegamos al río de Grijalva, que en lenguaje de los indios llaman Tabasco, y de la guerra que nos dieron y lo que más con ellos pasamos” (XXXI), “Cómo mandó Cortés a dos capitanes que fuesen con cada cien soldados a ver la tierra dentro, y lo que sobre ello nos acaeció” (XXXII), “Cómo Cortés mandó que para otro día nos aparejásemos todos para ir en busca de los escuadrones guerreros, y mandó sacar los caballos de los navíos, y lo que más nos avino en la batalla que con ellos tuvimos” (XXXIII) y “Cómo nos dieron guerra y una gran batalla todos los caciques de Tabasco y sus provincias, y lo que sobre ello sucedió” (XXXIV). En cuanto a las cartas de relación, el hecho se refiere (de manera mucho más escueta) en la *Carta de Veracruz*.

¹³⁷ Entendemos este concepto vinculado a la tradición literaria del relato de viajes medieval, tal como lo explica Paul Zumthor en *La medida del mundo* (1994: 178 y ss.).

Tabasco. En esta operación se juegan las estrategias de acreditación de los enunciadores. Ángel Delgado Gómez (1993) hace notar que Cortés siempre habla de “el río grande que se *dice* de Grijalva” (Cortés, 1993: 126; subrayado nuestro), sin reconocer la potestad de éste para conquistar, además de explorar. Gómara, de acuerdo con su proyecto historiográfico, acentúa las distintas formas de nominación (españoles e indígenas): “y sin parar, fueron hasta el río de Grijalva, que en aquella lengua se dice Tabasco” (1988: XVIII-29); “Antes un poco que los nuestros llegasen al lugar, salieron a ellos muchos barquillos, que allí llaman *tahucup*” (1988: XVIII-29). Bernal Díaz imita ese estilo: “llegamos con toda la armada al río de Grijalva, que se dice Tabasco” (2005: XXXI-74); “y también decir a los *calacheonis* cosas que sean de su provecho y servicio de Dios Nuestro Señor” (2005: XXXI-75). No obstante, la intención no es descriptiva sino que se vincula a la acreditación del cronista en virtud de un saber basado en la experiencia.

Este es un momento de prueba y de pasaje: la tierra firme marca una frontera cuyo traspaso se debe a la inmovible resolución del capitán: “[Cortés] díjoles que *en ninguna manera* él podía dejar de entrar en el lugar y ver aquella tierra, para tomar y dar relación della al mayor señor del mundo” (Gómara, 1988: XVIII-30; subrayado nuestro). El desembarco constituye un hito en la expedición y es posible en virtud de haber conseguido un buen *lengua y faraute*: la presencia de Aguilar permite la actividad hermenéutica sobre el espacio del *otro*.¹³⁸ Por eso, se reiteran las imágenes que remiten a las

¹³⁸ “Y el dicho capitán les habló con la lengua y farabte que llevábamos y con el dicho Jerónimo de Aguilar que había, como dicho es desuso, estado captivo en Yucatán, que entendía muy bien y hablaba la lengua de aquella tierra” (Cortés, 1993: 126). “Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Jerónimo de Aguilar, rogándoles que los recibiesen bien, pues no querían a les hacer mal sino a tomar agua dulce y a comprar de comer” (Gómara, 1988: XVIII-29). “Y desque Cortés los vio puestos de aquella manera dixo a Aguilar, la lengua, que

acciones de mirar o atisbar: quien escudriña busca saber, se prepara para el encuentro, ajusta la nueva percepción a concepciones previas. En una primera instancia, entonces, el cuerpo indígena es observado desde lejos, depositario de numerosos interrogantes y de algunas certezas. Es aquél sobre el cual se recortan concepciones previas acerca de la definición misma de "hombre". Se trata de medir al *otro* desde la certeza en el *nosotros*, primera persona del plural sobre la que se establecen diferencias (de cargo, procedencia o antigüedad en las conquistas) pero que tiende a aglutinarse en la percepción del indígena y, por supuesto, en las escaramuzas y batallas.¹³⁹

Las primeras imágenes anuncian la peligrosidad y la inminencia del enfrentamiento, sugerida en las armas que cargan los españoles ("ciertas piezas de artillería", Gómara, 1979: XVIII-31), en la forma en que están organizados los pueblos indígenas para defenderse de posibles ataques ("A poco más de media legua que subían por él, vieron un gran pueblo con las casas de abobe y los techos de paja, el cual estaba cercado de madera bien gruesa, pared y almenas, y troneras para flechar y tirar piedras y varas", Gómara, 1979: XVIII-32), en la dificultad propia del terreno ("y entróse con ello el río arriba contra la corriente, que era muy grande", Gómara, 1979, XVIII-32). A pesar de ese espectro amenazador, en la economía narrativa de estas crónicas, las pruebas y dificultades que los conquistadores atraviesan hasta ganar la primera batalla –y, por tanto, el derecho a transitar y tomar posesión

entendía bien la de Tabasco, que dixese a unos indios que parecían principales que pasavan una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andavan tan alborotados" (Díaz del Castillo, 2005: XXXI- 75).

¹³⁹ Con respecto a la conformación del *nosotros* en la *Historia verdadera*, remito a los textos citados en el capítulo II, nota 44.

del territorio– funcionan simbólicamente como representación de un triunfo que, en una mirada retrospectiva, se despliega inevitable.

Luego del desembarco, se presenta una imagen de hostilidad aunque de maravilla, y se precisa la cantidad de enemigos, tachada y acotada en el original de la *Historia verdadera...*: (Anota Barbón que en el original está tachado el número veintiocho mil e interlineado doze mil (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-74n). “Y andavan por el río y en la ribera, e entre unos manbrales, todo lleno de indios guerreros; de lo qual nos maravillamos los que havíamos venido con Grijalva. Y demás desto estavan juntos en el pueblo más de *doze mil* guerreros aparejados para darnos guerra” (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-74; subrayado nuestro). Esta ambivalencia tiene dos vertientes: una, inserta en la tradición de los relatos de las cruzadas contra los musulmanes y las escenas bíblicas;¹⁴⁰ otra, en el entramado de la memoria, donde la cantidad abrumadora connota el asombro, la valentía, la diferencia, la distancia. En estas primeras batallas, el indígena es número (corregido, ajustado o hiperbólico de acuerdo con las necesidades del relato antes que del referente), montón indiferenciado que se recorta sobre el espacio natural: el río, la ribera, los manglares. En la no individuación del *otro* –entendido, no obstante, como enemigo y como par, en el uso del término “guerrero”– se delinea una primera caracterización que ancla indígena-naturaleza y, por contraposición, español-cultura. Asimismo, la antitética comparación entre ambos grupos, los indígenas “armados,

¹⁴⁰ Tal relación ya ha sido señalada por Ron Barkai (1984) y por Alfredo Mendiola (2003). Ron Barkai explica que “en estos relatos la proporción de cristianos en relación con los infieles es notoriamente inferior: quinientos cristianos pueden derrotar en una batalla a treinta mil musulmanes, siendo sus pérdidas en total sólo dos caballeros y seis caballos. [...] La relación numérica en el campo de batalla entre cristianos y musulmanes se encuentra siempre a favor de estos últimos, mas la ventaja de los primeros consiste en su valentía” (1984: 234). Agrega Mendiola: “el estilo es el mismo, desde luego adaptado a las diferentes ‘realidades’ que se intentaban plasmar por escrito” (2003: 402).

mostrándose muy feroces y ganosos de pelear” (Gómara, 1979: XVIII- 29) y la actitud de los españoles, que se acercan pidiendo algo de beber y de comer (“haciendo señas de paz [...] como hombres que andando por la mar, tenían necesidad dello; por tanto, que se lo diesen, que ellos se lo pagarían muy cortésmente, Gómara, 1979: XVIII-29), articula la justificación retórica del enfrentamiento.

Este hecho remite al asombro ante lo inesperado: “de los cuales nos maravillamos”, afirma Bernal Díaz (2005: XXXI-74). Aquellos que habían “venido con Grijalva” encuentran que el saber previo es útil para reconocer el terreno y organizar el desembarco pero que la geografía humana ha variado entre una expedición y otra. En la contraposición pasado-presente de las dos expediciones se comprende el aprendizaje por parte de los naturales: han preparado una cerrada defensa de su territorio.¹⁴¹ “Replicaron los indios que no querían consejo de gentes que no conocían, ni menos acogerlos en sus casas, porque les parecían hombres terribles y mandones, y que si agua querían, que la cogiesen del río o hiciesen pozos en tierra; que así hacían ellos cuando menester la tenían” (Gómara, 1988: XVIII- 30).

Piedra de toque del arrojío español tal como lo concibe el cronista-soldado, el desplazamiento entre lo esperado y lo encontrado indica el tipo de actitud que define los encuentros en el proceso de conquista. En sutil diferencia, Gómara apunta otra inflexión: “Acudieron luego a mirar los navíos y gente muchos indios [...] y *no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas*, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalva entró por aquél mismo

¹⁴¹ “Y oído esto por los indios, respondiéronle que hablase desde allí lo que quisiese, y que no habla de saltar él ni su gente en tierra, sino que le defenderían la entrada” (Cortés, 1993: 127). “Y todavía ellos a porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante, si no, que nos matarían” (Bernal Díaz, 2005: XXXI-75).

ría" (1988: XVIII-29; subrayado nuestro). La maravilla ahora es de los españoles hacia los indígenas, aún cuando el historiador pretenda que sea el cuerpo español el objeto de asombro. Este desplazamiento en la conformación del indígena se percibe asimismo en la descripción física: ahora son guerreros, "algunos con armas y plumajes, que a lo que desde la mar parecía, eran hombres lucidos y de buen parecer" (Gómara, 1979: XVIII-29). Recordemos que aún no se ha producido el contacto: se describe una expectante escena de observación mutua. La connotación positiva de las adjetivaciones contribuye desde este primer momento a construir la imagen de un enemigo digno, acorde con las supuestas cualidades de las huestes españolas.

A partir de aquí se despliega una *danza* de pedidos, negociación, negativa y espera, en la que los tres cronistas apuntan la paciencia y el ánimo legalista de Cortés, y la feroz negativa de los naturales a brindar lo más mínimo para la supervivencia. "No quiso Cortés no hacer con aquellos bárbaros todo cumplimiento, según razón y conforme a lo que los reyes de Castilla mandan en sus instrucciones, que es requerir una y dos y muchas veces con la paz a los indios antes de hacerle guerra ni entrar por fuerza en sus tierras y lugares" (Gómara, 1988: XVIII-30). En este punto también se diseña una contraposición entre el cuerpo español, necesitado de alimento, abrigo, agua, y el cuerpo indígena, dueño y conocedor de su territorio. A los ojos de los españoles, la cerrada negativa legitima el ataque, dando inicio a la conquista. La escritura retrospectiva le permite a Bernal Díaz intercalar en la trama supuestas causalidades así como referencias a la organización de los pueblos de la zona:

“Y la causa dello fue porque los de Potonchan y los de Lázaro y otros pueblos comarcanos, *los tuvieron por cobardes, y se lo davan en rostro*, por causa que dieron a Grijalva las joyas de oro, que antes e dicho en el capítulo que dello abla; e que de medrosos no nos osaron dar guerra, pues eran más pueblos y tenían más guerreros que no ellos. Y esto les dezían por afrentallos, y que en sus pueblos nos avían dado guerra y muerto cincuenta y seis hombres. *Por manera que con aquellas palabras que les avían dicho determinaron a tomar armas*” (2005: XXXI-74).

Este tipo de argumento contiene *in nuce* una de las dinámicas del enfrentamiento en las sociedades mesoamericanas: la humillación del enemigo vencido, llevada a cabo a partir de la burla e institucionalizada en la imposición del tributo (Clendinnen, 2003). Algo similar parece ponerse en funcionamiento en las agresivas respuestas de los naturales a los reiterados pedidos de los españoles: “que si agua querían, que la cogiesen del río o hiciesen pozos en tierra; que así hacían ellos cuando menester la tenían” (Gómara, 1988: XVIII-30) y también “Desto se rieron mucho, y mofando se fueron al lugar a contar las soberbias y locuras que les parecía haber oído” (Gómara, 1988: XVIII-30).

El mundo indígena responde a una lógica guerrera distinta, que los españoles se esfuerzan por desentrañar aunque no la compartan. La historiadora Inga Clendinnen comenta que “el combate requiere un sustancial acto de cooperación, en el que cada bando construye las condiciones en las que ambos operarán y, por tanto, donde la lucha es entre extraños” (1993: 17; la traducción es nuestra). Este primer momento de tensión y observación mutua abona ese complejo *acto de cooperación*; si bien la lucha es *entre extraños* no puede serlo entre absolutos desconocidos, por eso la insistencia en aprender, decodificar al *otro*, comunicar a través de los *lenguas* para asegurar condiciones mínimas de intercambio. La lógica de la guerra rescata al indígena del universo de la absoluta alteridad: en la medida en que pueda ser

integrado en una perspectiva ya conocida de victoria o derrota, es incorporado a la cosmovisión de los extranjeros. Su *humanidad* se conforma en la batalla, experiencia común a todo el género humano, y refuerza así el proyecto conquistador de los españoles. Si la batalla es posible, también lo es la victoria, el vasallaje y el tributo; por eso es tan importante el intercambio, en el cual Cortés insiste, porfiado. La ferocidad, la determinación, la destreza e inteligencia de los indígenas, la majestuosidad de sus civilizaciones es imagen especular que, proyectada sobre los españoles, enaltece sus acciones militares y legitima sus decisiones.¹⁴²

Finalmente, luego de pedidos, repliegues, esperas e intentos de engaño mutuo, la lucha se desata. "Cada uno de ellos pensó engañar al otro; porque los indios tomaron aquel plazo para tener espacio de alzar aquella noche su tropilla, y poner en cobro sus hijos y mujeres por los montes y espesuras, y llamar gentes a la defensa del pueblo; y Cortés mandó luego a salir a la isleta todos los escopeteros y ballesteros, y otros muchos españoles que aún se estaban en los navíos, y hizo ir a río arriba a buscar vado" (Gómara, 1988: 29).¹⁴³

Ahora bien, incluso en esta instancia límite el combate es, primero, verbal: los textos ponen en escena los argumentos de cada bando (en general,

¹⁴² Inversamente, el énfasis en la escasa cantidad de españoles que llegaron al centro de México, en la astucia de un solo hombre, Cortés, en su capacidad para la manipulación y el engaño, ha llevado a establecer la poco sustentada idea de una victoria "fácil" y de la superioridad de los extranjeros, esgrimida entre otros por Tzvetan Todorov en *La conquista de América. El problema del otro* (1982). Su perspectiva ha sido criticada por Clendinnen (1993) y Adorno (1991).

¹⁴³ Debido al distinto grado de detalle con que cada cronista relata estos momentos, las batallas ocupan un lugar más acotado y sintético en la *Carta de Veracruz* y en la *Historia de la conquista de México*, las cuales se centran en especial en la llamada "batalla de Cintla". La *Historia verdadera*, en cambio, establece una progresión de enfrentamientos, repliegues y preparativos, que ocupan del capítulo XXXI al XXXIV, estableciendo así un clímax que se resuelve en victoria.

por medio del discurso indirecto), con gran preeminencia de la voz de Cortés, para señalar sus pruritos legales y sus acciones conforme a los mandatos del rey. "Y después de les haber requerido el dicho capitán tres veces y pedílo por testimonio al escribano de Vuestras Altezas Reales que consigo llevaba diciéndoles que no quería guerra" (Cortés, 1993: 128). "Y como todas las cosas quería llebar muy justificadas, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del rey que se dezía Diego de Godoy, e por la lengua de Aguilar, para que nos dexen saltar en tierra, y tomar agua y hablalles cosas de Dios Nuestro S[eñor] y de su Majestad" (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-76). Lo que eliden, en cambio, es que esta era también una costumbre propia de la ritualidad de la guerra mesoamericana. En efecto, hay algo del orden de lo ritual (en términos de anticipo, preparación y aviso) que forma parte de la lógica guerrera indígena pero que los españoles parecieran leer como porfiada negativa, intento de engaño o insensatez. De hecho, el cuerpo indígena, inmerso en una compleja cosmovisión que articula mundo sagrado, guerra, vida y muerte, se encuentra particularmente sometido a la ritualidad de la negociación, el aviso previo, la necesidad de una causa justificada para iniciar el combate.¹⁴⁴ Los españoles no han aprendido a leer aún la compleja dinámica de estos gestos, aunque lo harán de a poco, con la ayuda invaluable de sus intérpretes y de la inteligencia y capacidad de observación cortesiana.

En estos diálogos, el cuerpo español está sujeto a la legalidad de la Corona, es un cuerpo cuyas acciones deben ser refrendadas a cada paso, y para el cual la materialidad del texto escrito funciona como garantía. Por eso, el enfrentamiento se produce "por defendernos de algunas muertes" (Díaz del

¹⁴⁴ Al respecto, véase Bandelier (2003) y Málaga y Pulido (2004).

Castillo, 2005: XXXI-74) y se desata ante el ataque de los indígenas: flechas y piedras extremadamente numerosas inician las hostilidades, narradas en una progresión de tensión, confusión, repliegue y nuevos preparativos. “Y luego en diciendo esto comenzáronse a poner orden para nos tirar flechas, amenazándonos e deciéndonos que nos fuésemos de allí” (Cortés, 1993: 127). “Y luego comencaron a flechar y hazer sus señas con sus tanbores” (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-74). En verdad, la batalla de Cintla se produce luego de dos escaramuzas a partir de las cuales los españoles aprenden las tácticas de los enemigos y logran contrarrestarlas.¹⁴⁵

Los cuerpos indígenas forman parte fundamental de la guerra concebida tanto en su aspecto pragmático como simbólico, aunque en esta instancia los cronistas aún no se detengan demasiado en detalles de atuendos e insignias. Cortés trabaja con grandes pinceladas, describiendo al enemigo de manera un tanto monolítica: no se trata de transmitir conocimiento sobre el *otro* sino de justificarse y enaltecerse, siguiendo esta función retórica-persuasiva señalada en el capítulo I (cfr. *Carta de Veracruz*, 1993: 127-128). Gómara habla de una actitud feroz, refiere una predisposición cierta a la batalla y cita rápidamente las armas y plumajes de los naturales. No obstante su brevedad, esta pincelada permite atisbar la contigüidad entre atuendo y carácter: así ataviados, los indios guerreros parecían “hombres lucidos y de buen parecer” (Gómara, 1979: XVIII-29).

¹⁴⁵ “Y después de les haber requerido el dicho capitán tres veces y pedídolo por testimonio al escribano de Vuestras Altezas Reales que consigo llevaba deciéndoles que no quería guerra, viendo que la determinada voluntad de los indios era resistirle para que no soltase en tierra y que comenzaban a flechar contra nosotros, mandó soltar los tiros de artillería que llevaba y que arremetiésemos a ellos. Y soltados los tiros, al saltar que la gente saltó en tierra nos hirieron a algunos, pero finalmente con la priesa que les dimos y con la gente que por las espaldas les dio de la muestra que por el camino había ido, huyeron y dejaron el pueblo, y así lo tomamos y nos aposentamos en él de la parte dél que más fuerte nos pareció. (Cortés, 1993: 127-128).

Como otras veces, es Bernal Díaz quien se demora en el detalle y agrega un nuevo tipo de imagen relacionada con el guerrero enemigo: el sonido: “que toda la costa no avía sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se u[san], tañendo *trompetillas* y *caracoles* y *atabalejos*” (2005: XXXI-75; subrayado nuestro). La enumeración recurre a ciertos términos indígenas, introduciendo en el texto sonoridades extrañas, distintas entre sí y diferentes a la lengua española. Esta elección reproduce en los fonemas (para el lector, ya que no para el autor, quien debe estar acostumbrado a estos términos, luego de años de vivir en las Indias) las resonancias extrañas de un modo de batallar ajeno.

Al momento de narrar, el sonido adquiere múltiples valencias: es signo destinado a atemorizar al enemigo, es señal para el propio bando, marca el inicio de las hostilidades: “Y luego comencaron muy valientemente a flechar y hazer sus señas con sus tanbores” (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-75). Es también inteligente táctica de ocultamiento y distracción: “Acuérdome que quando soltávamos los tiros, que davan los indios *grandes silvos e gritos* y *echavan pajas y tierra en alto*, porque no viésemos el daño que les hazíamos, y *tañían atanbores y tronpetillas// e silvos y bozes y dezían: ‘Alalala’*” (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-82; subrayado nuestro). Nótese la profusión de objetos sonoros, silbos y gritos que el texto convoca, así como el esfuerzo del narrador por hacer presente la diversidad abrumadora del rumor de la guerra y los múltiples recursos del enemigo. Estos usos de instrumentos sonoros, cuyo funcionamiento exacto los españoles desconocían, son leídos correctamente en términos de táctica y como indicio claro de lucha: “Y como [Pedro de Alvarado] oyó las escopetas que tiravan, y el gran ruido de atambores y

tronpetillas, y bozes e silvos de los indios, bien entendió qu' estaban envueltos en guerra" (Díaz del Castillo, 2005: XXXII-78). En otra de sus valencias, la decodificación del sonido de la batalla salva a los españoles, asegurándoles la llegada de refuerzos.

Ya en estas primeras instancias, y antes de que se produzca el combate final, cada avance es validado con la apropiación y la (precaria) toma de posesión efectiva del territorio:

"En los *cues* de aquel patio mandó Cortés que reparásemos y que no fuésemos más en seguimiento del alcance, pues ivan huyendo. *Y allí tomó Cortés posesión de aquella tierra por Su Magestad y él en su real nombre.* Y fue desta manera: que *desenbainada su espada dio tres cuchilladas en señal de posesión en un árbol grande, que se dize ceiva, qu'estava en la placa de aquel gran patio.* Y dixo que si abía alguna persona que se lo contradijese, que él lo defendería con su espada y una rodela que tenía enbracada. Y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó, respondimos que era bien tomar aquella real posesión en nombre de Su Magestad, e que nosotros seríamos en ayudalle si alguna persona otra cosa contradijere" (2005: XXXI-77; subrayado nuestro).

La escena y el espacio no son azarosos, remiten a una dinámica de expansión y conquista en la que es preciso asegurar cada centímetro. El capitán realiza un acto que refrenda la apropiación del universo del *otro*: la espada con la que se hiende el cuerpo del indio también hiende su territorio, contigüidad y mezcla de sangre y savia en el hierro del conquistador. Este es un gesto destinado más a los propios hombres que a los indígenas, quienes a esta altura se han replegado y se preparan para un nuevo ataque. A posteriori, en el entramado de la memoria, la espada del capitán diseña una escena de inexorable conquista basada en una decisión plural. De hecho, Cortés inicia el gesto teniendo como testigos a sus hombres; los soldados que se hallaban

“presentes cuando aquello pasó” asienten y se suman a la defensa: son testigos entonces, testimoniantes –como Bernal Díaz– luego.

La *Carta de Veracruz* es mucho más escueta; solo señala que “soltados los tiros, al saltar que la gente saltó en tierra nos hirieron a algunos, pero finalmente con la priesa que les dimos y con la gente que por las espaldas les dio de la muestra que por el camino había ido, huyeron y dejaron el *pueblo*, y *ansí lo tomamos y nos aposentamos en él de la parte dél que más fuerte nos pareció*” (Cortés, 1993: 128; subrayado nuestro). Nuevamente incide aquí una estrategia retórica atenta a la legalidad de esta conquista y a la precaria situación de Cortés y sus hombres en el momento de enunciación. Por eso no se habla puntualmente de toma de posesión sino que se inscribe esta apropiación como producto del abandono de sus mismos pobladores y como táctica defensiva.

Al breve descanso se suceden nuevos preparativos, cada vez más pormenorizados; también se produce una inflexión en la estrategia de los españoles, ya que Cortés acude a su arma más poderosa: cuando tiene certeza de que “muy ciertamente nos venían a dar guerra, mandó que con brevedad sacasen todos los cavallos de los navíos a tierra” (Díaz del Castillo, 2005: XXXIII-80). No obstante, en este primer momento del relato, los animales parecen hacerse cargo del desconcierto y el temor que deben haber colmado a muchos españoles, ya que “estaban muy torpes y temerosos en el correr, como avía muchos días qu’estaban en los navíos” (Díaz del Castillo, 2005: XXXIII-80). Caballos torpes y temerosos que la trama une, por contigüidad, a unos “seis o siete soldados mancebos e bien dispuestos, que *les dio mal de lomos, que no se podían tener en pie si no los llebavan a cuestras*. No supimos de qué

se les recreció; an dicho que de las armas de algodón que no se quitavan de noche ni de día de sus cuerpos, e porque en Cuba eran regalados e no eran acostunbrados a trabajos, y con el calor les dio aquél mal” (Díaz del Castillo, 2005: XXXIII-80; subrayado nuestro). Llama la atención esta digresión en cuerpos débiles para enfrentar las pruebas impuestas por la naturaleza – ciénagas, manglares, lagunas– y la guerra sin tregua ni fin. Por contraposición, quienes pelean son los que pueden soportar la hostilidad del enemigo y de su espacio: la imagen del soldado se engrandece aún más.

“Y dexallo e aquí y diré lo que pasó en la batalla. Y bien se puede nombrar así, como adelante verán” (Díaz del Castillo, 2005: XXXIII-81).¹⁴⁶ Luego de una serie de preparativos en la que los tres cronistas insisten, se produce la “gran batalla con todos los caciques de Tabasco, y s[us] provincias” (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-81). Las descripciones del comienzo de las hostilidades, enfáticas en sus alusiones al *orden* y *concierto* en ambos bandos, se contraponen a la confusión propia del fragor de la lucha, en la que los tres cronistas coinciden. Afirma Gómara que Cortés “ordenó la gente, puso en concierto la artillería y caminó hacia Cintla, donde el día antes fue la riña, creyendo que allí hallaría a los indios. Ya también ellos, cuando los nuestros llegaron, comenzaban a entrar en camino muy en ordenanza, y venían en cinco escuadrones de ocho mil cada uno” (1979: XX-34; subrayado nuestro). El breve enunciado reitera verbos y adjetivos vinculados al orden, la buena organización y el *concierto*. Antes que de nombres propios, individuos o corporalidades

¹⁴⁶ Mendiola explica que, en el siglo XVI, el término “batalla” pertenece al ámbito de lo sagrado, “es una cuestión de señores y se relaciona con la justicia divina” (2003: 375). De allí también las constancias referencias al favor divino y, en la *Historia de la conquista de México*, la inclusión de un milagro que habría definido el combate, como veremos enseguida.

expuestas, se trata de la alusión a ciertos saberes acerca de la guerra que ambos bandos ponen en escena a partir de un acuerdo de base.

“Ellos” y “los nuestros” se preparan para una batalla en la que aparecen configurados como semejantes: definidos en términos colectivos, “escuadrones”, “millares de enemigos”, “cientos de españoles”. Tal como es narrada, la batalla no parece fácil sino, por el contrario, harto difícil e improbable, dada la ferocidad de los indígenas y la superioridad numérica: cuarenta mil hombres de ocho provincias contra apenas “cuatrocientos que nosotros éramos” (Cortés, 1993: 132). La hiperbólica corporalidad indígena deberá ser contrarrestada con el valor, el arrojo y la superioridad táctica de los españoles. Por eso, además, la *Carta de Veracruz* enfatiza las órdenes de Cortés y se detiene en su inteligente distribución de hombres en varios frentes, y en el astuto uso de las escasas armas y los aún más escasos caballos:

“Y estando así todos bien apercebidos, envió otro día ciertos capitanes con trescientos hombres adonde el día pasado habían habido la batalla a saber si estaban allí los dichos indios o qué había sido dellos. Y dende a poco envió otros dos capitanes con la retaguardia con otros cient hombres, y el dicho capitán Fernando Cortés se fue con los diez de a caballo encubiertamente por un lado” (1993: 129).

Mucho más minuciosa, la escena que presenta la *Historia verdadera* es sobrecogedora:

“Y topamos todas las capitánias y esqadrones que nos ivan a buscar. Y traían grandes penachos y atanbores y trompetillas; las caras almagradas, blancas y prietas; y con grandes arcos y flechas, y lancas y rodelas y espad[as], como montan[tes de] a dos ma [nos] y muchas ondas y piedra y varas tostadas y cada uno sus armas colchadas de algodón. Y así

como llegaron a nosotros, como eran *grandes escuadrones*, que todas las caravanas cobrían, y se *vienen como rabiosos y nos cercan por todas partes*" (2005: XXXIV-82; subrayado nuestro).

Conforme a la preeminencia del cuerpo en el texto, Bernal Díaz se detiene en los atributos del guerrero indígena, recuperando la plasticidad de una escena a todas luces majestuosa. Estos guerreros de "grandes penachos" y rostros pintados han salido al encuentro del invasor, dando por comenzado el enfrentamiento. La memoria recupera un momento de amenazante expectación mientras el ojo registra insignias, atuendos, armas, "atanbores y trompetillas": nuevamente los instrumentos sonoros como parte esencial del modo de guerrear mesoamericano. La enumeración del armamento indígena intenta reponer en la escritura la simultaneidad de la imagen. En acelerada respiración a partir de la conjunción copulativa "y", el texto se abalanza sobre el ataque, tal como los indígenas, *rabiosos*, se lanzaban contra los españoles. En este primer momento, la superioridad del enemigo no es solo numérica: toma la iniciativa, cerca a los españoles, arremete contra ellos hiriéndolos, rompiendo sus filas, infligiendo sorpresa y dolor.

El cuerpo español —el cuerpo propio—, cercado, acosado, es presentado en su extrema vulnerabilidad: "de la primera arremetida hirieron más de setenta de los *nuestros*, y con las lanzas, pie con pie, *nos* hazían mucho daño; e *un soldado murió luego de un flechazo que le dieron por el oído*" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-82; subrayado nuestro). La muerte un tanto absurda de este soldado queda en la memoria de su compañero y en la memoria del lector. Esa flecha que atraviesa el oído muestra la imposibilidad de protegerse: no hay cotara ni armadura que los ponga a salvo de las flechas enemigas, que primero

atemorizan sus sentidos con feroces sonidos de lucha y luego encuentran en el oído el resquicio a través del cual filtrar la muerte. Este aparente absurdo que la confusión provoca en el soldado –y que la escritura convoca para el lector– hace presente la sensación de la batalla como ningún otro relato, aún más en la medida en que el narrador elige pasar del tiempo pasado al tiempo presente en el uso verbal: “se *viene*n como rabiosos y nos *cercan* por todas partes”.¹⁴⁷ La distancia entre el soldado y el cronista se acorta; la representación cede espacio a la sensación de *estar ahí*; para el narrador, el símbolo se confunde con su objeto: “que me parece que ahora que lo estoy escribiendo se me representa por *estos ojos pecadores* toda la guerra según y de la manera que allí pasamos” (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-82; subrayado nuestro).

En las tres crónicas, a la hostilidad del enemigo se suma la hostilidad de la naturaleza, “y como había allí mucha lama y ciénaga no podíamos tan presto salir de esta” (Díaz del Castillo, 2005: XXXI). El control parece estar en manos de los indígenas, cuyas tácticas prevén las sinuosidades del terreno, usándolo para vencer al enemigo –tácticas que alcanzarán su máxima expresión en el emplazamiento de México-Tenochtitlan, como veremos en el próximo capítulo–. Sin embargo, los españoles también consiguen apropiarse de ese espacio; de hecho, en algunos momentos, la naturaleza se vuelve protectora: la noche y la espesura los cobijan, les permiten “llegar hasta el lugar sin ser sentidos ni vistos” (Gómara, 1988: 32);¹⁴⁸ sirve de velo protector, por ejemplo, en la huida de Tenochtitlan, como analizaremos enseguida.

¹⁴⁷ Rafael Lapesa (1969) analiza estos usos en relación con el recuerdo y con el relato letrado – aunque no culto– tal como lo presenta Bernal Díaz.

¹⁴⁸ En la *Historia de la conquista de México*, este es el inicio de una emboscada; el narrador subraya todo el tiempo las órdenes de Cortés: él es quien piensa y elucubra todo, quien ordena y organiza la acción –y, luego, el relato.

Tal como es relatada, la acción prepara al lector para lo que parece una inminente derrota. No obstante, de acuerdo con las causalidades que plantea cada crónica, las tácticas de Cortés, los caballos, la valentía de sus capitanes y sus huestes consiguen torcer la batalla a favor de los extranjeros. Este giro resulta un tanto sorprendente de acuerdo a la organización de la trama. La imprevisibilidad abre la puerta a la inclusión de referencias a lo milagroso o sobrenatural, tal como decide hacerlo Gómara en el cierre de este capítulo. Esta batalla da lugar a una nueva polémica entre Gómara y Bernal Díaz, donde se destaca la ironía del segundo. Afirma Gómara:

“No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbres de indios, con quien habían peleado, a nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres veces al de caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro patrón” (1988: XX-35).

Contesta Bernal Díaz:

“Aquí es donde dice Francisco López de Gómara que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes de que llegase Cortés con los de a caballo, y que eran los santos apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y vitorias son por mano de Nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla abía para cada uno de nosotros tantos indios que a puñadas de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Nuestro Señor en todo nos ayudava; y *pudiera ser que los que dice el Gómara fueran los gloriosos apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro, e yo, como pecador, no fuese dino de ver*” (2005: XXXIV-83-4; subrayado nuestro).

Los tres cronistas coinciden en la importancia de los caballos para obtener la victoria y en el rol fundamental del capitán, arengando a los

hombres, organizando el ataque, llegando al rescate cuando todo parecía perdido. En estos relatos, Cortés reúne decisión, capacidad de raciocinio y de mando aún en la mayor de las confusiones, valentía y arrojo –virtudes que se engrandecerán a cada paso, a medida que se repitan los enfrentamientos, cimentando la conquista–. Veamos entonces cómo lo presenta cada crónica:

"Y habiendo *dos horas* que estaban pelleando con los indios, llegó el *capitán Fernando Cortés con los de caballo* por la una parte del monte por donde los indios comenzarían a cercar a los españoles de la redonda, y allí estuvo peleando con los dichos indios *una hora*. Y tanta era la multitud de indios que ni los que estaban peleando con la gente de pie de los españoles vían a *los de caballos* ni sabían a que parte andaban *los mismos de caballo* entrando y saliendo en los indios se vían unos a otros. Mas desde que los españoles sintieron a *los de caballo* arremetieron de golpe a ellos, y luego fueron los dichos indios puestos en huida" (Cortés, 1993: 131; subrayado nuestro).

La *Carta de Veracruz* enfatiza la figura del capitán en una acción singular ("*estuvo peleando con los dichos indios*") que diferencia distintos bandos y jerarquías: los guerreros indígenas, el capitán y los de a caballo, los españoles, refiriéndose así a los soldados de a pie que, confundidos por la extrañeza de un modo de batallar ajeno, solo retoman *orden y concierto* con la guía de la autoridad. A diferencia de lo que aclararán luego nuestros otros dos cronistas, esta carta de relación destaca el tiempo transcurrido en cada acción militar y engloba al enemigo en un colectivo ("los indios", "multitud de indios") que organiza la trama a grandes trazos: combate y posible derrota / llegada de refuerzos españoles con los caballos / nuevo avance de los españoles / huida de los indios.

Es preciso reparar en la insistencia con que se reitera el sintagma “los de a caballo”, el cual subraya una función y una jerarquía específica en el bando español, al tiempo que tiende a unir la figura del soldado y del caballo en la nominación –lo que se verá reforzado en la *Historia verdadera*–. Reparemos también en la modalización seleccionada para subrayar la victoria: “luego fueron los dichos indios *puestos* en huida” (Cortés, 1993: 131; subrayado nuestro), donde el español es claro artífice del triunfo. Esta descripción de la primera batalla alude a una dinámica reiterada con posterioridad en la segunda y la tercera cartas de relación: el protagonismo del capitán, la importancia de las jerarquías y la toma de decisiones en contextos extraños, en los que prima la confusión y la sorpresa; la conquista definida por la acción y subrayada, además, en los usos verbales: pelear, cercar, entrar, salir, sentir, arremeter, huir, algo que también ocurre en los enfrentamientos con los tlaxcaltecas e, incluso, en la batalla de Otumba.

La reconstrucción que propone Gómara no difiere demasiado de lo visto hasta aquí, si bien agrega elementos que hacen a la narración histórica del enfrentamiento, como el uso del discurso referido directo para representar la voz del capitán:

“Tornó entonces el de caballo tercera vez, y hizo huir a los indios con daño y miedo, y *los peones* arremetieron asemesmo, hiriendo y matando. [...] Entonces dijo Cortés: ‘adelante, compañeros; que Dios es con nosotros y el glorioso san Pedro’. Y en diciendo esto, arremetió a más correr con *los de caballo* por medio de los enemigos, y lanzólos fuera de las acequias, a pare que muy a su talante los pudo alancear, y alanceando, desbaratar. Los indios dejaron luego el campo raso, y se metieron por los bosques y espesuras, no parando hombre con hombre. Acudieron luego *los de pie*, y siguieron el alcance; en el cual mataron bien más de trescientos indios, sin otros muchos que hirieron de escopeta y de ballesta” (1988: XX: 34-35; subrayado nuestro).

Más allá del discurso referido, las principales diferencias con las otras dos crónicas radican en el espesor con que se construye la acción, en selecciones léxicas, usos verbales, imágenes visuales de gran potencia por el tipo de escena que evocan. Claro que aquí el protagonista indiscutido es el capitán, quien arenga, arremete, hiere, mata; ya no son varios bandos identificados en colectivos diversos sino, antes bien, una individualidad que reúne voluntad, valor, voz y acción en un primer plano articulado de acuerdo con las reglas del discurso letrado.

Recién aquí ingresa la referencia al colectivo español (“acudieron entonces los de a pie”) para rematar a los indios en huida, asegurando la victoria. Muertos y heridos sellan una escena que coloca en primer plano *las armas de la conquista*; escopetas y ballestas alcanzan al enemigo, demostrando así la superioridad militar que el texto adjudica a los españoles, y que se reitera también en la toma del *cu* de Huitzilopchtli en Tenochtitlan, por ejemplo: “Pelearon tres horas allá arriba, que como eran muchos indios, ni los podían vencer ni acabar de matar. En fin, murieron todos quinientos indios como hombres valientes. Y si tuvieran armas iguales, *más mataran que murieran, según el lugar y corazón tenían*” (Gómara, 1988: CVIII- 152; subrayado nuestro).

Como es su costumbre, Bernal Díaz enfatiza el protagonismo del *nosotros* español, elección que se reitera en toda la *Historia verdadera* y que adquiere fundamentales resonancias aquí, al tratarse del cuerpo del soldado que hace posible la victoria y la conquista.

“Estando en esto vimos asomar los de a cavallo, y como aquellos grandes esquadrones estaban embebezidos dándonos guerra no miraron tan presto en ellos, como venían por las espaldas. Y como el campo era llano y los caballeros buenos, y los cavallos algunos dellos muy rebueltos y corredores, danle tan buena mano y alancean a su plazer. Pues los que estábamos peleando, desde que los vimos, nos dimos tanta priesa que los de a cavallo por una parte y nosotros por otra, de presto bolvieron las espaldas. *E aquí creyeron los indios que cavallo y el cavallero eran todo uno, como jamás avían visto cavallos.*” (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-83; subrayado nuestro).

Nuevamente, el rol del caballo es crucial, muestra la diversidad en el campo español y define la suerte del combate. Los cuerpos españoles se presentan vinculados a lo monstruoso; los cuerpos indígenas se debilitan porque lo nuevo juega aquí a favor del extranjero. Por otro lado, más cercana a la concepción escrituraria de Gómara que a la escueta narración de las *Cartas de relación*, la *Historia verdadera* adjetiva esquadrones, caballeros, caballos y espacio, construyendo así un cuadro que explica claramente la emboscada y, por tanto, la dinámica de la victoria. Si bien el ataque sorpresivo no es algo nuevo o desconocido para los indios,¹⁴⁹ el hombre-caballo sí lo es: ante lo insospechado e incomprensible –por el momento al menos– solo queda la huida, amparados en un espacio (unos “espesos montes”, Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-83) acogedor por familiar y propio.

Si el cuerpo del indígena es presentado en estas crónicas a partir de la derrota y la huida, en la *Historia verdadera* el español triunfa en virtud de una corporalidad percibida como monstruosa, y traducida, por analogía, en una

¹⁴⁹ Sabido es que dos de las técnicas de guerra preferidas por los mesoamericanos eran el señuelo y la emboscada. Al respecto, véanse las aproximaciones –útiles en cuanto a los datos que ofrecen aunque cuestionables por su perspectiva acerca del mundo indígena– de Jacques Soustelle y ([1955] 1996) y Adolph Bandelier (2003).

especie de centauro, ser mítico caracterizado tanto por su arrojo y agresividad como por su bestialidad.¹⁵⁰ Entre lo humano y lo natural, entre lo pagano y lo providencial (recordemos las múltiples referencias a Dios y a los santos en las tres crónicas), se juega una autocaracterización que define el desarrollo de la conquista toda.¹⁵¹ Para triunfar en este territorio deseado, acechado, sorpresivo, hace falta un nuevo tipo de hombre: un nuevo tipo de guerrero. Si es cierto que muchas de las connotaciones del soldado español se vinculan al ideal caballeresco, no lo es menos que no se trata solo de poseer las armas (ballestas, escopetas, caballos) sino, en especial, de saber cómo y cuándo hacerlas intervenir en nuevos contextos, asegurando su eficacia.¹⁵²

En términos de representaciones de la corporalidad, el cuerpo del indio se animaliza en la victoria. Explica Bernal Díaz: "Y esto pasado apretamos las heridas a los heridos con paños, que otra cosa no avía, y se curaron los cavallos con quemalles las heridas con *unto de un indio muerto que abrimos para sacarle el unto*" (2005: XXXIV- 83; subrayado nuestro). Como ya lo apuntara Margo Glantz, el cuerpo del indio muerto sirve para sanar, esto es

¹⁵⁰ La figura del centauro en la mitología clásica tiene complejas inflexiones, que no es nuestro objetivo analizar aquí. La imagen que el texto presenta pareciera remitir simplemente a características icónicas, entendiendo el centauro como un ser con "busto y a veces las piernas de hombre, pero la parte posterior del cuerpo, desde el torso, es la de un caballo, y por lo menos en la época clásica, tienen cuatro patas de caballo y dos brazos humanos" (Grimal, 2006: 96).

¹⁵¹ "Crean Vuestras Altezas Reales por cierto que esta batalla fue vencida *más por voluntad de Dios que por nuestras fuerzas*, porque para con cuarenta mill hombres de guerra poca defensa fuera cuatrocientos que nosotros éramos" (Cortés, 1993: 132; subrayado nuestro). "No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbres de indios, con quien habían peleado, *a nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar*" (Gómara, 1988: XX-35; subrayado nuestro). "Y después de apeados debajo de unos árboles y casas que allí estaban dimos muchas gracias a Dios por avernos dado aquella vitoria tan cunplida. Y como era día de Nuestra Señora de Marco llamóse una villa, que se pobló el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, así por ser día de Nuestra Señora como por la gran vitoria que tubimos" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-83).

¹⁵² De hecho, errores de cálculo costarán muy caros a los españoles, en la Matanza del Templo de Tenochtitlan y durante la Noche Triste; escenas que analizamos en el próximo apartado.

posible a través de una apropiación que consiste en la animalización del *otro*: “En la guerra, el indio es sólo un objeto, a veces un cuerpo semejante al de las bestias. [...] Los indios cautivos pierden su categoría humana: los cerdos proporcionan el unto, tipo de grasa que no hace mucho se utilizaba con abundancia en México” (Glantz, 2001: 119).

Cuerpo-objeto, toda humanidad le es negada, arrancada en un gesto brutal, apenas aludido por el texto en el verbo “abrir” (“que abrimos para sacarle el unto”). Abrir al *otro* para usarlo es posible en virtud de las jerarquías que la victoria establece para los españoles: el triunfador define lo correcto, lo humano, lo moralmente aceptable. Si antropofagia, sodomía y sacrificios humanos constituyen la tríada que anatemiza al indígena, justificando la conquista, la victoria hace aceptable (y, más complejo aún, transforma en *narrable*) este gesto de violencia con el cuerpo del *otro*. Alimenta incluso ciertas reminiscencias con el sacrificio humano practicado por los mexicas, que consiste en *abrir* el pecho del supuesto sacrificado para arrancarle una víscera (ya no la grasa): el corazón. Sin la poderosa ritualidad mexicana, casi como un detalle más en la victoria, bando español y bando indígena se mezclan. Por eso es preciso objetualizar el cuerpo del *otro*: solo así la convivencia de fluidos, de carnes, de sangres es tolerable.

Finalizada la batalla, capitán y soldado se detienen en distintas escenas, de acuerdo a las intenciones de cada texto. La *Carta de Veracruz* puntualiza ciertas acciones propias de un capitán responsable: tomar prisioneros, interrogarlos, enviar mensajes, asegurar la victoria.

“Y [Cortés] envió con ellos sus cartas a los *caciques* diciéndoles que si quisiesen venir adonde él estaba, que *les perdonaría el yerro que habían hecho y que serían sus amigos*. Y ese mismo día en la tarde venieron dos indios que parecían *principales* y dijeron que a ellos les pesaba mucho de lo pasado, y que aquellos caciques le rogaban que los perdonase[n] y que no les hiciesen más daño de lo pasado [...] y que dende adelante ellos querían ser *vasallos* de aquellos principes que les decía, y que por tales se daban y tenían, y que quedaban y se obligaban a servirles cada vez que en nombre de Vuestras Majestades algo les mandasen. Y así se asentaron y quedaron hechas las paces” (1993: 131; subrayado nuestro).

El relato vuelve a organizar los bandos (españoles-indígenas) ahora a partir de la obtención de *vasallos* –posibles aliados– en una relación de sumisión consecuencia de la victoria. Esta relación es representada en el encuentro entre el capitán español y algunos principales indígenas (llamados “caciques” a esta altura del texto, analogía útil a falta de una mayor comprensión de la organización política mesoamericana en estas tempranas instancias).¹⁵³ La batalla y su resolución han acercado a ambas partes, que comprenden y aceptan sus roles en una dinámica de guerra que les es afín. Claro que este énfasis en transmitir una escena tan cercana a los parámetros propios dice más acerca del destinatario de la carta que de lo referido: se trata de mostrarle al rey tanto la victoria en términos militares como la habilidad política de Cortés para asegurar sus resultados.

La Historia verdadera, en cambio, ilumina las zonas más periféricas y, si se quiere, humanas, que suceden al enfrentamiento: volver al campo de batalla, contar muertos y heridos, curar hombres y caballos, enterrar a los muertos propios, comer, descansar.

¹⁵³ La relación de vasallaje es de origen medieval (se institucionaliza en la época carolingia) e implica un contrato que involucra obligaciones por ambas partes. Luego, el término se extiende todos los súbditos del rey son considerados vasallos, sean o no nobles.

"Y fuimos a ver los muertos que avía por el canpo, y eran más de ochocientos, y todos los más d'estocadas y otros de los tiros y escopetas y ballestas; y muchos estaban medio muertos y tendidos. [...] Y como era tarde, hartos de pelear y no aviamos comido, nos bolvimos al real. Y luego *enterramos* dos soldados que ivan heridos por la garganta y otro por el oído y quemamos las heridas a los demás y a los cavallos con el unto del indio; y pusimos buenas velas y escuchas, y *cenamos y reposamos*" (2005: XXXIV-83; subrayado nuestro).

Se establece así una suerte de dinámica de la victoria e involucra a todos los soldados. La totalidad de lo mencionado alude al cuerpo propio y al ajeno: batallar-sobrevivir-alimentarse-descansar-morir. Para restablecer el orden es preciso limitar el desorden: contar, reparar, restituir. La victoria se mide, también, en enemigos muertos: más de ochocientos apunta la *Historia verdadera*; un poco más de doscientos, acota la *Carta de Veracruz*: "y que no les matasen más gente de la muerta, que fueron hasta docientos y veinte los hombres muertos" (1993: 132). El cuerpo es cifra de todo padecimiento y todo valor; medida del éxito y del fracaso, representación metonímica (para la Corona) y especular (frente a los indígenas) de lo que se ha arriesgado y de lo que se espera a cambio.

IV.4 Aprendizajes: narrar la derrota

“Quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque más sangre y ánimo perdían que tierra ganaban.”

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA, *Historia de la conquista de México*

Luego de la primera y decisiva batalla de Cintla, el avance por territorio mesoamericano continúa. Las crónicas lo relatan en una dinámica de comunicación, negociación, enfrentamientos armados, victoria española y alianza estratégica. El capitán sabe muy bien que nada conseguirá solo con sus tropas: necesita imperiosamente asegurar aliados para obtener bienes (comida, ropa, refugio y, por supuesto, oro y joyas), y cimentar su conquista – aunque no es seguro que las poblaciones autóctonas la experimenten como tal, al menos no en estas primeras instancias–.

Se suceden enfrentamientos bélicos con cempoaltecas, cholutecas, tlaxcaltecas (sus más valiosos “amigos” luego), a medida que van llegando noticias de la ciudad magnífica, México-Tenochtitlan, atractivo señuelo para los extranjeros. Dichos enfrentamientos con pueblos de similares técnicas militares dotan a los españoles (en especial, a Cortés y a sus capitanes, pero también, aunque en forma más limitada, a sus tropas, como subraya Bernal Díaz en varias ocasiones) de valiosos saberes acerca de tácticas, estrategias, armas, intenciones e insignias. Esto se perfila en la atención que cada crónica presta a la descripción de técnicas de lucha, desplazamientos, armamentos, indicando así un conocimiento cada vez más ajustado de las concepciones militares del enemigo.

Asimismo, en forma progresiva, el español se apropia del cuerpo del *otro*: las más espectaculares y sanguinarias represalias de Cortés tienen el

cuerpo indígena como víctima –la masacre indiscriminada en Cholula o la orden de cortarle las manos a cincuenta supuestos espías son las más impactantes–. Todas ellas funcionan como castigos ejemplares, advertencias acerca de lo que puede acarrear la traición o la desobediencia, y así son presentadas en los textos, que no dejan de enfatizar la situación de peligro e inferioridad numérica de los extranjeros.¹⁵⁴ Esos castigos hablan de crueldad pero también de cierta debilidad: solo atenazando el cuerpo del *otro* es posible sembrar el temor y asegurar una endeble alianza, más allá de negociaciones y prendas de paz.

Sin embargo, nada prepara a los españoles para lo que presentará Tenochtitlan: una ciudad lacustre cuya estructura de chinampas, azoteas, puentes rebatibles, lagos, diques y calzadas es deslumbrante muestra de la capacidad mexicana para transformar un emplazamiento natural ventajoso en términos defensivos aunque muy arduo para el desarrollo de la vida cotidiana.¹⁵⁵ Recordemos, por último, que la inseguridad de los españoles en la ciudad lacustre lleva al máximo gesto de apropiación del cuerpo del *otro*: toman preso a Motecuhzoma, vejando así su estatus real y su aura *divina*. Pero no analizaremos aquí la estructura de la ciudad y sus distintas descripciones –lo

¹⁵⁴ La matanza de Cholula se describe en la *Segunda carta de relación de Hernán Cortés* (1993: 193), en el capítulo LX de la *Historia de la conquista de México*, significativamente titulado “El castigo que se hizo en los de Cholula por traición” y en el capítulo LXXXII de la *Historia verdadera*, titulado “Cómo tenían concertado en esta ciudad de Cholula de matarnos por mandato de Montezuma y lo que sobre ello pasó”. Volveremos sobre este episodio en el capítulo V.

¹⁵⁵ Al respecto, explican Alfredo López Austin y Leonardo López Luján que “las ventajas de poblar los islotes de la parte occidental del Lago de Texcoco eran evidentes: los mexicanos conocían las técnicas de la explotación lacustre, y calcularon que allí encontrarían abundante fauna y flora aprovechable. El lago, por otra parte, les ofrecía una ventajosa posición defensiva. Los aspectos negativos, sin embargo, también eran de importancia: un terreno exiguo, poca agua potable, falta de piedra y madera, y la necesidad de construcción de un albaradón para el cultivo del pantano, pues fluctuaba demasiado el nivel del espejo del agua y existía el peligro de la afluencia de aguas salobres desde la parte oriental del lago” (1996: 192).

cual será objeto del próximo y último capítulo– sino que nos interesa preguntarnos acerca de los cambios en la percepción y representación del cuerpo propio y del cuerpo del *otro*, ya no en la victoria, sino en la derrota y el desastre. ¿Cuáles son las inflexiones, los cambios, los aprendizajes entre una escena y otra, entre uno y otro cronista? ¿Cuáles sus implicancias en las distintas tramas y en lo que se relata después? ¿Cómo incide la derrota en la representación textual del *yo*? Para pensarlo, la escena más adecuada es la resonante debacle conocida como la Noche Triste, que tiene lugar en julio de 1520, luego de los ominosos episodios de la Matanza del Templo Mayor y la muerte de Motecuhzoma.¹⁵⁶

IV.4.2 De la huida al duelo: la Noche Triste¹⁵⁷

En las tres crónicas, el relato de la Noche Triste presenta una estructura similar a la batalla de Cintla, desplegando, a lo largo de los capítulos previos, amenazas, preparativos, pedidos de tregua, decisiones de ambos bandos. Pocos días antes Cortés ha vencido a Pánfilo de Narváez (cuya armada, enviada por Diego de Velásquez, había arribado para tomarlo prisionero) y ha ganado para sí, por medio de alabanzas, promesas y regalos, buena parte de sus tropas, armas y cargamentos. Este episodio, extraordinario en varios sentidos –por la victoria de Cortés pero también por el momento en que

¹⁵⁶ Para el análisis, seleccionamos algunos fragmentos de la *Segunda Carta de Relación* de Hernán Cortés, los capítulos CVIII, “Los combates que unos a otros se daban”, CIX, “Rehúsan los de México las treguas que Cortés pidió” y CX, “Cómo huyó Cortés de México” de la *Historia de la conquista de México*. En la *Historia verdadera*, seleccionamos el capítulo CXXVIII, titulado “Cómo acordamos de irnos huyendo de México, y sobre lo que ello se hizo”, aunque también haremos referencia a escenas narradas en capítulos anteriores, en especial el capítulo CXXVI, lo que se indicará en cada caso.

¹⁵⁷ Ya desde su nominación, que debemos a la pluma gomariana (“Murieron en el desbarate de esta triste noche”, Gómara, 1988: CX-157), la presentación de este acontecimiento exhibe las marcas de la perspectiva española.

ocurre— colma de orgullo y confianza al capitán y hace de su entrada a México un grave error de cálculo, expuesto de manera más o menos explícita por los distintos cronistas.¹⁵⁸ Esto es evidente en la caracterización de los españoles: en cuestión de días pasan del triunfo ante Narváez a la derrota y la deshonrosa huida. Pocos después de regresar a Tenochtitlan, están abrumados por las múltiples batallas, el hambre, el frío, la falta de treguas: ahora son un cuerpo militar dividido entre *los de Cortés* y *los de Narváez*, algo que enfatizan López de Gómara y Bernal Díaz, y que Cortés calla, por obvia conveniencia.¹⁵⁹

Desde Cintla hasta aquí, el aprendizaje de los españoles es evidente: los indicios que anticipan el enfrentamiento se multiplican en los textos. Ahora, todo se caracteriza por el silencio y el vacío: caseríos despoblados, ausencia de embajadores y comitivas, falta de mínimo abastecimiento (comida, agua, lugar de reposo) y, especialmente, ausencia de gestos que indiquen intento de diálogo o de negociación pacífica. Cortés lo anota enseguida: “y en todo el camino nunca me salió a rescebir ninguna persona del dicho Muteecuma como

¹⁵⁸ Es cierto que Pedro de Alvarado y sus hombres se encontraban cercados en el palacio, en peligrosísima situación; allí donde están Motecuhzoma y su tesoro. Pero también lo es que Cortés, desoyendo ciertas señales, entra a la ciudad con todo su ejército, y esto dificulta sobremanera el repliegue que se les impone escasos días más tarde. Abiertamente, el capitán explica los motivos de su ingreso a Tenochtitlan: “Entré en ella casi a mediodía y vi poca gente por la cibdad y algunas puertas de las incrucijadas y traviesas de las calles quitadas que no me pareció bien, aunque pensé que lo hacian de temor de lo que habían fecho y que entrando yo los aseguraría” (1993: 269). Como es evidente, más allá de la extrañeza y suspicacia propias, en esta escena el capitán elige señalar el temor en la mirada del *otro*, e intenta leer los signos de la inminente batalla de acuerdo con su grilla cultural. Al respecto apunta, perspicaz, Bernal Díaz: “y viendo que estaba todo muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, *estaba muy airado y soberbio con la mucha gente que de españoles traía*, y muy triste y mohino” (2005: CXXVI- 383; subrayado nuestro). Ángel Delgado Gómez añade que “Extraña que, a la vista de los trágicos sucesos que iban a desarrollarse, Cortés sea aquí peligrosamente franco en revelar tamaño error de percepción. [...] Este fue sin duda el mayor error militar de Cortés, que a punto estuvo de arruinar su empresa” (1993: 270, 395n).

¹⁵⁹ “Y *los de Narváez* iban otros buenos jinetes, mas estaban espantados y temerosos, como se habían hallado en guerra de indios” (Díaz del castillo, CXXVII: 393). “Pues también quiero decir las malediciones que *los de Narváez* echaban a Cortés, y las palabras que decían, que renegaban de él y de la tierra, y aun de Diego Velázquez que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba, y estaban embelesados y sin sentido” (Díaz del Castillo, CXXVI: 389-90).

antes lo solían hacer" (1993: 268). "Y toda la tierra estaba alborotada y casi despoblada, de que concebí mala sospecha, creyendo que en los españoles de la dicha cibdad habían quedado muertos y que toda la gente de la tierra estaba junta esperándome en algún paso o parte donde ellos se podrían aprovechar mejor de mí" (1993: 268; subrayado nuestro). Se torna evidente que Cortés conoce las tácticas de los enemigos y teme las emboscadas. El silencio, el vacío, el espacio despoblado anuncian el ataque y son cara opuesta a la multitud de indios que los asediará luego.¹⁶⁰

La escena que da comienzo al ataque anticipa lo que se reiterará, con creciente intensidad, día tras día: el cuerpo español marcado, lastimado, herido, sangrante –pero que aún resiste– frente al poderoso colectivo indígena, definido por términos como "multitud de guerreros" (Díaz del Castillo, CXXXVIII: 389) o "infinita gente" (Cortés, 1993: 278). Esto resulta más dramático aún en la contraposición entre la alegría de los españoles y el comienzo de las hostilidades: "y con mucho placer estuvimos aquel día y noche creyendo que ya todo estaba pacífico" frente a "el cual mensajero volvió dende a media hora todo descalabrado y herido dando voces que todos los indios de la cibdad venían de guerra y que tenían todas las puentes alzadas y junta tras él da sobre nosotros tanta multitud de gente por todas partes que ni las calles ni azotes se parecían con gente, la cual venía con los mayores alaridos y grita

¹⁶⁰ Bernal Díaz se detiene a reflexionar sobre lo que vendrá, marcando, una vez más, la diferencia entre los conquistadores viejos y los recién llegados: en este caso, las huestes de Narváez: "Y desde que aquello oyó Cortés y algunos de nosotros, ciertamente nos pesó mucho, porque bien entendido teníamos los que solíamos batallar con los indios, la mucha multitud que de ellos se suelen juntar, y que por bien que peleásemos, y aunque más soldados trajésemos ahora, que habíamos de pasar gran riesgo de nuestras vidas y hambres y trabajos, especialmente estando en tan fuerte ciudad" (2005: CXXXVI: 384).

más espantable que en el mundo se puede pensar" (Cortés, 1993: 270; subrayado nuestro).

En el detalle, Bernal Díaz suma la amenaza de la muerte en sacrificio a manos de los mexicas, aliciente de peso para acicatear al soldado español: "Y dijo aquel soldado que estaba toda la ciudad y camino por donde venía lleno de gente de guerra con todo género de armas, y que le quitaron las indias que traía y le dieron dos heridas, y que si no se les soltara *le tenían ya asido para meterle en una canoa y llevarle a sacrificar*" (2005: CXXXVI: 384; subrayado nuestro). Este tipo de amenazas vuelve a aparecer con insistencia en la *Historia verdadera*, en especial en los pasajes previos a la Noche Triste:

"Pues lo que decían que en aquel día no había de quedar ninguno de nosotros, *y que habían de sacrificar a sus dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos que bien tendrían para hacer hartazgos y fiestas, y que los cuerpos echarían a los tigres y leones y víboras y culebras que tienen encerrados*, que se harten de ellos; y que a aquel efecto ha dos días que mandaron que no les diesen de comer" (2005: CXXXVI: 387; subrayado nuestro).

Por medio de la reconstrucción pormenorizada de las más estremecedoras imágenes, se evoca en el lector el temor de los españoles y se ofrece una imagen brutal, aterradora, del enemigo.

En cada ataque, los indígenas controlan la escena: son retratados como más numerosos, decididos, valientes, determinados a la pelea. Como contrapartida, el español parece impotente, limitado a responder sólo a partir de su proverbial bravura. Ilustra Cortés: "Pero eran tantas y tan fuertes y de tanta gente pobladas y tan bastecidas de piedras y otros géneros de armas que *no bastábamos para las tomar todos ni defendernos que ellos no nos*

ofendiesen a su placer" (1993: 270; subrayado nuestro). Agrega Bernal Díaz: "Y es que tuvieron tanto atrevimiento que unos dándonos guerra por unas partes y otros por otra, entraron a ponernos fuego a nuestros aposentos, que *no nos podíamos valer con el humo y fuego*" (2005: CXXVI: 385; subrayado nuestro). Resume López de Gómara: "Fueron tantos los indios que al ruido cargaron y apretaron en tanta manera a los nuestros que no les dieron lugar ni vagar de soltar los tiros. Y los de aquella casa tiraron tantas piedras y tan grandes de las azoteas, que desbarataron los ingenios y los ingenieros. Y los hicieron volver más de a paso en poco tiempo" (1988: CVIII- 152).

No hay artilugio ni estratagema que haga retroceder a los mexicas y así los presentan todos los cronistas. Dueños de la ciudad, la saben una trampa mortal, prevén posibles vías de escape, bloquean las calzadas, cierran los diques, prenden fuego a los palacios, derrumban puentes, destrozan ingenios; en definitiva, minan la moral del español e infunden temor tanto en el ataque efectivo como en una omnipresencia enfatizada por las crónicas. Si la ferocidad y la valentía del enemigo no es obstáculo para el español (antes bien, provoca admiración, los coloca en pie de igualdad y hace más deseable la victoria), la superioridad numérica y militar de los indígenas, como se va descubriendo día a día, mina los ánimos de soldados y capitanes hasta un límite desconocido hasta entonces.

Las tramas de la *Segunda carta de relación* y de la *Historia verdadera* se hacen eco de estas resonancias al exhibir cierta dificultad para narrar lo simultáneo, la demasía, el asedio. Recurren con insistencia a las enumeraciones (con el uso de conjunciones copulativas *y, ni*), a la reiteración de escenas, impresiones, adjetivaciones: "tan", "tantos", "muchos", "multitud".

"Y era *tanta* la gente que estaba en defensa de dicha puente y azoteas y *tantas* las piedras que de arriba tiraban y *tan grandes* que nos desconcertaron los ingenios y nos mataron un español e hirieron muchos otros sin les poder ganar ni aun un paso aunque puñabamos mucho por ello" (Cortés, 1993: 274; subrayado nuestro). "Le salen *tantos* escuadrones mexicanos de guerra y *otros muchos* que estaban en las azoteas, y le dieron *tan grandes* combates que le mataron a las primeras arremetidas diez y ocho soldados" (Díaz del Castillo, CXXVI: 385; subrayado nuestro).

La confusión y la desesperación se acentúan; se multiplican las referencias a los padecimientos diarios. Sin pausa, el cuerpo español, asediado, cansado, hambriento, desorientado por la lucha sin tregua y sin cuartel, pierde la capacidad de resistencia. Página a página cada narrador detalla el hambre, el frío, las heridas, la muerte: "Porque ni los veinte y cuatro caballos que le quedaron podían correr, de cansados y hambrientos, ni los españoles alzar los brazos ni pies del suelo, de sed, hambre, cansancio y pelear, ca en todo el día y la noche no habían parado ni comido" (Gómara, 1988: CX-158). Se construye así el retrato de una corporalidad esforzada, sufrida, que enfrenta la guerra sólo en virtud de cierto debilitado ánimo caballeresco. "Y allí estuve aquel día y otro porque la gente, así *heridos* como los sanos, venían *muy cansados y fatigados y con mucha hambre y sed* y los caballos asimismo traíamos bien cansados" (Cortés, 1993: 284; subrayado nuestro). "En aquel cu y fortaleza nos albergamos y se curaron los *heridos*, y con muchas lumbres que hicimos, *pues de comer ni por pensamiento*. [...] Qué lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas, y como se habían resfriado y *estaban hinchadas, dolían*" (Díaz del

Castillo, CXXVIII: 397; subrayado nuestro). En su pincelada memorialista, Bernal Díaz actualiza el dolor de las propias heridas. Esta forma de hacer ingresar el padecimiento corporal acerca la experiencia al lector al tiempo que enaltece sus acciones.

Los tres relatos presentan una escena que muestra hasta qué punto se ha sobrepasado el límite de las propias fuerzas: caído un caballo, se lo comen entre todos, y así es narrado, entre la tristeza y la desesperación:

“Y nos mataron un caballo que aunque sabe Dios cuánta falta nos hizo y cuánta pena rescebimos con habérnosle muerto, *porque no teníamos después de Dios otra seguridad que la de los caballos, y nos consoló su carne*, porque le comimos sin dejar cuero ni otra cosa dél según la grand necesidad que traíamos” (Cortés, 1993: 285; subrayado nuestro).

“Caminando [Cortés] cargó tanta muchedumbre sobre él, y peleó tan recio, que hirieron cinco españoles y cuatro caballos, uno de los cuales se murió, y le comieron *sin dejar, como dicen, pelo ni hueso*. Tuviéronla por buena cena, aunque no tuvieran harto para tantos. No había español que de hambre no pereziese” (Gómara, 1988: CXI: 158; subrayado nuestro).

“Y también nosotros a estacadas y cuchilladas matamos algunos de ellos, y los de caballo lo mismo, y así dormimos en aquellas casas y *comimos el caballo que mataron*” (Díaz del Castillo, CXXVIII- 399; subrayado nuestro).

Si Bernal Díaz refiere la escena como una más entre las desesperadas acciones bélicas, Cortés y Gómara se detienen en ella, desplegando distintas razones. El capitán utiliza un giro retórico que enfatiza la desprotección en la batalla y subraya la importancia estratégica de los caballos para la defensa. En vida, el caballo es bienpreciado que brinda protección; una vez muerto, brinda *consuelo*: la desesperada acción señala el límite de la resistencia de las huestes españolas. Gómara, con elaborada sencillez, reescribe el suceso por

medio del uso de un refrán rematado con una sentencia: la escena del caballo condensa los trabajos y sacrificios pasados. Por eso, agrega, acorde con su perspectiva de la conquista de México como empresa sin igual: “empero la nación nuestra española sufre más hambre que otra ninguna, y *estos de Cortés más que todos*, que tiempo aún no tenían para coger yerbas que de comer basto” (1988: CXII-158/9; subrayado nuestro).¹⁶¹

Acentúa la fatiga de los españoles el estilo guerrero de los mexicas: múltiples y rápidos ataques, tanto de día como de noche, con un sistema de relevos, aprovisionamientos, repliegues, algo especialmente anotado por Cortés, siempre atento a tácticas militares. Esta desigualdad desfavorable para los españoles se evidencia, en especial, en el cambio de signo de la contraposición *ellos-nosotros*: “Éstas y tales cosas *braveaban y baladreaban aquellos mexicanos*; y los *nuestros*, que de *puro miedo estaban ciscados*, los reprendían de semejantes boberías...” (Gómara, 1988: CV-149; subrayado nuestro). Según el *Diccionario de Autoridades*, ciscarse significa “laxarle, aflojarlo, soltarse el vientre con ocasión de algún susto, o miedo repentino” (Aut., 1974: 361-1): sorprende la contraposición entre la imagen del indígena y la del español, en especial por la descripción del cuerpo español ante el temor, vinculada a lo escatológico.

Claro que tanta insistencia en la propia debilidad y esfuerzo tiene otras motivaciones: explicar los fundamentos de la pérdida de la ciudad y la desastrosa huida, algo mucho más necesario aún en la *Segunda carta de relación*, escrita cuando la derrota está fresca y la victoria parece todavía

¹⁶¹ Inflexión analizada en el capítulo II, apartado II.d, “Francisco López de Gómara: autoría e historia”, página 57 y ss.

lejana. Agotados los recursos efectivos y narrativos (en el hiperbólico relato una guerra sin fin), la muerte de Motecuhzoma sella la huida. Cautivo, el *uey tlatoani* funcionaba asegurando cierta protección (cada vez más precaria); una vez muerto –en confusas circunstancias– la suerte de los españoles parece estar echada.¹⁶² Las tres crónicas se detienen en este grave acontecimiento, al que le dedican un capítulo específico. Allí no solo deslindan responsabilidades propias (al afirmar que Motecuhzoma fue herido por los mexicas): también describen el definitivo sentido de la contienda, que ahora se les ha vuelto por completo hostil. En cada relato, capitanes y soldados se muestran respetuosos de la ritualidad de la muerte, en especial en lo que atañe a tan gran personaje, pero la lógica que oponen los mexicas parece tomarlos desprevenidos: la batalla no se detiene; un nuevo rey ha sido nombrado; el entierro se lleva a cabo a sus espaldas, en una temporalidad paralela a la guerra, refractaria a la mirada extranjera.¹⁶³

¹⁶² La figura de Motecuhzoma también resulta opaca para los extranjeros, a pesar de que los tres cronistas han insistido, una y otra vez, en su magnificencia, poder y señorío.

¹⁶³ “Y yo lo fice sacar así muerto de los indios que estaban presos, y a cuestras los llevaron a la gente. Y no sé lo que del se hicieron, salvo que no por eso cesó la guerra, y muy más recia y muy cruda de cada día” (Cortés, 1993: 272). “Cortés, porque los indios viesen que moría de la pedrada que ellos le habían dado, y no de mal que él le hubiese hecho, lo hizo sacar a cuestras de dos caballeros mexicanos y presos, que dijeron la verdad a los ciudadanos; los cuales a la sazón estaban combatiendo la casa; *mas ni por eso no dejaron el combate ni la guerra, como muchos de los nuestros pensaban; antes la hicieron mayor y sin ningún respeto*. Al retirar hicieron muy gran llanto para enterrar al Rey en Chapultepec [...] Más perdieron los españoles con la muerte de Motecuhzoma que los indios, si bien consideráderes las muertes y destrozo que luego se siguió a los unos, y el contentamiento y descanso de los otros; ca muerto él, se quedaron en sus casas y tomaron nuevo rey” (López de Gómara, 1988: CVII-151; subrayado nuestro). “Y después de así lo vieron muerto, vimos que hicieron muy gran llanto, que bien oímos las gritas y aullidos que por él daban; y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban y era sobre nosotros de vara y piedra y flecha, y luego la encomendaron muy mayor y con gran braveza, y nos decían: ‘Ahora pagaréis muy de verdad la muerte de nuestro rey y señor y el deshonor de nuestros idolos; y las paces que nos enviáis a pedir, salid de acá y concertaremos cómo y de qué manera han de ser’. Y decían tantas palabras sobre ello y otras cosas, que ya no se me acuerda y las dejaré aquí de decir; y que ya tenían elegido un buen rey, y que no será de corazón tan flaco que le podáis engañar con palabras falsas como fue su gran Montezuma; y que del enterramiento que no tuviésemos cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos días no quedaría ninguno de nosotros para que tales cosas les enviemos a decir” (Díaz del Castillo, CXXVII: 392).

Llegadas a este punto, las crónicas no albergan espacio para detenerse un momento más en el mundo indígena: es preciso escapar de la ciudad fabulosa que es ahora la ciudad-trampa y la ciudad-tumba. La decisión se resuelve en escenas colectivas de diálogo entre los capitanes y Cortés (*Historia verdadera*),¹⁶⁴ y en la enumeración y resumen de las razones ya desplegadas (*Cartas de relación*).

“Y viendo el *grand* peligro en que estábamos y el *mucho daño* que los indios cada día nos hacían, y temiendo que también desficiesen aquella calzada como las otras, y desfecha, *era forzado morir todos*, y porque de todos los de mi compañía fui requerido muchas veces que me saliese, y porque todos o los mas *estaban heridos y tan mal* que no podían pelear, *acordé* de lo facer aquella noche” (Cortés, 1993: 278; subrayado nuestro).

Con su característica medida, las *Cartas de relación* construyen un cuadro de necesidad ante una muerte cada vez más segura. Por eso, términos como “peligro”, “daño”, “herida” organizan la descripción del agotado campo español. Nótese además la selección verbal, *acordé de salir*, remitiendo a una toma de decisión plural que, si bien no deslinda responsabilidades, hace del desastre huida consensuada e inevitable.

En términos de construcción retórica, el suceso evocado por la *Historia de la conquista de México* se destaca por su lograda representación. El cuerpo español, definido en los capítulos anteriores por el hambre, el dolor, el miedo, termina de conformarse a partir de la negación y la carencia:

¹⁶⁴ “Fue acordado por Cortés y por todos nuestros capitanes que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones guerreros estaban más descuidados” (Díaz del Castillo, 2005: CXXXVIII-393).

“Ca *no* había casi ninguno que herido *no* fuese. Tenían miedo de *morir*, aunque ánimo para morir; porque eran tantos indios, que aunque *no* hicieran sino degollarlos como a carneros, *no* bastaban. *No* tenían tanto pan que *no* osasen hartar; *no* tenían pólvora ni pelotas ni almacén ninguno; estaba aportillada la casa, que *no* pocos se la ocupaban en la guardar” (1998: CX-155; subrayado nuestro).

Refranes, contraposiciones y metáforas –en la animalización del cuerpo indígena– abonan la descripción a posteriori y cierto grado de reflexión que excede lo coyuntural: “Todas eran bastantes estas causas para desamparar México y amparar sus vidas; aunque, por otra parte, les parecía mal caso volver la cara al enemigo; que *las piedras se levantan contra el que huye*” (Gómara, 1988: CX-155; subrayado nuestro). Quizá porque no se ha visto involucrado en forma directa es que el historiador puede referir el fantasma que respira, soterrado, en las otras dos crónicas: que la huida de Tenochtitlan sea leída como un acto de cobardía, indigno de un soldado español.¹⁶⁵

Por último, la *Historia verdadera*: mientras enfatiza el colectivo del *nosotros* español –más cohesivo ante la inminencia del desastre–, expone con mayor claridad la dialéctica de la desigualdad entre fuerzas españolas e indígenas.

“Como *veíamos* que cada día *menguaban* nuestras fuerzas y las de los mexicanos *crecía*, y *veíamos* muchos de los nuestros *muertos* y todos los más *heridos*, y que aunque peleábamos como *muy varones* no podíamos hacer retirar ni que se apartasen *los muchos escuadrones que de día y de noche nos daban guerra*, y la pólvora apocada, y la *comida* y el *agua* por el consiguiente, y el gran Montezuma muerto” (2005: CXXXVIII- 393; subrayado nuestro).

¹⁶⁵ Aunque con cierta mirada en exceso favorable a las huestes españolas, Irving Leonard más temprano (1949) y José Luis Martínez (1995) dan cuenta de esta figura, que mucho tiene de leyenda y autofiguración.

Luego de esta enumeración, la acción a seguir se despliega evidente; visible para soldados y capitanes tanto como subrayada en la insistencia en el acto de ver, que alcanza su clímax en una potente metáfora: "veíamos nuestras muertes a los ojos" (Díaz del Castillo, 2005: CXXXVIII- 393). La amenaza constante se condensa en esta sensación de mirar la muerte a los ojos, sentirla en su proximidad, aunque no como destino: como posibilidad a eludir. Si la muerte cumple un rol central en la cultura de los mexicas –escenificada con ritual espectacularidad de los sacrificios humanos–, este enunciado condensa la diferencia en el modo de concebirla: quizá uno de los elementos más poderosos en la conformación de la sociedad mexicana como un *otro* de irreductible alteridad.

En la huida, llevada a cabo durante la noche, el cuerpo español presenta otra valencia: unido al oro, escenifica o bien el exceso que lleva a la perdición, o bien la humildad y el cumplimiento del deber, que permiten salvar la propia vida. Antes de relatar el escape por puentes y calzadas colmados de enemigos, cartas e historias se detienen a detallar el cuidado del oro –tanto del rey como propio–. Aliados (más de ochenta tlaxcaltecas, comenta Bernal Díaz) y animales (una yegua cedida por Cortés y algunos caballos heridos) cumplen un rol central al salvar el *quinto del rey*, hecho que, por obvias razones, queda bien asentado en las cartas cortesianas.¹⁶⁶ Gómara, por su parte, hace de la escena un cuadro de enseñanza moral, oponiendo la codicia de aquellos que vinieron con Narváez a la supuesta buena voluntad de las huestes de Cortés: "*Los de Narváez, hambrientos de aquello, cargaron de cuanto pudieron; mas*

¹⁶⁶ "Y tomé todo el oro y joyas de Vuestra Majestad que se podían sacar y púselo en una sala y allí lo entregué en ciertos lios a los oficiales de Vuestra Alteza que yo en su real nombre tenía señalados" (Cortés, 1993: 279).

caro les costó, porque a la salida, con la carga, no podían pelear ni andar; y así, los indios mataron muchos dellos, arrastraron y comieron. *El que menos tomó, libró mejor, ca fue sin embarazo y salvose*" (Gómara, 1988: CX- 155/6; subrayado nuestro). El cuerpo codicioso perece en la contienda, cubierto de pesados tesoros ("oro, plata y joyas, piedras, plumas y mantas ricas", Gómara, 1988: CX-155); el cuerpo despojado es más ágil para eludir al enemigo, se mimetiza con la oscuridad de la noche, llega hasta la calzada y la atraviesa cuando la rapidez define la vida o la muerte, ante el ataque de los mexicas, ya alertados del escape.¹⁶⁷

Por último, un sutil detalle en la *Historia verdadera* que exhibe el aprendizaje del soldado: "Yo digo que no tuve codicia sino procurar salvar la vida, mas no dejé de apañar de unas cazuelas que allí estaban unos cuatro *chalchihuis*, que son piedras entre los indios muy preciadas, *que de presto me eché en los pechos entre las armas, que me fueron después buenas para curar mis heridas y comer el valor de ellas*" (Díaz del Castillo, 2005: CXXVIII-395; subrayado nuestro). Para marcar la diferencia, reaparece la primera persona en un enunciado performativo, contraponiendo codicia y sensatez. Este pequeño gesto, que incluye los vocablos indígenas para nombrar los tesoros rescatados, configura un retrato que diferencia a este soldado: sabe qué tomar, qué valor puede tener en las sociedades mesoamericanas, de qué forma esconderlo *en su cuerpo*, cómo usarlo luego para *sanarse y alimentarse*. Así se representa la

¹⁶⁷ "Antes de llegar a la segunda estaba infinita gente de los contrarios sobre nosotros, combatiéndonos por todas partes, así desde el agua como de la tierra" (Cortés, 1993: 280). "Las centinelas de los enemigos y las guardas del templo y ciudad sonaron luego sus caracoles, y dieron voces que se iban los cristianos; y en un salto, como no tienen armas ni vestidos que echar encima y los impida, salió toda la gente tras ellos, a los mayores gritos del mundo (Gómara, 1988: CX-156). "Y estando en esto suenan las voces y cornetas y gritas y silbos de los mexicanos, y decían en su lengua a los de Tatelulco: 'Salid presto con vuestras canoas, que se van los teules y tajadlos que no quede ninguno con vida'" (Díaz del Castillo, 2005: CXXXVIII-398).

dinámica de un aprendizaje acerca del *otro* que anticipa las características de quienes podrán regresar a la ciudad para conquistarla, a diferencia de los recién llegados –*los de Narváez*– que perecen en los puentes.

Ya lejos de la ciudad, diezmados y perseguidos por los mexicas, intentan alcanzar territorio aliado: Tlaxcala. La *Historia de la conquista de México* resuelve en clave épica la narración de este doloroso hecho. La tristeza, reiterada varias veces en la historia gomariana, muestra el ánimo que embarga al español ante el fracaso o la derrota, configurando un personaje no menos valiente por desasosegado. El historiador enfatiza esta sensación en el lector construyendo un dramático cuadro en el que el capitán detiene su huida para sentarse a contemplar lo perdido:

“Cortés a esto se paró y aún se sentó, y no a descansar, sino a *hacer duelo sobre los muertos y los vivos que quedaban*, y pensar y decir el baque la fortuna le daba con *perder* tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino; y no solamente *lloraba la desventura* presente, más temía la venidera, por estar todos heridos, por no saber adónde ir y por no tener cierta guarida y amistad en Tlaxcallan; y ¿quién no llora viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habían?” (Gómara, 1988: CX: 156-7; subrayado nuestro).

Las selecciones léxicas vinculadas al duelo –*dolor, muerte, perder, llorar*– se intensifican con la enumeración de lo perdido: “tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino”. El duelo atañe al lamento por el presente y al temor por el futuro: la derrota lo cubre todo en esta dramatización, aún cuando la escritura se produce conociendo el resultado final de la

conquista.¹⁶⁸ Ahondar esta imagen sirve también, retóricamente, para intensificar la grandeza del triunfo: el capitán será presentado como el único capaz de sujetar dos veces la ciudad, en un despliegue de valentía y virtud inigualables. La derrota obliga a la reflexión y al regreso. La representación de un capitán que se detiene *no a descansar* sino a *pensar* y llorar construye una nueva diferencia con los mexicas, que ni siquiera detuvieron la batalla con la muerte de Motecuhzoma. En este retrato de Cortés –abrumado aunque no derrotado– el historiador cifra una caracterización del español como superior por sus virtudes morales. En la lógica de la *Historia de la conquista de México*, esto explicaría la victoria final.

Si la sensación de pérdida ante tanta *muerte y estrago* es total, también lo es la decisión de conquista. Recordemos el gesto que cierra la *Segunda carta de relación*: Cortés *nombra* el territorio que acaba de perder, y así se lo comunica al rey:

“Por lo que yo he visto y comprendido acerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, *me pareció que el más conveniente nombre para dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre*” (Cortés, 1993: 308; subrayado nuestro).

¹⁶⁸ De hecho, como afirma Afonso Mendiola, “contar una batalla sólo es posible cuando ha terminado y quien la cuenta sabe el final de la misma” (2003: 340).

¿Qué más poderoso que nombrar aquello que se ambiciona, apropiación simbólica que anticipa la conquista efectiva? Escritas al calor de la batalla, las *Cartas de relación* transforman resolución en destino, edifican una Nueva España en las entrañas de esa Tenochtitlan que aún –en julio de 1520– se yergue, sugestiva, vencedora, entre las aguas salobres del inquietante lago de Tezcoco.

Capítulo V. Escribir y conquistar: historia de las ciudades

Aquí cayeron los antepasados.
Pueblos hábiles para la Guerra, temerosos
de sus hoscas deidades.
Con manos delicadas para tallar la piedra,
entretelar las plumas,
abrir el pecho del cautivo
-y con lágrimas
para llorar después la servidumbre.

JOSÉ EMILIO PACHECO
"Ruinas del Templo Mayor"

V.a) Imágenes de ciudades

“Las ciudades, como los sueños, están
construidas de deseos y de miedos, aunque el
hilo de su discurso sea secreto, sus reglas,
absurdas, sus perspectivas engañosas y toda
cosa esconde otra”.

ITALO CALVINO, *Las ciudades invisibles*.

En Latinoamérica, la ciudad ha sido referente y objeto de constitución de una idea de territorio, alteridad, contacto y conquista ya desde la llegada de Colón a la isla de Guanahiní.¹⁶⁹ Ha sido también lugar de inscripción de un orden extraño (la cosmovisión cristiana occidental en la de los pueblos originarios) tanto como de la palabra, la escritura y la violencia (real y simbólica) sobre el *otro*; zona de disputa de poder y autoridad entre españoles y naturales y entre los españoles mismos. Esta urbanización progresiva y sostenida, de similares pasos al principio y ajustada a las peculiaridades del territorio luego, fue punta de lanza y eje estructurador de un modelo de sociedad y de cultura que basó en el orden, el poder y la dependencia de las colonias su lógica intrínseca y su razón de ser.¹⁷⁰

La colonización del Nuevo Mundo fue posible porque, antes, “España imaginó su imperio colonial como una red de ciudades” (Romero, [1973] 2001:

¹⁶⁹ Las primeras fundaciones corresponden al fuerte Navidad y a la Isabela, nombrada en honor a la reina Isabel la Católica.

¹⁷⁰ Diversas aproximaciones críticas coinciden en señalar la estrecha vinculación entre historia, literatura y ciudad. Esta concepción de la ciudad como objeto, problema y espacio de contacto no es nueva ni privativa de la literatura sino que responde a una perspectiva inscrita en debates de las ciencias sociales desde la segunda mitad del siglo pasado. Si la pregunta que abre el estudio de José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, sobre el papel que las ciudades han cumplido en el proceso histórico latinoamericano resulta viable lo es porque, en este complejo proceso, “las ciudades –esto es, las sociedades urbanas y su densa creación– parecen ofrecer alguna clave aprehensible en medio de un cuadro muy confuso” ([1973] 2001: 9). Se parte de la tesis de la centralidad de la ciudad como lugar donde leer las claves de un desarrollo, político y sociocultural que pareciera darse en ella, con relación a ella y entendiéndola como condición de posibilidad.

12) donde se constituiría una sociedad *nueva* aunque dependiente, subordinada. El supuesto que subyace es el de la tierra conquistada como un espacio culturalmente vacío, sobre el cual se imprimía el requerimiento, símbolo del comienzo del mundo nuevo. Como vimos en los capítulos anteriores, para ello era necesario traducir, prescribir, prever, nombrar: pasos que actúan en el universo de lo simbólico antes que en lo fáctico, pero que son su condición de posibilidad.

En esta línea, para explicar la tensión que constituye la historia del continente en los últimos quinientos años, es preciso concebir los procesos tanto en términos de continuidad como de ruptura y cambio.¹⁷¹ En la peculiaridad de la conquista europea se produce la reunión de “una teoría de la sociedad y la cultura y una experiencia práctica que España tradujo en una política” (Romero [1973] 2001: 13). Se imagina y regula la ciudad virtual y se erigen las primeras ciudades de Indias, definidas por su funcionalidad: las ciudades-fuerte y las ciudades-puerto. Conquista y defensa, comercio y comunicación, estas urbes –muy distintas en apariencia– cobran

¹⁷¹ José Luis Romero abre su ensayo con la referencia al primer ciclo de expansión europea, que se produce entre los siglos XI y XIV, porque entiende que la conquista y colonización del Nuevo Mundo es un segundo ciclo de expansión que no puede explicarse sin alusión al primero. Establece así un esquema de pensamiento que se extiende a todo el libro y que subraya, en la convergencia de las variables de la historia social (económicas, políticas, demográficas) y de las formas sociales, continuidad, sentido y ordenamiento. En esta extensa línea temporal se sustentaría la génesis de las ciudades modernas y de América Latina, entendida como condición de perdurabilidad del mundo occidental y como “invención” –para decirlo en términos de Edmundo O’ Gorman– no menos de cuatro siglos antes de 1492. En la génesis de esta primera expansión europea, comienza a aparecer la lógica de *lo nuevo* como necesidad y motor, reforzando así la dinámica de la ampliación de las fronteras como decisión de gobierno que anuda ciudad y poder. En este análisis histórico—filosófico, de riguroso orden diacrónico, Latinoamérica se constituye, a partir del SXVI, como “una proyección del mundo europeo, mercantil y burgués [donde las ciudades], vigorosos centros de concentración de poder, aseguraron la presencia de la cultura europea, dirigieron el proceso económico y, sobre todo, trazaron el perfil de las regiones sobre las que ejercían su influencia y, en su conjunto, sobre toda el área latinoamericana” ([1973] 2001: 10).

interdependencia en una red mayor y son el paso inicial del proceso de conquista y colonización como estaba previsto.¹⁷²

No obstante, si la “ideología extremada del imperio aspiraba a moldear la realidad construyendo ciudades y sociedades que debían reflejar y seguir era totalizante y sin fisuras” (Romero [1973] 2001: 15), el Nuevo Mundo pronto resquebrajó este ideal megalómano. Conquista y ciudad comienzan a delinear un tipo de conquistador cuya mentalidad asocia ideal y experiencia, que actúa y resuelve en ese complejo entramado. Romero subraya aquí algo fundamental: si la “toma de posesión del territorio fue total” ([1973] 2001: 15), este encuentro y este territorio fuerzan la transformación, el ajuste y la revisión de los parámetros de conquista, si bien la tensión real-ideal se sostendrá siempre.¹⁷³ El ciclo de las fundaciones dibuja un “nuevo mapa de un nuevo mundo, urbano e intercomunicado” (Romero, [1973] 2001: 15) sobre las ruinas de las ciudades destruidas o sometidas.

En el plano de las representaciones, el Nuevo Mundo revitalizó preocupaciones, leyendas, ideales y utopías. Sobre este territorio se

¹⁷² La historiografía acerca de las ciudades del Nuevo Mundo es profusa. Aquí nos limitamos a quienes trabajan específicamente la ciudad de Tenochtitlan en el momento de la conquista y las primeras ciudades indígenas encontradas a lo largo de “la ruta de Hernán Cortés”. Nos han resultado de suma utilidad el ya citado libro de José Luis Romero (2001) y de Richard Morse *Las ciudades latinoamericanas* (1976). En cuanto a las ciudades mesoamericanas en general, es muy valioso *El pasado indígena* de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (1996), que además brinda profusa información acerca de la organización política, social, cultural y económica de Mesoamérica desde el Preclásico hasta el Posclásico. Respecto de la ciudad de México hasta 1521, el historiador mexicano José Rubén Romero Galván analiza los elementos míticos y prácticos de la fundación de la ciudad (2002) y contrapone la fundación mítica de Tenochtitlan con la segunda fundación, llevada a cabo por los españoles a partir de 1521 en su destacable “La ciudad de México: los paradigmas de dos fundaciones” (2004), en el que rastrea las huellas de la antigua Tenochtitlan en la organización territorial de México. Con respecto a las representaciones icónicas de la ciudad, José Rabasa analiza el mapa de Tenochtitlan que acompaña la *Segunda carta de relación* y demuestra que en esas coordenadas ya puede leerse un “discurso de conquista” muy distinto a un “discurso de exploración” (1993: 95). No podemos olvidar, por supuesto, la mirada de Ángel Rama en *La ciudad letrada* (1984); el capítulo “La ciudad ordenada” es el que más nos interesa aquí.

¹⁷³ Afirma al respecto Richard Morse: “La organización social fue dictada por el medio ambiente y las oportunidades más que por el uso y el ceremonial. El factor determinante de la experiencia americana fue el espacio, más que el tiempo” (1976: 121).

proyectaron comunidades ideales vinculadas al humanismo, ciudades edénicas o milenaristas.¹⁷⁴ En el vasto y heterogéneo territorio del Nuevo Mundo, varios modelos de ciudad parecen ponerse en conflictivo contacto: la ciudad medieval, la urbe romana, las concepciones renacentistas del espacio urbano, las ciudades originarias.¹⁷⁵ En las crónicas que nos ocupan, las ciudades mesoamericanas y las nuevas villas fundadas por los españoles son presentadas como núcleos y ejes organizadores de la conquista-expedición. Esto es especialmente evidente en las *Cartas de relación* y en la *Historia verdadera*, donde el relato suele regirse por un derrotero previamente experimentado, cuyo ambicioso afán de conquista identificaba las ciudades como objetivos principales y ejes de los desplazamientos. Pero Mesoamérica también era un vasto territorio articulado a partir de ciudades centrales; presentaba un tejido urbano donde la guerra se basaba en someter poblados enemigos –por eso la enorme ventaja de los españoles, estos hombres sin ciudad conocida.

Con mirada retrospectiva, estas crónicas construyen, recuerdan, evocan ciudades mesoamericanas o españolas, las comparan con la ciudad natal (Medina del Campo) o con ciudades famosas, admiradas, extrañas, modélicas (Venecia, Sevilla, Salamanca, Roma, Jerusalén). Entre la retórica descriptiva y

¹⁷⁴ Estas imágenes son explicadas y sintetizadas por Richard Morse en *Las ciudades latinoamericanas* (1976). Beatriz Pastor analiza el *locus utópico* en América en *El jardín y el peregrino* (1999).

¹⁷⁵ En torno a las ciudades latinoamericanas se han formulado distintas hipótesis, que enfatizan la adscripción de modelos occidentales, ya sea la ciudad medieval o la ciudad del Renacimiento. Ambas se basaban en afirmaciones acerca del supuesto desorden de la primera y del estricto orden y planificación de la segunda que, andando el tiempo, la historia ha relativizado. En la historiografía acerca de las ciudades del Nuevo Mundo, las tesis más interesantes destacan la experiencia de este impacto y los heterogéneos modos en que se resolvieron los desafíos, lo cual no implica desconocer los intentos de regulación del espacio urbano por parte de la Corona, explícitos ya en las instrucciones acerca del trazo de las ciudades que Pedrarias Dávila trajo al continente en 1514.

la experiencia, entre las ciudades míticas y la maravilla de los espacios mesoamericanos, estas crónicas erigen distintos tipos de urbes con funciones textuales diversas. Encontramos así ciudades que afirman la presencia española en tierras mexicanas (Villa Rica), ciudades aliadas (Cempoala, Tlaxcala luego de algunas batallas), ciudades ambicionadas y destruidas (Tenochtitlan).

V.b) Primeras fundaciones: Villa Rica de la Vera Cruz

“La mirada que percibe el espacio es apelación a la palabra, rechazo de la violencia que con esta percepción misma se le hace: el sujeto estaría poseído por el espacio, fagocitado por él si la palabra no invirtiese esta relación dramática.”

PAUL ZUMTHOR, *La medida del mundo*

Violencia, fagotización, posesión: los relatos de la fundación de la primera ciudad española en Mesoamérica unen percepción y lenguaje para conjurar estos fantasmas.¹⁷⁶ Más aún: estas crónicas invierten su signo y hacen de la fundación –nominal tanto como efectiva– la marca de un poder que se construye en forma progresiva luego de las primeras batallas.¹⁷⁷ Es la palabra del conquistador (cronista, soldado o historiador) la que recrea la violencia de nombrar y apropiarse del espacio, con la certeza de su legitimidad.¹⁷⁸ Con

¹⁷⁶ De hecho, la experiencia del Nuevo Mundo muestra que la posibilidad de ser fagocitado por una voraz naturaleza no es del todo improbable para el conquistador.

¹⁷⁷ Recordemos que la Villa Rica se funda luego del triunfo en la batalla de Cintla, con las proyecciones simbólicas que este evento tiene, como ya mostramos en el capítulo anterior.

¹⁷⁸ Nombrar como forma de apropiación de un territorio concebido como *tabla rasa* forma parte de la historia del Nuevo Mundo desde el primer viaje de Colón. Numerosos críticos se han referido a este tema, desde gran variedad de perspectivas. Edmundo O’Gorman explica que la designación de “Nuevo Mundo” que utilizaron Colón y Vespucci implicaba la inscripción de esas tierras en la cosmovisión occidental, y designaba, por contraposición con el “Viejo Mundo” ya conocido, “un ente ya conocido en la constitución y ser de mundo, nuevo, pues, sólo por la circunstancia de su reciente hallazgo” ([1958] 2004: 151). Al referirse a la fundación de las ciudades por parte de los conquistadores, Ángel Rama recuerda que “a pesar del adjetivo con

astucia, la *Historia de la conquista de México* presenta la escena de un "cabildo entero, [conformado] en nombre del Emperador, su natural señor" (Gómara, 1988: XXX-48) que se constituye invocando al rey aunque a sus espaldas o más bien amparado en la distancia y el silencio.¹⁷⁹

La Villa Rica, primera ciudad, presenta dos fundaciones: una, simbólica; otra, efectiva. La *Carta de Veracruz* destaca la primera y desdibuja la segunda, creando así un relato unificador de ambos acontecimientos, relacionado con la legalidad en la que se sostienen las ambiciones de los conquistadores. Los textos de López de Gómara y de Bernal Díaz se ocupan de marcar la diferencia entre esas instancias e instauran dos momentos de distintas implicancias simbólicas: el primero, acordar, repartir el poder, fundar y dar mandato de poblar; el segundo, organizar el espacio y construir la fortaleza: levantar la ciudad. Es en estas acciones donde se percibe la desobediencia cortesiana y se verifica el enorme peso de la ley –y el castigo– en la conquista.¹⁸⁰

que acompañaron los viejos nombres originarios con que designaron las regiones dominadas (Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Granada), los conquistadores no reprodujeron el modelo de las ciudades de la metrópoli de que habían partido, aunque inicialmente todavía vacilaron y parecieron demorarse en soluciones del pasado" (1984: 11). Subraya así la distancia entre ideal y experiencia en el desarrollo de las ciudades americanas. En el avance de conquista, el cambio de toponimia era norma, práctica colonizadora fundamental y fundante de las representaciones europeas del continente. Martín Lienhard sostiene que "través de la cristianización de la toponimia autóctona, el poder europeo se inscribe, algo más que metafóricamente, en el paisaje. [...] El repertorio de los nuevos topónimos, no es difícil constatarlo, es la esfera del doble poder político-religioso que representan los conquistadores" (1990: 51-2). Con respecto al corpus colombino, Noé Jitrik desglosa las distintas inflexiones del nombrar en *Historia de una mirada* (1992). Como ocurre en el caso de la Villa Rica, los nuevos nombres inscriben la cosmovisión cristiana en un espacio que se pretende virgen y, por lo tanto, propio.

¹⁷⁹ Durante todo el tiempo que dura el desplazamiento y la conquista de México y a pesar de las cartas que envía, Cortés no tiene respuesta del emperador ni noticia de sus pareceres.

¹⁸⁰ Legalidad y castigo que tienen su mejor representación en la picota y la horca, según las refiere la *Historia verdadera*: "Y fundada la villa, hicimos alcaldes y regidores [...] y *diré cómo se puso una picota en la plaza y fuera de la villa una horca*" (2005: XLII-138; subrayado nuestro).

“Y acordado esto nos juntamos todos y acordes de un ánimo y voluntad, hicimos un requerimiento al dicho capitán en el cual dijimos: que pues él veía cuánto al servicio de Dios Nuestro Señor y al de vuestras majestades convenía que esta tierra estuviese poblada [...] Y luego comenzó con gran diligencia a poblar y a fundar una villa, a la cual puso por nombre la Rica Villa de la Veracruz y nombrónos a los que la presente suscribimos, por alcaldes y regidores e la dicha villa, y en nombre de vuestras altezas reales *recibió el juramento y solemnidad* que en tal caso se acostumbra y suele hacer” (Cortés, 1993: 136; subrayado nuestro).

El *nosotros* enunciador diluye la responsabilidad del capitán en un acuerdo colectivo. En verdad, construye una responsabilidad plural, arma de doble filo tanto frente al posible triunfo como al posible castigo.¹⁸¹ Pone en escena –dramatiza– una decisión colectiva; trastoca la ambición de Cortés en pedido, deber, mandato.¹⁸² Los usos verbales definen las acciones que organizan la conquista: nombrar, poblar, fundar, organizar el cabildo. La contigüidad textual de los términos organiza una dinámica de efectiva y legítima toma de posesión. La Villa Rica es pilar de la justificación de dicha legitimidad: la ciudad es imprescindible dada la forma en que el poder se constituye.¹⁸³ Más allá del uso de la primera persona del plural tanto en la *Carta de Veracruz* como en la *Historia verdadera*, las consecuencias son claras: Cortés queda a cargo de la expedición y organiza un avance que descarta cualquier idea de mero rescate.

¹⁸¹ John H. Elliott explica que, en su precipitada partida, Cortés se enemistó con Velázquez y con sus poderosos aliados en la Corte española. Sin embargo, era consciente de que “nada podía hacer olvidar con más rapidez el estigma de la trampa y la rebelión que un brillante éxito militar y la obtención de fabulosas riquezas. Si nuevas gentes eran ganadas para la fe cristiana y nuevas y ricas tierras sometidas a la Corona española, no había razón para no esperar que el desafío de Cortés a Velázquez fuera considerado un “pecadillo” menor y que amigos y protectores de Velázquez debieran llamarse a silencio ante el hecho consumado” (1986: xv; la traducción es nuestra).

¹⁸² Nuevamente, es Bernal Díaz quien mejor marca las sutilezas del carácter del capitán, en una frase que con ingenio recurre al refrán popular: “Por manera que Cortés aceptó, y aunque se había mucho de rogar; y como dizen el refrán, tu me lo ruegas e yo me lo quiero” (2005: XLII-105).

¹⁸³ Bernal Díaz agrega: “E luego le dimos poderes muy vastísimos delante de un escribano del rey que se decía Diego de Godoy” (Díaz del Castillo, 2005: XLII-105).

El derrotero del conquistador se articula sobre una serie de acciones básicas: transitar, nombrar, poblar –es decir, apropiarse *de*, aprehender la novedad a través del signo (López de Mariscal, 2004). Esa operación supone acercarse al objeto percibido o ambicionado pero también alejarse de él al nombrarlo con una lengua extraña –en este caso, la lengua castellana. *Villa Rica de la Veracruz*: el énfasis en la explicación del nombre adquiere progresivos despliegues y matices de las *Cartas de relación* a la *Historia verdadera*.

“Y luego comenzó con gran diligencia a poblar y a fundar una villa, a la cual puso por nombre la Rica Villa de la Veracruz” (Cortés, 1993: 136).

“Y puso nombre al consejo de la villa rica de la Veracruz, porque el *viernes de la Cruz habían entrado en aquella tierra*” (Gómara, 1988: XXX-48; subrayado nuestro).

“Y luego ordenamos de hacer y fundar y poblar una villa que se nombró la Villa Rica de la Vera Cruz, porque llegamos *Jueves de la Cena y desembarcamos en Viernes Santo de la Cruz, y rica por aquel caballero que dije en el capítulo (XXVI) que se llegó a Cortés y le dijo que mirase las tierras ricas y que se supiese bien gobernar*, y quiso decir que se quedase por capitán general, el cual era Alonso Hernández de Puertocarrero (Díaz del Castillo, 2005: XLII-138; subrayado nuestro).

El ordenamiento escalonado de las citas evidencia los distintos énfasis en diversas facetas de la nominación. Si la *Carta de Veracruz* no se extiende en la justificación del nombre es porque aquí la fundación de la *villa* se destaca por su función performativa. En cambio, el clérigo soriano puntualiza la connotación religiosa, algo que también despliega el soldado medinense. En todos estos relatos, el término *Veracruz* se explica por su relación con las implicancias simbólicas de la entrada en estas tierras durante un Viernes Santo, fiesta fundamental de la cristiandad que da sentido a toda la doctrina. Este término, *Veracruz*, convoca un eje temporo-espacial de complejas articulaciones: remite

a la Pascua con su idea tanto de sacrificio y como de triunfo (a partir de la resurrección) e inscribe, desde la nominación, la temporalidad occidental-cristiana en una temporalidad mesoamericana a la que se superpone silenciándola.¹⁸⁴

En términos espaciales, remite a la cruz, poderoso símbolo de la cristiandad, fuertemente connotado con imágenes de martirio y salvación; vinculado también a la noción de espacio abierto que confluye en un centro. En el sugerente libro *La medida del mundo*, Paul Zumthor explica que “forma abierta, la cruz es marca perfecta del centro, universalidad triunfante. El cristianismo, a partir del siglo VI, clavó sobre este símbolo cósmico (historizado por el recuerdo de la Pasión) el cuerpo de su Salvador martirizado –que hasta el siglo XI, por no decir el XII, los artistas enmarcarán con los símbolos gloriosos de la victoria” (1994: 23). La cruz articula suplicio, fe y gloria: elementos que, en la sesgada perspectiva de nuestros cronistas, definen también el derrotero de la conquista y uno de sus finales posibles, el más anhelado –el más improbable a esta altura de los acontecimientos. En su dimensión espacial, Veracruz se configura como extremo de la segunda fase del itinerario de conquista, allí donde se pasa del viaje fluvial al viaje terrestre:

¹⁸⁴ Si muchos de los nombres indígenas de objetos, alimentos y poblaciones son recuperados en estas crónicas, ya sea para explicarlos, corregirlos o reemplazarlos, no ocurre lo mismo con los modos de medición temporal mesoamericana, por completo obliterados. Este es, sin embargo, uno de los ejes centrales del imaginario mesoamericano, complejo y distante con respecto al calendario de la cristiandad y quizá por eso de difícil comprensión. Pero su significación es crucial. Tal es así que, años después, las crónicas de mestizos y castizos, en muchos sentidos afines a la perspectiva española, se ocupan de recuperar estos modos de medición temporal, aclarando siempre el año indígena, lo cual responde tanto a la recuperación de un imaginario *roto* como a una inserción en la tradición historiográfica indígena. Véase al respecto la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo, la *Historia de la nación chichimeca* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl o la *Crónica mexicana* de Fernando Alvarado Tezozómoc, por citar sólo los textos más conocidos. Con respecto a las concepciones del tiempo en Mesoamérica véase, entre otros, el clásico de Miguel León Portilla, *La filosofía nahuatl estudiada en sus fuentes* ([1956] 2006) y *El tiempo en Mesoamérica*, volumen coordinado por Virginia Guedea (2004).

“Y otro día caminamos tierra adentro hacia el poniente, y dexamos la costa” (Díaz del Castillo, 2005: XLVI-109).¹⁸⁵ Se conforma entonces el inicio de la ruta hacia el centro de México, que tiene su fin en Tenochtitlan.

En términos de imágenes y leyendas de raigambre medieval, la cruz está vinculada con la figura del “Árbol del Paraíso” (Zumthor, 1994: 23).¹⁸⁶ Esta connotación entrelaza ciertas ideas utópicas acerca del Nuevo Mundo con la percepción de la naturaleza de unas costas plagadas de manglares y de cerrada vegetación proliferante, ajena aún a la mano –al orden– del conquistador. De hecho, la hostilidad de esta naturaleza determina la fundación diferida de la ciudad, que no puede ser construida en el primer lugar seleccionado y debe ser desplazada hasta el río Pánuco.¹⁸⁷ Explica al respecto López de Gómara:

“No les pareciendo buen asiento aquel donde estaban, para fundar la villa, acordaron de pasarse a Aquiahuiztlan, que era el abrigo del peñón que decía Montejo. [...] Los navíos se fueron costa a costa, y él echó hacia do le habían dicho que estaba Cempoallan, que era derecho a do el sol se pone [...] No halló paso, bajose a la mar por vadearle mejor en la reventazón que hace al entrar en ella, y aun allí tuvo trabajo, porque

¹⁸⁵ En su análisis de la expedición a Tenochtitlan en la historia verdadera a partir de los procedimientos del relato de viajes, Jimena Rodríguez (2008) analiza este derrotero y este pasaje.

¹⁸⁶ Continúa Zumthor: “La cruz del Cristo es un árbol que se alza. Una leyenda muy extendida en los siglos XII y XIII narra la historia del árbol vivo del que se obtuvo la madera de la cruz: sus versiones más elaboradas lo identifican con el Árbol del Paraíso. Relacionado con los arquetipos ascensionales, el árbol representa el devenir y la vida, de cuyo tiempo es la medida. Las asociaciones proliferan. El árbol lleva las genealogías, desde sus raíces a sus últimas ramas. El árbol de Jesse dibuja así la historia bíblica en su totalidad hasta Aquel cuya prefiguración fue. En la epopeya, en muchos de los *roman* de los siglos XII y XIII, el consejo real, la manifestación de una orden, tal o cual acción heroica o amorosa tienen *lugar* a la sombra de un árbol” (1994: 23).

¹⁸⁷ Este “traslado” no será excepcional en la historia de las ciudades españolas en el continente, sometidas a emplazamientos hostiles o los ataques de los indígenas. Afirma Richard Morse: “Una medida de la incertidumbre del establecimiento de ciudades en el Nuevo Mundo lo constituye la frecuencia con que eran abandonados los sitios que se habían elegido para construir las ciudades. Después del año 1500 era muy raro que esto ocurriera en Europa occidental, ya que para la época había quedado delineada la red moderna de ciudades. [...] A través de de toda la Latinoamérica colonial la ciudad ambulante o de corta vida aparece como rasgo previsible” (1976: 91-2).

pasaron a volapié. Pasados, siguieron la orilla del río arriba, porque no pudieron la del mar, por ser *tierra anegadiza*. Toparon cabañas de pescadores y casillas pobres, y algunas labranzas pequeñuelas; mas a legua y media salieron de aquellos *lagunajos*, y entraron en unas *muy buenas y muy hermosas vegas*, y por ellas andaban muchos *venados*" (1988: XXXI-50; subrayado nuestro).

Esta fase del viaje de conquista se realiza a través de un territorio sin caminos ni recorridos previamente trazados, virgen del orden occidental, cuya naturaleza se resiste a la lógica extraña de los españoles y esconde o confunde sus señales. A estas dificultades y a los pobres caseríos de la zona se contraponen las "muy buenas y muy hermosas vegas" y los venados, en la mirada retrospectiva de la enunciación, representación metonímica de las riquezas que esta tierra depara. Desde el presente de la enunciación, cuando ya se conocen las características del territorio, se brinda relevancia a ciertos elementos y se construyen las antítesis naturaleza hostil-naturaleza pródiga. Estas imágenes también anticipan el hallazgo de sitios favorables para construir la ciudad-fortaleza y las ciudades indígenas que encontrarán más adelante, en el siguiente orden: Cempoala, Cholula, Tlaxcala, Tenochtitlan, por nombrar las más importantes en la trama.

El momento de levantar efectivamente la Villa Rica no tiene cabida en la *Carta de Veracruz*; solo encontramos una referencia, lejana, en la *Segunda carta de relación*: "a la sazón que yo me partí de la Villa de la Vera Cruz con demanda de este señor Mutezuma, *dejé en ella ciento cincuenta hombres para hacer aquella fortaleza que dejaba comenzada*" (1993: 162; subrayado nuestro).¹⁸⁸ En el relato del capitán, la construcción de la ciudad es una

¹⁸⁸ Las ciudades-fortaleza son habituales en el Nuevo Mundo: "La ciudad-fuerte fue la primera experiencia hispanoamericana. Tras los muros se congregaba un grupo de gente armada que necesitaba hacer la guerra para ocupar el territorio y alcanzar la riqueza que suponía que estaba escondida en él. Necesitaba de los indígenas como intermediarios, tanto para obtener

elegante elipsis, como si para erigirla bastaran su orden y voluntad y la obediencia de sus soldados. Se construye así, textualmente, una imagen de autoridad y responsabilidad, marcando la distancia entre Cortés y su tropa.

En cambio, este momento es referido en forma detallada en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, donde el esfuerzo de la construcción ocupa todo el relato:

“E hizimos una *fortaleza*, y desde en los cimientos y en acaballa de tener alta para enmaderar, y hechas troneras, e cubos, e barbacanas, dimos tanta priesa, que desde *Cortés*, que comencó el primero a sacar tierra a cuestras, y piedra, e aondar los cimientos, como todos los *capitanes* y *soldados*, a la continua entendíamos en ello, y trabajábamos por la acabar de presto, los unos en los cimientos, y otros en hazer las tapias, y otros en acarrear agua, y en las caleras en hazar ladrillos e tejas, y en buscar comida; otros en la madera, los herreros en la clavazón, porque teníamos dos herreros, y desta manera trabajamos en ello a la continua, desde el mayor hasta el menor, y los *indios* que nos ayudaban; de manera que a estava hecha *iglesia* e *casas* e casi la *fortaleza*” (2005: XLVIII-117; subrayado nuestro).

No se trata solo de organizar y repartir el espacio, algo que Gómara explica en detalle;¹⁸⁹ en la memoria experiencial del soldado, en la construcción de Veracruz se despliegan el esfuerzo y la destreza española, la ayuda de los aliados indígenas, la utilización de los elementos que brinda la naturaleza (piedra, tierra, agua, caleras, madera). Así se cimenta la ciudad: construyendo

alimentos en medio de una naturaleza desconocida como para hallar el secreto de la riqueza. [...] Pero el conquistador necesitaba a los indígenas sometidos o, mejor dicho, sometidos y a la vez benevolentes. De esta duplicidad nació una política de aculturación y de mestizaje. La ciudad-fuerte fue su primer instrumento” (Romero, 2001: 49). Algunas de estas ciudades se convirtieron luego en ciudades-puerto, punto de comunicación fundamental, de enlace, aprovisionamiento, llegada de noticias. Explica Romero: “Punto de llegada y de partida de las flotas metropolitanas, la ciudad se levantó sobre un puerto natural, a veces sin considerar las condiciones del terreno desde el punto de vista de su aptitud para el establecimiento de una población fija” (2001: 49).

¹⁸⁹ “*Repartiéronse los solares a los vecinos y regimientos, y señalaronse la iglesia, la plaza, las casas del cabildo, cárcel, atarazanas, descargadero, carnicería y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policía de la villa*” (López de Gómara, 1988: XXXVII-58; subrayado nuestro). Recordemos las órdenes de Pedrarias Dávila: “Aveys de repartir los solares del lugar para fazer las casas y éstos han de ser repartidos segund las calidades de las personas, y sehan de comienco dados por orden” (citado en Morse, 1976).

raíces que se pretenden sólidas para un comienzo que también debe serlo –al menos, en la lógica del relato.¹⁹⁰ La escena coloca en primer plano el esfuerzo de los soldados, sin los cuales esta ciudad no habría sido posible; además, contiene *in nuce* las estrategias de desplazamiento, conquista y poblamiento.

Ahora bien, para llegar hasta aquí los españoles han debido atravesar la primera ciudad mesoamericana de envergadura: Cempoalla. En estas crónicas, ninguna ciudad funciona en soledad, de modo autónomo, ya sea fortaleza, puerto o cruce de caminos. Cada texto conforma pares opuestos y complementarios que organizan acciones y desplazamientos: Cempoala y Veracruz, Tlaxcala y Tenochtitlan. Se representa así el espacio según una lógica dual que organiza el vínculo entre ciudades y entre sujetos en términos de amistad y hostilidad, lealtad y traición.

V.c) Primeras ciudades indígenas: Cempoala y Cholula

La representación textual de Cempoala es importante porque en ella se destacan las primeras referencias a Motecuhzoma y a Tenochtitlan; también debido al recibimiento que es muestra de una dinámica social de encuentro e intercambio con el *otro* y a la inclusión de una curiosa anécdota que desnuda la principal búsqueda de los españoles: el oro. Por partes, entonces.

En las cercanías de Cempoala, la *Segunda carta de relación* ofrece una de las primeras referencias a Motecuhzoma a través de un mensajero y del

¹⁹⁰ De la actual Villa Rica persisten hoy sólo algunos despojos, ciertas paredes arrasadas del primer cabildo y una precaria (pero aún funcional) iglesia. Quien se asome por allí verá de qué manera la naturaleza se ha tomado revancha: los árboles, de nudosas raíces y sinuosas ramas, crecieron abrazados a cimientos y paredes, ocultándolas e incluso atravesándolas como si de espadas se tratara. Los cimientos exhiben materiales no mencionados en estas crónicas: bellas conchas marinas que emiten destellos de cambiantes colores, de acuerdo al modo de ingreso del sol a través de las copas de los árboles que ahora conforman el techo del antiguo cabildo.

intercambio de presentes. A partir de aquí, el nombre de Tenochtitlan (Temixtitan en las *Cartas de relación*) y de su gobernante recurren una y otra vez en el texto y ya no lo abandonan, enfatizados por ciertas prolepsis acordes con el presente de la enunciación y la reorganización de la materia narrada en función de la relevancia de espacios y poblaciones.¹⁹¹ En el itinerario que define el avance, pasan primero por Cempoala y por Xicochimalco, una fortaleza indígena. Explica Cortés: “Yo fui, Muy Poderoso Señor, por la tierra y señorío de Cempoal tres jornadas, donde de todos los naturales fui muy bien rescebido y hospedado” (1993: 169). A continuación, describe la fortaleza y nombra los espacios que van recorriendo, en el ya habitual gesto de superposición nominal: puerto del Nombre de Dios, puerto de la Leña –donde se describen las privaciones a los que los somete la naturaleza, en un hecho similar a los que tendrán lugar en las Hibueras–.¹⁹² Subrayando una direccionalidad específica vinculada al proyecto de conquista, Cortés no se detiene a narrar la ciudad sino el derrotero y los enfrentamientos entre los distintos pueblos, siempre en una suerte de línea recta hacia Tenochtitlan, a pesar de lo problemático del camino. En la *Segunda carta*, Cempoala funciona como un mojón en el camino trazado por el capitán, espacio en el cual se obtiene información midiendo al *otro* a partir del encuentro.

Llama la atención esta falta de demora en la ciudad del “cacique gordo” si leemos comparativamente la *Segunda carta de relación* con la *Historia de la*

¹⁹¹ Por ejemplo, aclara Cortés: “Lo cual todo después supe más por entero de aquel grand señor Muteecuma y de ciertas leguas de aquella tierra que él tenía consigo” (1993: 168).

¹⁹² “Desde aquí anduve tres jornadas de despoblado y tierra inhabitable a causa de su esterilidad y falta de agua y muy grand frialdad que en ella hay, donde Dios sabe cuánto trabajo la gente padeció de sed y de hambre, en especial de un turbión de piedra y agua que nos tomó en el dicho despoblado de que pensé que pereciera mucha gente de frío, y así murieron ciertos indios de la isla Fernandina que iban mal arropados” (1993: 170).

conquista de México y la Historia verdadera. Ambas dedican capítulos enteros a la entrada a la ciudad, el encuentro con el señor principal, la sorpresa, la admiración, también la farsa.¹⁹³ López de Gómara organiza el relato de un recibimiento amable, casi idílico, una suerte de remanso frente a una naturaleza hostil:

“Desde que pasaron aquel río hasta llegar a otro caminaron por muy gentil camino; pasáronle también a vado, y luego vinieron a Cempoallan, que estaría lejos una milla, *toda de jardines y frescura y muy buenas huertas de regadío*. Salieron de la ciudad muchos hombres y mujeres, como en recibimiento, *a ver a aquellos nuevos y más que hombres*. Y dábanles con alegre semblante muchas flores y frutas muy diversas de las que los nuestros conocían; y *aun entraban sin miedo entre la ordenanza del escuadrón*; y desta manera, y con este regocijo y fiesta, *entraron en la ciudad, que toda era un vergel, y con tan grandes y altos árboles*, que apenas parecían las casas. A la puerta salieron muchas personas de lustre, *a manera de cabildo*, a los recibir, hablar y ofrecer” (1988: XXXII-51).

La escena reitera adjetivos y sustantivos de positiva connotación: belleza, vergel, regocijo y fiesta. Se estiliza así un encuentro que anticipa la concordia y que podrá ser contrapuesto a las feroces luchas posteriores con los tlaxcaltecas. La puesta en escena de un cruce asombrado de miradas establece una jerarquía, donde los españoles son caracterizados como “aquellos nuevos y más que hombres”. Una vez más, Gómara se hace eco de esta concepción del extranjero como ser poderoso o como un dios, imagen que las crónicas españolas nunca dejaron de incorporar, aún cuando la mirada indígena no lo justificara. En esta descripción, Cempoala reúne los elementos de una ciudad ideal, limpia, clara, sana: los jardines, las huertas, las flores y las

¹⁹³ Bernal Díaz lo relata en el capítulo XLV, titulado “Cómo entramos en Cenpoal, que en aquella sazón era muy buena poblazón, y lo que allí pasamos” (2005: 110-112). López de Gómara lo despliega en dos capítulos sucesivos: “El recibimiento que hicieron a Cortés en Cempoallan” (cap. XXXII), “Lo que dijo a Cortés el señor de Cempoal” (cp. XXXIII).

frutas, enormes árboles que tapaban las casas. A diferencia de Veracruz, la naturaleza aquí no es hostil sino idílica; domesticada, es ofrecida, en sus bondades, a los recién llegados.

Este relato es retomado –en forma bastante evidente– por Bernal Díaz, quien le suma una serie de marcas temporales mediatizando las percepciones y la habitual referencia a la experiencia articulada en el uso del *nosotros* exclusivo:

“E ya que íbamos entrando entre las casas, desque vimos *tan gran pueblo, y no avíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello*; y como estaba tan *bicioso*, y hecho un *vergel*, y tan poblado de hombres y mugeres, las calles llenas, que *nos salían a ver*, dávamos muchos loores a Dios que *tales tierras avíamos descubierto*. [...] Y como veníamos hanbrientos y no avíamos visto otro tanto bastimento como entonces, pusimos nonbre [a] aquel pueblo, Villaviciosa, e [o]tros le [non]braron Sevilla” (Díaz del Castillo, 2005: XLV-110; subrayado nuestro).

La selección léxica reitera el texto gomariano; no obstante, el recorte enfatiza la conquista, el descubrimiento y la apropiación en la nominación. En verdad, aquí se contraponen dos nombres, articulando lo familiar y lo nuevo: uno, describe la ciudad por analogía con lo conocido, Sevilla; otro, remite a la experiencia personal y corporal de hambre y sed contrapuesta a la abundancia de la ciudad y reitera el adjetivo *bicioso* en el nombre de la villa.¹⁹⁴ En consonancia con los lineamientos generales de una *descriptio civitatis*, se trata de breves pinceladas, caracterizaciones generales en términos de calles, casas y multitud de hombres y mujeres, donde prima el asombro de la mutua mirada –y el reclamo por el descubrimiento– antes que una apropiación del espacio en

¹⁹⁴ Según el *Diccionario de Autoridades*, este término también tiene la acepción de vigoroso y fuerte.

el relato.¹⁹⁵ Es el detalle, aparentemente anecdótico, el que brinda espesor o densidad a una descripción un tanto vaga:

“Y nuestros corredores del campo, que ivan a cavallo, parece ser llegaron a la gran placa y patios donde estaban los aposentos, y de pocos días, según pareció, *teníanlos muy encalados y reluzientes, que lo saben muy bien hazer*, y pareció al uno de los de cavallo, *que era aquello blanco que relucía plata, y buelve a rienda suelta a dezir a Cortés cómo tienen las paredes de plata*. Y doña Marina y Aguilar dixerón que sería yeso o cal; *y tubimos bien que reír de su plata e frenesía, que siempre después le dezíamos que todo lo blanco le parecía plata*” (Díaz del Castillo, 2005: XLV-111; subrayado nuestro).¹⁹⁶

Menos benévolo que el historiador, el cronista-soldado refiere la anécdota como ejemplo de las expectativas –de la codicia– del español, como en efecto parece haber sido leída por sus compañeros. Sobre el espacio se proyecta el tamiz de la propia percepción subjetiva. Confundir el yeso o cal de las paredes con plata remite a un universo fantástico, relacionado con el mundo

¹⁹⁵ Paul Zumthor (1994) analiza los modos de la *descriptio civitatis* entre los siglos XII y XVI. Define una retórica de la descripción de ciudades que va adquiriendo distintos matices a medida que avanzan los siglos. Se construye así un *tipo* a partir del cual se representa el espacio; en el caso de las ciudades, algunos elementos centrales con escasas variantes: el espacio que rodea a la ciudad –muchas veces vinculado a la imagen del *locus amoenus*–, puertas, murallas, puentes, torres e iglesias. En términos de recursos, las descripciones –muchas veces vagas o someras– recurren a la *amplificatio* para enmarcar un esquema y a la “acumulación de calificativos hiperbólicos de sentido impreciso (*grande, bello, el más... del mundo*), en una especie de balbuceo que parece sugerir que el objeto está fuera del alcance del lenguaje, en la esfera de lo maravilloso” (1994: 109; las cursivas son del original).

¹⁹⁶ Gómara refiere un relato similar, con explicaciones distintas: “Seis españoles de caballo, que iban adelante un buen pedazo, como descubridores, *tornaron atrás muy maravillados, ya que el escuadrón entraba por la puerta de la ciudad, y dijeron a Cortés que habían visto un patio de una gran casa chapado todo de plata*. El les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen. Toda la *calle* por donde iban estaba llena de gente, *abobada* de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una *muy gran plaza* vieron a mano derecha un gran cercado de cal y canto, con sus *almenas*, y *muy blanqueado de yeso de espejuelo y muy bien bruñido*; *que con el sol relucía mucho y parecía plata*; y esto era lo que aquellos españoles pensaron que era plata chapada por las paredes. *Creo que con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucía*. Y a la verdad, como ello fue imaginación, así fue imagen sin cuerpo y alma que deseaban ellos. Había dentro de aquel patio o cercado una buena hilera de aposentos, e al otro lado seis o siete torres, por sí cada una, la una dellas mucho más alta que las otras” (1988: XXXII-51-2; subrayado nuestro).

de las caballerías y de las ciudades fabulosas o míticas, imágenes muy presentes en la conquista del Nuevo Mundo y que guiaron numerosas expediciones.¹⁹⁷ Habla también de aquello que podía ser verosímil en ese contexto, siempre controlado por el racionalismo de Cortés quien, en la pluma de López de Gómara, "les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen" (1988: XXXII-2). No obstante, la escena deja en el lector la imagen de una Cempoala luminosa, limpia, prístina; "aquello blanco que relucía plata" condensa el deseo de América como espacio de fabulosas conquistas y magníficos hallazgos.

Es en este sentido que, en las crónicas, Cempoala se estructura en contraposición a la Villa Rica de la Veracruz, la cual lleva inscrita en su nombre –y en la historia de su génesis– la ambición de riqueza. Bernal Díaz ha explicado que se llama "*rica* por aquel caballero que dije en el capítulo (XXVI) que se llegó a Cortés y le dijo que *mirase las tierras ricas y que se supiese bien gobernar*, y quiso decir que se quedase por capitán general, el cual era Alonso Hernández de Puertocarrero" (2005: XLII-138; subrayado nuestro). La Villa Rica propone una riqueza –un modo de conquista– cuyo secreto radica en el esfuerzo, el trabajo colectivo, el aprovechamiento de la tierra, el buen gobierno. Es lo que finalmente ocurrirá en la Nueva España con las encomiendas, los repartos de tierra, la explotación agrícola, ganadera y minera. Nada comparable sin embargo a los sueños de riqueza fácil, esperado botín de guerra de las tropas españolas. Con sus fabulosas paredes de reluciente plata,

¹⁹⁷ Desde las fantásticas imágenes colombinas del *Cuarto Diario*, donde cree haber encontrado el paraíso perdido, a la búsqueda del Dorado o de la Fuente de Juvencia, por nombrar sólo unos pocos. Entre la bibliografía más reciente, Beatriz Pastor analiza algunas de estas búsquedas en *El jardín y el peregrino* (1999). También Fernando Ainsa da cuenta de varias de estas imágenes y leyendas en *De la Edad de Oro a El Dorado* (1992).

Cempoala materializa en los relatos una expectativa, una necesidad, una ambición que nunca se repliegan por completo, ni siquiera en los peores momentos, como en la ya analizada huida de la Noche Triste, en la que soldados españoles perecen bajo el peso de los tesoros que se niegan a abandonar.

Pero si Cempoala es ciudad de asombrado remanso para los hambrientos y cansados soldados, también es espacio de aprendizaje de modos de comunicación y reciprocidad con los principales indígenas, de vital importancia en posteriores cruces con tlaxcaltecas y mexicas. Además, el diálogo con el “cacique gordo” permite organizar un mapa de alianzas y enfrentamientos en el valle de México, que determina el derrotero de aquí en más: los caminos que toman, aquellos que evitan temiendo trampas o emboscadas, dónde pasan la noche y en qué asentamientos permanecen alerta, temiendo un ataque.¹⁹⁸

La anécdota más resonante, por su crueldad e implicancias simbólicas, es la matanza que tiene a la ciudad de Cholula como escenario. No es nuestro objetivo detenernos en las peculiaridades de este hecho (ya muy trabajado por la crítica) o en las distintas versiones, recogidas en especial por las crónicas indígenas y los relatos de frailes como Las Casas o Sahagún; en cambio, queremos subrayar el impacto de la elección de este espacio para un castigo

¹⁹⁸ Cuando ingresan a Cholula —ciudad enfrentada a Cempoala y a Tlaxcala— explica Cortés: “Y en el camino topamos muchas señales de las que los naturales de esta provincia nos habían dicho, porque hallamos el camino real cerrado y hecho otro, y algunos hoyos aunque no muchos y algunas calles de la cibdad tapiadas y muchas piedras en todas las azoteas. Y con esto nos hicieron estar más sobre aviso y a mayor recabdo” (1993: 192). “E inviome [Motecuhzoma] muchos de los suyos para que fuesen conmigo porque ya entraba por su tierra, los cuales me querían encaminar por cierto camino donde ellos debían de tener algúnd concierto para nos ofender. [...] Mas como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de Vuestra Sacra Majestad desde su niñez y como yo y los de mis compañía íbamos a su real servicio, nos mostró otro camino aunque algo agro no tan peligroso com aquel por donde nos quería llevar” (1993: 197-8).

ejemplar que, por su crueldad, asombra a los naturales y singulariza a los españoles.

Es conocida la significación de Cholula en el escenario mesoamericano: ciudad mítica, es violentada por los extranjeros, quienes, asumiendo una traición –probable aunque no probada, ni siquiera sugerida en forma suficiente– imponen de manera rápida, sorpresiva, determinada, cruel, el castigo ejemplar.¹⁹⁹ Desconocemos si Cortés estaba al tanto, siquiera en forma somera, de estos sentidos; sí es posible afirmar que la matanza inicia la desacralización de espacios, cuerpos y objetos que define el avance español y que tanto peso tendrá en la entrada a Tenochtitlan y la caída de Motecuhzoma, como veremos más adelante en este mismo capítulo.

Ni López de Gómara ni Bernal Díaz se detienen a describir Cholula; en cambio, optan por referir pormenorizadamente el encuentro con los principales, el lugar donde los aposentán y las alianzas y enemistades entre cholultecas, mexicas y tlaxcaltecas, más intuitas que comprendidas en esos momentos, aunque la temporalidad de la enunciación reorganice la información brindando un mapa más claro de estas relaciones. En ambos relatos, Cholula es ante todo ciudad misteriosa y sospechosa –no olvidemos que deben justificar una matanza muy criticada luego– donde los españoles están en permanente estado de alerta y temor. Solo adquiere ribetes definidos en la descripción que propone Cortés:

¹⁹⁹ Respecto del significado de la ciudad Cholula como ciudad-santuario, dedicada a Quetzalcoátl, y las diversas versiones de la matanza, véase "La matanza de Cholula" (Camelo, 2004). Los testimonios y las historias, críticas, son numerosos. Entre los más relevantes, el relato que Bartolomé de Las Casas incluye en su *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*, quien utiliza esta escena como ejemplo máximo de la crueldad de los conquistadores españoles. Las versiones de indígenas tlaxcaltecas, mexicas y cholultecas fueron recogidas por Sahagún y Durán; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y Diego Muñoz Camargo recogen las versiones de los tlaxcaltecas.

"Esta cibdad es muy fértil de labranzas porque tiene mucha tierra y se riega la mayor parte della, aunque es *la cibdad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana*. Y certifico a Vuestra Alteza que yo conté desde una mezquita *cuatrocientas y tantas torres en la dicha cibdad, y todas son de mezquitas*. Es la cibdad más a propósito de *vevir españoles* que yo he visto de los puertos acá, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganados, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto, porque es *tanta la multitud de la gente* que en estas partes mora que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada. Y aun con todo en muchas partes padescen necesidad por falta de pan y aun hay mucha *gente pobre y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres de España y en otras partes que hay gente de razón*" (Cortés, 1993: 195-6; subrayado nuestro).

Más allá de ciertos elementos estereotípicos –la fertilidad de la tierra, las torres, las multitudes–, Cholula se caracteriza por sus afinidades con lo español y con aquello que la hace habitable: las tierras de cultivo, los regadíos, la cría de ganado. Dos son los elementos que más sorprenden: la cantidad de "mezquitas" y la existencia de pobres "que piden entre los ricos por las calles". Ambos aluden a cosmovisiones y modos de organización social que hacen a una idea de civilización: el mundo de la alteridad conocida, el moro, por un lado; la diferencia –entendida como algo dado de suyo, inevitable– por otro.

Notemos que en el relato de Cortés esta es la ciudad más semejante a lo propio, "la cibdad más a propósito de *vevir españoles* que yo he visto de los puertos acá" (1993: 195). Allí donde cree poder aprehender mejor las coordenadas sociales, el capitán desata la matanza, organiza un castigo ejemplar cuyas consecuencias cree poder controlar y que recubre con un aura de profundo temor su propia imagen. Según narra fray Bernardino de Sahagún en el libro XII de su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Motecuhzoma se estremeció al enterarse de lo ocurrido y su confusión

aumentó. La desacralización de la ciudad mítica ha comenzado; la percepción del fin de un orden conocido gana los relatos indígenas:

"Y toda la gente acá en México y donde venían los españoles y en todas las comarcas, andaba muy alborotada y desasosegada, parecía que la tierra se movía, todos andaban espantados y atónitos" (Sahagún, 1992: libro 12, cap. XI, p. 733).

En la bellamente metafórica representación verbal indígena, el mundo conocido comienza a resquebrajarse con la matanza que mancha la ciudad de Quetzalcoátl. La espada del cristiano que hiende el cuerpo indígena abre una fisura en la historia de estos pueblos nahuas. En la mirada retrospectiva que formula profecías y designios, la tierra tiembla, anunciando un final.

V.e) Tenochtitlan: ciudad única, ciudad múltiple

“Desde donde se posan las águilas,
desde donde se yerguen los tigres,
el Sol es invocado.

Orgullosa de sí misma
se levanta la ciudad de México-Tenochtitlan.”

Yaocuicatl (canto guerrero mexicana)

Como hemos visto hasta aquí, la descripción de las distintas ciudades y del derrotero de conquista excede en su intencionalidad la narración de las vicisitudes y batallas que llevaron a Cortés y a sus hombres a someter el valle de México. Cada relato es, también, la *historia de una mirada* o de un modo de mirar al otro y de reconocerse en esa instancia. Recordemos que el cronista soldado se define a sí mismo como *testigo de vista*: nunca como en Tenochtitlan este sintagma adquiere potencia para conformar la propia identidad a partir de la mirada como experiencia. A la vez, la experiencia de la mirada asegura la autodefinición como testigo; en el texto, esto se inscribe en el dispositivo retórico del testimonio, cuya aparente falta de mediación construye el efecto de verdad de esta historia.

En este apartado, analizadas ya algunas de las modalidades en que se despliega la aprehensión del espacio en la escritura, nos detenemos en la mirada de los narradores en relación con la ciudad de México-Tenochtitlán, centro de la conquista –y de la vida para los pueblos del valle de México–, y eje que estructura las tres crónicas.²⁰⁰

²⁰⁰ Explica al respecto José Rubén Romero Galván: “La ciudad de México era considerada por sus residentes como el *axis mundi*, el centro del universo. En sus orígenes se entrelazan la historia y los mitos, lo real y lo ideal, dando sustento a una ciudad que había comenzado a existir mucho antes de que tuviera sitio sobre la tierra, como había ocurrido en los casos de Roma o Jerusalén, cuyos inicios se sitúan en épocas anteriores al establecimiento de sus pueblos en los lugares en que florecieron” (2004: 14).

En cada una de las crónicas, México Tenochtitlan es muchas ciudades a la vez: superpuestas, como las construcciones de las pirámides mesoamericanas; progresivas, en el orden sintagmático del texto escrito. Es la ciudad anhelada, imaginada, asombrosa de las primeras imágenes y del primer encuentro con Motecuhzoma; es la ciudad antitética en su prodigalidad y su crueldad, representadas ambas por dos espacios paradigmáticos: el mercado y el templo. Hacia el final, con el ataque definitivo de españoles y aliados, surge también la ciudad de la guerra, el sitio, la muerte y la destrucción. En los relatos, Tenochtitlan parece sintetizar expectativas y leyendas; es asimismo objeto del temor y la inquina por parte de los enemigos de los mexicas, quienes no vacilan en proponer la destrucción completa de cada uno de sus canales y casas para reforzar el triunfo.

Ciudad que representa la omnipotencia y la fragilidad del poder, aparece siempre vinculada a su principal gobernante o *uey tlatoani*. En los primeros momentos, Tenochtitlan funciona como marco para Motecuhzoma y éste como representación metonímica del poderío de la urbe que rige su imperio. Preso y muerto Motecuhzoma –desacralizado en la perspectiva mexica–, la ciudad persiste como objetivo alrededor del cual se articulan todas las acciones, estrategias, preparativos –ambiciones y expectativas– de los españoles durante los largos meses que pasan en tierras tlaxcaltecas luego de la Noche Triste y la batalla de Otumba. Asociada al último tlatoani, Cuauthémoc, cuyo destino es cifra del final del imperio, Tenochtitlan es presentada como la ciudad de la porfiada guerra, la destrucción y la muerte. En su caída, se convierte en la urbe cuya resistencia *obliga* a Cortés a destruir lo que más desea, contracara trágica de las fabulosas descripciones iniciales.

Con grandes trazos que intentan describir lo inenarrable, las tres crónicas estilizan los espacios, idealizan los encuentros, exasperan las contradicciones entre la belleza y la muerte –cara y ceca de una misma cosmovisión de la sociedad mexicana–. Organizan así la imagen de una ciudad única –en la historia y en el relato– por la cual el lamento y la nostalgia ingresan en la escritura. Como señala Bernal Díaz: “Digo otra vez que lo estuve mirando que creí que en el mundo obiese otras tierras descubiertas como éstas, porque en aquel tiempo no avía Perú ni memoria d’él. *Agora todo está por el suelo perdido, que no ay cosa*” (2005: LXXXVIII-219).²⁰¹

V.d.1) La ciudad deseada y el orden del conquistador

La lectura comparativa de estas tres crónicas permite diferenciar tres momentos centrales en la caracterización de Tenochtitlan: las primeras imágenes, la entrada a la ciudad y el encuentro con Motecuhzoma, la descripción de los espacios fundamentales: el mercado y el templo.

En las *Cartas de relación*, la primera imagen se presenta en forma gradual, como parte culminante de un recorrido que los ha llevado por distintas ciudades construidas en lagunas, también admirables o sorprendentes para el ojo extranjero: Mizquic, en las orillas del lago de Chalco,²⁰² Cuitláhuac, situada en una isla del lago de Chalco,²⁰³ Iztapalapa, ubicada en el istmo entre los

²⁰¹ Con mirada retrospectiva, nótese la involuntaria ironía de este comentario en la pluma del soldado que contribuyó con sus acciones a destruir la ciudad y que hace de la historia de esa guerra una epopeya para obtener riquezas y compensaciones.

²⁰² “Y todavía seguía el camino por la costa de aquella grand laguna, y a una legua del aposento donde partí vi dentro en ella, casi dos tiros de ballesta, una cibdad pequeña que podría ser hasta de mill o dos mil vecinos toda armada sobre el agua, sin haber para ella ninguna entrada y muy torreada, segúnd lo que de afuera parecía” (Cortés, 1993: 204).

²⁰³ “Y otra legua adelante entramos por una calzada tan ancha como una lanza jineta por la laguna adentro de dos tercios de legua, y por ella fuimos a dar *en una cibdad la más hermosa aunque pequeña que hasta entonces habíamos visto*, así de muy bien obradas casas y torres

lagos Tezcoco y Xochimilco.²⁰⁴ El entramado urbano del valle de México es presentado por medio de una gradatio de ciudades progresivamente más grandes, más bellas, más pobladas; se constituye así, antes los ojos del capitán, “un verdadero tejido urbano” (Baudot 1981: 5). En estas breves pinceladas se asientan los elementos que se referirán luego en Tenochtitlan: las casas sobre el agua, las torres, las calles, los puentes; todos ellos construyen el *tipo* de la ciudad mesoamericana, amoldado según los elementos de una retórica descriptiva conocida. Se reitera también la medición de las calzadas en relación con el largo de las lanzas jinetas: el ojo militar de Cortés apunta una analogía que imprime el rumor de la batalla —el aliento de la conquista— en territorio mexicana.²⁰⁵ Además, el narrador intenta reponer la temporalidad consecutiva de experiencias e impresiones, por eso su cuidado al notar: “fuimos a dar en una cibdad la más hermosa aunque pequeña *que hasta entonces habíamos visto*” (Cortés, 1993: 205; el subrayado es nuestro). Por último, el énfasis en el orden: característica que define las concepciones predominantes en el capitán con respecto a la urbe ideal: “Tiene el señor della unas casas nuevas que aún no están acabadas que *son tan buenas como las mejores de España*” (Cortés, 1993: 206; subrayado nuestro).²⁰⁶

como de la buena orden que en el fundamento della habla, por ser armada toda sobre agua” (Cortés, 1993: 205; subrayado nuestro).

²⁰⁴ “Y llegando a esta cibdad de Iztapalapa, me salió a rescebir algo fuera della el señor y otro de una grand cibdad que está cerca della. [...] Terná esta cibdad de Yztapalapa doce o quinze mill vecinos, la cual está en la costa de una laguna salada grande, la mitad dentro en el agua y la otra mitad en la tierra firme. Tiene el señor della unas casas nuevas que aún no están acabadas que son tan buenas como las mejores de España” (Cortés, 1993: 206). Para las características geográficas de estas ciudades, véase Gerhardt (1986).

²⁰⁵ David Boruchoff (1997) da pormenorizada cuenta de esta característica de la mirada cortesiana.

²⁰⁶ En *La ciudad letrada*, Ángel Rama pone el acento en la idea de “orden” que estructura el espacio urbano y la manera en que se erigen las ciudades en América a partir de una concepción del espacio vinculada al espacio de origen más que a la nueva realidad. Rama sostiene que, en todo el sistema urbano europeo de la época (aunque también en ciertas

No obstante los cuidados del texto, nada los prepara para lo que verán en Tenochtitlan ni para los problemas que presentará narrarlo. Por eso, antes de comenzar el detalle pormenorizado, Cortés comenta:

“Porque dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia, de la *grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixyitan*, del señorío y servicio de Mutezuma, señor della, y de los ritos y costumbres que esta gente, y de la orden en la gobernación, así de esta ciudad como de las otras que eran de este señor hay, sería menester mucho tiempo y *ser muchos relatores y muy expertos*; no podré decir yo de cien partes una, de las que dellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi, que aunque mal dichas, bien sé que serán de *tanta admiración que no se podrán creer*, porque *los de acá* con nuestros propios ojos las vemos, *no las podemos con el entendimiento comprender* (Cortés, 1993: 232; subrayado nuestro).

La interperlación al rey inscribe la imposibilidad de narrar con palabras aquello que solo puede ser aprehendido a través de los sentidos y guardado en la memoria. Conforme a una retórica de la maravilla del Nuevo Mundo, remite a un saber descriptivo letrado (“muchos relatores y muy expertos”) cuya falta se resiente. Con respecto a ellos, cierta *captatio benevolentia* recubre la imagen del capitán y produce un momento de pausa que funciona como marco de la mirada sobre Tenochtitlan. Repárese en el uso hiperbólico del calificativo “gran” –de importante tradición en estas descripciones– para nombrar a la ciudad: a partir de aquí, “la gran ciudad de Temixtitan” conforma un sintagma reiterado párrafo a párrafo. Esta primera aproximación insiste en términos no tan frecuentes en las cartas cortesianas: “extrañas y maravillosas cosas”, “tanta admiración que no se podrán creer”. La maravilla y lo fabuloso –más

ciencias y disciplinas como la historia natural, la arquitectura y la geografía), la noción de orden es fundamental. Existe, de hecho, toda una prescripción con respecto a la manera de erigir las ciudades, que no sólo tiene que ver con esta fundación escrituraria. Entonces, se indicaba de qué manera, con qué concepción erigir las ciudades en este espacio *otro*. Estas ideas posibilitaron la construcción de nuevas ciudades y la destrucción de las ciudades indígenas.

habituales, en cambio, en el relato del soldado– confluyen articulando la contraposición entre la experiencia y su racionalización, ya sea mediante la comprensión o mediante el relato.

No obstante, el capitán no pierde de vista su deber, allí donde su función militar se vincula con la función informativa. Por eso, acepta las limitaciones de su relato y enumera aquello sobre lo que debe dar cuenta: “el señorío y servicio de Mutezuma”, los “ritos y costumbres”, el “orden en la gobernación”, es decir, de un modo de ordenamiento espacial que evidencia un tipo de organización social específica, cierta ostentosa concepción del poder político en la sociedad mexicana. De este modo, el narrador anticipa la construcción de una ciudad y su gobernante como objeto digno de la conquista de “vuestra real excelencia” Carlos V, más ambicionada y gloriosa cuanto más lograda sea su configuración textual.

Es la mirada del soldado la que organiza un campo de referencias relacionadas con el mundo fantástico de las novelas de caballerías, en su ansioso intento por dar cuenta de lo nuevo:

“Y desde que vimos tantas cibdades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calcada tan derecha y por nivel como iva a México, nos quedamos admirados; y *deíamos que parecía a las cosas de encatamento que cuentan en el libro de Amadís*, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y *aun algunos de nuestros soldados dezían que si aquello que vían si hera entre sueños*. Y no es de maravillar que yo escriba aquí desta manera, porque *ay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como víamos*” (Díaz del Castillo, 2005: LXXXCII-218/9; subrayado nuestro).

La primera impresión de la cuenca del lago de Texcoco, vista desde el camino, se plantea en términos de encantamiento y maravilla, sueño y vigilia.

Este fragmento –ampliamente citado por la crítica para ejemplificar la vinculación entre las novelas de caballerías y la concepción de mundo del soldado español–, utiliza un patrimonio cultural común a las tropas de los cristianos al tiempo que revela su insuficiencia para narrar lo nuevo inesperado, lo arrebatadoramente magnífico.²⁰⁷ Se trata de escribir y ponderar, erigir en el texto “cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como víamos”. Si la experiencia y el asombro fueron compartidos –así lo marca la primera persona plural que funciona como testigo en esta escena–, la narración es singular. Sustentada en una tradición literaria que interpela a un lector afín, la escritura ordena los materiales de la memoria, entrecruza sensaciones con imágenes visuales y sonoras. Lo maravilloso descripto supone un testigo maravillado y pretende maravillar al lector. Se apela así a un dispositivo retórico propio de la descripción de lo nuevo desde los diarios de Colón; en la supuesta maravilla del referente se conforma una perspectiva dual de asombro y apropiación.²⁰⁸

Frente a los ojos del lector se erige una Tenochtitlan fabulosa cuya maravilla exótica pareciera poner en duda la verdad de esta historia. Con una hábil dosificación de la información y la sorpresa, el narrador de la *Historia verdadera* –a diferencia de lo que ocurre con el narrador de las cartas cortesanas– ha llegado hasta aquí escatimando las descripciones puntuales de otras ciudades, como Cholula o Tlaxcala: ha guardado todo el impacto para la

²⁰⁷ En el citado trabajo, Gloria Chicote desgrana los usos de este patrimonio común de menciones literarias (refranes, referencias a libros de caballerías, fragmentos de romancero), acerca de las cuales afirma que “aportaron el marco idealizante en el que se insertaron las aventuras del Nuevo Mundo, ofreciendo la posibilidad de traducir las vivencias a cánones culturales conocidos por los conquistadores” (2003: 273).

²⁰⁸ Seguimos a José Rabasa cuando, analizando la retórica descriptiva de los diarios colombinos, afirma que “lo maravilloso produce una grieta, una ruptura entre el sujeto y el objeto representado, donde la naturaleza emerge como *locus* descriptivo, esto es, como una superficie que produce admiración al tiempo que conlleva el proyecto de explotación de sus riquezas” (1993: 84; la traducción es nuestra).

primera imagen de Tenochtitlan. Este recurso convierte a México en una ciudad sin par en la *Historia verdadera* y hace posible –pertinente– la comparación con las historias de Amadís.²⁰⁹ En cambio, las imágenes previas que ofrecen las *Cartas de relación* y la *Historia de la conquista de México* han preparado al lector para la majestuosidad, tejiendo un entramado urbano, mostrando a Tenochtitlan como la culminación de ciertos modos de organización social y de ciertas concepciones del espacio que incluyen pero exceden a los mexicas, sin olvidar por ello los elementos que la vuelven única entre las demás e impar ante los ojos cristianos. Reparemos, además, en la importancia de la experiencia para construir estas primeras escenas de asombro: el narrador de la *Historia de la conquista de México* no presenta nada igual porque su discurso no puede contener el recuerdo íntimo de lo que se ha visto con los propios ojos. En este sentido, la experiencia de primera mano –y su configuración textual– suman un caudal de información que la lógica del texto letrado, articulado sobre distintas fuentes, no puede reclamar para sí.

Detengámonos ahora en la primera descripción que cada uno de estos textos ofrece:

"...a media legua andada, *entré por una calzada que va por medio de esta dicha laguna*, dos leguas hasta llegar a la gran ciudad de

²⁰⁹ Georges Baudot explica que "Cubriendo una superficie construida de más de un millar de hectáreas, estructurada sobre una red de canales, de vigas y de calzadas elevadas que los ingenieros y arquitectos mexicas habían dispuesto poco a poco y a medida de la extensión de la ciudad, México contaba entre 80.000 y 100.000 hogares que comprendían cada uno de cinco a seis personas, sin contar las edificaciones más imponentes de los poderosos que albergaban una domesticidad numerosa. De hecho, su población podía evaluarse entre 400.000 y 600.000 personas, lo que en el siglo XVI era casi inimaginable en el Viejo Mundo. Recordemos que las mayores ciudades de Europa que podían haber visitado los conquistadores antes sólo conocían cifras de población muy inferiores a las de México hacia 1519. [...] Únicamente Estambul, en las puertas de Asia, podía enorgullecerse de sus 400.000 habitantes hacia 1520, mientras que aquella Sevilla que vio partir a los hombres que descubrieron a México contaba apenas con 90.000 habitantes a mediados de siglo. Comprendemos, así, los términos y el tamaño de la sorpresa de Cortés y sus compañeros" ([1992] 2004: 133-134).

Temixtitan, que está fundada en medio de la dicha laguna, la cual calzada es tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada que pueden ir en ella ocho de caballo a la par. [...] Y así seguí la dicha calzada, y a media legua antes de llegar al cuerpo de la ciudad de Temixtitan, a la entrada de otra calzada que viene a dar de la tierra firme desta otra, está *un muy fuerte baluarte con dos torres cercado de muro* de dos estados, con su petril almenado por toda la cerca que toma con ambas calzadas y no tiene más de dos puertas, una por donde entran y otra por donde salen” (Cortés, 1993: 207-8; subrayado nuestro).

“De Iztacpalapan a México hay dos leguas por una calzada muy ancha, que holgadamente van ocho caballos por ella a la par, y tan derecho como hecha por nivel, y quien buena vista tenía, alcanzaba a ver las puertas de México. [...] Llegó acerca de la ciudad, donde se junta otra calzada con ésta, y donde está un baluarte fuerte y grande, de piedra, dos estados de alto, con dos torres a los lados, y en medio un petril almenado y dos puertas; fuerza harto fuerte” (Gómara, 1988: LXV-98).

“Luego, otro día de mañana, partimos d'Estapalapa muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho. *Íbamos por nuestra calcada adelante*, la qual es ancha de ocho pasos y va tan derecha a la ciudad de México que me parece que no se torcía poco ni mucho; e puesto qu'es bien ancha toda iba llena de aquellas gentes que no cabían: unos que entravan en México y otros que salían, y los indios que nos venían a ver” (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-220; subrayado nuestro).

En la primera impresión de la ciudad que brindan estos tres cronistas se destacan tres cuestiones fundamentales: el orden, el asombro, la mutua percepción de la alteridad. El orden funciona como estrategia privilegiada de percepción: en la descripción de la calzada se destacan la anchura, las medidas, la cantidad de gente que circula por la ciudad *en buen concierto*. Unos pocos elementos erigen esta pintura de Tenochtitlan: la laguna salada, las calzadas, las calles, las canoas, los puentes y las torres; las adjetivaciones se reiteran en todos los casos: puentes, canoas y calles “muy anchas y muy derechas” (Cortés, 1993: 233). Esta idea de lo ancho y “recio y bien labrado” (Cortés, 1993: 233), de una calzada “tan derecha como hecha por nivel”

(Gómara, 1988: LXV-98) repite el campo semántico de lo grandioso y da cuenta, a través de la descripción espacial, del grado de *civilización* de la población que la ha erigido. Lo *ancho* remite también a la multitud en constante tránsito, a la comunicación, el intercambio, el comercio, todas características de una ciudad de porte cuya conquista, a ojos de estos cronistas, jalonaría de honor y riqueza el imperio español.

Claro que la mirada del capitán concibe el espacio en términos militares, como ya se anotó en las ciudades de Mizquic o Iztapalapa: la cantidad de hombres de a caballo que pueden atravesar las calzadas a la par, la medición de la distancia en términos de *lanzas jinetas*, la descripción del baluarte y las puertas en la entrada de la ciudad. Tenochtitlan es una ciudad vital, asombrosa, magnífica y por eso nunca deja de ser –al menos en las *Cartas de relación*– objetivo militar, referido como tal. Con estos pocos elementos se contruye una Tenochtitlan extraña y codiciable a un tiempo.

Con algo de nostalgia y mucha astucia, Bernal Díaz propone leer esta ambición en términos de valentía:

“Y nosotros aun no llegávamos a quatrocientos soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas e abisos que nos dixeron los de Guaxocingo e Tascala y de Tamancaico y con otros muchos avisos que nos avían dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos avían de matar desque dentro nos tuviesen. Miren los curiosos letores si esto qu’escrivo, si avía bien que ponderar en ello: *¿qué hombres [ha] avido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?*” (2005: LXXXVIII-220; subrayado nuestro).

El temor a la muerte, el arrojo y al *atrevimiento* conforman el sustrato más humano de esta empresa, aquél que se encuentra detrás de las apreciaciones estratégico-militares de Cortés. En la apelación al *letor* se busca

la identificación primero y el reconocimiento de inmediato, marcas de una escritura que conoce el desarrollo final de la conquista y que no deja de solicitar honores y bienes en función de los servicios prestados a la Corona. Dicha perspectiva actualiza, siempre que le es posible, la autoconfiguración valerosa que sostiene el reclamo. Esta mirada, vinculada a una práctica expansionista y colonizadora, articula un uso del espacio que refuerza cierta imagen propia de superioridad.

La magnificencia, el asombro, el orden tienen su correlato en la figura de Motecuhzoma tal como es percibido en el primer encuentro. Referida por los tres cronistas, la escena resulta crucial porque condensa las coordenadas de la relación entre españoles y mexicas y del destino final de la ciudad. Por supuesto, no es que la suerte estuviera echada en este primer contacto: los relatos españoles crean esa imagen de tenacidad, brío, decidida voluntad, "lo cual le otorga [al narrador] un *locus* de superioridad respecto de su objeto" (Colombi, 2006: 27). El círculo se cierra con las referencias providencialistas que jalonaron el camino hasta el centro de México: "Mas como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de Vuestra Sacra Majestad desde su niñez y como yo y los de mis compañía íbamos a su real servicio..." (Cortés, 1993: 198). La alteridad se construye en un desigual diálogo de mutuas miradas: en los españoles, por el asombro de la ciudad; en los mexicas, por la curiosidad acerca de hombres nunca vistos. Refiere Gómara que Cortés "apenas podía andar, con la pretura de la mucha gente que a ver los españoles salía" (1988: LXV-98). Bernal Díaz agrega:

"e puesto qu'es bien ancha [la calzada] toda iva llena de aquellas gentes que no cabían: unos que entravan en México y otros que salían, y los

indios que nos venían a ver, que no nos podíamos rodear de tantos como binieron, porqu'estavan llenas las torres e cues y en las canoas y de todas partes de la laguna; y no hera cosa de maravillar, porque jamás avían visto cavallos ni honbres como nosotros" (2005: LXXXVIII-220; subrayado nuestro).

Esta mutua extrañeza crea una escena especular: se mira al *otro* con genuina curiosidad y con *ojo imperial*; se halla en la mirada del *otro* la pregunta y la sorpresa. Bernal acentúa el elemento numérico –la multitud de *indios* contra los cuatrocientos españoles– y oculta el dato del apoyo aliado que Gómara destaca: “Por esta calzada fue Cortés con sus cuatrocientos compañeros, y otros *seis mil indios amigos*, de los pueblos atrás que pacificó” (1988: LXV-98; subrayado nuestro). Ocurre que, si buena parte de estos aliados acampó en el límite de la ciudad por obvios motivos estratégicos, su presencia en este encuentro –y en esta crónica– presenta al español como punta de lanza de una entrada no tan pacífica ni amistosa como Cortés y su soldado se empeñan en narrar. Nuevamente, la mirada del conquistador –y sus reclamos–, dosificando esta vez lo que se calla.

El ingreso a escena de Motecuhzoma se construye mediante cierta gradación que concuerda con la *gradatio* a través de la cual se ha ido presentando la ciudad. Laguna, torres, calzadas ordenadas y anchas, multitudes expectantes crean el marco adecuado para la aparición majestuosa del uey tlatoani. Las tres crónicas desgranar aquí una mirada sobre el *otro* indígena conformada en términos de su ubicación en el estrato social, su vestimenta y algunos atributos distintivos de la pertenencia a diferentes

poblaciones, etnias o *calpullis*.²¹⁰ La mirada retrospectiva despliega la organización social inscrita en el cuerpo indígena.

Más allá de algunas referencias a la multitud, la perspectiva de los cronistas alumbró el estamento dominante de la sociedad mexicana. Primero, se refiere un buen número de señores o nobles, definidos en términos de su vestimenta, rodeada de una multitud indiferenciada perteneciente a los otros estamentos sociales. "Aquí me salieron a ver y hablar hasta mill hombres principales cibdadanos de la dicha cibdad, todos vestidos de una manera y hábito y, según su costumbre, bien rico" (Cortés, 1993: 208). Detrás, se presentan los señores principales, identificados por el nombre y la ciudad a la que pertenecen: "Ansí qu'estuvimos parados un buen rato; y desde allí se adelantaron *el Cacamaci, señor de Tescuco, y el señor de Oztapalapa y el señor de Tacuba y el señor de Cuyuacan* a encontrarse con el gran Montecuma" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-220/1; subrayado nuestro). Se trata de una mirada que percibe amistades y enemistades a partir del aprendizaje desarrollado en el derrotero desde Veracruz, ya que el nombre propio y la pertenencia a una ciudad conforman un incipiente mapa político de alianzas y enfrentamientos. Por último, Motecuhzoma, figura fundamental en todas las crónicas, que capta en especial –y en forma permanente– la atención del cronista soldado en descripciones siempre connotadas positivamente.

"Pasada esta puente, *nos salió a rescebir aquel señor Muteecuma con fasta ducientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa ansimismo bien rica a su uso y más que la de los otros. Y venían en dos procesiones muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha y muy fermosa y derecha. [...]* Y el dicho

²¹⁰ "Calpulli" es una forma de agrupación que cruza lo territorial con el linaje y que define el modo de organización de la sociedad mexicana, en especial en sus linajes nobles. Al respecto, véase "Los linajes nobles del México antiguo" de Pedro Carrasco (1976).

Muteecuma venía por medio de la calle con dos señores, el uno de la mano derecha y el otro a la izquierda. [...] *Cada uno le llevaba de su brazo*. Y cuando nos juntamos yo me apeé y le fui a abrazar *solo*, y aquellos dos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocara" (Cortés, 1993: 208-209; subrayado nuestro).

Esta primera descripción de Motecuhzoma exhibe los elementos que es capaz de percibir y retener el cronista, caracterizando la mirada del español en torno al indígena: la riqueza y el cuerpo. Todas las escenas presentan cuerpos vestidos, ricamente ataviados, cuyo tipo y calidad de ropa constituyen las marcas de la diferenciación social –algo perfectamente comprensible para un cristiano. Son cuerpos ordenados, disciplinados, sometidos a una lógica de organización social extraña a la occidental pero admirable por su despliegue y por el impacto sensible de su presentación en la entrada de Tenochtitlan. La escena tiene mucho de dramatización: construida a partir de imágenes visuales de fuerte riqueza y cromatismo, por medio de objetos que, inscriptos en el cuerpo de los principales indígenas, funcionan como cifra de los tesoros que el conquistador espera encontrar en la ciudad. Refiere Gómara:

"Hasta esta puente salió Moteczuma a recibir a Cortés, debajo de un *pallio de pluma verde y oro, con mucha argentería colgando*. Traíanle de los brazos Cueltlauac y Cacama, sobrinos suyos y grandes príncipes. Venían todos los tres a una manera *riquísimamente ataviados*, salvo que el señor traía unos *zapatos de otro y piedras engastadas*, que solamente eran las suelas prendidas con correas, como se pintan a lo antiguo" (1988: LXV-98; subrayado nuestro).

Retoma y corrige Bernal Díaz:

"Traíanle [a Motecuhzoma] de braco aquellos grandes caciques, debajo de un pallio *muy riquísimo a maravilla y la color de plumas verdes con grandes labores de oro con mucha argentería y perlas y piedras chalchiuis*, que colgaban de unas como bordaduras, que ovo mucho que mirar en ello. Y el gran Montezuma venía muy ricamente ataviado según su usanca, y traía calcados unos como cotaras, que así se dizen lo que se [calcan], *las suelas de oro y muy preciada pedrería por encima de ellas*" (2005: LXXXVIII-221; subrayado nuestro).

Ya sea en los nombres de los “caciques” o en los nombres indígenas de piedras y calzadas, las voces mexicas resuenan con suaves sibilantes, sumando poderosas imágenes auditivas a esta magnífica dramatización. Conforman una escena vinculada a la mirada exótica, de larga tradición en el relato de viajes y enraizada e toda práctica colonizadora (como lo ha mostrado Edward Said, 1978). Esta perspectiva es la que opera en selecciones, modalizaciones, puestas en relieve y silencios.

Llama poderosamente la atención de los tres cronistas la actitud de los mexicas hacia el cuerpo de Motecuhzoma. Cortés es quien establece una línea de continuidad entre la primera descripción de la ciudad y la aparición de su principal señor, al enfatizar el orden en que utiliza el espacio de la calzada: por los límites de una calle “muy ancha y muy hermosa y derecha” dos procesiones se desplazan y funcionan como marco; Motecuhzoma, rodeado por dos señores –llevado en andas por ellos–, avanza por el medio de la calzada con la majestuosidad de quien reclama para sí el centro. No obstante, el tlatoani no puede ser observado por los indígenas: con cierta sorpresa, los cronistas relatan que nadie se atrevía a mirarlo al rostro. Explica Gómara: “Moteczuma venía por medio de la calle, y estos detrás y arrimados cuanto podían a las paredes, *los ojos en tierra, por no miralle a la cara, que es desacato*” (1993: LXV-98).²¹¹

La entrada de Motecuhzoma articula también un discurso de la sociedad mexica acerca de sí misma. Este hecho, clara marca de poder, establece en

²¹¹ El historiador reitera este punto, al que asocia con el ejercicio del poder: “Tenía [Motecuhzoma] con los suyos tanta majestad, que no les dejaba sentar delante de sí, ni traer zapatos ni mirarle a la cara, sino era a poquísimos y grandes señores” (1988: LXVII-101).

las crónicas una curiosa escena: de algún modo, a pesar de la multitud que lo rodea, Motecuhzoma queda solo ante la atrevida mirada de los españoles. Asimismo, en su vestimenta, su comportamiento y sus desplazamientos, su cuerpo se diferencia y recorta de los demás; es un cuerpo anunciado y escatimado, ambicionado por los españoles y, al menos en este momento, reverenciado y temido por su pueblo. Con el correr de los días, será objeto de disputa, intrigas y estrategias, incluso de diversas versiones, nunca aclaradas, con respecto a su muerte. Apresado por los extranjeros, será dejado solo por sus súbditos, que nombran sucesor antes de su muerte (algo sin precedentes en la historia mexicana, como explica Inga Clendinnen, 2003).

Interesa detenerse en este primer momento de reconocimiento debido a la información que brinda acerca de la mirada del español, la aceptación o el rechazo de ciertos usos y costumbres, y también debido al funcionamiento peculiar del intercambio de presentes entre Motecuhzoma y Cortés, cuyo contenido los define a ambos. Del lado indígena se establece una distancia aparentemente infranqueable: ya hemos dicho que Motecuhzoma no puede ser mirado ni tocado por sus súbditos, tampoco por los extranjeros. Del lado español, las crónicas ponen en escena la voluntad constante de cruzar esos límites (voluntad que define toda conquista): lo primero que el conquistador hace es mirar a Motecuhzoma, observar con detenimiento sus características y movimientos y guardar en la memoria esta imagen. Esa mirada directa, violenta en su desparpajo, se actualiza en la escritura, ya que el recuerdo obliga a volver la vista hacia el rostro del tlatoani al narrarlo.²¹²

²¹² En el capítulo XCI de su *Historia verdadera* Bernal Díaz ofrece un detallado –y estilizado– retrato de Motecuhzoma, enfatizando la mirada del tlatoani como cifra de la idealizada calma que el cronista le atribuye: “Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura y bien proporcionado, y cenefo y ocas carnes, y el color ni muy moreno, sino

Los relatos refieren también cierto contacto físico: Cortés avanza sobre el cuerpo del tlatoani al darle la mano y colocarle el collar. Los principales que secundan a Motecuhzoma lo detienen en forma perentoria cuando intenta traspasar el límite permitido y confundirse con él en un abrazo: "Y quando se le puso le iva a abrazar, y aquellos grandes señores que ivan con el Monctezuma detuvieron el brazo a Cortés, que no le abracase, porque lo tenían por menosprecio" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-221). El capitán no olvida este dato, aunque no mide del todo bien sus implicancias simbólicas: pocos días más tarde toma prisionero a Motecuhzoma. Esta medida, que parece asegurarles cierta protección, conlleva el comienzo de la destitución del tlatoani; en la lógica de los mexicas, anticipa la expulsión de los españoles.

Presentes y regalos tienen funcionamientos diversos en cada crónica. En cuanto a los bienes enviados por Motecuhzoma, el objetivo era desalentar el avance de Cortés hacia México-Tenochtitlan. Si bien es cierto que los presentes alimentaron la codicia de los españoles, en el mundo mesoamericano esta prodigalidad era la marca de la majestuosidad del tlatoani y su ciudad y suponía el acatamiento de sus pedidos. En compleja comunicación, comitivas y regalos estaban proponiendo una asimétrica relación de poder entre mexicas y extranjeros. Desconociendo estas implicancias, Cortés desconcertaba una y otra vez a los embajadores al continuar el avance, lo cual puede haber abonado las dudas y cierta aparente debilidad de

propio color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, y pocas barbas, prietas y bien puestas y ralas, y el rostro algo largo y alegre, y los ojos de buena manera, y mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor y cuando era menester gravedad" (1982: t 2, 165). También hace lo propio Gómara, aunque en su retrato se especifiquen características generales del uey tlatoani sin referir los detalles acerca del rostro y de la mirada que agrega Bernal Díaz: "Era Moteczuma hombre mediano, de pocas carnes, de coor muy bazo, como loro, según son todos los indios. Traía cabello largo, tenía hasta seis pelillos de barba, negros, largos, de un jeme. Era bien acondicionado, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso pero cuerdo y grave y se hacía temer y acatar" (1988: LXVII-101).

Motecuhzoma, especialmente referidas, en mirada retrospectiva, por las crónicas indígenas.²¹³

Para este primer encuentro, Cortés elige un collar de cuentas de vidrio enhebrado con un hilo de oro, perfumado: "Y entonces sacó Cortés un collar que traía muy a mano, de unas piedras de vidrio que ya he dicho que se dizen margaxitas, *que tienen dentro de sí muchas labores e diversidad de colores, y benía ensartado en unos cordones de oro con almizque, porque diesen buen olor, y se la hechó al cuello al gran Montecuma*" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-221; subrayado nuestro). Sabemos que el perfume tenía un peculiar funcionamiento en la sociedad mesoamericana y en la cuenca de México toda y era privativo de los estamentos dominantes (Bernand-Gruzinski, 1996). No sugerimos que Cortés supiera cómo funcionaban estos elementos, pero sí que existía cierta reciprocidad en el intercambio. En estos términos, acierta en la elección del objeto que lo representa ante Motecuhzoma.

El encuentro se cierra con el ingreso de los españoles a la ciudad, guiados por el tlatoani:

"E quando se bolvían con su señor, *estávamoslos mirando cómo iban todos los ojos puestos en tierra, sin miralle, y muy arrimados a la pared, e con gran acato le acompañavan. En ansí tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de México sin tener tanto embaraco*" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-222).

La contraposición mirar-no mirar (mirar-ser mirado) que articula toda la escena adquiere aquí otro ribete. En sugestiva referencia, Bernal Díaz da cuenta de la vergüenza que produce la mirada curiosa del *otro* sobre el propio

²¹³ Por eso, como señala Inga Clendinnen: "Cortés declaró que había llegado como embajador, y parece haber sido recibido como tal. Aún si Motecuhzoma de algún modo hubiera adivinado la intención hostil de los españoles, atacar sin advertencia formal no era opción para un gobernante de su magnificencia" (1993: 17; la traducción es nuestra).

cuerpo, en perturbadora especularidad. Por contigüidad en el texto, los españoles ingresan en la ciudad detrás de Motecuhzoma, sin ser mirados. Se establece una relación entre el español y tlatoani, que se refuerza a lo largo del texto: una relación de comunicación y acercamiento que los recién llegados no tardarán en traicionar. Claro que ninguna de estas crónicas lo expone de ese modo; no obstante, si la reciprocidad es traicionada y la sumisión subvertida al tomar a Motecuhzoma prisionero, la ciudad se encargará de expulsar a los extranjeros o bien de sepultarlos en las entrañas de los mismos canales que tanta admiración causaron en estos primeros momentos.

V.d.2) Antítesis y diferencia: los límites de la mirada

“Todo discurso sobre la ciudad pertenece, por una necesidad interna, a la retórica del elogio o a la de la censura. Una misma ciudad, según las circunstancias o el punto de vista del autor, será Jesuralén o Babilonia.”

PAUL ZUMTHOR, *La medida del mundo*

Pocos días después de esa “venturosa e atrevida entrada en la gran cibdad de Tenustitan, México” (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-223), aposentados y comidos, aunque siempre “muy apercebidos, ansí los de a cavallo como todos nuestros soldados” (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-223), Cortés decide salir a recorrer la ciudad. Así se lo hace saber a Motecuhzoma, quien organiza una comitiva de señores y principales para acompañarlos, y reserva para sí la visita al Templo Mayor porque, como expresa abiertamente Bernal Díaz, “temió no le fuésemos a hazer algún desonor en sus ídolos y acordó de ir él en persona con muchos de sus principales” (2005: XCII-234).

En ese recorrido, las tres crónicas organizan la descripción de la ciudad sobre la base de dos espacios presentados como antitéticos: el mercado de "Tatelulco, qu'es la pla[ca] mayor, y el gran cu de su Uichilobos" (Díaz del Castillo, 2005: XCII-234). Mercado y templo representarán las dos instancias en la mirada con que estos cronistas se aproximan a la ciudad. Por un lado, el asombro, la admiración, la apreciación del espacio del *otro* en una perspectiva que privilegia el detalle exótico; por otro lado, el límite de esta mirada: templos y escenas de sacrificios humanos y antropofagia que delinean la estereotípica imagen de un *otro* bárbaro, transformando el asombro en escándalo. Se articula así la dualidad de una mirada ya presupuesta en la relación asimétrica con que el testigo-testimoniante concibe los hechos y su relato.²¹⁴ Veamos las primeras referencias al mercado de Tlatelolco:

"Y desde que llegamos a la gran placa que se dize el Tattelulco, como no avíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella avía y del gran concierto y regimiento que en todo tenían" (Díaz del Castillo, 2005: XCII: 235).

A diferencia de la perspectiva de Cortés y de Gómara –quien presenta una descripción eficaz pero más distante–, el cronista soldado organiza la comitiva casi como invitando al lector a acompañarlo en la recreación del paseo.²¹⁵ Se subraya así la función del cronista, que guía la perspectiva y el recorrido del lector, objetivando ambos. Una primera imagen del lugar hace

²¹⁴ Eduardo Subirats detalla estos argumentos en *El continente vacío* (1994).

²¹⁵ En cambio, Cortés refiere directamente: "Tiene esta cibdad muchas plazas donde contino mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la cibdad de Salamanca, toda cerrada con portales alderredor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mill ánimas comprando y vendiendo" (1993: 234). Gómara agrega información lingüística y social: "Llaman *tianquiztli* al mercado. Cada barrio y parrocha tiene su plaza para contratar el mercado. Más México y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísimas. [...] La plaza es larga, ancha, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun lejos" (1988: 114).

hincapié en dos cuestiones: por un lado, la multitud –de gente y de objetos–, por otro, el orden y *concierto*. Recordemos que la admiración es reconstruida –actualizada– en la narración y conecta el tiempo del enunciado con la enunciación, años después de la entrada a la ciudad. Acorde con tópicos descriptivos específicos, la “gente” es presentada en términos de multitud, es decir, no se define por alguna característica humana particular, sino metonímicamente, en términos de los objetos que venden o compran.²¹⁶ Metonimia también de un funcionamiento social, lectura que la misma sociedad mexicana parece propiciar al delimitar los espacios que pueden ser visitados por los extranjeros y aquellos que quedaron ocultos.

El orden en que se narra una multiplicidad de objetos percibida en forma simultánea acerca las miradas de capitán y soldado y las diferencia levemente de la perspectiva del historiador. Dado que las propias ambiciones condicionan la percepción del conquistador, los dos primeros abren con el relato del oro y los bienes suntuarios: “joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas”, apunta Cortés (1993: 234); “comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas”, abre su descripción Bernal Díaz (2005: XCII-235). Luego, en hiperbólica y abrumadora enumeración, encabezada anafóricamente por verbos de estado, se despliegan todos los objetos de la vida cotidiana: variadísimas comidas, animales, vasijas, lozas, jarritos, maderas, ropas, calzado, mantas, cueros, etcétera. En la descripción que propone Bernal Díaz ingresan con especial énfasis los términos indígenas –algunas veces sin mayores explicaciones–; todos ellos subrayan la diversidad

²¹⁶ Acerca de su funcionamiento estereotípico, véase Zumthor (1994: 112 y ss.).

de las mercaderías para evocar cierta maravillada extrañeza.²¹⁷ Se conforma así una ciudad inventariada: el conquistador detalla lo que se apropiará luego o lo que destruirá, palmo a palmo, en el sitio de Tenochtitlan. La pregnancia de esta escena se debe también a que retrata un espacio –una sociedad– espectral: se trata de representar “lo intencionalmente ausente, lo hecho desaparecer mediante alguna forma de violencia material o simbólica” (Grüner, 2001: 67).

Tanto los conquistadores como el historiador cierran la visita a este mercado con la alusión a jueces e inspectores; Bernal agrega referencias al oro y a ciertos canutos donde se introducía polvo o pequeños fragmentos de oro que también servían como moneda de cambio: las coordenadas de orden, exuberancia y riqueza inician y finalizan el recorrido, adecuado marco para la exuberancia.²¹⁸ Estableciendo un diálogo intertextual, las tres crónicas

²¹⁷ Ocupan lugar de relevancia algunos objetos que caracterizan la preferencia del soldado por el detalle exótico, aquél que particulariza la ciudad: el papel o el tabaco, por un lado (“...papel, que en esta tierra llaman amal, y unos cañutos de olores con liquidánbar lenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos y cosas deste arte” (Díaz del Castillo, 2005: XCII-236), los excrementos y orines, como su contraparte, por otro (“Que ablando con acato, también vendían muchs canoas llenas de yenda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la placa; y esto hera para hzaer sal e para cortir cueros, que sin ella dicen que no se hazía buena” (Díaz del Castillo, 2005: XCII-235). En fin, la vastísima mercadería abruma al cronista de la *Historia verdadera*, que insiste en referir las dificultades de configuración de esta escena, con enunciados como: “¿Qué quieren más que diga?”, “Para qué gasto yo tantas palabras delo que vendían en aquella gran placa porqu’es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas”; “Ya querría aver acabado de dezir todas las cosas que allí se vendían porque eran tantas de diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir, que como la gran placa estava llena de tanta gente y toda cercada de portales, en dos días no se biera todo” (2005: XCII-235/6).

²¹⁸ Cuenta Cortés: “Hay en esta grand plaza una grand casa como de abdiencia, donde están siempre sentados diez o doce personas, que son jueces y libran los casos y cosas que en dicho mercado acaecen y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan contino entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden y se ha visto quebrar alguna que estava falsa” (1993: 237) . Confirma Gómara: “Y en una casa, que *todos ven, están* doce hombres ancianos, como en judicatura, librando pleitos. [...] *Tienen* cuenta, porque por una manta o gallina dan tantos cacaos. *Tienen medida* de cuerda para cosas como centli y plumas y de barro para otras como miel y vino. *Si las falsan, penan al falsario y quiebran las medidas.*” (1988: LXXIX-16). En una enumeración algo heteróclita y más desorganizada, donde constantemente agrega distintos elementos, apelando a su memoria, Bernal acota: “Y tenían allí sus casas adonde juzgavan tres jueces y otros como alguaziles ejecutores que miravan las mercaderías” (2005: XCII-236).

enumeran elementos similares en un orden semejante, característica que evidencia tanto una retórica descriptiva compartida como ciertas afinidades con respecto a los objetos suntuarios y los detalles exóticos o extraños.

En continuidad diegética, al mercado de Tlatelolco se contrapone el “templo de Uitcilopuchtlí” (Gómara, 1979: LXXX-129) o “gran cu de su Uichilobos” (Díaz del Castillo, 2005: XCII-234). Se conforma así el par antitérico mercado-templo que articula la descripción intraurbana y la fascinación o el rechazo del cristiano. La hipérbole, el tópico de la abundancia, el ordenamiento de una fabulosa heterogeneidad inventarían un mundo arrasado poco después. El relato no funciona como intento de restitución sino como esforzada memoria que enaltece la propia imagen. La escena se construye en un frágil equilibrio entre la majestuosidad de esta civilización y la destrucción de la conquista; por eso, la necesidad de su articulación con el templo, cuyas características – expresión de una religión presentada como demoníaca e infernal–, sustentan el asedio a Tenochtitlan.

Como inflexión entre ambos espacios, la *Historia verdadera* provee una nueva mirada sobre la ciudad desde una perspectiva apical: la visión desde la altura del templo; colocación del observador que denota la relación asimétrica con su objeto. Se establece aquí una escena panorámica de lo que se arrebatará luego, que además recuerda la entrada a Tenochtitlan. Ahora, desde la altura que domina el valle, el ojo del cronista vuelve a detenerse en el detalle que particulariza la ciudad y la vuelve única. El elemento acuoso, omnipresente en la descripción, lo determina todo: desplazamientos, canales, casas, modos de comunicación y de transporte, alimentación de la ciudad, relación con su entorno y vinculación con las ciudades circundantes.

"Y víamos el *agua dulce* que venía de Chapultepeque, de que se proveía la cibdad; y en aquellas tres calcadas las *puentes* que tenían hechas de trecho a trecho, por donde *entrava y salía el agua de la laguna* de una parte a otra. E víamos en aquella *gran laguna* tanta *multitud de canoas*: unas venían con bastimentos e otras que bolvían con cargas y mercaderías. E víamos que cada casa de aquella gran cibdad y de todas las más cibdades qu'estaban *pobladas en el agua*, de casa a casa no se pasava sino por unas *puentes levadizas* que tenían hechas de madera, o en canoas. (Díaz del Castillo, 2005: XCII-237/8; subrayado nuestro).

El agua, fundamental en el mundo mesoamericano, elemento esencial en la fundación mítica de Tenochtitlan y en el panteón de las principales deidades, se despliega en forma progresiva ante los ojos del observador; define una extraña urbe que hace de sus barrocos y móviles cimientos fuente de alimentación, fortaleza, privilegiado emplazamiento defensivo. La mirada del soldado toma temprana nota –aunque con positiva connotación–, de los elementos que volverán tan complejo el asedio a la ciudad, casi un año más tarde. En esos momentos posteriores, el agua obligará a una guerra de características inesperadas, una improbable batalla naval. Por fin, el agua deberá ser eliminada para obtener la victoria. Además, esta imagen de Tenochtitlan, una de las últimas escenas de la urbe en todo su esplendor, funciona de manera especular con la última imagen antes de la caída, representada metafóricamente en el profundo silencio que sella el fin: "*Llovió y relanpagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucho más aguas que otras veces. Y desde que se ovo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera uno onbre encima de un campanario y tañesen muchas canpanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañer*" (Díaz del Castillo, 2005: CLVI-508; subrayado nuestro).²¹⁹

²¹⁹ Volveremos sobre esta escena en el próximo apartado.

Ingreseemos ahora al templo:

“E así dejxmos la gran placa sin más la ver, y llegamos a los grandes patios // y cercas donde estava el gran cu. Y tenía, antes de llegar a él, un gran cercuito de patios que me parece que heran más que la placa que ay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de calicanto; e el mismo patio e sitio todo enpedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, e donde no avía de aquellas piedras estava encalado y bruñido y todo muy limpio que no hallaran una paja ni polvo en todo él” (Díaz del Castillo, 2005: XCII-236).

Esta primera impresión establece una imagen antitética entre el interior y el exterior, acorde con la forma de la mirada definida hasta aquí. Dos dimensiones contrapuestas estructuran la descripción, no slo en términos de objetos, sino también de colores, olores, sonidos, *hedores*. El exterior está caracterizado a partir del color blanco, presente en las paredes de “losas blancas y muy lisas [...] encalado e bruñido”, que remiten también a aquellas primeras fantásticas paredes de Cempoala. Dichas asociaciones refuerzan la oposición con los interiores, pequeños, oscuros, pestilentes, que conforman un espacio concebido como infernal.²²⁰ A partir de ellas se busca inscribir lo radicalmente ajeno visto desde la cosmovisión cristiana y presentar a un capitán porfiado, casi mesiánico que, en arrebatado impulso, intenta derribar los ídolos mexicas, algo que es incluso desaconsejado por el fraile que los acompañaba, Bartolomé de Olmedo, y que les gana el enojo de Motecuhzoma, como no se priva de recordar Bernal Díaz.²²¹

²²⁰ A estos elementos se suma toda una serie de referencias a estos dioses (tanto Huixilopóchtli como Tláloc) que trabajan el campo semántico de lo infernal. Bernal Díaz habla de diablillos, de infierno, de maldición (“yo les doy mi maldición”, “tenía diablillos chicos”, un poco más adelante habla de “sacrificios infernales”); las mismas imágenes se reiteran en las *Cartas de relación*.

²²¹ “Y el Montezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señas y dixo: ‘Señor Malinche, si tal desonor como as dicho creyera que avías de dezir, no te mostrara mis dioses. Aquéstos tenemos por muy buenos, y ellos nos dan salud y aguas y

Comenta López de Gómara:

“Están [los ídolos] todos bañados en sangre y negros, de cómo los untan y rocían con ella cuando sacrifican algún hombre. Y aun las paredes tienen una costra de sangre dos dedos de alto, y los suelos un palmo. Hieden pestilentemente, y con todo esto entran en ellas cada día lo sacerdotes; y no dejan entrar allá sino a grandes personas, y aun han de ofrecer algún hombre que maten allí” (1978: LXXX-130).

Recuerda Bernal Díaz:

“E luego que con ellos ovo hablado dixo que entrásemos en una torrezilla e apartamiento a manera de sala donde estaban dos como altares con muy ricas tablazones // encima del techo. [...] Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan vañado y negro de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente” (2005: XCII-238).

Ambos narradores despliegan una rica –estremecedora– descripción articulada con imágenes visuales pródigas en cromatismo, donde predominan el rojo del fuego y de la sangre y el negro de las costras que recubren paredes y techos. La escena se conforma a partir de un dispositivo descriptivo de imágenes sensoriales que evocan modos de conocimiento que la dinámica de la batalla también ha puesto en juego. La operación es semejante a la narración de los primeros enfrentamientos y a la escena de las flechas-langostas: la vívida descripción se conforma en la apelación al lector a partir de un universo común que vuelve tangible la experiencia.

Esta antítesis exterior-interior –organizada también en torno a las diferencias entre lo percibido visualmente y lo percibido por medio del oído o el olfato– se refuerza en las asociaciones del soldado. Por eso, la comparación

buenas sementeras e temporales y vitorias quantas queremos, e tenémoslos de adorar y sacrificar. Lo que os ruego es que no se diga otras palabras en su desonor” (2005, XCII-239).

del exterior del templo con Salamanca y del interior con las carnicerías de Castilla: “Y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado dello, como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor” (2005: 2005: XCIII-239). A semejanza de las batallas, el cuerpo experimenta el templo en forma directa; su incomodidad es metáfora de lo insoportable de estas escenas para el ojo del cristiano. Ante la experiencia radical de la alteridad, el texto solo puede proponer el desagrado y la huida: “y como todo hedía a carnicería no víamos la ora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista” (Díaz del Castillo, 2005: XCIII-239).

En esa oscuridad “acecha”, estremecedor, *Uchilobos*, ese “bulto” – término también usado por Cortés para designar los dioses indígenas.²²² El término “bulto” intenta describir una figura vagamente antropomorfa, que se percibe inexplicablemente vinculada a representaciones zoomorfas y objetos codiciables (perlas, piedras preciosas, oro) o abyectos (corazones y sangre de los sacrificados). Por supuesto, no se detallan los atributos de los dioses ni sus diferencias, ni siquiera en la mirada retrospectiva del soldado, que podría reponerlos. En la perspectiva del capitán, los *bultos* son construidos a partir de una mezcla de sangre humana y semillas comestibles, “harina” que conforma el cuerpo del dios:

²²² “Los bultos y cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen son de muy mayores estatuas que el cuerpo del grand hombre” (Cortés, 1993: 240). E en cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos; y el primero, qu'estava a man derecha, dezían que hera el de Uchilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes e espantables; en todo el cuerpo tanta de la pedrería e oro y perlas e aljófár pegado con engrudo [...] E tenía puestos al cuello el Uchilobos unas caras de indios y otros como coracones de los mismos indios, y éstos de oro y dellos de plata, con mucha pedrería, azules. Y estaban allí unos braseros con encienso, que es su copal, y con tres coracones de indios que aquel día avían sacrificado e que se quemavan” (Díaz del Castillo, 2005: XCII-238).

“Los bultos y cuerpos de los ídolos [...] son hechos de masa de todas las semillas de legumbres que ellos comen molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos [...] y de aquella sangre que sale dél amasan aquella harida y así facen tanta cantidad cuanta basta para facer aquellas estatuas grandes” (Cortés, 1993; 240).

La cosmovisión mexicana del mundo, de lo sagrado y lo profano, la vida y la muerte, es simplificada a rajatabla y percibida como abyecta y antinatural mezcla en el mirada del conquistador.

Estas “carnicerías” tienen sus artifices: los sacerdotes que cuidan el Templo Mayor y cada uno de los adoratorios individuales:

“y en cada casa o *cu* y adoratorio que e dicho estaban *papas* con sus vestiduras largas de mantas prietas y las capillas largas asimismo como de dominicos, que también tiravan un poco a las de los canónigos, y el cavello muy largo y hecho que no se puede desparcir ni desennetrar, y todos los más sacrificadas las orejas, y en los mismos cavellos mucha sangre” (Díaz del Castillo, 2005: XCII-241).

Nuevamente, analogía y diferencia para diseñar el retrato del *otro*. La comparación entre estos sacerdotes y los dominicos o los canónigos acerca el relato al *curioso lector* aunque implica un gesto problemático, dado el espacio y la función de estos *papas*. La diferencia tiene que ver no tanto con el tipo de vestimenta sino con el color de la misma (negra, “prieta”) y con la sangre que recubre los cabellos. Espacio y sujeto se relacionan e interpenetran: las características del interior del templo se imprimen en los cuerpos. En la *Historia de la conquista de México*, la representación del sacerdote conlleva una nueva asociación, de múltiples resonancias: “Para lavarse los sayones y ministros del demonio de la sangre de los sacrificios, y para regar y para servicio de las cocinas y gallinas, hay un gran estanque, el cual se hinche de un caño que

viene de la fuente principal de que beben" (1978: LXXX-131/131). El agua que alimenta y define la ciudad lava la sangre del sacrificio humano: a partir de este elemento, el clérigo soriano extiende el *pecado* a toda la urbe.

Hemos dicho más arriba que la mirada del narrador reorganiza el espacio; es decir, impone una lógica propia, antitética, sobre lo narrado. Tanto el mercado como las casas, las *chinampas* y las calzadas se implican con el espacio destinado a los dioses, los sacrificios y las fiestas. Sin embargo, para quien narra, todo se halla segmentado y es percibido como opuesto: uno, constituye el asombro; el otro, el límite de la mirada, aquello que no puede ser percibido en su complejidad, mucho menos comprendido. Este nuevo orden erigido en la escritura también se imprime, de hecho, en la ciudad misma a lo largo del sitio y en la construcción de una nueva México sobre las ruinas de la urbe mexicana.

V.d.3) Tenochtitlan: la caída

"¿Quién podrá sitiar a Tenochtitlan?
Quién podrá conmovier los cimientos del cielo?"

Yaocuicatl (canto guerrero).

Ahora, la caída. La guerra, el asedio y el sitio a Tenochtitlan, un año después de la Noche Triste, conforman una nueva imagen de la ciudad, descrita en términos militares, ofensivos y defensivos. Párrafo a párrafo se presenta la progresiva destrucción: estamos ante una ciudad desordenada, hostil, desconocida para quien se haya asomado con el cronista soldado a la calzada de Tacuba en el primer encuentro. No hay pintura ni mapa posible de la ciudad: la guerra la somete a un cambio constante.

En estos acontecimientos, que ocupan la mayor parte de la *Tercera carta de relación* y ocho extensos capítulos en la *Historia verdadera*, se articula nuevamente la retórica de la guerra, extremada ahora hasta límites inenarrables de ferocidad y resistencia en ambos bandos. El soldado recurre a una reiterada hipérbole para explicar el asedio y el enfrentamiento, lo cual tiene por resultado cierto desorden en el texto. La batalla es recordada a través de profusas imágenes visuales, auditivas y táctiles; el desorden de la lucha constante se traslada a la diégesis; la *Historia verdadera* se colma de retrospectivas y anticipaciones, agregados, digresiones y remisiones a la primera persona del soldado-cronista: "saber agora yo decir con qué rabia y esfuerzo se metían en nosotros a nos echar mano es cosa d' espanto, porque yo no lo sé aquí escrevir, que agora que me paro a pensar en ello, es como si agora lo viese y estuviese en aquel tranze e batalla" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-275). Se conforma así la contracara de la urbe ideal, fabulosa, ordenada que habían visto desde lo alto del *cu*.

Los primeros momentos de la guerra exhiben una ciudad majestuosa y feroz, que multiplica las señales –algo opacas para los españoles– del combate. "Grandes ahumadas" en toda la urbe y entre las poblaciones aledañas establecen un diálogo gestual, convocando las flotas de canoas: "en tierra firme hazían grandes ahumadas y les respondían con otras ahumadas de otros pueblos qu'están poblados en la laguna, y era señal que se apellidavan todas las canoas de México y de todos los pueblos del rededor de la laguna, porque vieron a Cortés que ya // avía salido de Tezcuco con los treze vergantines" (Díaz del Castillo, 2005: CL-460). El movimiento de Tenochtitlan preparándose para la batalla exaspera los elementos que la definían en las

primeras, asombradas imágenes: una laguna colmada de canoas, casas en pie de guerra, ensordecedores sonidos de caracoles, atabales, gritos que no cesarán hasta el final, fuegos en lo alto de los templos, el aroma del copal ofrecido a los dioses sobre los corazones de los sacrificados para asegurar un desenlace favorable a los mexicas.

Estas primeras instancias del combate subrayan los astutos usos de la ciudad por parte de sus habitantes y la necesidad de ajustar las estrategias de lucha en el campo español. El emplazamiento lacustre constituye un reto permanente para los invasores, y la velocidad y destreza de los bergantines no alcanza para vencer. Tal como había ocurrido en la Noche Triste, nuevamente los españoles se encuentran ante una batalla que no admite descanso; la ferocidad de los mexicas afecta incluso la temporalidad: se pelea día y noche, sin pausa, sin repliegue, hasta que son los españoles los que “se vuelven al real” o se repliegan agradeciendo “que viniese el aguacero temprano, porque como se mojaban los contrarios no peleaban tan bravosamente y nos dexaban retraer en salvo y desta manera teníamos algún descanso” (Díaz del Castillo, CLIII-493). Este asedio constante define una ciudad de pie, firme ante el enemigo, escena que se reiterará, con extremo patetismo, en los últimos momentos del sitio: “aunque los veíamos estar encima de las azoteas cubiertos con sus mantas que usan, y sin armas; e hice este día que se les requiriese con la paz, y sus respuestas eran disimulaciones” (Cortés, 1993).

Si la retórica de la batalla se inscribe en una retórica del cuerpo esforzado y valeroso (tanto aliado como enemigo), el relato del sitio de Tenochtitlan que propone la *Historia verdadera* agudiza esta relación y hace de la corporalidad un elemento omnipresente en descripciones, retratos,

narraciones, metáforas. Los primeros momentos del asedio se hallan atravesados por el espantado recuerdo de los sacrificios de españoles apresados por los mexicas. La amenaza del Templo Mayor y su "Uichilobos" se hace efectiva en reiteradas escenas de sacrificios colectivos: el funcionamiento de los *cúes* se asegura sobre los cuerpos de los españoles mientras sus compañeros son espantados testigos.

La lógica mexica de la guerra está cifrada en el ataque al cuerpo del enemigo, al que se apresa para sacrificar, se desarma, desmembra, desparrama. Los corazones de los españoles son ofrecidos a los dioses y quemados con copal; las cabezas, seccionadas, forman parte del *xoonpantli* al que Gómara le dedica un capítulo completo o arrojadas a los pies de Cortés, quien, ante semejante escena, "desmayó mucho más de lo que antes estava y se le saltaron las lágrimas de los ojos y a todos a los que consigo tenía" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480). Barrigas y tripas son servidas a "leones y tigres y cierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480); brazos y piernas son comidos "con chilmole" o usados contra los tlaxcaltecas como amenaza de muerte. El oxímoron de un "atanbor muy doloroso" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480) o "un atanbor, el más triste sonido" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-479) sintetiza la heterogénea ferocidad del ataque mexica.

Ante esta constante amenaza a la propia identidad cifrada en la unidad del cuerpo, el texto multiplica las metáforas corporales para definir el propio bando: "y a esta causa estábamos muy penosos y todos juntos, así heridos como sanos, *hechos un cuerpo* estuvimos sosteniendo el ímpetu de la furia de los mexicanos que sobre nosotros estaban" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480;

subrayado nuestro); “y luego mandó [Cortés] que si no fuéramos desbaratados que mirásemos que en el real oviese buen recaudo y que *todos juntos hiziésemos cuerpo*” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-481; subrayado nuestro). La metáfora reúne el bando español en *un solo cuerpo* para defenderse del enemigo y alcanzar el objetivo: internarse en el “cuerpo de la ciudad” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-476) y llegar a su centro, el mercado de Tlatelolco.

A diferencia de los enfrentamientos anteriores, aquí entran en escena otros actores: los aliados tlaxcaltecas, mucho más decisivos para la victoria de lo que reconocen las crónicas españolas. Bernal Díaz siempre los identifica como “nuestros amigos”, fundamentales ya desde el momento en que quiebran el acueducto de Chapultepec.²²³

Los tlaxcaltecas cuidan las espaldas de los españoles, pelean cuerpo a cuerpo con los mexicas, desbaratan al enemigo, son decisivos en la toma del acueducto y en el sitio de la ciudad. Incluso ciertas costumbres percibidas como abyectas –me refiero al canibalismo del cuerpo vencido– son permitidas por Cortés, quien las usa para minar el ánimo del enemigo.²²⁴ Pero esta relación no es gratuita: la familiaridad entre extranjeros y nativos a la que la guerra los obliga produce cambios en la subjetividad de ambos bandos. Nuevamente, será el cuerpo el escenario de este desplazamiento: los heridos tlaxcaltecas acuden al padre que bendice a los heridos españoles, para que

²²³ “E yendoles a quebrar los caños topamos muchos guerreros que nos esperavan en el camino, porque bien entendido tenían que aquello avía de ser lo primero en que les podríamos // dañar, y así como nos encontraron cerca de unos pasos malos, comencaron a nos flechar y tirar vara y piedra con hondas, e hirieron a tres de nuestros soldados; mas de presto les hizmos bolver las espaldas, y nuestros amigos los de Tascala los siguieron de manera que mataron veinte y prendieron siete u ocho dellos; y desde aquellos esquadros estuvieron puestos en huida les quebramos los caños por donde iva el agua a su cibdad y desde entonces nunca fue a México entre tanto que duró la guerra” (Díaz del Castillo, 2005: CL-458).

²²⁴ “Y como los capitanes y prencipales de la cibdad nos vieron andar por ella a hora no acostumbrada, *quedaron tan espantados* como de la celada pasada y ninguno osó salir a pelear con nosotros, y así nos volvimos a nuestro real con harta presa y *manjar para nuestros amigos*” (Cortés, 1993: 413; subrayado nuestro).

también a ellos los santigüe: "...pues *nuestros amigos los de Tascalá*, que vían que aquel hombre que dicho tengo nos santiguava, todos los heridos y descalabardos ivan a él, y eran tantos, que en todo el día harto tenía que curar" (Díaz del Castillo, 2005: CLI-464; subrayado nuestro). Como contrapartida, los españoles incorporan alimentos y costumbres y encuentran reparo en ellos: "...volvimos a *nuestro* real bien heridos, donde *nos curamos con azeite* y apretar las heridas con mantas, y comer *nuestras tortillas con axí e yerbas y tunas*" (Díaz del Castillo, 2005: CLIII-490; subrayado nuestro).²²⁵

Si el recorrido de Tenochtitlan se articuló a partir de estos espacios referidos como antitéticos, en la toma de la ciudad los españoles también los designan como centro, sabedores ahora del hondo significado de cada uno de ellos para los habitantes de Tenochtitlan. Tal como lo plantea el relato, lo que cambia la suerte de la guerra es la progresiva asfixia consecuencia del sitio y la decisión de destruir por completo la ciudad. Sin bastimentos ni agua, Tenochtitlan obliga a sus habitantes a replegarse en espacios cada vez más reducidos –aunque no a rendirse.

En esta redefinición de los espacios que la guerra impone, el mercado se convierte en baluarte de los mexicas, último refugio cuando la ciudad va siendo arrasada, sus canales, tapados con lodo, piedras, maderas y *cuerpos* de sus habitantes, sus casas, incendiadas. Allí prepara Cortés un banquete para la rendición, escena por completo ajena a la perspectiva mexica de la guerra. Desde el mercado, entonces, observa la ciudad arrasada:

²²⁵ Las crónicas solo insinúan otra guerra, superpuesta o subyacente, entre mexicas y tlaxcaltecas, evidente por ejemplo en las amenazas de los primeros específicamente dirigidas a los segundos. ¿Cómo saber si en la lógica –hoy opaca– de la guerra, este enfrentamiento no cobró principal relevancia en la negativa a rendirse ante el bando español y sus aliados?

“Y yo miré desde aquella torre lo que teníamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teníamos ganado las siete; y viendo que tanto número de gente de los enemigos no era posible sufrirse en tanto angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas y puestas cada una en ellas sobre sí en el agua, y *sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles*, acordé de los dejar de combatir por algún día y moverles algún partido por donde no pereciese tanta multitud de gente; que cierto *me ponía en mucha lástima, y dolor el daño que en ellos se hacía*, y continuamente les hacía acometer con la paz; y ellos decían que *en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo que quedase había de morir peleando*” (Cortés, 1993: 412; subrayado nuestro).

La victoria del bando español –posible en virtud del consejo y el apoyo de los aliados tlaxcaltecas– es representada en la mutación que sufre el cuerpo del enemigo: de los guerreros múltiples, valerosos, feroces, que pelean “como tigres” (Díaz del Castillo, 2005: CLII-476) a los cuerpos flacos, hambrientos, sedientos, enfermos, desesperados de los sobrevivientes. La ciudad, asfixiada, segada, seca, es asolada además por la peste –la viruela, traída por los españoles–, que destruye buena parte de la población y es leída, retrospectivamente, como señal del fin por las crónicas indígenas.²²⁶ Guerra y enfermedad se unen para dar comienzo la catástrofe demográfica que acompaña la caída de la ciudad y de su imperio. Estos cuerpos desesperados son inscriptos en cierta retórica del patetismo pero también dan cuenta de una genuina admiración ante el inaudito valor del mexica, incluso ante su inexplicable –para Cortés al menos– negativa a rendirse:

“Y yo, viendo cómo estos de la ciudad estaban tan rebeldes y *con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo*, no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros de tantos

²²⁶ Al respecto, véase en especial el libro XII de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún. También algunos españoles interpretan esta peste – que se había desatado un año atrás– como signo o ayuda de la Providencia. No lo hace Cortés, siempre mucho más cauto en este tipo de afirmaciones.

peligros y trabajos, y a ellos y a su ciudad no los acabar de destruir, porque era la más hermosa cosa del mundo" (Cortés, 1993: 415; subrayado nuestro).

El agua que da vida, define y estructura a Tenochtitlan obliga a una batalla inesperada de canoas contra bergantines; la valerosa resistencia mexica lleva a múltiples cambios de táctica, como detalla en especial el cronista soldado. Esta misma resistencia articula una porfiada reconstrucción de casas y puentes, arrasados por los españoles durante el día.²²⁷ Explica Jacques Soustelle que "una ciudad era vencida, se declaraba vencida, cuando el asaltante había logrado penetrar hasta su templo e incendiar el santuario de su dios tribal. Por eso, el símbolo de conquista en los manuscritos indígenas es, la mayoría de las veces, un templo en llamas en el cual se ha clavado una flecha" ([1955] 1996: 210). Ante la evidencia de que cada día deben recomenzar el avance porque todo espacio es una trampa, cada casa puede albergar armas o emboscadas, cada mexica es un guerrero, se decide la destrucción de la ciudad. Cortés así lo explica, aunque no sin lamentarlo:

"Y yo, viendo que el negocio pasaba de esta manera, y que había ya más de cuarenta y cinco días que estábamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder más estrechar a los enemigos, y fue que *como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas de ellas del un cabo y del otro, por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado*" (Cortés: 1993: 412; subrayado nuestro).

El agua debe ser eliminada para que la victoria española sea posible: cada crónica retrata entonces la destrucción que produce una ciudad seca, ya

²²⁷ "... y como les íbamos ganando muchas torres de ídolos y casas y otrs aberturas de canjas y puentes que de casa a casa tenían hechos, y todo lo cegávamos con adobes y la madera de las casas que deshazíamos y derrocávamos y aun sobr'ellas velávamos, y aun *con toda esta diligencia que poníamos lo tornavan ahondar y ensanchar* y ponían más albarradas" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-472; subrayado nuestro).

que cada canal debe ser segado y cada casa incendiada antes de continuar el avance.

La guerra con los extranjeros cambia el signo de la contienda, que ahora se vuelve desfavorable para los mexicas. Las crónicas españolas no lo refieren de ese modo porque no pueden comprenderlo; en cambio, las crónicas indígenas leen estos signos –la toma del Templo Mayor, la pérdida del estandarte en la batalla, la sed, la peste– como presagios del fin.²²⁸ Si el signo que remite a la guerra sagrada es el *atl tlachinolli*, doble glifo que significaba “agua –es decir, sangre– e incendio” (Soustelle: [1955] 1996: 203), la muerte de la ciudad presenta la doble valencia agua-sangre que la lengua nahuatl connota. Agua que alimenta y da vida a la urbe, sangre que habita cada uno de sus habitantes: ambas son vertidas, consumidas, derramadas en la victoria de un modo de batallar extraño. Por eso la contigüidad entre el fin de una y la muerte de los otros: la negativa a rendirse, la “determinación a morir” exhiben en verdad un modo de vivir no tanto porfiado, como lo entienden los españoles, sino acorde con una cosmovisión que tiene a Tenochtitlan como centro.

Se da paso entonces a la terrible mutación; el agua se convierte en tierra y lodo, la hediondez que recorre la ciudad ya no proviene de los templos sino de los cuerpos muertos de sus propios habitantes: “y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos que había de muchos días por aquellas calles, que era la cosa del mundo más pestilencial” (Cortés, 1993: 423). En el máximo signo del fin, los canales se tapan con cadáveres; cuerpos apilados en casas y templos

²²⁸ Refieren los informantes de Sahagún una misteriosa señal: “El día siguiente cerca de medianoche llovía menudo, y a deshora vieron los mexicanos un fuego así como torbellino que echaba de sí brasas grandes, y menores, y centellas muchas, remolineando y respandando y estallando: anduvo alrededor del cercado o corral de los mexicanos donde estaban todos cercados que se llamaba *Coionacazco*, y como hubo cercado el corral tiró derecho hacia el medio de la laguna, y allí desapareció, y los mexicanos no dieron grita como suelen hacer en tales visiones: todos callaron por miedo a los enemigos” (Sahagún, 1992: XII-754).

conforman el esqueleto de una ciudad que muere junto a sus habitantes: "y así por aquellas calles en que estaban hallábamos los montones de los muertos, que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies" (Cortés, 1993: 425).

Cuando Tenochtitlan finalmente cae y los españoles entran en ella, los cuerpos de los mexicas constituyen las calles por las que caminan, en pavorosa imagen de destrucción. Así lo recuerdan los *Cantares mexicanos*:

"Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.

Golpeábamos en tanto los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad".

VI. A manera de epílogo: señales del fin

La guerra terminó o tal vez no ha empezado.
El fuego derribó nuestras murallas
y hacemos guardia entre las armas rotas.
En el aire se palpa un rumor de lluvia.
Aún no desciende pero está manchada
por nuestra sangre. ¿Somos inocentes
o somos los culpables de la matanza?
¿Quién desertó o ha muerto como un héroe?
No lo sabremos nunca. En esta noche
toda nuestra ventura se reduce
a esperar, a esperar aquella guerra
que aún no comienza
o se encendió hace siglos.

JOSÉ EMILIO PACHECO, "Crónica"

Llovió y relanpagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucho más aguas que otras veces. Y desde se ovo preso Guatemuz quedamos tan *sordos todos los soldados* como si de antes estuviera uno onbre encima de un campanario y tañesen muchas canpanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañer; y esto digo a propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta cibdad estuvimos, de noche y de día davan tantos gritos y bozes unos capitanes mexicanos apercibiendo los escuadrones y guerreros que abían de batallar en las calcadas. [...] Y desta manera de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso el Guatemuz cesaron las bozes y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estubieramos en canpanario.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España

Y se vino a aparecer una como grande llama. Cuando anocheció llovía, era cual rocío la lluvia. En este tiempo se mostró aquel fuego. Se dejó ver, apareció cual si viniera del cielo. Era como un remolino; se movía haciendo giros, andaba haciendo espirales. Iba como echando chispas, cual si restallaran brasas. Unas grandes, otras chicas, otras como leve chispa. Como si un tubo de metal estuviera al fuego, muchos ruidos hacia, retumbaba, chisporroteaba. Rodeó la muralla cercana al agua y en Coyonacazco fue a parar. Desde allí fue luego a medio lago, allí fue a terminar. Nadie hizo alarde de miedo. Nadie chistó una palabra.

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN

Historia general de las cosas de la Nueva España

¿Qué significa narrar la experiencia? ¿Cómo es posible la representación por medio de la palabra escrita? Más perturbador aún: ¿cómo se cuenta el fin? ¿Existe metáfora posible para evocar lo inesperado, lo catastrófico imprevisible? ¿Cómo cambia la forma de simbolización en este cruce, en su entramado, más acá –y más allá– de las obviamente asimétricas relaciones de poder y dominación? ¿Cómo representar lo ausente por violentado, por borrado o silenciado, por muerto?

Hasta aquí, hemos asediado el sentido en algunos fragmentos de cada crónica, escenas paradigmáticas o periféricas, elegidas, entre tantas otras

posibles, para mostrar a través de la metonimia o de la metáfora la pregnancia de la *voz de los muertos*, que otorga densidad, profundidad, dimensión histórica a la propia voz, como señalábamos con Stephen Greenblatt en la introducción.

En cada una de nuestras crónicas, la memoria, la subjetividad, la representación de cuerpos y espacios (propios y ajenos) se constituyen a partir de la voluntad, el esfuerzo, la búsqueda, el diálogo con el pasado y con la experiencia. Los cronistas aludidos muestran una voluntad escrituraria y un énfasis en la transmisión de aquello que se sabía perdido –debido al paso del tiempo y a los implacables mecanismos del olvido–, y que nos interpela porque nos presupone en cada huella, en cada *inscripción*. Si toda lectura crítica es también una relectura del *yo*, el trabajo con estos textos nos ha ido constituyendo como críticos y como lectores, entrelazados con las voces de otros, tan lejanos como próximos, tan distantes y ajenos como cercanos en la voluntad, el deseo, la escritura.

De la mano de la nostálgica evocación de Alfonso Reyes, de su bellamente poética representación del Anáhuac, podemos afirmar que frase a frase, hilo a hilo, lazo a lazo nos hemos ido sumergiendo “en aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento y la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación” (Reyes: 1986). Acariciar con la mirada lo que se arrebatará luego; interrogar, descifrar, *saber el secreto*: todas actitudes de conquista que hemos ido marcando en sus apariciones, donde cada línea de estas crónicas pone en escena un proceso de comprensión, de aprendizaje, de inestable comunicación.

En este marco, la inscripción escrituraria de la corporalidad propia y ajena, ya sea que se trate de una corporalidad monstruosa, desgarrada, mutilada, agobiada, despojada, codiciosa o triunfante, exhibe la elusiva materialidad de la palabra escrita, del *deseo de lo real*, así como la potencia del relato para evocar la experiencia... y la honda hendidura del silencio, de lo incompleto.

En su capacidad memorialista y su voluntad de narrar, el cronista-soldado ofrece una escena por demás abrumadora en su potente significación. Preso Cuauthémoc, rendida México, cesan "las bozes y todo el ruido" y los soldados quedan sordos, como si todas las campanas de una ciudad, que sonaran juntas durante meses, cesaran al unísono en afilado instante, perfecta metáfora de la historia de Tenochtitlan. La capacidad evocativa, representacional, de esta escena es tal que el silencio de la caída puede palpase, como un difuso oleaje, en estas significativas líneas de la *Historia verdadera*. Aquí, el súbito callar es metáfora del silencio del conquistador sobre el cuerpo y las voces de los otros; marca el fin y anticipa el principio; postula la necesidad de nuevas voces para un nuevo espacio, futuro, desconocido para todos los involucrados, conquistadores y conquistados.

No se trata de un acto de acercamiento o de comprensión ante la alteridad; en verdad, en irónica y atroz paradoja, el momento de mayor cercanía con el *otro*, en la común dinámica de la guerra, es la atemporal ráfaga de silencio. Tenochtitlan –la cultura, la historia, la memoria del vencido– existe, de este modo, en *el gesto que la suprime*. El sonido de la alteridad, que hasta este momento asombra –en el mercado–, o atemoriza, hiere, mata –en la

batalla—, se detiene por un momento y articula el fin o la mitificación de la *región más transparente del aire*.

La oscilación oír-no oír se formula en verdad a partir de un forzamiento: “porque todos los noventa y tres días que sobre esta cibdad estuvimos, de noche y de día davan tantos gritos y bozes unos capitanes mexicanos” que no podían ser acallados ni podían dejar de ser escuchados, en imagen sonora que parece filtrarse en cada resquicio de la memoria. En la caída de Tenochtitlan, el cuerpo propio inscribe el recuerdo de un instante crucial, y el soldado, aun en la victoria, queda inerte ante el oxímoron de un silencio ensordecedor. Por eso es necesaria la escritura, que restituye un sentido, una colocación, y reerige la propia figura con un trazo evocativo que se pretende épico, a pesar de codicias y miserias.

En una línea convergente y divergente a un tiempo, la segunda cita, perteneciente a la *Historia general*, subraya también el profundo y abrupto silencio, el tenaz “no chistar una palabra” de quienes se presentan como testigos del fin y depositarios de su historia. Los informantes nativos, cuyas voces traman la escritura en náhuatl y en castellano del libro de Sahagún, articulan a partir de la profecía, de una temporalidad de anticipaciones y prospecciones, las señales del fin. La memoria plural, transmitida, transcripta, se constituye en modo de volver inteligible la experiencia a partir de lo indicial. El fin de Tenochtitlan, que como narran las crónicas llega tras un insoportable sitio de más de tres meses y una tensa expectación de varios días, con la población acorralada en el último reducto irredento de la ciudad, es anunciado en los relatos por la chispa, la brasa, el fuego que cae “a medio lago, allí fue a terminar”.

Es preciso el fuego, la noche, la lluvia para construir una escena en la que reverberan las graduales imágenes, las sucesivas metáforas de la “grande llama” que debía anunciar la caída. No se trata tanto de narrar lo real, de recordar lo que en efecto ha tenido lugar, sino, antes bien, de concebir la representación como modo de comprensión y de conocimiento: del *otro*, del pasado, del *yo*. En la proliferante temporalidad de la metáfora, estas voces aluden al remolino y a la espiral, imágenes que rememoran –anticipan e inventan– el vértigo, el temblor y, *multiplicado en el eco*, el ruido de la llama que retumba, atronadora, antes de morir en las salobres aguas de Texcoco.

La metáfora recupera también la ineludible asociación ciudad-lago, agua-sangre (agua-tinta), vida-muerte que organiza el sentido –parcial, residual, falto y, no obstante, irrenunciable– de la ciudad de Tenochtitlan, tal como ha llegado hasta nosotros en la palabra de estos cronistas. Voces y miradas se reúnen para erigir, en la sintagmática corporalidad de la palabra escrita, la ciudad deseada y vislumbrada, la ciudad ambicionada y cercada, la orgullosa ciudad que sólo se rinde al precio de su completa destrucción.

Entonces: contra la muerte, la memoria. Aún en la certeza de que, como afirma el poeta, “aquel mundo ya sólo existe en la memoria que inventa”.²³⁰

México, DF, agosto de 2006 – Buenos Aires, abril de 2008

²³⁰ El verso corresponde al apartado “Islas a la deriva”, incluido en *Antigüedades mexicanas* de José Emilio Pacheco (2000), del que se han tomado los poemas que abren cada capítulo.



Bibliografía citada

....-but there is no competition-
There is only the fight to recover what have been lost
And found and lost again and again: and now under
conditions
That seem unpropitious. But perhaps neither gain nor loss.
For us, there is only the trying. The rest is not our business.

T.S.ELIOT, *Four Quartets*

[...-pero no hay competencia:
Sólo existe la lucha por recobrar lo perdido
Y encontrado y perdido una vez y otra vez
Y ahora en condiciones que parecen adversas.
Pero quizá no hay ganancia ni pérdida:
Para nosotros sólo existe el intento.
Lo demás no es asunto nuestro.

Cuatro cuartetos.
Traducido por José Emilio Pacheco.]

Bibliografía citada

- Adams, Percy G. (1983) *Travel literature and the evolution of the novel*, Lexington, Kentucky University Press.
- Adorno, Rolena (1988) "El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XIV-28, Lima, primer semestre, 55-58.
- Adorno, Rolena (1988b), "Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XIV-28, Lima, 2do semestre, 11-37.
- Adorno, Rolena (1988c), "Discourses on Colonialism: Bernal Díaz, Las Casas and the Twentieth Century Reader", *Modern Language Notes* (103-II), 239-258.
- Adorno, Rolena (1991) "Todorov y De Certeau: la alteridad y la contemplación del sujeto", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XVII-33, Lima, 1er semestre, 51-58.
- Adorno, Rolena (1992) "Los debates acerca de la naturaleza del indio", *Revista de Estudios Hispánicos* (19), 47-66.
- Adorno, Rolena (1995) "Textos imborrables: posiciones simultáneas y sucesivas del sujeto colonial", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXI-41, Lima, 1er semestre, 33-49.
- Ainsa, Fernando (1992) *De la Edad de Oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico latinoamericano*, México, FCE.
- Alcalá, Manuel (1950) *César y Cortés*, México, Jus.
- Alonso, Amado (1953) *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*, Madrid, Gredos.
- Altuna, Elena (2002) *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVI-XVIII*, Ann Arbor, Michigan: Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar" y Latinoamericana Editores.
- Altuna, Elena (2004) "Relaciones de viajes y viajeros coloniales por las Américas", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXX-60, Lima-Hannover, 2do. Semestre, 1-19.
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de (1992) *Obras históricas*, ed. Edmundo O'Gorman, 2 tomos, México, IIH-UNAM.
- Anderson Imbert, Enrique (1954) *Historia de la literatura latinoamericana*, México.
- Añón, Valeria (2007) "Modulaciones de la identidad y la memoria en dos cronistas novohispanos de tradición indígena: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y Diego Muñoz Camargo", *Actas del XXVIII Congreso Internacional de Americanística*, Mérida, México, octubre de 2006.
- Añón, Valeria (2006) "Desplazamientos, fronteras, memoria: Bernal Díaz del Castillo y el viaje a las Hibueras", *Acta Poética*, México, IIFIL-UNAM (27-2), 299-323.
- [Aut.] (1974) *Diccionario de Autoridades*, 3 vols., edición facsimilar, Madrid, Gredos.
- Baigorria, Jesús (2004) "La mediación lingüístico-cultural en las crónicas de Indias", *Histal*, enero, s/p.
- Bajtín, Mijail ([1987] 1994) *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*, trad. Julio Forcat y César Conroy, Madrid, Alianza.
-

- Bandelier, Adolph (2003) "El arte de la guerra" en Lewis H. Morgan y A. Bandelier, *México antiguo*, prólogo de Jaime Labastida, México, Siglo Veintiuno Editores-Conaculta-INAH.
- Barbón Rodríguez, José A. (2005) "Fuentes de la *Historia verdadera*: Manuscritos" en Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*, edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Servicio Alemán de Intercambio Académico, Agencia Española de Cooperación Internacional.
- Barkai, Ron (1984) *Cristianos y musulmanes*, Madrid, RIALP.
- Barthes, Roland ([1968] 1987), "El efecto de realidad" en *El susurro del lenguaje*, trad. C. Fernández Medrano, Barcelona, Paidós.
- Bataillon, Marcel (1963) "Hernán Cortés, autor prohibido" en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, México, Porrúa.
- Baudot, Georges ([1992] 2004) "México, la ciudad que nadie esperaba" en *Pervivencia del mundo azteca en el México virreinal*, México, UNAM.
- Baudot, Georges (1981) "La percepción histórica del drama demográfico de México en el siglo XVI", *Quinto Centenario*, Madrid, Universidad Complutense, Facultad de Historia (1), 3-24.
- Bénat-Tachot, Louise (1999) "La historia general de las Indias de Francisco López de Gómara: identificación de las fuentes y elaboración textual", Ignacio Arellano y JA Rodríguez Garrido, *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*, Madrid, Iberoamericana, Frankfurt am Main, Vervuert.
- Benjamin, Walter ([1936] 1991) "El narrador" en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, trad. Roberto Blatt, Madrid, Taurus.
- Bernand, Carmen y Serge Gruzinski (1996) *Historia del Nuevo Mundo. Del descubrimiento a la conquista. La experiencia europea, 1492-1550*, trad. María Antonia Neira Bigorria. México, FCE.
- Bethel, Leslie (ed.) (1984) *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Bhabha, Homi (1986) "The other question: difference, discrimination and the discourse of colonialism", Peter Hulme, Margaret Iversen y Diane Loxley (eds.), *Literature, Politics and Theory*, London, Methuen.
- Boruchoff, David A (1997) "Beyond Utopia and Paradise: Cortés, Bernal Díaz and the Rethoric of Consecration" en Foster, Merlin y Altamiranda (comps.). *Spanish American Literature*, New York, Garland Publishing.
- Brading, David (1998) *Orbe indiano*, trad. Juan`José Utrilla, México, FCE.
- Brody, Robert (1997) "Bernal's Strategies", Foster, Merlin y Altamiranda (comps.). *Spanish American Literature*, New York, Garland Publishing.
- Brotherson, Gordon (2001) "La Malinche de los códices" en Margo Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus.
- Carrasco, Pedro (1976) "Los linajes nobles del México antiguo" en Pedro Carrasco y Joanna Broda (eds), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, México, SEP-INAH.
- Camelo, Rosa (2004) "La matanza de Cholula", *Arqueología mexicana*, México, 52-57.

Carnosa Hermida, Begoña (1998) "Un acercamiento temático y estructural a la carta de Boscán a la duquesa de Soma", *Lemir* (3), consultado en <http://pamaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista3/Bego/Texto.htm>.

Carreras López (2000) "Una revisión de la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara", *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, noviembre (605), 17-28.

Cazés, Dann (2007) "La metarreflexión historiográfica en la obra de López de Gómara: la historia como biografía" en Karl Kohut (ed.), *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, México, El Colegio de México.

Cervera Obregón, Marco Antonio (2007) *El armamento entre los mexicas*, Madrid, Devenir-Gracia Álvarez.

Christen Florencia, María (2004) "El viaje a las tinieblas. La expedición a las Hibueras según Bernal Díaz del Castillo" en Luz Elena Zamudio (coord.), *Espacios, viajes y viajeros*, México, UAM-Aldus.

Clendinnen, Inga (1993) "Fierce and Unnatural Cruelty': Cortés and the Conquest of Mexico", en Greenblatt, Stephen (comp.), *New World Encounters*, Berkeley, University of California Press.

Clendinnen, Inga (2003) *Aztecs: An interpretation*, Cambridge: Cambridge University Press.

Colombi, Beatriz (2006) "El viaje y su relato", *Latinoamérica*, México, UNAM-CCYDEL (II-43), 11-36.

Colombi, Beatriz (2004) *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, Rosario, Beatriz Viterbo.

Concha, Jaime (1986), "Réquiem por el buen cautivo", *Hispanamérica*, (15), 3-15.

Cornejo Polar, Antonio (1994) *Escribir en el aire*, Lima, Horizonte.

Cortés, Hernán (1993) *Cartas de relación*, edición de Ángel Delgado Gómez, Madrid, Castalia.

Cortés, Hernán ([1960] 2004) *Cartas de relación*, edición de Manuel Alcalá, México, Porrúa.

Cortés, Hernán ([1770] 1998) *Historia de la Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos y notas por el ilustrísimo señor Don Francisco Antonio de Lorenzana, Arzobispo de México*, edición facsimilar, México, Porrúa.

Cortínez, Verónica (2000) *Memoria original de Bernal Díaz del Castillo*, México, OAK.

Chartier, Roger (1997) *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*, trad. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana.

Chartier, Roger ([1989] 2002) *El mundo como representación*, trad. de Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa.

Chartier, Roger (2000) "Figuras del autor" en *El orden de los libros*, Barcelona, Gedisa.

Chartier, Roger (2001) "El poder, el sujeto, la verdad. Foucault lector de Foucault" en *Escribir las prácticas*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Manantial.

Chicote, Gloria (2003) "La lexicalización de la experiencia: el romancero en la prosa historiográfica de Bernal Díaz del Castillo", *Romance Quarterly*, Otoño (50-4), 269-279.

- Dalmaroni, Miguel *et al* (2004), *El proyecto de investigación literaria. Materiales para su elaboración, mimeo*, gentileza del autor.
- De Certeau, Michel ([1978] 1993) *La escritura de la historia*, trad. Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana.
- De Certeau, Michel ([1990] 2000) *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, versión corregida y aumentada de Luce Giard, trad. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana.
- Delgado Gómez, Ángel (1993) "Estudio introductorio" a Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Madrid, Castalia.
- Díaz del Castillo, Bernal (1955) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. Joaquín Ramírez Cabañas, México, Porrúa.
- Díaz del Castillo, Bernal (1982) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas.
- Díaz del Castillo, Bernal (2005) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*, edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Servicio Alemán de Intercambio Académico, Agencia Española de Cooperación Internacional.
- Doiron, Normand (1988) "L'art de voyager", *Poétique* (73), 83-107.
- Ducrot, Oswald (1994) *El decir y lo dicho*, trad. Sarah Vasallo, Buenos Aires, Hachette.
- Eco, Umberto (1990) *Cómo se hace una tesis*, trad. Lucía Baranda y Alberto Clavería Ibáñez, Barcelona, Gedisa.
- Elliott, John H (1967) "The mental world of Hernán Cortés", *Transactions of the Royal Historical Society*, Londres, Quinta serie, (17), 41-58.
- Elliott, John H. (1986) "Cortés, Velásquez and Charles V" en Hernán Cortés, *Letters from Mexico*, traducidas y editadas por Anthony Padgen, New Haven-London, Yale University Press.
- Esteve Barba, Francisco ([1964] 1992) *Historiografía indiana*, segunda edición corregida y aumentada, Madrid, Gredos.
- Free, Michel, Ramona Naddaff y Nadia Tazi (eds.) (1992) *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Madrid, Taurus.
- Foucault, Michel ([1963] 2003) "¿Qué es un autor?" en Nara Araújo y Teresa Delgado (selección y apuntes introductorios), *Textos de teoría y crítica literarias. Del formalismo a los estudios poscoloniales*. México, Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa) y Universidad de La Habana (Facultad de Filosofía y Letras).
- Foucault, Michel (2000) *Arqueología del saber*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Buenos Aires, SXXI editores.
- Frankl, Víctor (1962) "Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas", *Revista de Historia de América* (53-54), 9-74.
- Frankl, Víctor (1963) *El Antijovio de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de verdad y realidad en la época de la Contrarreforma y el Manierismo*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- Funes, Leonardo (2007) "Lidiando con el efecto Funes: en torno de la posibilidad de una historia literaria", *Revista Orbis Tertius*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata (XI-12).
-

- Funes, Leonardo (2005) "Ruptura e integración en la escritura didáctico-narrativa de don Juan Manuel", *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires* (52-53), 180-188.
- Funes, Leonardo (2003) "De Alfonso El Sabio al Canciller Ayala: variaciones del relato histórico", *Memorabilia: boletín de lectura sapiencial* (7).
- Garcilaso de la Vega, Inca (1978) *Comentarios Reales*, ed. Aurelio Miró Quesada, Caracas, Ayacucho.
- Garibay, Ángel María ([1953] 1992) *Historia de la literatura náhuatl*, México, Porrúa.
- Genette, Gerard (2001) *Umbrales*, trad. Susana Lage, México, Siglo Veintiuno Editores.
- Gerhardt, Peter (1986) *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, trad. Stella Mastrangelo, México, UNAM.
- Geertz, Clifford ([1973] 1987) *La interpretación de las culturas*, trad. Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa.
- Gibson, Charles ([1964] 1986) *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*, trad. Julieta Campos, México, Siglo Veintiuno Editores.
- Giletti Benso, Silvia (1997), "La figura del intérprete en el mundo andino", *Actas de Jalla Tucumán 1995*, Tucumán: Proyecto "Tucumán en los Andes" (II), 257-264.
- Gilman, Stephen (1961) "Bernal Díaz del Castillo and Amadís de Gaula", *Studia Philologica II. Homenaje a Amado Alonso*, Madrid, Gredos.
- Ginzburg, Carlo ([1986] 1999) *Mitos, emblemas, indicios*, trad. Carlos Catroppi, Barcelona, Gedisa.
- Ginzburg, Carlo ([1978] 1991) *El queso y los gusanos*, trad. Francisco Martín, Barcelona, Muchnik.
- Glantz, Margo (1989) "Poesía y erotismo" en Georges Bataille, *Lo imposible*, México, Premia.
- Glantz, Margo (1992) *Borrones y borradores*, México, Ediciones del Equilibrista.
- Glantz, Margo (1993) "El cuerpo escrito y el texto escrito o la desnudez como naufragio" en Margo Glantz (comp.), *Notas y comentarios sobre Alvar Nuñez Cabeza de Vaca*, México, Grijalbo-Conaculta.
- Glantz, Margo (comp.), (2001) *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus.
- González Echevarría, Roberto (2000) *Mito y archivo*, trad. Virginia Aguirre Muñoz, México, FCE.
- González Echevarría, Roberto (1984) "Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista" en Roberto González Echevarría (comp.), *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, Caracas, Monte Ávila.
- Greenblatt, Stephen (1998) "La circulación de la energía social" en Jonathan Dollimore et al, *Nuevo historicismo*, Madrid, Arco.
- Grimal, Pierre (2006) *Diccionario de mitología griega y romana*, trad. Francisco Payarols, Buenos Aires, Paidós.
- Grüner, Eduardo (2001) *El sitio de la mirada*, Buenos Aires, Norma.
- Gruzinski, Serge (2000) *El pensamiento mestizo*, trad. Enrique Folch González, Buenos Aires, Paidós.
-

- Gruzinski, Serge (1999) *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner*, trad. Juan José Utrilla, México, FCE.
- Gruzinski, Serge (1995) *La colonización de lo imaginario*, trad. Jorge Ferreiro, México, FCE.
- Gruzinski, Serge (1994) "Las repercusiones de la conquista: la experiencia novohispana" en Carmen Bernand (comp.), *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años*, México, FCE-CONACULTA.
- Guedea, Virginia (coord.), (2004) *El tiempo en Mesoamérica*, México, UNAM.
- Guglielmi, Marina (2002) "La traducción literaria" en Armando Gnisci, *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Cátedra.
- Gurría Lacroix, Joaquín (1978) "Estudio introductorio" a Francisco López de Gómara, *Historia de las Indias*, Caracas, Ayacucho.
- Gusdorf, Georges (1991) "Condiciones y límites de la autobiografía", *Anthropos*, Suplemento "Autobiografía" (29), 9-18.
- Hassig, Ross (2005) "La guerra en la antigua Mesoamérica", *Arqueología mexicana*, México (84), 10-14.
- Hassig, Ross (1995) *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Hulme, Peter (1986) *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*, London and New York, Methuen.
- Iglesia, Ramón ([1942] 1972) *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, México, Sep/setentas.
- Iglesia, Ramón ([1944] 1994) *El hombre Colón y otros ensayos*, México, FCE.
- Jakobson, Roman (1997) "Sobre los aspectos lingüísticos de la traducción" en Dolores López García, *Teorías de la traducción. Antología de textos*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha.
- Jiménez, Nora Edith (2000) *Francisco López de Gómara*, México, El Colegio de Michoacán-INAH.
- Jitrik, Noé (1992) *Historia de una mirada*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Johansson, Patrick (1993) *La palabra de los aztecas*, México, Trillas.
- Johansson Patrick (1992) "Yocuicatl: cantos de guerra y guerra de cantos", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México (22).
- Klor de Alva, Jorge (1993) "El discurso nahua y la apropiación de lo europeo" en Gutiérrez Estévez, Manuel, Miguel León Portilla, Gary H. Goseen, y Jorge Klor de Alva, eds., *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, vol. II.
- Kohut, Karl (1980) "El humanismo castellano del siglo XV: replanteamiento de la problemática", *AIH, Actas VII*, 639-647.
- Kohut, Karl (1989) "El humanismo español y América en el siglo XVI", *AIH, Actas XI*, 465-483.
- Kohut, Karl, ed. (2007) *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, México, El Colegio de México.
- Lafaye, Jacques (2002) *Albores de la imprenta*, México, FCE.
-

- Lapesa, Rafael (1969) "La ruptura de la *consecutio temporum* en Bernal Díaz del Castillo", *Anuario de Letras*, México (VII) 73-83.
- Larsen, Neil (1993) "En contra de la des-estetización del 'discurso' colonial", *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XIX-37, Lima, 1er semestre, 335-342.
- Le Breton, David (1995) *Antropología del cuerpo y modernidad*, trad. Paula Mahler, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Lejeune, Philippe (1991) "El pacto autobiográfico", *Anthropos*, Suplemento "Autobiografía" (29) 47-61.
- León Portilla, Miguel ([1959] 2006) *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, UNAM.
- León Portilla, Miguel (1959) *La visión de los vencidos*,. México, UNAM.
- León Portilla, Miguel (ed). (1978) *Literatura del México antiguo*, Caracas, Ayacucho.
- León Portilla, Miguel (1984) "Introducción" a Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Dastin.
- León Portilla, Miguel (1984b) "Mesoamérica antes de 1519" en Leslie Bethel, (ed.) *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, tomo I.
- León Portilla, Miguel (1993) "Imágenes de los otros en Mesoamérica antes del encuentro", en Gary H. Gossen, J. Jorge Klor de Alva, Manuel Gutiérrez Estévez, Miguel León Portilla (eds.), *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, tomo I, Madrid, Siglo Veintiuno Editores.
- Leonard, Irving ([1949] 1996) *Los libros del conquistador*, trad. Mario Monteforte Toledo, México, FCE.
- Levi-Strauss, Claude (1955) *Tristes trópicos*, trad. Noelia Bastard Buenos Aires, Eudeba.
- Lewis, Robert (1986) "Retórica y verdad: los cargos de Bernal Díaz a López de Gómara" en Merlin H. Forster y Julio Ortega, *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*, México, Oasis.
- Lienhard, Martín (1982) "La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, IX-17, Lima, 1er semestre, 105-115.
- Lienhard, Martín (1990) *La voz y su huella*, La Habana, Casa de las Américas.
- López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján (1996) *El pasado indígena*, México, FCE -El Colegio de México.
- López Austin, Alfredo (1980) *Cuerpo humano e ideología*, 2 vols., México, UNAM.
- López de Mariscal, Blanca (2004) *Relatos y relaciones de viaje al Nuevo Mundo en el siglo XVI*, Madrid, Ediciones Polifemo y Tecnológico de Monterrey.
- López de Gómara, Francisco (1979), *Historia de la conquista de México*, Ed. Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Ayacucho.
- López de Gómara, Francisco (1979), *Historia general de Indias y Vida de Hernán Cortés*, ed. Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Ayacucho.
- López de Gomara, Francisco (1988) *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa.
- Lynch, John (2000) *Carlos V y su tiempo*, trad. María Pons, Barcelona, Crítica.
-

- Málaga, Maite y Ana Pulido (2004) "Días de guerra. Vivir la conquista" en Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México, tomo 1: Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*, México, El Colegio de México-FCE.
- Maravall, José Antonio (2001) *Estudios de historia del pensamiento español. Tomo II: la época del Renacimiento*, Madrid, AECI.
- Maravall, José Antonio (1986) *Antiguos y modernos: visión de la historia e idea del progreso hasta el Renacimiento*, Madrid, Alianza.
- Martín Baños, Pedro (2005) *El arte epistolar en el Renacimiento europeo*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- Martínez, José Luis (ed.) (1993) "Instrucciones de Diego Velázquez a Hernán Cortés" en *Documentos cortesianos*, tomo I, México, FCE.
- Martínez, Tomás E. (1987) "La Habana de Bernal Díaz: la memoria como transgresión", *Revista Iberoamericana* (140), julio-septiembre, 541-546.
- Martínez Marín, Carlos (2003) "El registro de la historia" en José Rubén Romero Galván (ed.) *Historiografía novohispana de tradición indígena*, volumen I de *Historiografía mexicana*, dirigida por Rosa Camelo y José Rubén Romero Galván, México, UNAM-IIH.
- Mayer, María E. (1994), "El detalle de una 'historia verdadera': Don Quijote y Bernal Díaz", *Bulletin of the Cervantes Society of America* (14-2), 93-118.
- Mendiola, Alfonso (2003) *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México, Universidad Iberoamericana.
- Mignolo, Walter D. (1981) "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana", *Modern Language Notes* (96), 358-402.
- Mignolo, Walter D. (1982) "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista" en Luis Iñigo Madrigal, *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I: Época colonial*, Madrid, Cátedra.
- Mignolo, Walter D. (1986) "La historia de la escritura y la escritura de la historia", Merlin Foster y Julio Ortega (eds.) *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*, México, Oasis.
- Mignolo, Walter D. (1986b) "La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)", *Dispositio* (XI, 28-29), 137-160.
- Mignolo, Walter D. (1995) "Decires fuera de lugar: sujetos dicentes, roles sociales y formas de inscripción", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXI-41, Lima/Berkeley, 9-32.
- Miralles Ostos, Joaquín (1988) "Prólogo" a Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa.
- Monteleone, Jorge (1998) *El relato de viaje. De Sarmiento a Umberto Eco*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Morse, Richard (1976) *Las ciudades latinoamericanas*, México, Sep-setentas.
- Muñoz Camargo, Diego (1997) *Historia de Tlaxcala*, paleografía, introducción, notas, apéndices e índices analíticos de Luis Reyes García, México, Gobierno del Estado de Tlaxcala-CIESAS-Universidad de Tlaxcala.
- Mustapha, Monique (1999) "Apuntes para una edición crítica de la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara. Problemas textuales y bibliográficos",

- Ignacio Arellano y JA Rodríguez Garrido, *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*, Madrid, Iberoamericana, Frankfurt am Main, Vervuert.
- O'Gorman, Edmundo ([1958] 2004) *La invención de América*, México, FCE.
- Operé, Fernando (2001) *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*, México, FCE.
- Pacheco, José Emilio (2000) *Antigüedades mexicanas en Tarde o temprano. (Poemas 1958-2000)*, México, FCE.
- Pastor, Beatriz (1983) *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas.
- Pastor, Beatriz (1998) "La razón utópica del Inca Garcilaso" en Mabel Moraña, *Indigenismo hacia el fin del milenio*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Pastor, Beatriz (1999) *El jardín y el peregrino. El pensamiento utópico en América Latina (1492-1695)*, México, UNAM.
- Peirce, Charles S. ([1972] 1987) *Obra lógico semiótica*, trad. Ramón Alcalde / Mauricio Prelooker, Madrid, Taurus.
- Pérez Martínez, Herón (2002) "La redacción de la *Historia verdadera* de Bernal", *Relaciones*, 91-XXIII, marzo, 39-57.
- Pierini, Margarita (1994) "La mirada y el discurso: la literatura de viajes", en Ana Pizarro (org), *América Latina. Palabra, literatura y cultura*, Sao Paulo, Editora Da Unicamp, Vol. II.
- Pratt, Mary Louise (1997) *Ojos imperiales*, trad. Ofelia Castillo, Bernal, UNQ.
- Pupo Walter, Enrique (1986) "Creatividad y paradojas formales en las crónicas mexicanas de los siglos XVI y XVII" en Merlin H. Forster y Julio Ortega (eds.), *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*, México, Oasis.
- Pupo Walker, Enrique (1982) *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Madrid, Gredos.
- Rabasa, José (1993) *Inventing America*, Norman, Oklahoma University Press.
- Rama, Ángel (1984) *La ciudad letrada*, Montevideo: Hannover, NH-Ediciones del Norte.
- Reyes, Alfonso (1986) *Visión de Anáhuac* en *Antología general*, edición de José Luis Martínez, Madrid, Alianza.
- Roa de la Carrera, Cristián (2001) "La historia de las Indias y los límites del consenso: Gómara en la cultura del imperio", *Colonial Latin American Review*, 10-1, 69-86.
- Rodríguez, Jimena (2008) *Procedimientos de escritura de relatos de viajes en crónicas de la conquista*, México (Tesis doctoral, El Colegio de México).
- Rodríguez Prampolini, Ida ([1948] 1990) *Amadis de América. Hazaña de las Indias como empresa caballeresca*, México, Academia Mexicana de la Historia.
- Romero, José Luis ([1973] 2001) *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- Romero Galván, José Rubén (2004) "La ciudad de México: los paradigmas de dos fundaciones", *Estudios de Historia Novohispana*, México, UNAM-IIH (20) 14-32.
-

- Romero Galván, José Rubén (2003) *Historiografía novohispana de tradición indígena*, volumen I de *Historiografía mexicana*, dirigida por Rosa Camelo y José Rubén Romero Galván, México, UNAM-IIH.
- Romero Galván, José Rubén (2002) "La ciudad de México y la conquista: un nuevo signo", *Actas de las XXII Jornadas de Historia de Occidente*, México, UNAM-IIH.
- Rose, Sonia V. (1990) "El narrador fidedigno: problemas de autoacreditación en la obra de Bernal Díaz del Castillo", *Literatura mexicana* (1, 2), 327-348.
- Rose, Sonia V. (1999) "Problemas de edición de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo", en J. A. Rodríguez Garrido (ed.), *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*, Madrid: Iberoamericana / Frankfurt am Main: Vervuert.
- Rosenblat, Ángel (1967) *La población indígena de América. Viejos y nuevos cálculos*, México, El Colegio de México.
- Rosenblat, Ángel (1962) *El castellano de España y el castellano de América. Unidad y diferenciación*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Rosenblat, Ángel (1954) *La población indígena y el mestizaje en América*, 2 tomos, Buenos Aires, Nova.
- Rozat Dupeyron, Guy (2002) *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Universidad Veracruzana-INAH-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Ruggiero Romano (1978) *Los conquistadores*, trad. Liliana Ponce, Buenos Aires, Huemul.
- Sáenz de Santa María, Carmelo (1982) "Introducción" a Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas.
- Sahagún, fray Bernardino de (1992) *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa.
- Said, Edward (1978) *Orientalism*, London, Penguin.
- Said, Edward ([1983] 2004) *El mundo, el texto y el crítico*, trad. Ricardo García Pérez, Barcelona, Debate.
- Said, Edward (1985) *Beginnings. Intention & Method*, New York, Columbia University Press.
- Said, Edward ([1999] 2000) *Fuera de lugar*, trad. Ricardo García Pérez, Barcelona, Debate.
- Salas, Mario Alberto (1945] 1984) *Las armas de la conquista*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- Santiago, Sylviano ([1971] 2000) "El *entrelugar* del discurso latinoamericano" en Amante, Adriana y Florencia Garramuño (traducción y prólogo), *Absurdo Brasil*, Buenos Aires, Biblos.
- Seed, Patricia (1995) *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Simeón, Remi ([1977] 1997) *Diccionario de lengua náhuatl*, trad. Josefina Oliva de Coll, México, Siglo Veintiuno Editores.
- Soustelle, Jacques ([1955] 1996) *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, trad. Carlos Villegas, México, FCE.
-

Subirats, Eduardo (1994) *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Madrid, Maya y Mario Muchnik.

Thomas, Hugh (2003) *El imperio español*, trad. Víctor Pozanco, Barcelona, Planeta.

Todorov, Tzvetan ([1982] 1999) *La conquista de América. El problema del otro*, trad. Flora Botton Burla, México, Siglo Veintiuno Editores.

Velazco, Salvador (1996) *Visiones de Anahuac*, México, Universidad de Guadalajara.

White, Hayden (1992) *El contenido de la forma*, trad. Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós.

Zamora, Margarita (1988) *Language, Authority and indigneous history in the Comentarios reales de los incas*, Cambridge, Cambridge University Press.

Zanetti, Susana (2000) "¿Un canon necesario? Acerca del canon literario latinoamericano", *Voz y Escritura*, Venezuela, Universidad de Los Andes (10), 227-241.

Zanetti, Susana y Celina Manzoni (1982) "Estudio preliminar" a Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Buenos Aires, CEAL, tomo I.

Zavala, Silvio (1985) *Hernán Cortés ante la justificación de su conquista*, México, Porrúa.

Zumthor, Paul (1989) *La letra y la voz de la "literatura" medieval*, trad. Julián Presa, Madrid, Cátedra.

Zumthor, Paul (1994) *La medida del mundo. La representación del espacio en la Edad Media*, trad. Alicia Martorell, Madrid, Cátedra.
